EL JUEGO
ACABA DE EMPEZAR

LEGENDARY

STEPHANIE
GARBER

Un corazón al que proteger.

Una deuda que saldar.

Un juego en el que vencer.

Tras verse arrastrada al mundo mágico de Caraval, Donatella Dragna por fin ha escapado de su padre y librado a su hermana Scarlett de un funesto matrimonio concertado. Las chicas deberían estar celebrándolo, pero Tella sigue sin poder disfrutar de la libertad. Desesperada, hizo un trato con un misterioso criminal, y ahora le debe algo que nadie ha logrado averiguar hasta el momento: el verdadero nombre del Maestro Legend. Su única posibilidad de descubrir la identidad de Legend es alzarse con la victoria en Caraval, así que Tella se embarcará una vez más en la competición. Caraval siempre ha exigido valentía, sacrificio y astucia, pero ahora el juego requiere algo más. Si Tella no logra cumplir su parte del trato y revelar el nombre de Legend, lo perderá todo. Puede que incluso la vida. Pero si gana, Legend y Caraval serán destruidos para siempre.

EL JUEGO ACABA DE EMPEZAR.

Stephanie Garber

Legendary

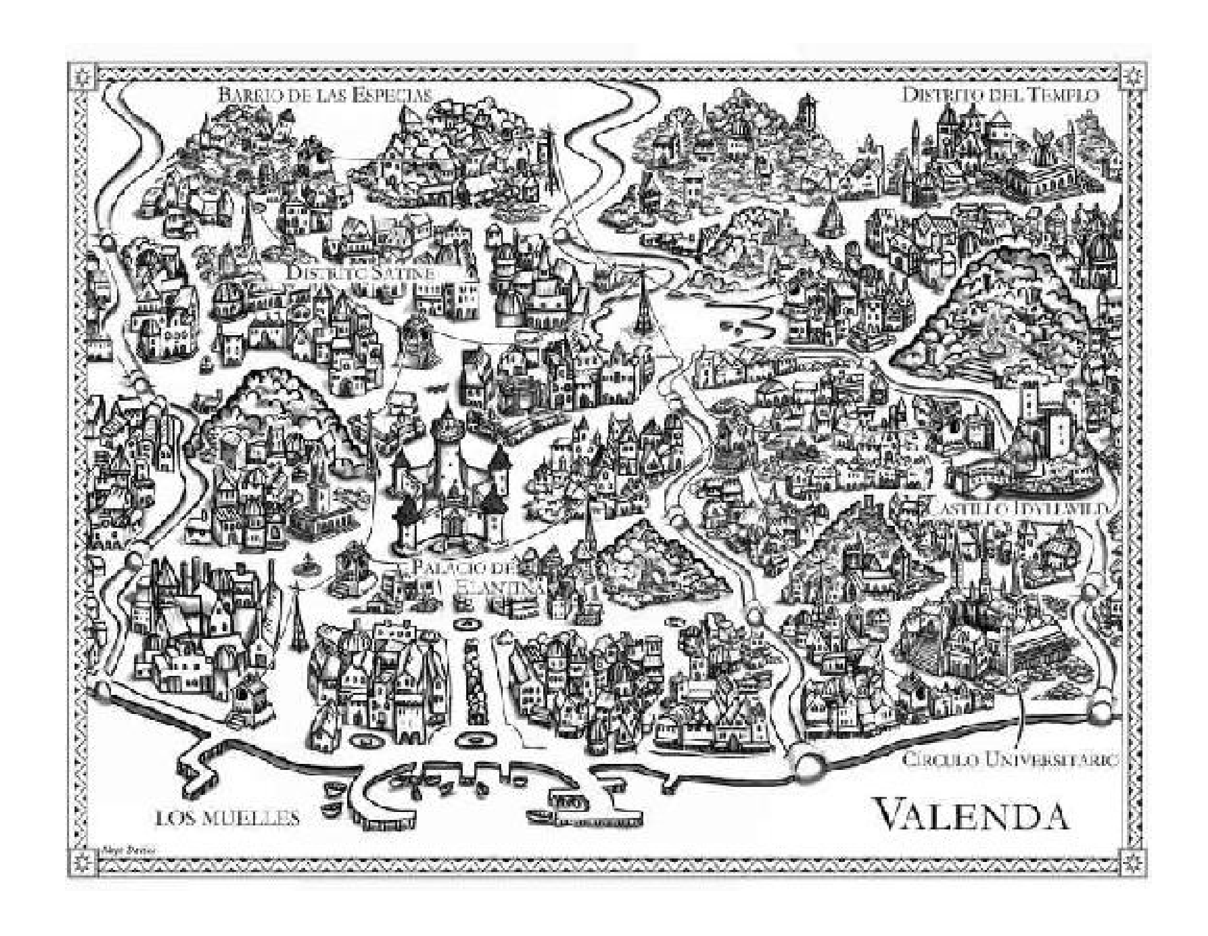
Caraval - 2

ePub r1.0
Titivillus 15.06.2022

Título original: *Legendary*
Stephanie Garber, 2018
Traducción: Eva Gonzáles

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1


A Matthew, por la esteatita.
A Alison, por decirme que Dashiell no era un buen nombre.
Y a ambos, por ser unos hermanos increíbles.


BARRIO DE LAS ESPECIAS
DISTRITO DEL TEMPLO
DISTRITO SATINE
CASTILLO IDYLLWILD
PALACIO DE
CÍRCULO UNIVERSITARIO
LOS MUELLES
VALENDA

Hace siete años

Aunque en algunas habitaciones de la mansión había monstruos escondidos debajo de las camas, Tella habría jurado que el dormitorio de su madre ocultaba magia. Destellos de luz esmeralda espolvoreaban el aire como si las hadas acudieran a jugar allí siempre que su madre se marchaba. La habitación olía a flores cortadas en jardines secretos, e incluso cuando no había brisa, las cortinas translúcidas ondeaban alrededor de la majestuosa cama con dosel. La lámpara de araña de cuarzo recibió a Tella con la musicalidad de los besos de cristal, lo que la hizo imaginar que la estancia era un portal mágico a otro mundo.

Sus pies diminutos no hicieron ningún sonido mientras caminaba de puntillas sobre las gruesas alfombras de color marfil hacia el armario de su madre. Echó una mirada rápida sobre su hombro antes de sacar su joyero. El cofrecillo, resbaladizo y pesado en sus manos, era de nácar y estaba cubierto por una telaraña de filigrana dorada; a Tella le gustaba fingir que también estaba encantado, porque sus dedos no dejaban huellas en él ni siquiera cuando los tenía sucios. Por suerte.

A la madre de Tella no le importaba que sus hijas jugaran con sus vestidos o que se probaran sus elegantes zapatillas, pero les había pedido que no tocaran aquella caja, lo que solo la volvía más irresistible para la pequeña.

Scarlett se pasaba las tardes soñando despierta con espectáculos ambulantes como Caraval, pero ella prefería las aventuras *reales*.

Aquel día, fingió que una malvada reina había capturado a un joven príncipe elfo y que, para salvarlo, tenía que robar el anillo de ópalo de su madre, la joya favorita de Tella. Su piedra blanquecina era tosca y áspera, con forma de estrella y unas puntas afiladas con las que a veces se pinchaba los dedos. Pero, cuando lo sostenía bajo la luz, el ópalo destellaba, cubriendo la habitación de ascuas de luminiscente cereza, dorado y lavanda que la hacían pensar en maldiciones mágicas y polvo de duende rebelde.

Por desgracia, el aro dorado era demasiado grande para su dedo, aunque cada vez que abría la caja se lo probaba por si acaso había crecido lo suficiente. No obstante, aquel día, en cuanto se lo deslizó en el dedo notó otra cosa.

La lámpara sobre su cabeza se detuvo como si también a ella la hubiera pillado desprevenida.

Tella conocía al dedillo cada artículo de joyería de su madre: un lazo de terciopelo cuyos pulcros pliegues estaban bordeados con oro, unos pendientes de un escarlata intenso, un vial de plata bruñida que su madre afirmaba que contenía lágrimas de ángel, un medallón de marfil que no se abría, un brazalete azabache que parecía más adecuado para el brazo de una bruja que para la elegante muñeca de su madre.

El único artículo que no tocaba nunca era la bolsita gris que olía a hojas mohosas y al putrefacto dulzor de la muerte. «Mantiene lejos a los trasgos», había bromeado su madre una vez. También la mantenía alejada a ella.

Pero, aquel día, la horrible bolsita titiló, llamándola. En un momento, parecía un hato de podredumbre y olía a descomposición; un instante después, en su lugar había un brillante mazo de cartas atado con una delicada cinta de raso. Entonces, en un parpadeo, volvió a ser la repugnante bolsa antes de convertirse una vez más en las cartas.

Tella abandonó la misión de su juego y sacó la baraja del joyero, agarrándola por la sedosa cinta. De inmediato, dejó de cambiar.

Las cartas eran muy, muy bonitas, de un tono púrpura tan oscuro que casi parecía negro, con diminutas motas doradas que resplandecían bajo la luz y espirales en relieve de un profundo violeta rojizo que la hacían pensar en flores húmedas, en sangre de bruja y en *magia*.

Aquellas no se parecían en nada a las endebles cartas en blanco y negro con las que los guardias de su padre le habían enseñado a jugar. Se sentó en la alfombra. Sintió un hormigueo en sus dedos ágiles mientras desataba la cinta y giraba la primera carta.

La joven de la ilustración le recordó a una princesa cautiva. Llevaba un precioso vestido blanco hecho jirones, y sus ojos con forma de lágrima eran tan bonitos como el cristal pulido por el mar, pero tan tristes que dolía mirarlos. Probablemente porque tenía la cabeza enjaulada en el interior de un orbe de perlas.

Las palabras *La Doncella de la Muerte* estaban escritas en la parte inferior de la carta.

Tella se estremeció. No le gustó el nombre y tampoco la jaula, a pesar de las perlas. De repente, tuvo la intuición de que su madre no quería que viera aquellas cartas, pero eso no evitó que le diera la vuelta a otra de ellas.

El nombre en la parte inferior de esta era *El Príncipe de Corazones*.

Mostraba a un hombre joven de rostro anguloso y labios tan finos como cuchillas. Empuñaba una daga, cerca de su barbilla afilada, y de sus ojos caían lágrimas rojas a juego con la sangre que manchaba la comisura de su boca estrecha.

Tella se asustó cuando la imagen del príncipe parpadeó, apareciendo y desapareciendo, del mismo modo que la maloliente bolsita había hecho antes.

Debería haberse detenido entonces. Estaba claro que aquellas cartas no eran juguetes. Aun así, una parte de ella tenía la sensación de que estaba destinada a encontrarlas. Eran más reales que la reina malvada o el príncipe élfico de su imaginación, y se atrevió a pensar que quizá la conducirían a una aventura genuina.

Al dar la vuelta a la siguiente carta, notó una calidez especial en los dedos.

El Aráculo.

No sabía qué significaba aquel extraño nombre y, a diferencia de las otras dos, aquella carta no parecía violenta. Tenía los bordes cubiertos de espirales ornamentales en oro fundido y su centro era plateado, como un espejo… No, *era* un espejo. En su brillante interior se reflejaban sus tirabuzones rubios como la miel y sus ojos redondos y castaños. Pero, tras mirar con mayor atención, se dio cuenta de que la imagen estaba mal: sus labios rosados parecían temblar y unas lágrimas gruesas bajaban por sus mejillas.

Tella nunca lloraba. Ni siquiera cuando su padre se dirigía a ella con dureza, o cuando Felipe la ignoraba para concentrarse en su hermana mayor.

—Me preguntaba si te encontraría aquí, mi pequeño amor. —La suave voz de soprano de su madre llenó la habitación cuando entró—. ¿En qué aventuras estás inmersa hoy?

Cuando su madre se encorvó sobre la alfombra en la que Tella estaba sentada, su cabello cayó alrededor de su rostro astuto en dos elegantes ríos. Los mechones de su madre eran del mismo castaño oscuro que los de Scarlett, pero Tella había heredado su piel aceitunada, que refulgía como besada por las estrellas. Sin embargo, en aquel momento la vio ponerse tan pálida como la piedra lunar cuando clavó la mirada en las imágenes de La Doncella de la Muerte y El Príncipe de Corazones.

—¿Dónde las has encontrado?

A pesar de que su voz seguía sonando dulce, la mujer le arrebató las cartas con brusquedad. Tella tenía la sensación de que había hecho algo muy malo. Aunque a menudo hacía cosas que no debía, a su madre no solía importarle; la corregía con cariño y de vez en cuando le decía cómo librarse del castigo por sus pequeños crímenes. Era su padre quien se enfadaba con facilidad. Su madre era el suave soplo de aire que extinguía las chispas de su padre antes de que se convirtieran en llamas. Pero ahora parecía querer iniciar un incendio y usar las cartas como leña.

—Las encontré en tu joyero —le dijo Tella—. Lo siento. No sabía que eran malas.

—No pasa nada. —La mujer le pasó una mano por los rizos—. No pretendía asustarte. Pero ni siquiera a mí me gusta tocar estas cartas.

—Entonces, ¿por qué las tienes?

Su madre se guardó las cartas en la falda del vestido antes de dejar el joyero sobre un estante alto que había junto a la cama, fuera del alcance de Tella.

La niña temía que la conversación hubiera terminado, como sin duda habría ocurrido con su padre. Pero su madre no ignoraba las preguntas de sus hijas. Después de poner a salvo el joyero, se sentó en la alfombra junto a ella.

—Ojalá nunca hubiera encontrado esas cartas —susurró—, pero te contaré todo lo que sé sobre ellas si me juras que jamás volverás a tocarlas, ni estas ni otras como ellas.

—Tú siempre nos dices que jurar está mal.

—Esto es diferente. —El atisbo de una sonrisa regresó a los labios de su madre, como si fuera a contarle un secreto muy especial. Siempre era así: cuando su madre decidía concentrar su rutilante atención solo en ella, se sentía como si fuera una estrella y el mundo girara a su alrededor—. ¿Qué te he dicho siempre sobre el futuro?

—Que cada persona tiene el poder de escribir el suyo —contestó Tella.

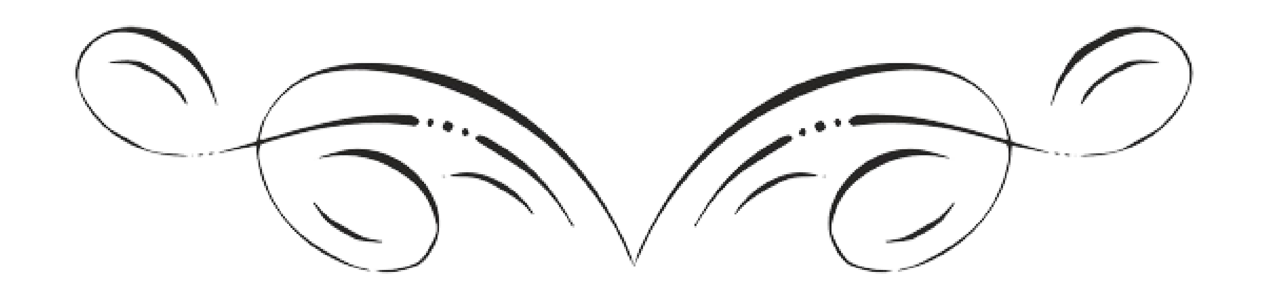
—Así es —dijo su madre—. Tu futuro puede ser lo que desees. Todos tenemos el poder de elegir nuestro propio destino. Pero, amor mío, si juegas con esas cartas, darás a los Destinos representados en ellas la oportunidad de cambiar tu camino. La gente usa Barajas del Porvenir, similares a la que acabas de ver, para predecir el futuro, que una vez augurado se convierte en una criatura viva que luchará con todas sus fuerzas para hacerse realidad. Por eso necesito que no vuelvas a tocar esas cartas. ¿Lo comprendes?

Tella asintió, aunque en realidad no lo comprendía; todavía estaba en esa tierna edad en la que el futuro parece demasiado lejano para ser real. Además,

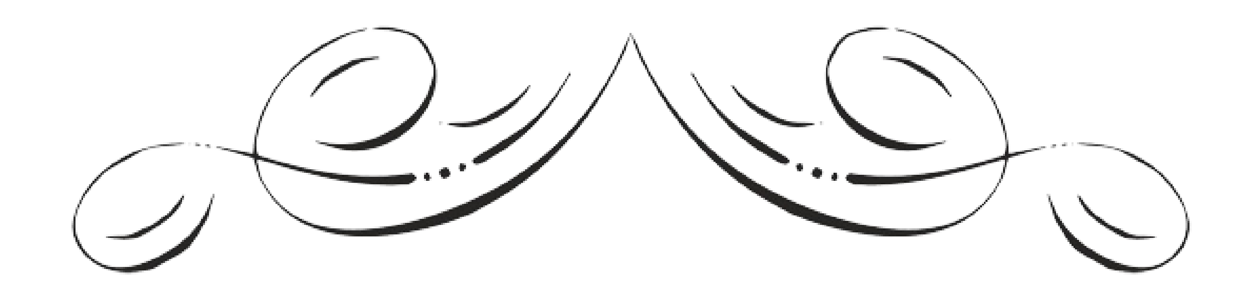
se había dado cuenta de que su madre no le había dicho de dónde habían salido aquellas cartas. Y eso hizo que apretara un poquito más fuerte la que todavía tenía en la mano.

En su prisa por recoger la baraja, su madre no se había fijado en la tercera carta que Tella había girado, la que seguía en su posesión: El Aráculo. La niña se la escondió con disimulo debajo de las piernas cruzadas mientras decía:

—Te juro que jamás volveré a tocar una baraja como esa.



LA ISLA
DE
LOS SUEÑOS





Tella ya no flotaba.

Se encontraba sobre el suelo húmedo, sintiéndose muy, muy lejos de la criatura vivaz y resplandeciente que había sido la noche anterior, cuando la isla secreta de Legend irradiaba su sesgada luz ambarina, que emanaba magia y sorpresa y también una pizca de engaño. Una combinación deliciosa. Y Tella había disfrutado de ella. Durante la fiesta que celebraba el final de Caraval, había bailado hasta que la hierba manchó sus zapatillas y bebido copas aflautadas de vino espumoso hasta que prácticamente flotó.

Pero ahora estaba boca abajo sobre el frío y duro suelo del bosque.

Sin atreverse a abrir los ojos, gimió y se quitó del pelo los fragmentos de la naturaleza, deseando poder despojarse con la misma facilidad de los retazos de la noche anterior. Todo apestaba a licor rancio, a agujas de pino y errores. Le picaba y hormigueaba la piel, y lo único peor que el modo en el que la cabeza le daba vueltas era el nudoso dolor de su espalda y su cuello. ¿Por qué había creído que dormir en el exterior era una buena idea?

—*Grrr*. —Alguien emitió el insatisfecho gruñido de una persona a punto de despertarse.

Tella abrió los ojos y miró hacia un lado antes de cerrar los párpados de inmediato. *Por todos los santos*.

No estaba sola.

Entre los imponentes árboles y la maleza indomable del lecho del bosque, había abierto los ojos justo lo suficiente para atisbar una cabeza de cabello oscuro, piel bronceada, una muñeca con una cicatriz y una mano con el tatuaje de una rosa negra. *Dante*.

Todo regresó a su mente en una avalancha de recuerdos borrosos. La sensación de las manos expertas de Dante en sus caderas. Sus besos en el

cuello, en su mandíbula y después en su boca, cuando sus labios se conocieron íntimamente.

¿En qué demonios había estado pensando?

Por supuesto, ella sabía muy bien cuáles habían sido sus pensamientos la noche anterior, durante la fiesta de los intérpretes de Caraval. El mundo había sabido a magia y al brillo de las estrellas, a deseos concedidos y sueños hechos realidad, aunque, por debajo de todo aquello, todavía captaba el sabor de la muerte en su lengua. A pesar de todo el champán que bebió, y de cómo el baile calentó el ambiente, aún la estremecía el escalofriante recuerdo de lo que había sentido al morir.

No había saltado desde el balcón de Legend en un acto de desesperación: había sido un salto de fe. Pero aquella noche no había querido pensar en ello, en su importancia. Había deseado celebrar su éxito, olvidar todo lo demás, y Dante fue el modo perfecto de conseguir ambas cosas. Era atractivo, podía ser encantador y había pasado demasiado tiempo desde la última vez que le dieron un beso de verdad. Y, *cielos*, Dante sabía besar.

El joven gimió y se movió a su lado. Posó su enorme mano sobre la parte inferior de la espalda de Tella, cálida y firme y mucho más tentadora de lo que debería.

Tella se dijo a sí misma que debía marcharse antes de que él despertara. Pero, aun dormido, Dante era muy bueno con las manos. Deslizó los dedos perezosamente por su columna hasta su cuello y los hundió en su cabello, indolentes, justo lo suficiente para obligarla a arquear la espalda.

Sus dedos se detuvieron.

La respiración de Dante se acalló de repente y Tella supo que había despertado.

La joven se tragó una maldición y se levantó apresuradamente del suelo, alejándose de sus dedos hábiles e inmóviles. No le importaba que la viera escabullirse; sería mucho menos incómodo que forzar una conversación antes de que uno de los dos se atreviera a inventarse una excusa para marcharse. Tella había besado a suficientes jóvenes como para saber que no había que creer nada de lo que dijeran justo antes o justo después. Y era cierto que tenía que marcharse.

Aunque sus recuerdos del resto eran borrosos, no había conseguido olvidar la carta que recibió antes de que las cosas se pusieran interesantes con Dante. Un rostro desconocido y oculto bajo la capa de la noche le deslizó la nota en el bolsillo y desapareció antes de que pudiera seguirlo. Deseaba releer el mensaje de inmediato, pero conociendo la deuda que la unía al *amigo* que

la había enviado, no creía que eso fuera muy prudente. Tenía que regresar a su habitación.

La tierra húmeda y las punzantes agujas de pino se le metieron entre los dedos de los pies cuando comenzó a escabullirse. Debió dejar sus zapatillas en alguna parte, pero no quería perder más tiempo buscándolas. El bosque estaba teñido por una luz indolente y melosa, y salpicado de murmullos y fuertes ronquidos que la hacían pensar que Dante y ella no eran los únicos que habían caído agotados bajo las estrellas. No le importaba que la vieran huyendo de la compañía del chico guapo, pero no quería que nadie se lo contara a su hermana.

Dante había sido bastante desagradable con Scarlett durante Caraval. Trabajaba para Legend, así que su actitud solo había sido un papel… Pero, aunque Caraval hubiera terminado, todavía era difícil, en cierto sentido, distinguir la realidad de la ficción. Y Tella no quería hacerle más daño a su hermana solo por haber decidido divertirse un poco con el joven que había sido tan cruel con ella durante el juego.

Por fortuna, el mundo permaneció dormido mientras Tella llegaba al límite del bosque y, después, a la mansión de las torretas de Legend.

Incluso ahora que Caraval había terminado de manera oficial y todas las velas y lámparas del interior estaban apagadas, el edificio exhalaba volutas de una seductora luz ambarina que parecía insinuar que todavía guardaba trucos por descubrir.

Hasta el día anterior, aquellos muros habían contenido el mundo de Caraval. Sus majestuosas puertas de madera habían conducido a los visitantes a los elegantes balcones envueltos en suntuosas cortinas rojas que rodeaban una ciudad llena de canales, con calles que tenían mente propia y tiendas asombrosas llenas de placeres mágicos. Pero, en el poco tiempo que había trascurrido desde que el juego terminó, el tamaño de la mansión había disminuido y el efímero país de las maravillas que escondían sus muros había desaparecido, dejando atrás solo las partes que habitualmente ocupaban el interior de la enorme casa.

Tella subió por la escalera más cercana. Su dormitorio estaba en la segunda planta. Era fácil encontrarlo, gracias a su puerta redondeada de color azul turquesa. Era igualmente imposible no dar con los aposentos de Scarlett y Julian, que parecían sostenerse el uno al otro como si nunca hubieran aprendido a decir *adiós*.

Tella se alegraba de que su hermana hubiera encontrado por fin cierta felicidad. Scarlett se merecía toda la dicha del Imperio, y Tella esperaba que

durara. Había oído que Julian no tenía fama de seductor, que nunca había establecido relaciones después de Caraval y que su papel ni siquiera incluía que permaneciera junto a Scarlett después de llevarla a la isla de Legend. Aun así, la pareja estaba allí, fundida en un abrazo y con las cabezas unidas, como dos mitades de un mismo corazón.

No dejaron de mirarse a los ojos, ni siquiera cuando Tella los rodeó camino a su habitación.

—¿Eso es un «sí»? —murmuró Julian.

—Tengo que hablar con mi hermana —contestó Scarlett.

Tella se detuvo ante la puerta. Habría jurado que la carta que llevaba en el bolsillo se había vuelto pesada de repente, como si estuviera impaciente por ser leída de nuevo. Pero, si Julian acababa de preguntarle a Scarlett lo que esperaba, tendría que unirse a la conversación.

—¿De qué quieres hablar conmigo? —los interrumpió Tella.

Scarlett se apartó de Julian, pero él mantuvo las manos en su cintura, entrelazando los dedos en los lazos rosados de su vestido como si todavía no estuviera preparado para dejarla marchar.

—Le he preguntado a tu hermana si vendréis con nosotros a Valenda para la celebración del septuagésimo quinto cumpleaños de la emperatriz Elantina. Se celebrará otro Caraval, y tengo dos entradas. —Julian le guiñó el ojo.

Tella le lanzó a su hermana una sonrisa. Aquello no era exactamente lo que había esperado. No obstante, una parte de ella todavía no podía creer en los rumores que había oído durante la semana anterior. Caraval solo era una vez al año y nunca había oído hablar de dos ediciones celebradas en un intervalo de tiempo tan breve. Pero suponía que incluso Legend hacía excepciones con la emperatriz.

—¡Me sorprende incluso que me lo preguntes! —exclamó, mirando a su hermana con esperanza.

—Creí que no te gustaba el Día de Elantina porque siempre eclipsa tu cumpleaños.

Tella ladeó la cabeza como si sopesara su respuesta. Sus verdaderas razones para querer ir tenían poco que ver con el Día de Elantina, aunque su hermana estaba en lo cierto. Porque, desde que Elantina era la emperatriz del Imperio Meridional, su cumpleaños había sido festivo: el Día de Elantina, acompañado por toda una semana de fiestas y bailes, de reglas saltadas y leyes quebrantadas. En Trisda, la isla de origen de las jóvenes, la festividad duraba solo un día, el trigésimo sexto de la Estación de Siembra, pero aun así

desviaba la atención del cumpleaños de Tella, que tenía la mala suerte de celebrarlo el día después.

—Merece la pena visitar Valenda —dijo Tella—. ¿Cuándo nos marchamos?

—En tres días —respondió Julian.

Scarlett frunció los labios.

—Tella, primero tenemos que hablar de esto.

—Creí que siempre habías querido ir a la capital, para ver sus antiguas ruinas y los carruajes que flotan a través del cielo. ¡Y esta será la fiesta del siglo! ¿De qué hay que hablar?

—Del conde.

La piel bronceada de Julian se volvió gris.

El rostro de Tella podría haber hecho lo mismo.

—El conde vive en Valenda, y no podemos dejar que te vea —dijo Scarlett.

Scarlett solía ser demasiado prudente, pero Tella no podía culparla por aquella cautela.

El conde Nicolas d’Arcy era el antiguo prometido de Scarlett, el hombre con quien su padre había dispuesto que se casara. Antes de Caraval, Scarlett se había creído enamorada de él, a pesar de que solo lo conocía por carta. También había esperado que él las mantuviera a salvo, a Tella y a ella… Hasta que lo conoció durante Caraval y descubrió que era un ser humano despreciable.

Scarlett tenía razones para preocuparse por el conde. Si su antiguo prometido descubría que Tella estaba viva, avisaría a su padre (que la creía muerta) y eso lo estropearía todo.

Pero las cosas también se arruinarían si Tella no acompañaba a Legend y a sus intérpretes a la capital imperial de Valenda. Aunque no había tenido la oportunidad de releer la carta de su amigo, sabía lo que quería, y nunca lo conseguiría si se separaba del elenco de Legend.

Durante Caraval, no había sabido con seguridad quién trabajaba para Legend. Pero todos sus intérpretes embarcarían hacia Valenda, y también él, lo que le daría la oportunidad que necesitaba para conseguir por fin aquello que su amigo le exigía.

—El conde está tan centrado en sí mismo que no me reconocería ni aunque me acercara a él y le diera una bofetada en la cara —le aseguró Tella—. Solo nos vimos durante un momento, y no era mi mejor día.

—Tella…

—Lo sé, lo sé, quieres que me lo tome en serio —la interrumpió—. No intento burlarme de ti. Soy muy consciente del peligro, pero no creo que debamos tenerle miedo. Bien podríamos fallecer en un naufragio, pero si dejáramos que ese miedo nos detuviera, jamás volveríamos a abandonar esta isla.

Scarlett hizo una mueca y se dirigió a Julian:

—¿Te importaría dejarme un momento a solas con mi hermana?

Julian le respondió al oído, demasiado bajo para que Tella lo oyera. Lo que dijo hizo que Scarlett se sonrojara. Después se marchó y ella apretó los labios en una línea dura mientras entraba con Tella en su dormitorio.

Había cosas por todas partes. Medias asomaban en los cajones de un armario abarrotado de tocados mientras una variedad de capas, vestidos y enaguas formaban un camino hasta la cama, cubierta por una tambaleante montaña de pieles que había ganado jugando a las cartas.

Tella sabía que Scarlett pensaba que era una vaga. Pero ella tenía una teoría: era fácil registrar una habitación ordenada sin ser detectado porque resultaba sencillo devolver las cosas al lugar exacto donde habían estado. El caos, por el contrario, era difícil de recrear. Con una sola mirada, estuvo segura de que nadie se había atrevido a poner un dedo sobre su desastre personal. Todo parecía intacto, a pesar de la cama adicional que suponía que había aparecido por arte de magia, si es que su hermana no la había arrastrado hasta la planta de arriba.

No sabía cuánto tiempo les permitirían quedarse en la isla. Era un alivio que no las hubieran echado de allí de inmediato, aunque, en ese caso, quizá Scarlett no se mostraría tan reacia a viajar a Valenda. Pero Tella, en realidad, no quería obligarla a nada; esperaba que su hermana tomara esa decisión sola. Comprendía su reluctancia, ya que Tella había muerto durante el juego anterior. Pero esa había sido su decisión, fue por una buena razón y no planeaba morir de nuevo. Había sido tan horrible para ella como lo fue para su hermana. Y todavía había muchas cosas que quería (*y necesitaba*) hacer.

—Scar, sé que piensas que no me tomo las cosas en serio, pero yo creo que necesitamos empezar a ser más felices y menos estrictas. No estoy diciendo que participemos en Caraval, pero creo que al menos deberíamos ir a Valenda con Julian y los demás. ¿Qué sentido tendría esta gloriosa libertad si no la disfrutáramos? Nuestro padre ganará si seguimos viviendo como si todavía estuviéramos atrapadas bajo sus puños.

—Tienes razón.

Tella creyó haber oído mal.

—¿Has dicho que tengo razón?

Scarlett asintió.

—Estoy harta de estar siempre asustada. —Todavía sonaba nerviosa, pero levantó la barbilla con algo parecido a la determinación—. Preferiría no volver a participar en el juego, pero quiero ir con Julian a Valenda. No quiero quedarme encerrada aquí como nuestro padre nos encerró en Trisda.

Tella sintió una oleada de orgullo. En Trisda, Scarlett se había aferrado a su miedo como si este pudiera mantenerla a salvo, pero parecía estar intentando liberarse. Caraval la había cambiado de verdad.

—Anoche tenías razón, cuando me animaste a darle a Julian otra oportunidad. Me alegro de haber ido a la fiesta y sé que me arrepentiré si no nos marchamos con él. Pero, si vamos a Valenda —añadió—, tienes que prometerme que tendrás cuidado. No puedo perderte otra vez.

—No te preocupes. Te lo prometo. —Tella tomó las manos de su hermana con solemnidad y se las apretó—. Disfruto demasiado de mi libertad como para perderla. Y, mientras estemos en la capital, me aseguraré de llevar vestidos chillones de colores furiosos para que te sea imposible perderme de vista.

La boca de Scarlett se curvó en una sonrisa. Tella creyó que estaba intentando contenerla, pero entonces se transformó en una melodiosa carcajada. La felicidad hacía incluso más bonita a Scarlett.

Se rieron juntas hasta que sus sonrisas se igualaron, como si la preocupación fuera algo hecho para los demás. Aun así, Tella no podía olvidar la carta que tenía en el bolsillo, que le recordaba una deuda por pagar y una madre que aún necesitaba ser salvada.



Habían pasado siete años desde la desaparición de la madre de Tella y Scarlett, Paloma.

Hubo un periodo de tiempo que comenzó un año después de que su madre se marchara en el que Tella prefería pensar que estaba muerta. Si seguía viva, según su razonamiento, había tomado la decisión de no volver jamás con sus hijas y eso significaba que nunca las había querido de verdad. Pero, si estaba muerta, cabía la posibilidad de que hubiera deseado regresar; si estaba muerta, era posible que las quisiera.

Así que Tella se aferró durante años a la esperanza de que su madre hubiera encontrado la muerte porque, por mucho que lo intentó, no conseguía dejar de quererla y le dolía demasiado imaginar que ella no la correspondiera.

La joven sacó la carta que había recibido de su amigo. Scarlett se había marchado para informar a Julian de que irían con él a Valenda, pero no sabía cuánto tardaría, así que tendría que leer rápidamente.

Mi queridísima Donatella:

Felicidades por haber escapado de tu padre y sobrevivido a Caraval. Me alegra comprobar que nuestro plan ha

funcionado, aunque no dudaba de que saldrías bien parada del juego.

Seguro que tu madre se sentirá orgullosa. Sé que estás deseando verla, así que cumpliré mi palabra y te llevaré con ella. Pero antes debes cumplir tu parte del trato. Espero que no hayas olvidado lo que me debes a cambio de todo lo que he compartido contigo.

Tengo previsto cobrármelo muy pronto.

Atentamente,
Un amigo

Volvía a dolerle la cabeza, y esta vez no tenía nada que ver con la bebida que había tomado la noche anterior. No conseguía despojarse de la sensación de que en la carta faltaba algo. Habría jurado que contenía algo más, cuando la leyó en la fiesta.

Tella sostuvo el mensaje a la acaramelada luz que atravesaba su ventana. No apareció ninguna línea oculta; las palabras no cambiaron ante sus ojos. A diferencia de Legend, su amigo no salpicaba sus cartas de trucos mágicos, aunque ella a menudo esperaba que lo hiciera. Quizá, entonces, sería capaz de descubrir su identidad.

Aunque había pasado más de un año desde la primera vez que contactó con ella para ayudarla a escapar de su padre, Tella todavía no tenía ni idea de quién era su amigo. Durante un tiempo se había preguntado si su

correspondiente no sería Legend en realidad, pero su amigo y Legend no podían ser la misma persona: el pago al que se refería en su carta la hacía estar segura de ello.

Todavía no lo había conseguido, pero ahora que acompañarían a los intérpretes de Legend a Valenda se sentía más segura. Lo lograría. Tenía que hacerlo.

Su pulso danzó más rápido mientras escondía la carta y abría el pequeño baúl, el mismo que no había permitido que los intérpretes registraran durante Caraval. Lo había llenado con el dinero hurtado a su padre, pero ese no era el único tesoro que escondía. El interior estaba forrado con un feo brocado en naranja tostado y verde lima que la mayoría de la gente no miraba con la atención suficiente para descubrir la abertura que tenía en el borde y que le permitía esconder el catalizador de toda aquella situación: *El Aráculo*.

Sintió un hormigueo en los dedos, como le ocurría siempre que sacaba la malévola carta. Después de la desaparición de su madre, su padre se había vuelto loco de ira. Antes nunca había sido un hombre violento, pero cuando su esposa lo abandonó, cambió casi de inmediato. Lanzó sus vestidos a las alcantarillas, convirtió su cama en leña y quemó todo lo demás. Las únicas cosas que se habían salvado eran los pendientes que Paloma le había regalado a Scarlett, el anillo de ópalo en bruto que Tella se había guardado y la insólita carta que tenía en la mano. Si no se hubiera llevado aquella carta y el anillo justo antes de que su madre se marchara, no tendría con qué recordarla.

El anillo de ópalo cambió de color poco después de la desaparición de su madre, volviéndose de un rojo y un púrpura feroces. Los bordes de la carta de El Aráculo seguían siendo de oro fundido, pero la imagen de su brillante centro también había cambiado, infinidad de veces desde entonces. Cuando la robó de la Baraja del Porvenir de su madre, Tella no había sabido qué era. Ni siquiera unió las piezas unos días más tarde, cuando se miraba en el espejo y veía las lágrimas gruesas bajando por sus mejillas en una recreación perfecta de la primera imagen que El Aráculo le había revelado. No fue hasta mucho tiempo después cuando se dio cuenta de que siempre sucedía lo que El Aráculo le revelaba.

Al principio, las imágenes eran intrascendentes: una doncella probándose el vestido favorito de Tella o su padre haciendo trampas a las cartas. Después, las visiones del futuro se hicieron más inquietantes, hasta que un día, inmediatamente después de que Scarlett se prometiera con el conde, Tella vio una imagen perturbadora.

Scarlett llevaba un vestido de novia blanco como la nieve, salpicado de rubíes y pétalos y con un encaje tan delicado como un susurro. Aunque era precioso, en la visión de El Aráculo estaba manchado de barro, sangre y lágrimas; Scarlett sollozaba violentamente, cubriéndose el rostro con las manos.

La horrible imagen permaneció en el centro de la carta durante meses, como si estuviera pidiéndole a Tella que evitara el matrimonio concertado de su hermana y cambiara el futuro… Aunque no es que necesitara que insistieran. Ya estaba trazando un plan para escapar con su hermana de su controlador padre, uno que involucraba a Legend y Caraval. Tella sabía que, si algo podía tentar a su prudente hermana a buscar otra vida, sería Caraval. Pero Legend no respondió a ninguna de sus cartas, como tampoco había contestado a las de Scarlett.

La imagen de El Aráculo la incitó a buscar más información sobre Legend. Corría el rumor de que el Maestro de Caraval había matado a alguien durante el juego unos años antes, y ella esperaba descubrir más sobre cómo captar su atención.

Para alimentar su búsqueda, la joven se cobró todos los favores que le debían, hasta que le aconsejaron que escribiera a un establecimiento llamado «Los Más Buscados de Elantina». Se suponía que era un negocio en la capital del Imperio Meridional, Valenda. Nadie le había dicho a qué se dedicaba exactamente, pero después de pedir información sobre Legend, recibió un mensaje que decía:

> Hemos encontrado a un hombre que ha accedido a ayudarte, pero te advertimos que a menudo exige algo más que dinero como pago.

Cuando Tella contestó a la carta preguntando el nombre de aquel hombre, él mismo respondió:

> Es mejor que no lo sepas.
>
> Un amigo.

A Tella le dio la impresión de que esta respuesta significaba que su *amigo* era un criminal, pero parecía inteligente y fiable. La información que le proporcionó sobre Legend no era lo que había esperado, pero usándola, volvió a escribirle a Legend y le suplicó su ayuda.

Esta vez tuvo éxito. Legend le contestó y, tan pronto como accedió a ayudar a las hermanas a escapar de su padre, El Aráculo cambió: dejó de mostrar a Scarlett en su maltrecho vestido de novia para hacerlo en un fastuoso baile, con un vestido de rubíes que atraía la mirada de todos los

jóvenes junto a los que pasaba. *Aquel* era el futuro que Tella quería para su hermana, uno lleno de elegancia, fiestas y opciones.

Por desgracia, la visión fue reemplazada al día siguiente por otro atisbo del futuro que no había cambiado desde entonces.

Tella no sabía si la carta mágica seguiría mostrando la misma imagen horrible; después de todo lo que había pasado durante Caraval, esperaba que hubiera cambiado.

Pero no lo hizo.

El aire y la esperanza escaparon de sus pulmones.

La carta todavía mostraba a su madre. Parecía una maltratada versión de la Dama Prisionera representada en la Baraja del Porvenir, cubierta de sangre y atrapada tras los sólidos barrotes de hierro de una oscura celda.

Aquel era el futuro que la había empujado a hacer otra petición a su amigo y preguntarle si también podía ayudarla a encontrar a su madre. Su búsqueda previa de Paloma no la había llevado a ninguna parte, pero su amigo, que no estaba confinado en una isla remota como ella, sin duda tendría mejores ideas y métodos de búsqueda.

Había memorizado su respuesta.

Estimada Donatella:

Como me pediste, estoy investigando el paradero de tu madre y ya tengo una buena pista. Creo que la razón por la que no has conseguido encontrarla hasta ahora es que Paloma no era su nombre real. No obstante, no podré reunirte con ella hasta que me pagues por la información que te

proporcioné sobre el Maestro de Caraval, Legend.

Por si lo has olvidado, te recuerdo que necesito su verdadero nombre. Todos los que han intentado averiguarlo han fracasado. Pero, como pasarás un tiempo en su isla privada, estoy seguro de que tú lo conseguirás. Cuando descubras su nombre, discutiremos el pago por encontrar a tu madre.

Atentamente,
Un amigo

Aquella noticia sobre el nombre de su madre era la única información que había reunido desde que esta se marchó, siete años antes. Y eso hacía que se sintiera verdaderamente esperanzada. No tenía ni idea de para qué querría su amigo el nombre de Legend, para su uso personal o como información para otro cliente, pero no le importaba: haría lo que fuera necesario para descubrirlo. Si lo conseguía, por fin se reencontraría con su madre. Su amigo no la había decepcionado hasta entonces.

—¡Dios mío!

Tella levantó la mirada para ver los grandes ojos de su hermana volverse enormes al entrar en la habitación.

—¿Dónde has conseguido todas esas monedas? —le preguntó, señalando el baúl abierto.

Pero al oír la palabra «monedas», la mente de Tella viajó de repente a otro lugar. Su amigo había añadido una extraña moneda a la última carta que le

envió. ¡Eso era lo que faltaba! Debió caérsele del bolsillo mientras se revolcaba por el suelo del bosque con Dante.

Tenía que regresar para buscarla. Se escondió El Aráculo en el bolsillo y corrió hacia la puerta.

—¿Adónde vas? —le preguntó Scarlett—. ¡No me digas que has robado todo ese dinero!

—No te preocupes —le contestó Tella—. Se lo quité a nuestro padre, y él cree que estoy muerta.

Antes de que su hermana pudiera responder, la joven salió del dormitorio.

Se movió tan rápido que ya había salido de la mansión de las torretas y estaba en una calle bordeada de tiendas con forma de sombrereras cuando se dio cuenta de que seguía descalza, un error que lamentó rápidamente.

—¡Por el amor de Dios! —gritó. Solo estaba a medio camino del bosque y ya se había golpeado un dedo del pie tres veces. Esta, maldijo a una piedra que había brincado a propósito sobre la calle adoquinada para atacar sus pies expuestos—. Os juro que, si otra de vosotras me muerde los dedos, os lanzaré al océano donde las sirenas os usarán para limpiarse el…

Tella oyó una risita grave, profunda y desquiciantemente familiar.

Se dijo que no debía girarse; no debía ceder a su curiosidad. Pero que le dijeran que no (aunque fuera ella misma) solo la hacía desear lo contrario.

Echó un vistazo cauto sobre su hombro y de inmediato se arrepintió de ello.

Dante bajaba por el otro lado de la tranquila calle con sus ojos divertidos clavados en ella.

La joven apartó la mirada, esperando que se mantuviera en su lado de la carretera si lo ignoraba; deseaba que él fingiera que no acababa de verla gritándole a una piedra.

En lugar de eso, Dante cruzó la calle hacia ella con sus piernas imposiblemente largas, sonriendo con sus labios gruesos como si conociera un secreto.



Tella se dijo que la razón de las mariposas que sentía en el estómago era que no había comido nada aquella mañana. Dante había dormido en el bosque, pero no llevaba ni una brizna de hierba en sus botas pulidas. Vestido de negro, sin más que un pañuelo suelto en el cuello, parecía un ángel oscuro y sin alas que había sido expulsado del cielo para caer a sus pies.

De repente recordó cómo se le había acercado en la fiesta de la noche anterior y volvió a sentir algo agitándose en su interior. Cuando lo saludó, él había respondido con desinterés, casi ignorándola, pero después lo pilló mirándola desde lejos (solo un segundo, de vez en cuando), hasta que, de la nada, apareció a su lado y la besó hasta que se le aflojaron las rodillas.

—Por favor, no interrumpas tu interesante discurso por mi culpa —le dijo, devolviéndola al momento presente—. Estoy seguro de que he oído maldiciones mucho más coloridas.

—¿Cuestionas mi habilidad para la blasfemia?

—Al contrario. Te pido más groserías. —Su voz era tan grave que Tella habría jurado que los lazos que bajaban por la espalda de su vestido se habían enroscado.

Pero así era Dante. Le hablaba igual a todas las chicas, dedicándoles su devastadora sonrisa y engatusándolas y seduciéndolas hasta que conseguía que se desabotonaran las blusas o se levantaran las faldas. Después, fingía que no existían. Había oído las historias de Caraval. Por lo tanto, habría sido lógico asumir que, después de la noche anterior, aquel chico jamás volvería a hablar con ella, que era lo que ella deseaba.

Disfrutó de los besos, y quizás en algún otro momento se habría sentido tentada por la idea de más. Pero el problema de desear más era que podía provocar otros sentimientos, como el amor. Tella no quería saber nada del

amor; había descubierto hacía mucho que ese no era su destino. Se permitía la libertad de besar a tantos jóvenes como quisiera, pero nunca más de una vez.

—¿Qué quieres? —le preguntó.

Dante abrió los ojos de repente, traicionando su sorpresa ante la brusquedad de su tono, pero le contestó con amabilidad.

—Anoche se te cayó esto en el bosque.

Extendió su amplia palma para mostrarle una gruesa moneda metálica grabada con una imagen borrosa que parecía media cara.

¡Tenía su moneda! Tella habría corrido a recuperarla, pero dudaba de que parecer demasiado ansiosa fuera prudente.

—Gracias por recogerla —respondió con frialdad—. No es valiosa, pero me gusta llevarla como amuleto de buena suerte.

Extendió la mano para tomarla.

Dante apartó la suya; lanzó el disco metálico al aire y lo atrapó de nuevo.

—Interesante elección para un amuleto. —De repente parecía más serio. Sus cejas gruesas se habían unido sobre sus ojos oscuros como el carbón mientras giraba la moneda una y otra vez, dejándola danzar sobre sus dedos tatuados—. He visto muchas cosas extrañas durante Caraval, pero nunca he conocido a nadie que llevara una de estas para atraer la buena suerte.

—Supongo que me gusta ser original.

—O que no tienes idea de qué es. —Su voz profunda sonaba más divertida que antes.

—¿Y qué crees tú que es?

Dante lanzó la moneda al aire una vez más.

—Se dice que a estas monedas las forjaron los Destinos. La gente solía llamarlas «monedas del infortunio».

—No me extraña que nunca haya funcionado bien. —Tella forzó una carcajada, pero algo la carcomía (la idiotez, quizá) por no haber reconocido el objeto.

Había estado obsesionada con los Destinos desde que descubrió la Baraja del Porvenir de su madre. Eran treinta y dos y constituían una corte de dieciséis inmortales, ocho lugares y ocho objetos. Cada Destino era conocido por un poder concreto, pero no era esa la única razón por la que habían llegado a gobernar la mayor parte del mundo unos siglos antes. También se decía que los mortales no podían matarlos, y que eran más rápidos y fuertes que ellos.

Hacía siglos, antes de que desaparecieran, los Destinos representados en las Barajas del Porvenir habían gobernado casi toda la Tierra como dioses…

algunos crueles. Tella había leído todo lo que había podido sobre ellos, así que conocía la existencia de las monedas del infortunio, pero se sentía ridícula admitiéndolo.

—La gente las llamaba así porque encontrar una siempre era un mal augurio —le explicó Dante—. Se rumoreaba que tenían la habilidad mágica de rastrear el paradero de una persona. Los Destinos las introducían en los bolsillos de sus siervos humanos, de sus amantes o de aquel a quien desearan seguir, mantener cerca o controlar. Nunca había tenido una en la mano antes de hoy, pero he oído que, si la giras, puedes ver a qué Destino perteneció.

Dante dejó la moneda en el borde de un banco cercano.

Una emoción desagradable subió danzando por la columna de Tella. Aunque Dante parecía saber mucho sobre historia oscura, no sabía si creía en el poder de los Destinos. Ella lo hacía.

Se decía que La Doncella de la Muerte predecía la pérdida de un ser querido o de un miembro de la familia. Unos días después de extraer la carta y ver a la doncella con la cabeza en una jaula de perlas, su madre había desaparecido. Sabía que era infantil creer que girar esa carta hubiera provocado su desaparición, pero no todas las creencias infantiles eran erróneas. Su madre le había advertido que los Destinos tenían la habilidad de retorcer el futuro. Y Tella había visto a El Aráculo, una y otra vez, predecir un futuro que siempre se hacía realidad.

Tella contuvo el aliento mientras Dante daba un giro brusco a la moneda.

Zum, zum, zum.

La moneda giró hasta que los grabados de cada lado comenzaron a tomar solidez, uniéndose como por arte de magia para formar un rostro que ya conocía, el de un joven apuesto con una sonrisa cruel, el tipo de sonrisa que causaba estragos y hacía que Tella se imaginara dientes mordiendo corazones y labios presionados contra venas perforadas.

Aunque era pequeña, Tella podía ver la imagen con claridad. El joven cruel tenía una mano cerca de su barbilla afilada, agarrando la empuñadura de una daga, mientras las lágrimas rojas caían de sus ojos a juego con la sangre que le manchaba la comisura de la boca.

El Príncipe de Corazones.

Un símbolo de amor no correspondido y errores irreparables que llenaba a Tella de temor y de una morbosa atracción.

Scarlett se había pasado la mitad de su infancia obsesionada con Legend y Caraval, pero Tella se había sentido fascinada por El Príncipe de Corazones

desde que predijo su futuro sin amor cuando lo extrajo de la Baraja del Porvenir de su madre.

Se decía que merecía la pena morir por los besos de El Príncipe de Corazones, y Tella se había preguntado a menudo cómo sería un beso letal. Pero, al crecer, había besado a suficientes chicos para darse cuenta de que no merecía la pena morir por ningún beso y comenzaba a sospechar que las historias eran simples fábulas para ilustrar los peligros de enamorarse.

También se decía que El Príncipe de Corazones no era capaz de amar porque su corazón había dejado de latir hacía mucho. Solo una persona podría hacerlo latir de nuevo: su verdadero amor. Decían que sus besos eran letales para todos excepto para ella (su única debilidad), y que, mientras la buscaba, había dejado un rastro de cadáveres.

Un nuevo escalofrío lamió la nuca de Tella y detuvo la moneda con un golpe de su palma.

—Parece que no te gusta demasiado El Príncipe —dijo Dante.

—Parecía que la moneda iba a caerse, y entonces habría tenido que perseguirla.

El joven elevó una comisura de su boca. No parecía demasiado convencido.

Tella se percató de que acababa de hablar de El Príncipe de Corazones como si él y el resto de los Destinos siguieran merodeando por el Imperio, en lugar de haber desaparecido hacía más de un siglo.

—No sé por qué llevas esa moneda en realidad —le dijo Dante—, pero ten cuidado. Nada bueno ha salido nunca de algo que un Destino haya tocado.

Levantó los ojos hacia el cielo como si los Destinos estuvieran viéndolos desde arriba, espiándolos mientras hablaban.

Entonces, antes de que Tella pudiera responder, el joven se marchó, caminando con seguridad y dejándola con una moneda que le quemaba en la palma y con la insólita sensación de que quizás aquel chico guapo era algo más de lo que en un principio había sospechado.



Tella se descubrió pensando en amor no correspondido y en besos por los que merecía la pena morir mientras hacía girar la moneda del infortunio de El Príncipe de Corazones en el mismo banco donde lo había hecho Dante. ¿Por qué le había entregado su amigo una reliquia de una antigua leyenda? Esperaba que no fuera porque no confiaba en ella y quisiera mantenerla localizada.

Puede que la extraña moneda fuera un regalo de su amigo para recordarle lo hábil que era encontrando cosas que resultaban difíciles para la mayoría; un recordatorio de que él era el único que podría localizar a su madre.

Se oyó una campanilla. Fue un sonido ligero, como de hadas, pero Tella tomó su moneda y miró la calle, donde un joven salía de una tienda. Siguió las profundas líneas escarlatas de su chaqué hasta sus vibrantes ojos, más verdes que las esmeraldas recién cortadas.

Y un baño carmesí le nubló la mirada.

Conocía a aquel joven. Se había despojado del parche de su ojo desde Caraval, pero todavía tenía el mismo cabello negro azabache, los ropajes aristocráticos y la expresión imposiblemente arrogante del conde Nicolas d'Arcy, el antiguo prometido de Scarlett.

Tella cerró los puños y se grabó medialunas en las palmas con las uñas. Aunque oficialmente solo se había encontrado una vez con él, lo había espiado en varias ocasiones durante Caraval. Lo había visto persiguiendo a su hermana y había oído que, cuando la atrapó, se mostró dispuesto a hacerle cosas impronunciables para retenerla. Scarlett consiguió escapar, pero Tella lo habría estrangulado, lo habría envenenado o le habría destrozado su bonita cara si Legend no le hubiera prometido en una de sus cartas que eliminaría a su hermana del juego si se desviaba de su papel e interfería de algún modo.

Por eso se había visto obligada a no hacer nada.

Pero, ahora, el juego había terminado. Tella podía hacer lo que quisiera.

El conde estaba a varias tiendas de distancia, demasiado ocupado observando su reflejo en un escaparate como para fijarse en ella. Lo prudente habría sido escabullirse por una calle distinta para que él no descubriera que seguía viva.

Pero Tella hablaba en serio cuando dijo que dudaba de que el conde la reconociera si se acercaba a él y le daba una bofetada. Por lo que le había hecho a su hermana durante Caraval, se merecía más que eso, pero no llevaba veneno en los bolsillos.

Se acercó. Quizá, si le propinaba una patada bien apuntada y…

Una mano se cerró sobre su boca mientras otra le rodeaba la cintura. Pataleó, pero eso no evitó que su asaltante la arrastrara hasta un callejón estrecho como si fuera una astilla.

—¡Quítame las manos de encima!

Tella salió despedida hacia delante cuando los brazos que la rodeaban la soltaron.

—Tranquila. —La voz era grave y tenía un melódico acento—. No voy a hacerte daño, pero no huyas.

La joven se giró.

El cabello oscuro de Julian seguía revuelto, como lo habían dejado los dedos de Scarlett, pero sus ojos ya no contenían el cálido ámbar líquido que habían mostrado mientras miraba a su hermana. Estaban entornados con dureza, tensos.

—¿Julian? ¿Qué demonios estás haciendo?

—Intento evitar que cometas un error del que te arrepentirás. —Su mirada bajó por el estrecho callejón de ladrillo rojo hacia la calle donde se encontraba el aborrecible conde Nicolas d’Arcy.

—No —replicó Tella—, estoy bastante segura de que me hará muy feliz cometer ese error. Me sorprende que no desees machacarlo tú también por lo que permitió que te hiciera mi padre.

Tella asintió en dirección a la desigual cicatriz que iba desde la mandíbula hasta el rabillo del ojo de Julian. Los intérpretes de Caraval podían volver a la vida si morían durante el juego, pero sus cicatrices perduraban. Tella había oído que, durante Caraval, el prometido de Scarlett se había quedado de brazos cruzados mientras el padre de Tella cortaba el rostro de Julian.

—He deseado machacar a Armando más de una vez, créeme, pero… —comenzó Julian, con los dientes apretados.

—¿Armando? —Lo interrumpió Tella. No al conde. No a Nicolas. No a d'Arcy, o a la repugnante escoria del conde Nicolas d'Arcy. Julian lo había llamado Armando—. ¿Por qué acabas de llamarlo Armando?

—Por tu expresión, creo que ya lo has adivinado. Armando nunca estuvo prometido con tu hermana. Trabaja para Legend, como yo.

Tella se tambaleó mientras recordaba el ya conocido mantra de Caraval: «Recuerda, solo es un juego. Queremos que te dejes llevar, pero, cuidado, no te dejes arrastrar…».

Ese villano.

Ella se había creído inmune a la farsa de Caraval, ya que le había estado escribiendo cartas a Legend mientras él planeaba el juego. Pero al parecer se había equivocado: Legend la había engañado exactamente igual que a todos los demás. Nunca se le había ocurrido pensar que un intérprete pudiera estar haciendo el papel del prometido de su hermana.

Legend realmente se merecía el nombre que él mismo se había puesto. Tella se preguntó si sus jueguecitos terminaban alguna vez, o si su mundo era un laberinto sin fin de fantasía y realidad que dejaba a aquellos atrapados en su interior suspendidos para siempre entre ambos extremos.

Frente a ella, Julian se llevó la mano a la nuca, más nervioso que arrepentido. Era impulsivo; Tella dudaba de que hubiera meditado las consecuencias de contarle la verdad. Probablemente solo había reaccionado, después de verla a punto de acercarse a Armando.

—Mi hermana no tiene ni idea, ¿verdad?

—No —le confesó Julian—. Y por ahora quiero que siga siendo así.

—¿Me estás pidiendo que le mienta?

—No sería la primera vez.

Tella enfureció.

—Lo hice por su bien.

—Esto también es por su bien. —Julian cruzó sus brazos delgados y se apoyó en el muro del callejón.

En ese momento, Tella no estaba segura de que le cayera bien. Odiaba la afirmación que acababa de hacer. Decir que algo era por el bien de otra persona casi siempre era un modo de justificar algo que estaba mal. Por supuesto, como ella lo había dicho primero, no podía reprender a Julian como hubiera querido.

—Zarparemos hacia Valenda en un par de días —continuó Julian—. ¿Qué crees que haría tu hermana si descubriera que no llegó a conocer a su verdadero prometido durante Caraval?

—Lo buscaría —admitió Tella. Sería fácil hacerlo, ya que él vivía en Valenda. Aunque ella nunca lo había comprendido, Scarlett había querido casarse con aquel hombre del que ni siquiera había visto un retrato. Lo imaginaba con corazones en los ojos, siempre leyendo lo mejor de sus insípidas y desapasionadas cartas.

Scarlett probablemente afirmaría que solo era curiosidad pero, conociéndola, se sentiría obligada a darle una oportunidad, y eso sería desastroso. Tella recordó la imagen de su hermana, llorando y con un vestido de novia ensangrentado. El Aráculo le mostró que ese futuro se había disipado, pero todavía existía la posibilidad de que volviera.

—A Scarlett no le gustará descubrir que le has mentido —dijo Tella.

—Prefiero pensar que estoy luchando por ella.

Julian se frotó el bozo oscuro que cubría su barbilla. Parecía y sonaba como un chico demasiado ansioso por meterse en una trifulca callejera, pero Tella sentía un coraje genuino en sus palabras. Todavía no estaba segura de cuánto duraría el afecto de Julian por su hermana, pero en ese momento, lo creía capaz de cruzar todas las líneas morales para conservar el corazón de Scarlett. Curiosamente, eso la hacía confiar más en él.

La vida de Tella sería más fácil si se negara a mentir; entonces, a Scarlett no le preocuparía que el conde la viera mientras estaban en Valenda, porque el *verdadero* conde jamás había visto su rostro. Pero, a pesar de lo mucho que simplificaría las cosas, no podía arriesgarse a contarle la verdad. La unión entre Scarlett y el conde terminaría en sufrimiento y devastación. El Aráculo se lo había mostrado, y la carta nunca le había mentido.

—De acuerdo —dijo—. No le diré nada a Scarlett sobre Armando.

Julian asintió, como si ya hubiera sabido que iba a participar en el engaño.

—A pesar de lo que hice durante Caraval, no disfruto mintiéndole a mi hermana.

—Pero es difícil parar, una vez que empiezas.

—¿Eso es lo que te pasa a ti? ¿Pasas tanto tiempo mintiendo que no puedes decir la verdad? —Las palabras sonaron más bruscas de lo que pretendía, pero en honor a la verdad, había que decir que Julian no replicó.

—Puede que Caraval sea una mentira para ti pero, para mí, es mi vida… Mi verdad. Esta última partida fue tan real para mí como lo fue para tu hermana. Mientras ella luchaba por ti, yo luché por ella. —Su voz se volvió ronca—. Podría haberle mentido sobre mi identidad, pero mis sentimientos por ella eran genuinos. Necesito pasar más tiempo con ella antes de que descubra algo que la haga dudar de mí.

—¿Qué ocurrirá si Scarlett ve que Armando sigue en la isla?

—Legend va a enviarlo a Valenda antes, junto a un par de intérpretes más.

Qué oportuno.

—Ya que voy a hacer esto por ti, quiero que me hagas un favor —añadió Tella, tras una pequeña inspiración.

Julian movió la cabeza hacia atrás y hacia delante, como si lo estuviera considerando.

—¿Qué tipo de favor?

—Quiero saber cuál es el verdadero nombre de Legend. ¿Quién es Legend, *en realidad*?

Julian se rio antes incluso de que terminara de hablar.

—No me digas que tú también te has enamorado de él.

—No soy tan tonta como para enamorarme de Legend.

—Me alegro. Y no —dijo Julian, que había dejado de reír—. Eso ni siquiera se acerca a un trato justo y, aunque lo fuera, no podría decirte el nombre de Legend.

Tella cruzó los brazos sobre su pecho. En realidad, no había esperado una respuesta. Los intérpretes a los que les había preguntado le habían dado respuestas similares. Se habían reído, se habían burlado, y algunos la habían ignorado por completo. Imaginaba que era porque la mayoría no tenía ni idea de quién era Legend en realidad, pero la respuesta de Julian había sido distinta y la había hecho albergar la esperanza de que por fin había encontrado a alguien mejor informado.

—Si no puedes decirme su nombre —le dijo Tella—, indícame a alguien que pueda, o no habrá trato.

Todo rastro de humor se desvaneció del rostro de Julian.

—La identidad de Legend es su secreto mejor guardado. Nadie de esta isla te lo revelará.

—Entonces supongo que tendré que contarle a Scarlett la verdad sobre Armando. —Tella se giró para abandonar el callejón.

—Espera… —Julian le agarró la muñeca.

Tella contuvo una sonrisa. El joven estaba desesperado.

—Si me prometes que no le contarás a Scarlett lo de Armando, te diré el nombre de un intérprete que podría responderte algunas preguntas.

—¿Podría?

—Lleva en Caraval desde el principio, y sabe cosas. Pero la información no será gratis.

—Si lo fuera, no la creería. Dime su nombre y cerremos el trato.

—Es Nigel —contestó Julian en voz baja—. El adivino de Legend.

Tella no conocía a Nigel, pero sabía quién era. El joven era inconfundible. Cada centímetro de su ser, incluyendo su rostro, estaba cubierto de llamativos tatuajes realistas que usaba para predecir el futuro. Por supuesto, el papel de Nigel sonaba distinto en los labios de Julian, como si en realidad no estuviera allí para aquellos que jugaban a Caraval, sino para entregar información a su señor.

—Ten cuidado —añadió Julian, como si Tella necesitara otra advertencia —. Los adivinos no son como tú y como yo. Ellos ven el mundo como podría ser, y a veces intentan que ocurra lo que quieren en lugar de lo que debería ocurrir.



El aire estaba cargado de sal y secretos. Tella inspiró profundamente, esperando que la magia que envolvía el barco de Legend, *La Esmeralda*, también enhebrara la noche.

Todo en él rezumaba magia. Incluso sus velas hinchadas parecían hechizadas. Emitían destellos rojos durante el día y plateados por la noche, como la capa de un mago, como si hubiera misterios escondidos debajo, misterios que Tella planeaba descubrir aquella noche.

Carcajadas ebrias flotaron sobre su cabeza mientras se adentraba en el vientre del barco en su búsqueda de Nigel, el adivino. En su primera noche en el navío había cometido el error de dormir, sin darse cuenta hasta el día siguiente de que los intérpretes de Legend habían cambiado sus horas de sueño para prepararse para el siguiente Caraval. Dormitaban durante el día y despertaban después del ocaso.

Lo único que Tella había descubierto en su primer día a bordo de *La Esmeralda* era que Nigel estaba en el barco, pero todavía no lo había visto. Los rechinantes pasillos bajo cubierta eran como los puentes de Caraval: conducían a lugares distintos a horas diferentes, dificultando saber quién ocupaba qué camarote. Tella se preguntó si Legend lo había diseñado así o si se debía a la impredecible naturaleza de la magia.

Se imaginó a Legend con su sombrero de copa, riéndose de la pregunta y de la idea de que la magia tuviera más control que él. Para muchos, Legend era la definición de la magia.

Cuando llegó por primera vez a la Isla de los Sueños, Tella sospechaba que Legend podía ser cualquiera. Julian había ocultado tantos secretos que se preguntó si Legend sería uno de ellos, hasta que murió brevemente. Caspar, con sus ojos brillantes y su risa suntuosa, había interpretado el papel de

Legend en la última partida, y a veces había sido tan convincente que llegó a dudar de que estuviera actuando. A primera vista, Dante, que resultaba casi demasiado atractivo para ser real, era justo como siempre había imaginado a Legend. Parecía fácil visualizarlo con una levita negra sobre sus hombros anchos y una chistera en la cabeza. Pero, cuanto más pensaba en Legend, más dudaba de que realmente llevara chistera, como si el símbolo fuera, quizá, solo algo para despistar a la gente. Puede que él fuera más magia que hombre y que ella jamás hubiera llegado a conocerlo en persona.

El navío se balanceó y una carcajada atravesó el silencio.

Tella se detuvo en seco.

La carcajada se desvaneció, pero el aire del estrecho pasillo cambió. Lo que había olido a sal, a madera y a humedad se convirtió en un aroma denso y aterciopelado. El olor de las rosas.

Se le erizó la piel y notó un hormigueo en sus brazos desnudos.

A sus pies, un charco de pétalos formaba un seductor sendero rojo.

Puede que no conociera el verdadero nombre de Legend, pero sabía que sentía predilección por el rojo, por las rosas y los juegos.

¿Era aquella su manera de jugar con ella? ¿Sabía qué estaba haciendo?

La sensación de sus brazos reptó hasta su cuello y su cráneo mientras aplastaba los pétalos tiernos con su nuevo par de zapatillas. Si Legend sabía qué buscaba, no creía que fuera a conducirla en la dirección correcta, y aun así el camino de pétalos era demasiado tentador para ignorarlo. La guiaba a una puerta bordeada por un resplandor cobrizo.

Giró el pomo.

Y su mundo se transformó en un jardín, un paraíso de flores y cautivador romance. Las paredes estaban formadas de luz de luna. El techo estaba hecho de rosas que caían sobre una mesa en el centro de la habitación, cubierta de bandejas con pasteles, velas y burbujeante hidromiel.

Pero nada de aquello era para ella.

Todo era para Scarlett. Tella se había topado con la historia de amor de su hermana y era tan romántica que dolía mirarla.

Scarlett estaba allí. Mientras miraba a Julian, su vestido rubí opacaba al resto de las flores y su piel resplandeciente rivalizaba con la luna.

No tocaban nada excepto el uno al otro. Mientras Scarlett presionaba sus labios contra los de Julian, él la rodeaba con sus brazos como si hubiera encontrado lo único que nunca querría abandonar.

Aquella era la razón por la que el amor era tan peligroso. El amor convertía el mundo en un jardín tan seductor que era fácil olvidar que los

pétalos de rosa eran tan efímeros como los sentimientos y que al final se marchitarían y morirían, dejando solo las espinas.

Tella se giró y abandonó la entrada antes de pensar otra crueldad más. Scarlett se merecía aquella felicidad. Y quizá perduraría. Quizá Julian demostraría ser digno de ella y mantendría sus promesas. Parecía que estaba intentándolo.

Y, a diferencia de Tella, no era a Scarlett a la que El Príncipe de Corazones había condenado a un amor no correspondido.

El pasillo cambió de nuevo tan pronto como cerró la puerta. El sendero de pétalos desapareció ante sus ojos y apareció uno nuevo formado por un humo con olor a jengibre e incienso, los aromas que siempre acompañaban a Nigel.

Una vez más, tuvo la sensación de que Legend estaba jugando con ella cuando las espirales de humo de incienso asumieron la forma de manos y le indicaron una puerta abierta.

Su piel se calentó cuando entró. La habitación estaba rodeada de velas de cera amarilla y en el centro de todas ellas estaba Nigel, recostado en una cama cubierta por una colcha de terciopelo de un profundo tono ciruela. Sus labios, rodeados de tatuajes de alambre de espino, se extendieron, no en una sonrisa sino en algo más parecido a la entrada de una trampa.

—Me preguntaba cuándo me harías una visita, señorita Dragna.

Le indicó que tomara asiento en la montaña de cojines con borlas que había a los pies de su estrado temporal. Igual que durante Caraval, Nigel solo llevaba un retal de tela marrón que dejaba a la vista sus vibrantes tatuajes.

Los ojos de Tella se posaron en las escenas de circo representadas en sus gruesas piernas y quedaron atrapados por la visión de una mujer con plumas en lugar de cabello que bailaba con un lobo con chistera. Como no quería que Nigel interpretara el significado, levantó rápidamente los ojos, solo para detenerlos en su brazo y en la imagen de un negro corazón roto.

—¿Qué puedo hacer por ti? —le preguntó Nigel.

—No quiero que me leas el futuro. Quiero información sobre Legend.

Las estrellas que Nigel llevaba tatuadas alrededor de los ojos destellaron como tinta húmeda, ansiosas e intrigadas.

—¿Cuánto estás dispuesta a pagar por ella?

Tella se sacó una bolsa con monedas del vestido.

Nigel negó con la cabeza. Por supuesto que no aceptaría su dinero; las monedas no eran el método de pago habitual en el mundo de Caraval.

—Solemos actuar una vez al año, lo que nos deja meses para recuperarnos —dijo Nigel—. Esta vez, Legend nos ha dado menos de una semana.

—No voy a entregarte ningún día de mi vida.

—No deseo tu vida. Quiero tu descanso.

—¿Cuánto? —le preguntó Tella con cautela. Había pasado días sin dormir antes; ceder un par de noches de descanso no le parecía un sacrificio demasiado grande, pero los tratos como aquel nunca lo parecían. Los intérpretes de Legend siempre lo hacían sonar como insignificantes inconveniencias, pero nunca eran sinceros.

—Te pediré en proporción a lo que te dé —dijo Nigel—. Cuantas más preguntas responda, más descanso recibiré. Si no te doy ninguna respuesta valiosa, no perderás nada.

—¿Y cuándo te llevarás mi sueño?

—Tan pronto como salgas de esta habitación.

Tella intentó ver todos los ángulos del trato. Era la noche del veinticuatro y estaba planeado que llegaran a Valenda la mañana del veintinueve. Quedaban cuatro días de viaje. Dependiendo de cuánto sueño le robara, estaría agotada cuando llegaran a Valenda. Pero si le daba información concreta sobre Legend, merecería la pena.

—De acuerdo. Pero solo te entregaré mi sueño mientras estemos a bordo de este barco. No podrás arrebatármelo cuando estemos en Valenda.

—Puedo aceptarlo. —Nigel sacó un pincel y un diminuto frasco lleno de un vibrante líquido naranja del estante junto a su cama—. Necesitaré tu muñeca, para completar la transacción.

Tella dudó.

—No vas a pintarme nada permanente, ¿verdad?

—Lo que dibuje, desaparecerá tan pronto como tu pago se complete.

Tella extendió el brazo. Nigel se movió con una habilidad practicada; su pincel frío giró y se arremolinó sobre la piel de la joven, como si usara a menudo partes del cuerpo como lienzo.

Cuando terminó, un par de ojos, en todo iguales a los suyos, la miró. Eran redondos y de un brillante avellana. Por un momento, le pareció que le suplicaban que no hiciera aquel trato, pero perder un poco de sueño parecía un pequeño sacrificio si eso le proporcionaba la información que necesitaba para pagar la deuda con su amigo y terminar por fin con los últimos siete años de tormento, que habían comenzado el día en el que su madre se marchó.

—Bueno —dijo Nigel—, ¿qué es lo que deseas saber?

—Quiero el verdadero nombre de Legend. El que recibía antes de convertirse en Legend.

Nigel se pasó un dedo sobre la alambrada de sus labios, arrastrando una gota de sangre… ¿O estaba la sangre tatuada en la punta de su dedo?

—Aunque quisiera, no podría decirte el nombre de Legend —contestó Nigel—. Ninguno de sus intérpretes puede revelar ese secreto. La misma bruja que expulsó hace siglos a los Destinos de la Tierra le entregó a Legend sus poderes. Su magia es antigua, más antigua que él, y nos obliga a todos a ser discretos.

Aunque nadie estaba seguro de por qué habían desaparecido los Destinos, abandonando a los humanos para que se gobernaran a sí mismos, se rumoreaba que habían sido expulsados por una poderosa bruja. Pero Tella nunca había oído decir a nadie que aquella fuera la misma bruja que le había entregado a Legend sus poderes.

—Eso no me da ninguna pista sobre su verdadera identidad.

—No he terminado —dijo Nigel—. Iba a contártelo ahora: la magia de Legend evita que su verdadero nombre sea pronunciado o revelado, pero es posible ganarse ese conocimiento.

Unas patas de araña danzaron sobre la piel de Tella y uno de los ojos pintados en su muñeca comenzó a cerrarse. Lo hizo con rapidez, de un modo que la hizo sentirse como si estuviera quedándose sin dinero, pero también muy cerca de la respuesta que necesitaba.

—¿Cómo me gano el nombre? —preguntó con avidez.

—Debes participar en el siguiente Caraval. Si ganas la partida, te encontrarás cara a cara con Legend.

Tella habría jurado que una de las estrellas tatuadas alrededor de los ojos de Nigel cayó cuando terminó. Seguramente era producto del humo de jengibre y del intenso incienso, que confundían su cerebro y la hacían tener visiones de tatuajes con vida.

Debería haberse marchado entonces. Los párpados de su muñeca estaban casi cerrados y ya tenía la respuesta que necesitaba: si ganaba Caraval, por fin conseguiría el nombre de Legend. Pero algo en las últimas palabras de Nigel la dejó con más preguntas.

—¿Lo que acabas de decir es una profecía, o significa que el premio del siguiente Caraval será el verdadero Legend?

—Un poco de cada. —Los tatuajes de alambre que atravesaban los labios de Nigel se convirtieron en espinas, y rosas negras florecieron entre ellas—. Legend no será el premio, pero si ganas Caraval, el primer rostro que verás será el suyo. Planea entregar el premio personalmente al siguiente ganador de

Caraval. Pero… te lo advierto: ganar el juego tendrá un precio del que más tarde te arrepentirás.

A Tella se le escarchó la piel cuando los ojos pintados en sus muñecas se cerraron y recordó la advertencia que siempre le hacía su madre: «Cuando un futuro se predice, se convierte en una criatura viva que luchará con todas sus fuerzas para hacerse realidad».

Entonces la atrapó. Una oleada de agotamiento tan intensa que la hizo derrumbarse sobre la mullida cama. La cabeza le daba vueltas y los huesos de sus piernas se convirtieron en polvo.

—¿Qué está ocurriendo? —Jadeó, respirando abrupta y trabajosamente mientras intentaba incorporarse. ¿Había más humo en la habitación, o se le estaba emborronando la visión?

—Quizá debería habértelo aclarado —dijo Nigel—. El hechizo de tu muñeca no te despoja de tu habilidad de dormir, te hace quedarte dormida para que puedas transferirme tu descanso.

—¡No! —Tella se tambaleó mientras se levantaba de la cama y su visión se enturbiaba hasta que lo único que pudo ver fueron atisbos de tatuajes burlones y la carcajeante luz de las velas—. No quiero dormir todo el viaje hasta Valenda.

—Me temo que es demasiado tarde. La próxima vez, no aceptes tratos a la ligera.



Había naufragios más elegantes que Tella. Abandonó el camarote de Nigel tambaleándose, pues sus piernas se negaban a caminar en línea recta. No dejaba de golpear las paredes con las caderas y más de una vez colisionó contra una lámpara colgante. El trayecto hasta su dormitorio fue tan peligroso que perdió sus zapatillas, otra vez. Pero casi había llegado.

La puerta se bamboleaba ante sus ojos, el último obstáculo a superar.

Concentró toda su fuerza para abrirla. Y…

O entró en la habitación equivocada, o ya había comenzado a soñar.

Dante tenía alas. Y, virgen santísima, eran preciosas: de un frío negro azabache con vetas de un azul profundo, del color de los deseos perdidos y de polvo de estrellas caídas. Estaba girado hacia su mesilla de noche, lavándose la cara, o quizá besando su reflejo en el espejo.

Tella no estaba totalmente segura de qué estaba haciendo el arrogante chico. Lo único que veían sus ojos borrosos era que no llevaba camisa ni abrigo y que un enorme par de alas de tinta se extendía sobre las crestas de su espalda.

—Con esas alas podrías ser un ángel de la muerte.

Dante echó un vistazo sobre su hombro. Tenía el cabello húmedo, del color del pelaje de un zorro negro, pegado a la frente.

—Me han llamado muchas cosas, pero creo que nadie me había dicho nunca que soy un ángel.

—¿Significa eso que sí te han dicho que eres la muerte?

Tella se derrumbó en la entrada cuando sus piernas se rindieron por fin. Golpeó el suelo sin gracia alguna.

Una carcajada delicada, ligera y muy femenina resonó en el otro extremo del camarote.

—Creo que se ha desmayado al verte.

Y *ahora* iba a vomitar. Había otra chica en la habitación. Tella captó un tóxico atisbo de un vestido verde jade y de un brillante cabello moreno antes de que el cuerpo de Dante apareciera en su línea de visión.

El joven negó lentamente con la cabeza.

—¿Qué has…?

A continuación, posó su mirada en el par de ojos cerrados pintado en la muñeca de Tella.

Emitió un sonido abrupto que podría haber sido una carcajada, pero Tella no estaba segura. Su oído estaba casi tan afectado como su cabeza. Sus ojos se rindieron y se cerraron.

—Me sorprende que te haya convencido. —Las palabras de Dante sonaron graves y muy cerca.

—Estaba aburrida —murmuró Tella—. Me pareció un modo interesante de pasar el tiempo.

—Si eso es cierto, deberías haber venido a buscarme. —Sin duda, ahora Dante se estaba riendo.



Los días siguientes fueron un borrón de desafortunadas alucinaciones. Nigel se llevó todos los sueños de Tella, pero le dejó las pesadillas. Eran imágenes aterradoramente realistas de su padre quitándose sus guantes púrpuras, así como visiones de sombras y tonos de oscuridad que no existían en el mundo mortal. Manos frías y húmedas le acariciaban el pelo, y otras le arrancaban el corazón mientras que unos labios sin sangre le sorbían el tuétano de los huesos.

Antes de experimentar la muerte durante Caraval, Tella habría dicho que los sueños eran como morir una y otra vez. Pero nada era como la muerte, excepto la propia Muerte. Debería haber esperado que la Muerte la acosara después de escapar de ella. Tella era increíble; estaba claro que la Muerte querría quedársela.

Pero, aunque había soñado con los demonios de la Muerte, cuando recuperó la conciencia la recibió una diosa.

Scarlett estaba junto a su cama con una bandeja cargada de tesoros: galletas de nata, huevos fritos en mantequilla, flan de nuez moscada, una gruesa panceta con azúcar moreno y una taza de chocolate especiado.

Tella robó la galleta de nata más grande. Se sentía mareada, a pesar de haber dormido durante días, pero comer hizo que se sintiera mejor.

—¿Te he dicho lo mucho que te quiero?

—Pensé que estarías hambrienta, después de lo que ocurrió.

—Scar, lo siento. Yo…

—No hay nada de qué disculparse. Sé lo fácil que es ser engañada por uno de los intérpretes de Legend. Y, a bordo de este barco, todo el mundo piensa que Nigel te quitó demasiado.

Scarlett la miró como si esperara que le confesara la razón exacta por la que había acudido al adivino.

Aunque Tella quería justificar sus actos, tenía la sensación de que aquel no era un buen momento para hablar del trato que había hecho con su amigo. Scarlett se sentiría horrorizada al descubrir que su hermana había estado escribiéndose con un desconocido al que había conocido a través de Los Más Buscados de Elantina, que era, como poco, un establecimiento turbio.

No le había mentido a Julian cuando le dijo que no disfrutaba mintiéndole a su hermana. Por desgracia, eso no siempre evitaba que lo hiciera. Tella solía esconderle cosas para evitar que se preocupara. Tras la desaparición de su madre, Scarlett había dejado de ser una chica sin preocupaciones para convertirse en la cuidadora de la pequeña. Eso no había sido justo, y Tella odiaba añadir peso a la carga que ya llevaba su hermana.

Pero se preguntaba si Scarlett ya habría descubierto lo que había hecho.

La joven no dejaba de alisar con nerviosismo los pliegues de su falda, que parecía más arrugada con cada pasada. Durante Caraval, Legend le había entregado un vestido mágico que cambiaba de apariencia… y justo en ese momento parecía tan ansioso como ella. Sus mangas, que habían sido de encaje rosado, se estaban volviendo grises.

Tella le dio un fortificante sorbo al chocolate y se obligó a sentarse recta en la cama.

—Scar, si no estás enfadada por el trato que hice con Nigel, ¿qué es lo que te preocupa?

La boca de Scarlett se curvó hacia abajo.

—Quería hablar contigo sobre Dante.

Maldita sea. Aunque no era lo que Tella había esperado, tampoco era bueno. Había olvidado que se había quedado dormida en la habitación de Dante. Scarlett seguramente debió haberlo visto cuando la trasladó hasta allí, medio desnudo.

—Scar, no sé qué estás pensando, pero te juro que no hay nada entre nosotros. Tú ya sabes lo que opino de los chicos que son más guapos que yo.

—Entonces, ¿no ocurrió nada entre vosotros dos después de que Caraval terminara? —Scarlett cruzó el pequeño camarote y tomó un par de zapatillas plateadas, las mismas que Tella se había dejado en el bosque—. Dejó esto anoche, junto con una nota interesante.

A Tella se le revolvió el estómago mientras sacaba la fina hoja de papel que sobresalía de uno de los zapatos.

Tenía la intención de devolverte esto desde la noche que pasamos en el bosque.

—D

Menudo sinvergüenza. Tella arrugó la nota en su puño. Dante debió escribirla para atormentar a Scarlett por haberlo rechazado durante Caraval.

—De acuerdo —dijo Tella—. Lo confieso, Dante y yo nos besamos la noche de la fiesta. Pero fue horrible, uno de los peores besos que me han dado, y desde luego no me gustaría repetirlo. Y, si eso te ha dolido, lo siento mucho. Sé que Dante se comportó fatal contigo durante Caraval.

Scarlett apretó los labios.

Tella probablemente había llevado la mentira demasiado lejos. Solo era necesario echar una mirada a Dante para suponer que sabía qué hacer con los labios.

—No me importa que lo besaras —dijo Scarlett—. Si lo hubiera conocido antes que a Julian, yo también lo habría hecho.

Una imagen perturbadora apareció en la cabeza de Tella, que entonces comprendió la inquietud de su hermana. Pensar en Scarlett y Dante juntos la hacía desear amenazarlo para que se mantuviera lejos de su hermana, aunque no creía que existiera la más mínima posibilidad. Pero, si solo la idea la perturbaba tanto, a pesar de que siempre había estado a favor de que Scarlett disfrutara, no podía ni imaginar lo preocupada que debía estar su sobreprotectora hermana.

—No quiero controlarte —continuó Scarlett—. Ambas hemos tenido bastante de eso. Es solo que no quiero que te hagan daño. Caraval comenzará mañana a medianoche, pero, como descubrí durante la última partida, Legend prepara sus peones mucho antes.

Scarlett echó otra mirada incómoda a las zapatillas que Dante había devuelto.

—No tienes que preocuparte, Scar. —Y, por una vez, Tella le dijo la verdad—. Confío en Dante incluso menos de lo que confío en el resto de la gente, y no soy tan tonta como para dejarme arrastrar por Caraval.

—Creí que habías dicho que no ibas a jugar.

—Puede que haya cambiado de idea.

—Tella, no me gustaría que lo hicieras. —Scarlett se suavizó la falda, ahora completamente gris, dejando en ella un rastro de sudor—. Lo que ha pasado con Nigel me ha recordado una de las cosas de las que más me arrepiento, entre las que he experimentado. No quiero eso para ti.

—Entonces juega conmigo.

Tella lo dijo por impulso, pero incluso después de pensarlo mejor, le parecía una idea brillante. Ella había observado Caraval desde bastidores, pero su hermana había jugado y ganado. En equipo, serían invencibles.

—Si estamos juntas, te aseguro que los intérpretes como Nigel no volverán a engañarme. Y te aseguro que te divertirás. Cuidaremos la una de la otra.

El vestido de Scarlett se reavivó de inmediato, como si le pareciera buena idea. Su apagado encaje gris se volvió de un rojo frambuesa que se extendió desde sus mangas hasta su corpiño, como una fascinante armadura. Por desgracia, Scarlett todavía parecía cauta. Había pasado de alisarse la falda sin parar a envolverse el dedo ansiosamente en su mechón de cabello plateado, una costumbre que había adquirido después de perder un día de su vida en el anterior Caraval.

Tella pensó en contarle la verdadera razón por la que tenía que jugar y ganar, pero dudaba de que mencionar a su madre la ayudara. Scarlett nunca hablaba de su madre. Jamás. Siempre que Tella intentaba hablar de Paloma, su hermana cambiaba de tema o la ignoraba por completo. Tella solía pensar que era demasiado difícil para Scarlett, pero ahora creía que el dolor de su hermana por el modo en el que su madre se había marchado se había convertido en odio.

Comprendía la sensación; ella prefería no hablar de su padre, e incluso evitaba pensar en él.

Pero su madre no era tan monstruosa como su padre.

—Escarlata. —Llamaron varias veces a la puerta de su pequeño camarote —. ¿Estás ahí?

La expresión de Scarlett cambió de inmediato al escuchar la voz de Julian; sus arrugas de preocupación se suavizaron y se convirtieron en las de una sonrisa.

—Hemos llegado a Valenda —añadió Julian—. He venido a preguntarte si puedo subir tus baúles y los de tu hermana a la cubierta.

—Si quiere llevar mi equipaje, por favor, déjalo pasar —dijo Tella.

Scarlett no necesitó que se lo repitiera.

En cuanto abrió la puerta, Julian sonrió como un pirata que acaba de encontrar su tesoro. Tella habría jurado que sus ojos ardían de verdad al mirar a su hermana.

Scarlett sonrió. Como también lo hizo el encaje de su vestido, profundizándose hasta un intenso tono rojo mientras su falda amplia se ceñía.

Tella sorbió su chocolate ruidosamente, interrumpiendo a la pareja antes de que sus miradas de anhelo pudieran convertirse en besos de lujuria.

—Julian, por favor, ayúdame —dijo Tella—. Estoy intentando que Scarlett sea mi pareja durante Caraval.

Él se puso serio de inmediato. Su mirada voló hacia Tella, brusca de repente. Fue tan breve como un relámpago, pero inconfundible: no quería que Scarlett jugara. Y Tella sabía exactamente por qué. Debería haberse dado cuenta sola.

Si Scarlett jugaba, descubriría la verdad sobre Armando (que había interpretado el papel de su prometido en el último Caraval) y las mentiras de Julian y Tella quedarían expuestas. Sería mucho peor para Julian que para Tella pero, sobre todo, sería doloroso para Scarlett.

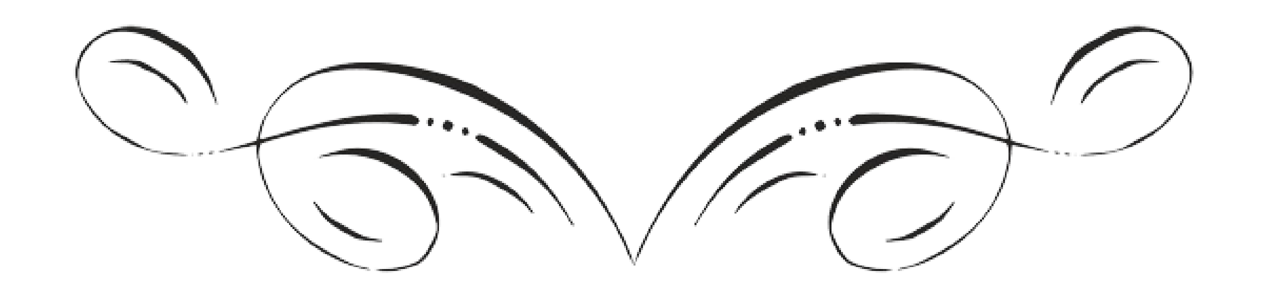
—Pensándolo mejor —dijo Tella despreocupadamente, intentando corregir su error—, quizá debería jugar sola. Tú seguramente me retrasarías.

—Qué lástima. Ahora quiero jugar. —Los grandes ojos avellana de Scarlett buscaron a Julian, brillando como nunca lo habían hecho en Trisda—. Acabo de recordar cuán divertido puede ser.

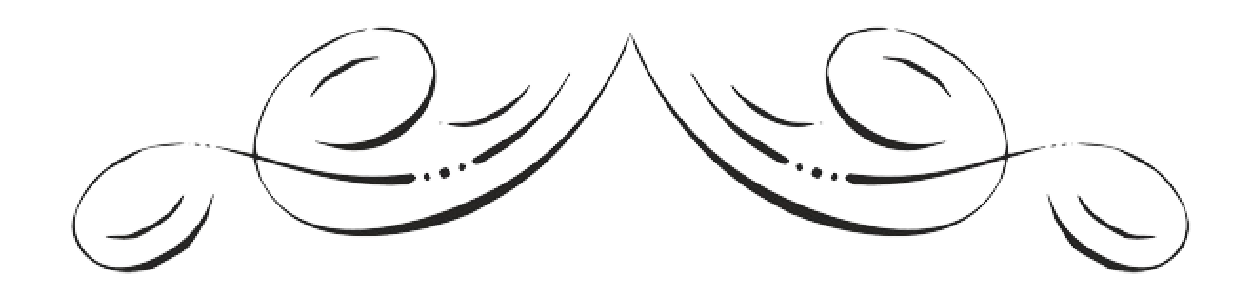
Tella esbozó una sonrisa, mostrándose de acuerdo, pero resultaba tan forzada que le fue difícil mantenerla.

Nigel le había advertido que, si ganaba el juego, sería a un precio del que más tarde se arrepentiría. Scarlett también había intentado advertirle sobre Caraval. Pero, hasta aquel momento, Tella no había sentido la fuerza de aquellas advertencias. Una cosa era que te hablaran de los riesgos de Caraval y otra muy distinta era verlos suceder. Aunque la última partida había terminado, su hermana todavía no había escapado del todo.

Tella no quería terminar así, y tampoco quería arrastrar a Scarlett a algo que le provocara más dolor. Pero, si no jugaba y ganaba, nunca volvería a ver a su madre.



VALENDA,
CAPITAL DEL
IMPERIO MERIDIONAL





Según las leyendas, Valenda había sido en el pasado la antigua ciudad de Alcara, hogar de los Destinos representados en cada Baraja del Porvenir. Ellos construyeron la ciudad con su magia, una magia tan antigua y concentrada que, incluso siglos después de la desaparición de aquellos seres, quedaban restos de sus resplandecientes hechizos, que volvían las colinas de Valenda tan brillantes que por la noche podían iluminar la mitad del Imperio Meridional.

Tella no sabía si aquella leyenda era cierta, pero la creyó cuando vio el primer atisbo del puerto de Valenda al atardecer.

Un ocaso violeta lo cubría todo con sombras de un profundo púrpura y aun así el mundo ante sus ojos destellaba, desde las puntas de sus primitivas ruinas, formadas por columnas desmoronadas y arcadas enormes, a las tranquilas aguas que lamían el casco de *La Esmeralda*. El desvencijado muelle de su isla natal, Trisda, parecía hecho de huesos quebradizos comparado con el embarcadero recio y lleno de vida que se extendía ante ella, flanqueado de veleros y goletas en los que ondeaban banderas de un verde sirena. Algunos estaban capitaneados por mujeres, llamativamente vestidas con faldas de brillante cuero y botas que subían hasta sus muslos.

A Tella ya le encantaba aquel lugar.

Su imaginación voló mientras estiraba el cuello para mirar el cielo.

Había oído que había carruajes aéreos que sobrevolaban la montañosa ciudad como pájaros, pero era diferente verlos en persona. Se movían a través del cielo lavanda, cada vez más oscuro, con la elegancia de las nubes pintadas, subiendo y bajando en estallidos de orquídea, topacio, magenta, lila, mantequilla, menta y otros tonos que Tella todavía desconocía. En realidad, lo

que hacían no era volar sino deslizarse bajo los gruesos cables que cruzaban los distintos barrios de Valenda.

—Vamos —la urgió Scarlett, agarrando la mano de Julian mientras bajaban al muelle abarrotado—. Un grupo especial de carruajes aéreos nos llevará directamente al palacio. No debemos llegar tarde.

Su barco se había retrasado, así que todos se movían con paso acelerado. Se oían montones de «¡Ten cuidado!» y «¡Mira por dónde andas!»; Tella apresuró sus cortas piernas para mantener el paso mientras agarraba el pequeño baúl que contenía El Aráculo, así como la mayor parte de su fortuna.

—Disculpe. —Un joven delgado vestido de mensajero apareció en el extremo del embarcadero—. ¿Es usted la señorita Donatella Dragna?

—Sí —contestó Tella.

El mensajero le señaló un grupo de barriles en otra de las dársenas.

Tella no pensaba seguirlo. Nunca había creído del todo las historias de su yaya sobre cuán peligrosas podían ser las calles de Valenda para una chica, pero sabía lo fácil que era que una persona desapareciera en un muelle. Lo único que se necesitaba era que alguien la arrastrara hasta un barco y la lanzara bajo la cubierta mientras los demás miraban hacia otro lado.

—Tengo que alcanzar a mi hermana —dijo Tella.

—Por favor, señorita, no se vaya. No me pagarán si se marcha.

El mensajero le mostró un sobre sellado con un círculo de lacre dorado que formaba una intrincada combinación de dagas y espadas destrozadas. Tella lo reconoció de inmediato. *Su amigo*.

¿Cómo se había enterado de que ya estaba en Valenda?

Como respondiendo a su pregunta, la moneda del infortunio que llevaba en el bolsillo latió como un corazón. Debía haberla usado para rastrearla, una prueba más de su habilidad para encontrar a la gente.

Tella llamó a Scarlett y a Julian, les dijo que los alcanzaría más tarde y se dirigió a la otra dársena junto con el mensajero.

Tras esconderse detrás del grupo de pesados barriles, el mensajero le entregó a Tella el comunicado y se marchó con premura antes de que la chica pudiera romper el sello.

En el interior del sobre había dos cuadrados de papel. El primero era una hoja sencilla cubierta de una letra que reconocía.

Bienvenida a Valenda, Donatella:

Discúlpame por no recibirte en persona, pero no te preocupes, no seguiré siendo un desconocido. Estoy seguro de que estás tan ansiosa por encontrar a tu madre como yo por descubrir el nombre de Legend. Conociéndote, imagino que participarás en Caraval pero, solo por si acaso, he incluido una invitación a las celebraciones de la primera noche.

Lleva la moneda que te di al baile antes de medianoche. Guárdala en tu palma, y yo te encontraré. No llegues tarde; no me quedaré mucho tiempo.

Hasta entonces,
Un amigo

Tella sacó la otra hoja, que resultó ser una página iridiscente cubierta de florida tinta azul real.

Legend te ha elegido para jugar una partida
que podría cambiar tu destino.

En honor al 75.º cumpleaños de la emperatriz Elantina,
Caraval visitará las calles de Valenda

durante seis mágicas noches.
Tu aventura comenzará en el Baile Predestinado,
en el interior del Castillo Idyllwild.
El juego empieza oficialmente a medianoche,

el día 30 de la Estación de Siembra,
y termina al amanecer del Día de Elantina.

El treinta era el día siguiente.

Demasiado pronto para reunirse con su amigo.

Nigel le había dicho que la única manera de descubrir el nombre de Legend era ganar Caraval. Necesitaba otra semana para jugar (y ganar) la partida. Seguramente su amigo le daría más tiempo.

Pero ¿y si le decía que no y se negaba a reunirla con su madre?

Una ola revoltosa hizo que la dársena se moviera, pero incluso después de estabilizarse, Tella continuó sintiéndose insegura, como si el destino hubiera parpadeado y el futuro de su mundo hubiera cambiado de forma.

Rápidamente, dejó el pequeño baúl que tenía en las manos sobre la tarima. Oculta detrás de los barriles, nadie la vio abrir el cofrecillo, aunque no se habría detenido ni aunque una barca llena de gente estuviera mirándola. Necesitaba comprobar El Aráculo.

Normalmente notaba un hormigueo al tocarlo, pero cuando rozó el rectángulo de papel, los dedos se le entumecieron; *todo* se entumeció cuando vio la nueva imagen. Su madre ya no estaba atrapada tras los barrotes de una celda: tenía los labios azulados, pálida y muerta.

Tella agarró la carta con tanta fuerza que debería haberse arrugado en su mano, pero el pequeño objeto mágico parecía indestructible. Ella se derrumbó

contra los barriles húmedos.

Algo nuevo debía haber ocurrido para alterar el futuro de su madre. Tella había dormido durante los últimos cuatro días. El cambio no podía ser resultado de sus actos, a menos que tuviera algo que ver con la conversación que había tenido con Nigel.

Julian le había advertido que los adivinos como Nigel jugaban con el futuro. Quizá había sentido algo en su destino que ponía a Legend en peligro, o puede que Legend quisiera jugar con ella para castigarla por intentar descubrir su secreto mejor guardado, y lo que el Maestro de Caraval había planeado también había cambiado el destino de su madre.

La idea debería haberla asustado. No era bueno tener a Legend como enemigo. Pero, por alguna retorcida razón, ese pensamiento solo la hacía desear jugar con más fuerza. Ahora, solo tenía que convencer a su amigo de que le diera otra semana para ganar Caraval, descubrir el nombre de Legend y salvar la vida de su madre.



Cuando llegó a la cochera, la noche había cubierto la ciudad con su manto. Afuera la noche era fría, pero dentro de la cochera el aire era agradable, iluminado por la difusa luz ambarina de las lámparas.

Pasó junto a los carruajes, coloridos y unidos a los gruesos cables que conducían a todas las partes de la ciudad. La línea del palacio estaba al final, pero Scarlett no estaba a la vista. Tella le había dicho que la alcanzaría más tarde, pero aun así la sorprendía que no la hubiera esperado.

El carruaje que pendía ante ella se balanceó cuando un corpulento cochero abrió la puerta de marfil y le señaló el acogedor compartimento, cubierto de cojines enmantequillados tapizados con un grueso tejido azul real a juego con las cortinas que cubrían las ventanas ovaladas.

Solo había un pasajero más, un joven de cabello dorado al que no reconoció.

Los intérpretes de Legend habían zarpado en dos barcos hacia Valenda y Tella suponía que había personas que trabajaban para él a los que todavía no había conocido. Aun así, sospechaba que aquel joven no era uno de ellos. Aunque solo era un par de años mayor que ella, parecía haber pasado siglos practicando el desinterés. Incluso su arrugada levita de terciopelo parecía aburrida, acomodado como estaba sobre los mullidos asientos de cuero.

Apartando la mirada de Tella intencionadamente, mordió una manzana de un blanco intenso.

—No puedes subir aquí.

—¿Perdona?

—Me has oído con claridad. Tienes que marcharte.

Su tono era tan perezoso como su postura despreocupada, lo que la hizo pensar que era un auténtico pasota o que estaba tan acostumbrado a que la gente estuviera pendiente de sus palabras que ni siquiera intentaba sonar imperativo.

Un noble malcriado.

Tella nunca había conocido a un aristócrata que le cayera bien. A menudo acudían a su padre para pedirle favores ilegales, ofreciéndole dinero pero jamás respeto; todos parecían pensar que sus gotitas de sangre real los hacían superiores a todos los demás.

—Si no deseas hacer el trayecto conmigo, puedes marcharte —le dijo.

El joven noble respondió ladeando ligeramente su cabeza dorada y frunciendo sus labios finos con lentitud, como si hubiera mordido una parte harinosa de la manzana.

Sal del vagón, le advirtió una voz en su cabeza. *Es más peligroso de lo que parece*. Pero no iba a dejarse amedrentar por un joven demasiado perezoso como para apartarse el cabello de los ojos inyectados en sangre. Odiaba que la gente usara su riqueza o su título como excusa para tratar mal a los demás; le recordaba demasiado a su padre. Y el carruaje ya estaba ascendiendo, elevándose en el cielo nocturno con cada uno de los rápidos latidos de su corazón.

—Tú debes ser una de las intérpretes de Legend. —Era posible que el joven se hubiera reído, pero sonó demasiado cruel para que Tella estuviera segura. Se inclinó hacia delante en el íntimo espacio, llenando el vagón con el aroma acre de las manzanas y la irritación—. Me pregunto si podrías ayudarme con algo sobre lo que tengo curiosidad. He oído que los intérpretes de Legend nunca mueren de verdad, así que puede que te empuje al exterior para descubrir si los rumores son ciertos.

Tella no sabía si la amenaza del joven era real, pero responder era demasiado tentador.

—No si yo te empujo primero.

Esto le ganó un vistazo de unos hoyuelos que podrían haber sido adorables pero que, de algún modo, conseguían parecer antipáticos, como una destellante piedra preciosa en la empuñadura de una espada de doble filo. Tella no podía decidir si sus rasgos eran demasiado duros para ser atractivos o

si era el tipo de belleza que dolía mirar, el devastador encanto que te abriría la garganta mientras estás concentrada mirando sus fríos e impredecibles ojos.

—Cuidado, niña. Es posible que seas una de las invitadas de la emperatriz, pero en su corte no todos son tan indulgentes como yo. Y yo no lo soy en absoluto.

Crunch. Volvió a morder su manzana blanca con los dientes afilados antes de dejarla caer sobre las zapatillas de Tella.

La joven le devolvió la manzana de una patada y fingió que no le preocupaba lo más mínimo que intentara cumplir su amenaza, hasta el punto de girar la cabeza y apartar los ojos de él para mirar por la ventana mientras el carruaje seguía sobrevolando la ciudad. Debió funcionar; por el rabillo del ojo vio al joven cerrando los ojos mientras pasaban sobre los barrios más famosos de Valenda.

Algunos distritos tenían peor reputación que otros, como el Barrio de las Especias, donde los rumores afirmaban que podían encontrarse artículos deliciosamente ilícitos, o el Distrito del Templo, donde se practicaban distintas religiones y al parecer había incluso una Iglesia de Legend.

Estaba demasiado oscuro para distinguir algo, pero Tella siguió mirando hasta que el carruaje comenzó su descenso hacia el palacio y por fin pudo ver algo más que las tenues y románticas luces que brillaban en el cielo.

Lo único que pudo pensar fue: *Los libros de cuentos mienten*.

A Tella nunca le habían interesado demasiado los castillos ni los palacios. Había sido Scarlett quien había fantaseado con escapar a una aislada fortaleza de piedra con un noble rico o un joven rey. Para su hermana, los castillos eran bastiones de seguridad que ofrecían protección. Tella los veía como prisiones elegantes, perfectas para vigilar, controlar y castigar. Eran versiones más grandes de la asfixiante mansión de su padre en Trisda, poco mejores que una jaula.

Pero, mientras su carruaje continuaba con su lento descenso, se preguntó si se habría apresurado al juzgar.

Siempre había imaginado que los castillos eran armatostes de piedra gris, llenos de moho y pasillos húmedos, pero el resplandeciente Palacio de Elantina prendía fuego a la noche como un tesoro robado de la guarida de un dragón.

Le pareció oír resoplar al joven noble, probablemente por su expresión de asombro, pero no le importó. De hecho, lo compadecía si no era capaz de apreciar aquella belleza.

El Palacio de Elantina se alzaba sobre la colina más alta de Valenda. En su centro, su célebre torre dorada resplandecía como un faro en brillantes tonos cobres y corales. La regia estructura era recta hasta su parte superior, donde se arqueaba como una corona en una imagen reflejada de la Torre Perdida de la Baraja del Porvenir. Tella contuvo el aliento. Aquel era el edificio más alto que había visto nunca y, de algún modo, parecía vivo. Gobernaba como un monarca eterno, presidiendo las cinco alas arqueadas y enjoyadas que se extendían desde la torre como las puntas de una estrella. Y ella viviría en el interior de aquella estrella durante una semana.

Ya no se sentía tan cansada y prácticamente brincó en su asiento cuando el carruaje aterrizó por fin.

El perezoso noble sentado frente a ella la ignoró mientras atravesaba la puerta para salir a la cavernosa cochera.

Tella se preguntó si era la última en llegar. El único sonido que oía era el pesado crujido de las ruedas dentadas que movían los distintos carruajes. No veía a ninguno de los intérpretes de Legend, ni a su hermana. Pero, entre los cables de los balanceantes vagones, había un grupo de inexpresivos guardias con armadura.

Uno de ellos siguió cada uno de sus movimientos, con un tintineo de su coraza, mientras abandonaba los vagones y entraba en los exquisitos jardines de la emperatriz. Aunque había sido Elantina quien había invitado a la compañía de Legend, mientras atravesaba los jardines de piedra erosionados por el tiempo y los elaborados topiarios, tuvo la repentina impresión de que la emperatriz no confiaba en sus visitantes. Esto hizo que se preguntara por qué los había invitado a alojarse en el palacio y a actuar para su cumpleaños.

Había oído que, cuando era más joven, la emperatriz Elantina había tenido un lado salvaje. Se había escabullido a menudo al intimidante Barrio de las Especias para fingirse plebeya y vivir todo tipo de escandalosas aventuras y encuentros románticos. Por desgracia, durante la mayor parte de la vida de Tella, la emperatriz había sido conocida por ser mucho menos osada. Quizás invitar a los intérpretes de Legend era su modo de ser temeraria de nuevo, pero Tella lo dudaba; alguien que había gobernado durante tanto tiempo como Elantina no haría nada con irreflexivo abandono.

De algún modo, el interior del palacio era incluso más glorioso que su resplandeciente exterior. Todo era imposiblemente grande, como si los Destinos lo hubieran construido solo para mostrar su poder y después hubieran desaparecido, dejándolo atrás. Los brillantes suelos de lapislázuli reflejaron la entrada de Tella mientras pasaba junto a columnas de cuarzo azul

más grandes que robles y a cristalinas lámparas de aceite tan altas como una persona.

Los criados iban de un lado a otro, subiendo y bajando las enormes escaleras de mármol como ráfagas de nieve, pero Tella seguía sin ver ni rastro de su hermana o del resto de los intérpretes.

—Bienvenida. —Una mujer vestida con un imponente tono azul se detuvo ante ella—. Soy la gobernanta del ala zafiro.

—Donatella Dragna. He venido con los intérpretes de Legend, aunque me temo que llego un poco tarde.

—Muy tarde, diría yo —le dijo la gobernanta, pero lo hizo con una sonrisa y Tella se sintió un poco aliviada. La mujer miró la lista que tenía en las manos, murmurando en voz baja hasta que el agradable sonido se desvaneció.

Su sonrisa desapareció a continuación.

—¿Podrías repetirme tu nombre?

—Donatella Dragna.

—Veo una Scarlett Dragna.

—Esa es mi hermana.

La mujer levantó la mirada y sus ojos se posaron brevemente en el guardia que había escoltado a Tella hasta allí.

—Aunque tu hermana sea una de nuestras invitadas, me temo que tú no apareces en la lista. ¿Estás segura de que has sido invitada?



No. Tella no había sido invitada al palacio pero, si Scarlett estaba en la lista, ella también debería. Legend estaba jugando con ella. Debió eliminarla de la lista de invitados después de su conversación con Nigel.

Tomó aliento profundamente, negándose a ponerse nerviosa, aunque creía que todos los criados del ala podían oír el martilleo de su corazón. Sería muy fácil que el guardia que la había escoltado hasta allí la echara a la oscuridad de la noche. Nadie se daría cuenta de inmediato, ya que Tella desaparecía por voluntad propia a menudo y se había separado de Scarlett y del resto de sus conocidos nada más llegar a Valenda.

—Mi hermana está aquí —insistió—. Podría compartir su habitación.

—Eso sería inaceptable —contestó la gobernanta, con mayor rigidez que antes.

—No entiendo por qué habría de importar —dijo Tella—. Si acaso, mi hermana lo preferiría.

—¿Y quién es tu hermana? ¿Se trata de una reina con la quinta parte del mundo en sus manos?

Tella se contuvo para no decir algo que solo habría conseguido que la echaran de allí más rápido.

—¿Y en alguna de las otras alas? —preguntó con dulzura—. Debe haber alguna habitación vacía en un palacio tan grande.

—Aunque haya habitaciones, si no estás en la lista de invitados, no puedes quedarte.

Al oír sus palabras, el guardia se acercó. Su armadura resonó en el exquisito vestíbulo.

Tella tuvo que controlarse para no elevar la voz. En lugar de eso, fingió que le temblaban los labios y que sus ojos se humedecían.

—Por favor, no tengo otro sitio adonde ir —suplicó, esperando que la mujer tuviera un corazón en alguna parte bajo su vestido almidonado—. Solo tienes que buscar a mi hermana y permitir que me quede con ella.

La gobernanta apretó los labios mientras examinaba a Donatella en todo su patético esplendor.

—No puedo dejar que te quedes aquí, pero puede que haya un catre libre o algún rincón en los dormitorios de los criados.

El guardia que tenía a su espalda se rio con disimulo.

Tella se sintió aún más desanimada. *¿Un rincón en el dormitorio de los criados?*

—Disculpa. —La voz grave retumbó justo a su espalda, como un pincel áspero acariciándole la nuca.

El estómago se le revolvió y se le hizo un nudo.

Solo la voz de una persona le provocaba ese efecto.

Dante se detuvo despreocupadamente a su lado, como una silueta de un nítido negro azabache, desde su perfecto traje oscuro a la tinta que tatuaba sus manos. La única luz provenía del brillo de sus ojos divertidos.

—¿Hay algún problema con tu habitación?

—En absoluto. —Tella deseó que sus mejillas no se sonrojaran por la vergüenza y esperó que no hubiera oído la conversación—. Se trata solo de una pequeña confusión, pero ya se ha resuelto.

—Qué alivio. Creí que la había oído decir que iba a alojarte en los dormitorios de los criados.

—Solo si hay espacio —dijo la gobernanta.

Tella podría haberse puesto verde por la mortificación, se la podría haber tragado aquel suelo de lapislázuli; pero, para su sorpresa, Dante, que normalmente disfrutaba riéndose de ella, ni siquiera curvó las comisuras de la boca. En lugar de eso, dirigió toda la fuerza de su brutal mirada a la gobernanta.

—¿Sabes quién es esta joven?

—Le ruego que me disculpe —dijo la gobernanta—. ¿Quién es usted?

—Yo superviso a todos los intérpretes de Legend. —La voz de Dante contenía más arrogancia de lo habitual, un tono que hacía que Tella fuera incapaz de saber si estaba diciendo la verdad o inventándose una mentira—. No vas a alojarla en el dormitorio de los criados.

—¿Por qué? —preguntó la gobernanta.

—Porque es la prometida del heredero al trono del Imperio Meridional.

La mujer frunció el ceño con cautela. Tella habría hecho lo mismo, pero de inmediato cubrió su desconcierto con la expresión altanera que imaginaba que debía tener la prometida de un heredero real.

Por supuesto, ella ni siquiera sabía quién era el heredero. Elantina no tenía hijos y sus herederos eran asesinados con mayor rapidez de lo que la noticia tardaba en llegar al antiguo hogar de Tella en Trisda. Pero a ella no le importaba quién fuera su falso prometido, siempre que eso evitara que tuviera que dormir en un rincón.

Por desgracia, la gobernanta todavía parecía escéptica.

—No sabía que su alteza tenía una nueva prometida.

—Es un secreto —respondió Dante sin dudar—. Creo que planea anunciar el compromiso en la fiesta, así que te recomiendo que no digas nada. Estoy seguro de que ya has oído hablar de su carácter.

La mujer se quedó inmóvil. Después, miró a Dante y a Tella. Estaba claro que no confiaba en ninguno de los dos, pero su miedo al temperamento del heredero debía sobrepasar su buen juicio.

—Comprobaré de nuevo si hay alguna habitación disponible —dijo—. Estamos llenos, debido a la celebración, pero quizá no haya venido alguien a quien esperábamos.

En cuanto la mujer se marchó, Dante se giró hacia Tella, acercándose para que ningún criado curioso pudiera oírlo.

—No te apresures a darme las gracias.

Tella suponía que le debía un poco de gratitud. Aun así, el intercambio le provocó la intensa sensación de que Dante le había hecho lo contrario a un favor.

—No tengo claro si acabas de salvarme o de lanzarme a una situación aún más desafortunada.

—Te he conseguido una habitación, ¿no?

—También me has conseguido un prometido con mal carácter.

Dante elevó una comisura de sus gruesos labios.

—¿Preferirías haber fingido que eras mi prometida? Pensé en decir eso, pero no creí que fuera la mejor opción ya que… ¿Qué fue lo que le dijiste a tu hermana? —Se golpeó la suave barbilla con un dedo—. Ah, sí, que mis besos son horribles, de los peores, y sin duda muy lejos de algo que desees repetir.

Tella notó que el color abandonaba su rostro. ¡Por el amor de Dios! Dante era un auténtico sinvergüenza.

—¡Nos estabas espiando!

—No fue necesario. Habláis muy alto.

Tella le habría dicho que no lo decía en serio (*él tenía que saber que no lo había dicho en serio*), pero lo último que quería era alimentar su orgullo.

—Entonces, ¿esto es una venganza?

Él se acercó un poco más. Tella no sabía si la diversión había abandonado su mirada o si acababa de convertirse en algo más profundo y oscuro y un poco más peligroso. Le rozó intencionadamente con los dedos cálidos la longitud de su clavícula y ella se quedó sin respiración. Aun así, no se apartó, ni siquiera cuando la miró fijamente a los ojos, acercándose tanto que pudo sentir el azote de sus pestañas.

—Digamos que ahora estamos en paz. —Movió los labios hasta la comisura de su boca.

Entonces, justo antes de hacer contacto, se apartó.

—No deseo repetir algo que fue tan desagradable para ti.

Sin otra palabra, Dante se alejó. Sus hombros amplios temblaban como si se estuviera riendo.

Tella estaba furiosa. Después de lo que Dante acababa de hacer, se encontraban lejos de estar en paz.

La gobernanta regresó varios segundos después con una sonrisa más tensa que una costura nueva.

—Parece que tenemos una suite disponible en la torre dorada de Elantina.

Tella se tragó un gemido. Puede que Dante, después de todo, le hubiera hecho un favor.

Después de las numerosas ruinas de la ciudad, la torre dorada de Elantina era el edificio más antiguo del Imperio. Se rumoreaba que sus muros estaban construidos con oro macizo y que había todo tipo de pasadizos secretos para que los monarcas se escabulleran. Muchos creían que no solo era una réplica de la Torre Perdida de la Baraja del Porvenir, sino que se trataba de la torre de verdad, con magia latente escondida en su interior.

—Normalmente, no se permiten invitados en la torre —dijo la gobernanta mientras conducía a Tella desde el ala zafiro a un patio de cristal, donde grupos de personas elegantemente vestidas paseaban bajo arcos opalescentes y árboles de vidrio con hojas de plata. Tella, que desconocía la cultura palaciega y había crecido en una Isla Conquistada, se preguntó si serían parte de la corte de Elantina o algunos de los otros invitados que la gobernanta había mencionado.

—No se te permite aceptar visitas —continuó la gobernanta—. Ni siquiera la de tu prometido.

Tella le habría dicho que jamás se le ocurriría dejar entrar a un joven en su habitación, pero probablemente era mejor no amontonar demasiadas mentiras, no fuera que terminaran derrumbándose.

Al otro lado del patio solo había un par de puertas que conducían a la torre dorada, tan impresionantes y pesadas que fueron necesarios tres guardias para abrir cada una de ellas.

Tella no se dio cuenta de que el guardia de la cochera todavía la seguía hasta que el hombre se detuvo mientras ella y la gobernanta atravesaban las puertas. O la noticia de su *compromiso* se había extendido con rapidez por el palacio o aquella gobernanta era tan importante como ella misma se creía. Tella esperaba que fuera lo segundo, sabiendo que, tan pronto como el heredero descubriera su ardid, seguramente sería expuesta y expulsada del palacio… O algo peor. Hasta entonces, había decidido disfrutar de la charada.

Al contrario de lo que decían las historias, el interior de la torre no era dorado; era viejo. Incluso el aire olía a antiguo, lleno de historias olvidadas y palabras obsoletas. En la planta baja había viejas columnas de piedra formadas por pilares rotos y capiteles decorativos tallados para parecer una mujer con dos caras, todo iluminado por las crepitantes antorchas negras que olían a incienso y hechizos.

Desde allí, la gobernanta la condujo planta tras planta, cada una más vieja que la anterior. La puerta ante la que se detuvieron finalmente parecía tan vetusta que Tella creyó que, con solo tocarla, se caería de sus bisagras.

No me extraña que no alojen a los invitados aquí.

—Habrá un guardia apostado en tu puerta en todo momento. —La gobernanta hizo sonar la campanilla que llevaba alrededor del cuello para llamar a un centinela con una impresionante armadura metálica blanca—. ¡No me gustaría que le ocurriera algo malo a la prometida del heredero!

—Por alguna razón, no creo que eso sea cierto —dijo Tella.

La sonrisa de la gobernanta regresó y se extendió por su rostro con lentitud, como una mancha.

—Al menos eres más lista de lo que pareces. Pero si de verdad estás prometida con el heredero, entonces no es a los guardias de su majestad a quienes deberías temer.

—En realidad no creo que deba temer nada.

Tella cerró la puerta, dejando a la mujer en el pasillo antes de que pudiera decir otra palabra afilada o de que a ella se le escaparan más cosas que no debía contar.

No era inteligente molestar a los criados. Por supuesto, tampoco era prudente mentir diciendo que era la prometida de un heredero real. Tendría que devolvérsela a Dante.

Aunque debía reconocer que le había conseguido una habitación fantástica. La torre era una reliquia desvencijada, pero sus habitaciones eran maravillosas.

La luz de la luna atravesaba las ventanas cubriéndolo todo con un resplandor de ensueño. Alguien había dejado una bandeja de dulces de buenas noches sobre una de las delicadas mesas de cristal de la sala de estar. Tella tomó una galleta con forma de estrella y se la comió mientras caminaba junto a dos chimeneas de piedra blanca y entraba en un lujoso dormitorio cubierto de alfombras de un azul glorioso, a juego con el pesado dosel que colgaba de la tentadora cama. Solo quería tumbarse y dormir hasta olvidar todos sus problemas.

Pero primero tenía que escribirle a Scarlett para que supiera que estaba…

Dos voces doblaron la esquina.

Tella clavó los ojos en una puerta agrietada en un rincón de la habitación que seguramente conducía al baño.

Oyó los susurros de nuevo. Criadas, que probablemente no sabían que ella estaba allí. Una voz era ligera y aguda; la otra, cálida y suave, y ambas voces la hacían pensar en un pajarillo hablando con un rollizo conejo.

—Si te digo la verdad, a mí ella me da pena —dijo la chica conejo.

—¿Es que tú no querrías ser la prometida del heredero? —gorjeó el pajarillo—. ¿Lo has visto?

—No me importa qué aspecto tenga. Es un asesino. Todo el mundo sabe que había diecisiete personas entre él y el trono de la emperatriz Elantina. Después, uno a uno, los herederos fueron muriendo de un modo horrible.

—Pero eso no significa que el actual los haya asesinado.

—No lo sé —murmuró el conejo—. He oído que ni siquiera es de estirpe noble, pero ha asesinado a tanta gente que el verdadero heredero no se atreve a presentarse.

—¡No seas ridícula, Barley! —La chica pájaro graznó una carcajada—. No deberías creer todos los rumores que oyes.

—¿Y qué hay del rumor de que asesinó a su última prometida?

Ambas doncellas se callaron de repente.

En el tenso silencio, Tella creyó oír la ronca risa de la Muerte. Rechinó como el metal oxidado serrando un hueso, el mismo sonido que la había recibido cuando saltó de aquel horrible balcón durante Caraval, como una

horripilante bienvenida a un reino espantoso. En aquel momento, le sirvió como un escalofriante recordatorio de que una vez había sido propiedad de la Muerte, y de que ahora quería recuperarla.

Iba a matar a Dante. Lentamente. Con sus propias manos.

O puede que utilizara sus guantes para hacerlo: le rodearía la garganta con las prendas de raso y después usaría sus manos desnudas para terminar el trabajo. No solo le había proporcionado, el muy canalla, un prometido falso con mal carácter: había elegido a un asesino. Tella habría apreciado lo bien pensada que estaba su malvada venganza si ella misma no hubiera sido su víctima.



Cuando salió de la cama a la mañana siguiente, Tella seguía pensando en distintos modos de dañar o avergonzar a Dante. Lo buscaría aquella noche en el baile, cuando Caraval comenzara, y le derramaría el vino encima accidentalmente. Por supuesto, dado que a Dante le gustaba tanto el negro, sería un desperdicio de vino y casi seguramente solo serviría para hacerla quedar como una torpe.

Puede que, en lugar de eso, lo pusiera celoso llegando del brazo de algún chico atractivo con un aspecto arrebatador. Pero dudaba de que tuviera tiempo suficiente para encontrar a un joven atractivo que fuera con ella al baile, y poner celoso a Dante debería ser la menor de sus preocupaciones.

Tenía que concentrarse en la reunión con su amigo después de medianoche, cuando lo convencería para que le diera una semana más para jugar Caraval y descubrir el nombre de Legend.

Entonces volvería a ver a su madre.

Había pasado tanto tiempo que ya no recordaba el sonido de la voz de Paloma, pero sabía que era dulce y fuerte a la vez, y en ocasiones la echaba tanto de menos que no quería nada más que volver a oírla.

—Señorita Dragna. —Un guardia llamó con fuerza a su puerta—. Ha llegado un paquete.

—Dame un minuto.

Tella buscó sus baúles, ya que necesitaba un vestido, pero al parecer se habían perdido o no habían permitido que se los llevaran a la torre. Lo único que tenía era el feo baulito que había llevado consigo en el barco, y no había guardado ropa limpia en su interior.

La joven abrió la puerta cuando terminó de ponerse el vestido del día anterior.

El rostro del guardia estaba oculto detrás de una caja nacarada tan alta como un pastel nupcial, con un lazo de terciopelo enorme en la parte superior, grueso como un glaseado.

—¿Quién lo envía? —le preguntó Tella.

—Hay una nota. —El guardia dejó la caja sobre un diván capitoneado del color de la luz del puerto.

En cuanto se marchó, Tella tomó el fino sobre de vitela. No notó en la piel el hormigueo de la magia, pero algo *no estaba bien*. Aunque el paquete entero era tan blanco como los besos castos y las intenciones puras, la sala de estar parecía más oscura desde la llegada del regalo. El resplandor del sol ya no se vertía a través de las ventanas, lo cual dejaba una penumbra que teñía el elegante mobiliario de recelosos tonos de verde.

La joven abrió el sobre con cautela. La carta estaba cubierta por una apretada letra negra.

MI QUERIDA PROMETIDA:

QUÉ SORPRESA HA SIDO DESCUBRIR TU LLEGADA... ¡Y YO QUE TEMÍA NO TENER CON QUIÉN BAILAR ESTA NOCHE EN EL BAILE PREDESTINADO! ESPERO QUE NO TE IMPORTE QUE HAYA ELEGIDO UN VESTIDO PARA TI. QUIERO ESTAR SEGURO DE PODER LOCALIZARTE DE INMEDIATO. PREFERIRÍA NO TENER QUE PERSEGUIRTE ANTES DE QUE ANUNCIEMOS OFICIALMENTE NUESTRO COMPROMISO.

HASTA ENTONCES

No había firma, pero Tella sabía de quién era el mensaje. *El heredero de Elantina*. Parecía que tenía espías en el palacio.

Nada bueno podía salir de aquello.

Tella abrió la caja con los dedos fríos y húmedos, casi esperando encontrar un sudario o alguna otra creación monstruosa. Pero, para su sorpresa, el vestido no parecía ni remotamente amenazador. Parecía una fantasía que había llorado un jardín.

La falda era amplia y cómoda, formada por enormes peonías de un azul crepuscular. Peonías de verdad. Rebosaban una fragancia dulce y limpia, todas ellas únicas, desde los sutiles cambios de tonalidad al tamaño de las flores. Algunas seguían unidas a tensos capullos de un azul bígaro que todavía no estaban preparados para abrirse al mundo, mientras que otros habían

explotado en estallidos de alegres pétalos. Tella se imaginó dejando un rastro de pétalos azules mientras bailaba.

El corpiño parecía incluso más etéreo, de un tono azul pálido prácticamente transparente cubierto por un complicado bordado con abalorios del color del zafiro, que terminaba en varias hileras de collares que colgaban sobre la espalda descubierta.

No debería haber pensado en ponérselo.

Pero era espléndido y regio. Se imaginaba la cara que pondría Dante cuando apareciera en el baile como si fuera la verdadera prometida del heredero.

Esa sería la venganza perfecta.

Releyó la nota que acompañaba al vestido. Saber que era del heredero la hacía verla amenazante, pero en realidad nada en ella lo era. El remitente sonaba más curioso que otra cosa; quizá lo había impresionado la audacia de su afirmación y solo quería conocerla. Aunque seguía pareciéndole arriesgado usar el vestido, como tanto le gustaba decirle a su hermana, la vida no podía limitarse a quedarse a salvo.

No obstante, se preguntaba si no estaría asumiendo demasiados riesgos aquella noche.

Justo después de colgar el vestido, otro guardia llamó y le entregó una carta de su hermana.

Querida Tella:

Me he sentido muy aliviada al descubrir que conseguiste llegar a salvo al palacio, y más que un poco sorprendida al enterarme de que te han alojado en la torre dorada. ¡No puedo esperar a que me cuentes qué ha ocurrido!

Espero que no te importe, pero he quedado en pasar la tarde con Julian. No obstante, todavía planeo que vayamos juntas al Baile Predestinado para el inicio de Caraval. Me encontraré contigo en el jardín de piedra que hay junto a la cochera una hora antes de medianoche.

Con amor,
Scarlett

No era lógico que aquella carta la preocupara más que el mensaje del heredero, pero casi había olvidado que le había pedido a Scarlett que jugara con ella. Lo hizo antes de enterarse de que debía reunirse con su amigo en el baile.

La joven se derrumbó sobre la cama. Aquello complicaría las cosas.

A menos que le confesara a Scarlett todos sus secretos.

Era una idea aterradora. A su hermana no le gustaría descubrir que Armando la había engañado durante Caraval, ni que Tella había estado buscando a su madre. Y ni siquiera imaginaba qué pensaría de su nuevo y falso prometido. Pero Scarlett era la persona más leal que conocía: se enfadaría, pero aun así la ayudaría a ganar Caraval.

Y Tella necesitaba lograrlo.



La noche y su amante, la luna, habían salido a jugar cuando Tella llegó al jardín de piedra iluminado por las estrellas donde se suponía que debía reunirse con Scarlett antes del inicio de su gran aventura.

El Baile Predestinado del Castillo Idyllwild señalizaba el inicio oficial de Caraval, pero aquella noche habría celebraciones por toda la ciudad. En cada una de ellas se distribuirían las primeras pistas para que toda la gente de Valenda pudiera jugar.

Incluso el aire bullía anticipación y excitación. Tella podía sentirlo lamiendo su piel, como si quisiera beberse también sus emociones frenéticas.

Normalmente no se ponía nerviosa. Le gustaba la emoción que acompañaba a la toma de riesgos. Le encantaba la sensación de hacer algo suficientemente atrevido como para que su futuro contuviera el aliento mientras cerraba los ojos y disfrutaba del gozo de haber tomado una decisión con el poder de alterar el curso de su vida. Era lo más cerca que había estado nunca de tener un verdadero poder.

Pero también sabía que no todas las apuestas se pagaban.

Se había pasado todo el día pensando en ello mientras exploraba los terrenos del palacio en una búsqueda infructuosa de los pasadizos secretos de los rumores. Estaba casi segura de que la noche trascurriría tal como había planeado. Cuando le confesara todos sus secretos, Scarlett lo comprendería. Su amigo le daría una semana más para jugar y descubrir el nombre de Legend, para borrar el horrible futuro que El Aráculo le había mostrado y descubrir, por fin, quién era su madre en realidad y por qué se había marchado hacía tantos años.

Tella había tenido éxito en planes mucho más complicados y aun así no podía despojarse de la creciente premonición de que lo que había planificado

estaba a punto de desmoronarse.

Pasó los dedos por la moneda del infortunio que llevaba escondida en el bolsillo. Su amigo le había dicho que la encontraría siempre que tuviera consigo la moneda, y Tella se preguntaba si ya estaría en el Castillo Idyllwild, buscándola.

Quizás el heredero también lo estaría haciendo.

Se le escapó una risita nerviosa. Estaba hasta el cuello, pero al menos pronto tendría a su hermana con ella.

A lo lejos resonó una campana que marcó las once y cuarto. Quedaba menos de una hora para que Caraval comenzara oficialmente. Se estaba quedando sin tiempo.

Su amigo le había pedido que estuviera en la fiesta antes de medianoche.

Pero Scarlett no estaba a la vista.

Algunos pétalos azules cayeron como una lluvia de su vestido floreado mientras echaba un vistazo incómodo por el jardín, esperando ver un atisbo de uno de los trajes cereza de su hermana. Pero las únicas compañeras de Tella eran las esculturas inmóviles.

Las leyendas afirmaban que, en cierto momento durante el indómito reinado de los Destinos, las estatuas del jardín de piedra de Elantina habían sido personas de verdad. Los criados se encontraban ocupados en sus quehaceres palaciegos, podando setos, recogiendo flores y barriendo los senderos cuando, sin haber hecho nada para provocarlo, fueron convertidos en piedra.

Se decía que había sido obra de la Reina de los No Muertos. Al parecer, no creía que las esculturas fueran suficientemente realistas, así que le pidió a otro Destino que transformara a un grupo de criados en estatuas.

Tella miró los grandes ojos de piedra de una joven criada, e imaginó su pánico.

No era propio de Scarlett llegar tarde.

A menos que su hermana no fuera a acudir, o que algo le hubiera pasado.

Nerviosa, la joven se dirigió a la entrada del jardín y estiró la cabeza hacia el sendero bordeado de setos que conducía al palacio. Habría comenzado a recorrerlo para intentar encontrar a su hermana de no haber visto a otra persona en él.

Dante.

El ya ansioso estómago de Tella dio una vuelta más.

Se había cambiado la ropa negra, que parecía preferir, por algo gris; pero sus botas altas y el pañuelo de seda que llevaba alrededor del cuello eran del

profundo tono negro azulado del humo, a juego con los tirabuzones de tinta de sus dedos sin guantes. Parecía una tormenta recién reunida, o una hermosa pesadilla hecha realidad para acosarla personalmente.

Tella pensó en esconderse detrás de una de las esculturas. Se suponía que él debía haberla visto desde lejos, en el baile. Se suponía que su extravagante vestido debía deslumbrarlo, y llenarlo de celos cuando la viera coqueteando con otro hombre. No se suponía que la viera sola y nerviosa en el jardín.

Tella esperaba que pasara de largo, sin advertir su presencia junto a las estatuas. Pero los ojos de Dante ya la habían encontrado y la aferraron como un par de manos alrededor de su cintura, inmovilizándola mientras se acercaba. Sus ojos ensombrecidos se tomaron su tiempo para recorrer su cabello suelto hasta el lazo atado alrededor de su garganta, donde se oscurecieron y descansaron un segundo completo antes de seguir bajando.

Tella no se sonrojaba a menudo, pero sintió que una oleada de color se había apoderado de sus mejillas.

Dante levantó la mirada y le dedicó una sonrisa que parecía una estrella fugaz.

—Deberías vestirte siempre con flores.

Algunos de los capullos más tímidos de su vestido habían florecido por fin, y Tella miró los ojos de Dante con una de sus sonrisas más deslumbrantes.

—No las llevo para ti. El vestido es un regalo de mi prometido.

El joven arqueó las cejas, pero no con los celos que ella había esperado. Examinó el vestido como si fuera algo sucio y después miró a Tella como si se hubiera vuelto completamente loca.

—Deberías tener más cuidado con lo que dices.

—¿Por qué? ¿Estás celoso y temes que me crea alguien, además de una gobernanta? ¿O de repente te pone nervioso que el heredero de Elantina, el prometido que tú inventaste para mí, sea un malvado asesino que podría matarme por afirmar que estamos comprometidos?

Antes de que Dante pudiera contestar, Tella pasó junto a él en dirección al camino que conducía al palacio y, con suerte, a su hermana. Eran más de las once y media, y la medianoche se acercaba. Tenía que…

—Donatella. —Dante la agarró por la muñeca antes de que pudiera dar otro paso—. Dime que no vas a ir al Baile Predestinado del Castillo Idyllwild.

—Eso sería mentira.

Él le apretó la muñeca.

—Hay otras fiestas. No deberías asistir a esa.

—¿Por qué no? —Tella se apartó de él—. Disfruto bebiendo y bailando, e incluso tú reconoces que estoy espectacular. —Giró en un medio círculo, dejando que los pétalos de su falda rozaran las brillantes botas de Dante.

El joven le echó una mirada tan devastadora que las flores que acababan de rozar sus pantalones volvieron a cerrarse en capullos.

—El Castillo Idyllwild pertenece al heredero de Elantina. ¿Sabes qué será de ti si descubre que andas diciendo que eres su prometida?

—No, pero podría ser interesante descubrirlo. —Le dedicó una sonrisa traviesa.

Una línea roja de frustración comenzó a subir por el cuello de Dante.

—El heredero de Elantina es voluble. No solo ha asesinado al resto de los herederos; ha matado a cualquiera que creyó que podía interponerse en su camino al trono. Si sospecha por un segundo que tú eres una de esas personas, terminará también contigo.

Tella resistió la urgencia de hacer una mueca o acobardarse. Una parte de ella reconocía que ponerse el vestido y arriesgarse a captar la atención del heredero había sido una mala idea, pero había puesto nervioso a Dante, así que se negaba a pensar que había sido un error.

—¿Lo que acabas de describirme no es lo que querías que pasara cuando contaste esa mentira?

Dante se quedó en silencio y una brisa fría atravesó el jardín, haciendo que Tella fuera consciente de repente de cuánto había refrescado la noche. Era un frío impropio de la estación, como si el tiempo estuviera poniéndose del lado de Dante para convencerla de regresar al Palacio de Elantina.

—Me diste pena —dijo Dante al final—. Quería ayudarte, pero también estaba enfadado contigo por lo que dijiste en el barco, así que elegí a la peor persona que se me ocurrió sin pensármelo dos veces.

No le dijo que lo sentía, pero unió sus gruesas cejas y sus ojos se llenaron de algo que parecía un genuino pesar. La gente lanzaba la palabra *perdón* con demasiada facilidad, como si valiera incluso menos que la promesa de un penique. Tella rara vez la creía, pero descubrió que sí creía aquello. Seguramente porque era lo típico que habría hecho ella.

—Esta sí que es una pareja interesante. —Armando entró en el jardín golpeando varias de las estatuas de gesto asustado con un elegante bastón plateado.

—¿Qué quieres? —le preguntó Dante.

—Yo iba a hacerte una pregunta similar. —El sofisticado acento que Armando había usado para interpretar al conde durante Caraval había sido

reemplazado por una voz más ronca. Miró a Tella, ladeando su perfectamente acicalada cabeza, y dijo—: Creí que estabas interesado en la hermana mojigata.

La mano de Tella se movió por instinto, retrocediendo y abofeteando la cara de Armando.

—No vuelvas a hablar de mi hermana. Jamás.

Armando se llevó una mano enguantada a su amoratada mandíbula.

—Ojalá me hubieras hecho esa advertencia hace una hora. Tu hermana pega incluso más fuerte que tú.

La alarma la inundó.

—Has hablado con ella.

—Parece que no comprende del todo el concepto de que Caraval solo es un juego. Es guapa, pero no demasiado lista.

—Cuidado —le advirtió Dante—. Yo no te daré una bofetada.

La diversión iluminó los intensos ojos esmeralda de Armando.

—Esta debe gustarte de verdad. ¿O es que Legend te ha pedido que te la trabajes, como hizo Julian con su hermana?

Tella podría haberlo golpeado de nuevo, pero Armando retrocedió.

—Un consejo antes de la fiesta de esta noche: no repitas los errores que tu hermana cometió en la última edición. Y puede que tampoco quieras esperarla. —Armando se dirigió a la salida mientras decía—: No se alegró al descubrir que yo no era su verdadero prometido. Cuando la dejé con el pobre Julian, su conversación era acalorada; no creo que se aplaque hasta después del baile.

—Miserable, desgraciado… —Tella lanzó una ristra de maldiciones poco elegantes a su espalda en retirada. Sabía que, durante Caraval, no podía creerse nada, pero estaba convencida de que, incluso cuando no estaba actuando, Armando era tan canalla como los papeles que interpretaba—. Voy a rezar para que los ángeles bajen y le corten la lengua.

Dante elevó la mirada hacia el cielo y Tella habría jurado que más de una estrella parpadeó cuando dijo:

—Estoy seguro de que muchos te lo agradecerían.

Todavía estaba furiosa.

—¿Por qué Legend lo tiene con él?

—Toda buena historia necesita un villano.

—Pero los mejores villanos son aquellos que en secreto te gustan, y mi yaya siempre decía que el villano de Caraval era el propio Legend.

Dante curvó los labios en algo parecido a una sonrisa arrogante.

—Ya, claro.

—¿Insinúas que mentía?

—Todo el mundo quiere a Legend o quiere ser como Legend. El único modo de evitar que las jovencitas inocentes se escapen para buscarlo es decirles que es un monstruo. Pero eso no significa que todo sea mentira.

La sonrisa de Dante se amplió, con sorna, y sus ojos oscuros destellaron mientras volvía a mirarla.

El muy sinvergüenza estaba burlándose de ella. O quizá fuera Legend y no se resistía a no hablar sobre lo obsesionados que los demás estaban con él. Dante era sin duda suficientemente atractivo y arrogante para ser Legend, pero ella suponía que el Maestro de Caraval tendría cosas más importantes que hacer la primera noche del juego que atormentarla.

Otra campana tañó en la distancia. La medianoche se anunciaría en quince minutos. Si no se marchaba en aquel momento, llegaría tarde a la reunión con su amigo.

Se sentía mal al no correr hacia Scarlett; ni siquiera podía imaginar lo mucho que la habría enfadado descubrir que Armando, y todos los demás, la habían engañado durante Caraval. Tella no había querido que lo descubriera así. Pero su amigo ya estaba en el baile, y en su carta había dicho que no esperaría más tarde de medianoche.

Aunque no disfrutaba de la idea de abandonar a su hermana, Scarlett la perdonaría, y no podía decir lo mismo de su amigo si llegaba tarde.

—Por encantador que haya sido este encuentro —le dijo a Dante—, llego tarde a una fiesta y supongo que tú tienes trabajo que hacer.

Antes de que intentara detenerla, Tella se giró hacia la salida del jardín. Las estrellas titilaron mientras se dirigía a la iluminada cochera, donde un criado la ayudó a entrar en un carruaje topacio que todavía olía al perfume de su último ocupante.

Dante entró detrás de ella.

—Por favor, ¿podrías dejar de seguirme?

—Puede que Armando dijera la verdad, por una vez, y mi trabajo sea seguirte.

El joven se sentó en el asiento que tenía delante, prácticamente ocupando todo el espacio vacío entre ellos con sus largas piernas.

—¿Sabes lo que creo? —le dijo Tella—. Que quieres una excusa para pasar la velada conmigo.

Dante sonrió con ironía mientras se pasaba un amplio pulgar por el labio inferior.

—Odio tener que romperte el corazón, pero yo pienso en las chicas como imagino que tú piensas en los vestidos de fiesta: nunca es buena idea ponerse el mismo más de una vez.

Si Tella hubiera podido lanzarlo fuera del carruaje y reemplazarlo por el noble malcriado del día anterior, lo habría hecho. Pero, en lugar de eso, le dedicó la más dulce de sus sonrisas.

—Qué coincidencia. Eso es lo mismo que opino yo de los hombres.

Dante le sostuvo la mirada un instante y después se rio, el mismo sonido grave y delicioso que siempre hacía que le diera un vuelco el corazón.

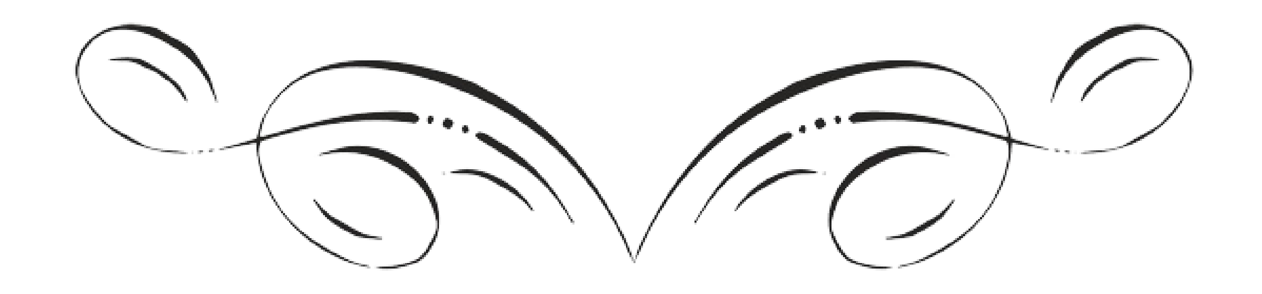
Intentando ignorarlo, Tella se giró hacia la ventana mientras el carruaje se elevaba hacia la noche sin luz.

No sabía adónde se habían ido las estrellas, pero en algún lugar entre el jardín y el carruaje habían desaparecido, convirtiendo el cielo en un océano de oscuridad. Tiznado y negro y…

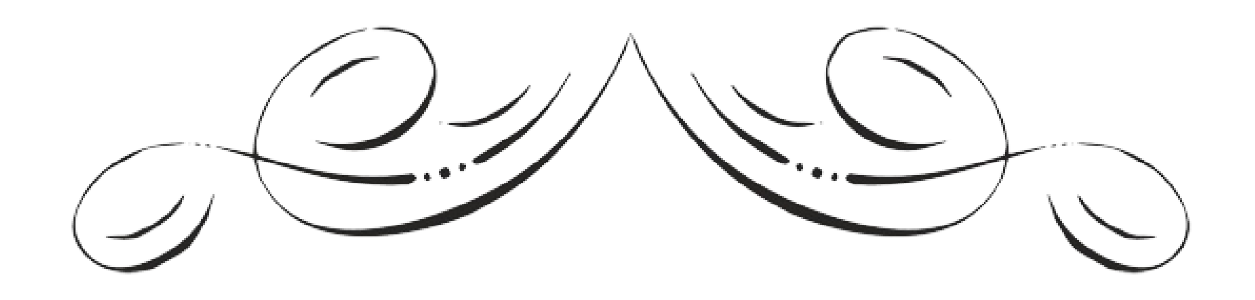
La noche destelló.

Entre un instante y el siguiente, el mundo explotó en tonos plata.

Tella miró por la ventanilla justo a tiempo para ver el regreso de las estrellas perdidas. Brillando más que antes, danzaron para formar nuevas constelaciones. Contó más de una docena, todas formaban la misma imagen cautivadora: un sol con una estrella dentro y una lágrima en su interior. El símbolo de Caraval.



PRIMERA NOCHE CAPITAL DEL CARAVAL





Tella había oído que una vez, durante otra edición, Legend había cambiado el color del cielo. Pero no había creído que fuera suficientemente poderoso como para disputarse las estrellas.

Según las leyendas, las estrellas no solo eran luces distantes; se trataba de seres más antiguos que los Destinos, tan terribles y poderosos como fascinantes y mágicos. Y, de algún modo, Legend los había manipulado.

—Me sorprende que Legend no haga esto en el cielo cada noche —dijo Tella.

—Probablemente lo haría, si pudiera. —Dante habló sin emoción, pero ella creyó ver algo profundo en sus ojos mientras miraba por la ventana del carruaje—. Es posible alimentar la magia con tiempo, sangre y emociones. Gracias a las esperanzas y sueños de los que participan en Caraval, el poder de Legend alcanza su apogeo durante el juego. Las constelaciones volverán a formarse cada noche. Hoy, un símbolo sobre las distintas fiestas y bailes marca el inicio de Caraval, pero mañana solo habrá una constelación, para guiar a los participantes hacia el distrito donde se esconde el siguiente grupo de pistas.

Tella no había jugado oficialmente, pero conocía su funcionamiento básico. La primera regla a recordar era que Caraval solo es un juego. Tiene lugar por la noche, y todo el mundo recibe la misma pista para comenzar su aventura, que los conducirá al resto de los indicios y, finalmente, al premio. Scarlett había tenido que encontrar cinco pistas en el anterior Caraval, y Tella suponía que algo similar sucedería en esta ocasión.

Pero primero tenía que localizar a su amigo.

El carruaje aterrizó atropelladamente, o quizá fue el corazón de Tella al oír la última de las doce campanadas resonando en la medianoche.

Extrajo la moneda del infortunio de su bolsillo para guardársela en la palma, rezando para que esto le permitiera a su amigo saber que había llegado al Castillo Idyllwild justo a tiempo.

Apretando la moneda con fuerza, examinó los alrededores en busca de su amigo, pero no sabía nada de su apariencia. Lo único que veía eran las chisporroteantes antorchas que rodeaban un alto castillo que parecía atrapado en algún lugar entre la ruina y la fantasía. La desmoronada arenisca blanca de sus muros brillaba bajo las constelaciones temporales de Legend, mostrando sus antiguas almenas, sus derruidos parapetos y las rocambolescas torres forradas de enredaderas con rosas rojas de bordes negros.

El resplandeciente bastión podría haber salido del sueño de una jovencita, aunque Tella se fijó en que el foso que lo rodeaba contenía unas aguas tan oscuras que no reflejaban ninguna de las estrellas de Legend. Se preguntó si se debía a que el imaginativo exterior del castillo era solo un hechizo, o si las estrellas eran una de las ilusiones de Legend por la que se había dejado engañar.

Solo habían pasado unos minutos desde el inicio del juego y ya había empezado a preguntarse qué era real y qué no lo era.

Miró de nuevo el agua, buscando a su amigo o una barca con la que acceder al castillo, pero parecía que solo había un camino a la fortaleza: un estrecho y arqueado puente adoquinado con piedras en forma de diamante.

—¿Buscas a tu prometido? —le preguntó Dante.

—Cuidado —le advirtió Tella—. Voy a creer que estás celoso.

—Estoy esperando a que recuperes el juicio —le contestó él—. Esta es tu última oportunidad para darte la vuelta. A nuestro anfitrión no le gusta facilitar las idas y venidas de la gente.

—Entonces es una suerte que me gusten los retos.

—Parece que por fin estamos de acuerdo en algo.

Dante se metió el brazo de Tella en el sólido hueco del codo, como si aceptara en silencio un desafío. La joven lo miró directamente a los ojos.

—Creí que no te gustaba llevar a la misma chica a una fiesta dos veces.

En los ojos de carbón de Dante destelló algo travieso mientras se inclinaba para rozarle el cabello con sus labios cálidos, lo que provocó que otras partes traidoras de su cuerpo se pusieran celosas.

—Yo siempre hago lo que exige mi trabajo.

Engreído hijo de una bruja.

Tella debería haberse apartado, pero de cerca el puente era incluso más estrecho de lo que parecía desde lejos y no tenía barandillas… Exactamente

igual que el balcón desde el que había saltado durante el anterior Caraval en la caída que la había matado.

Clavó los dedos en el brazo de Dante. Esperaba que creyera que era parte de sus jueguecitos, que no detectara los remanentes del miedo mientras le hacía una pregunta para distraerse antes de que sus piernas dejaran de moverse, o de que sus pulmones dejaran de respirar.

—Bueno, y ahora, ¿qué es lo que quiere Legend de mí?

—No puedo decírtelo.

—Pero ¿puedes decirme que te encargó que me siguieras?

—Yo no he dicho eso, solo que podría haberlo hecho. Quizá tenías razón, en el carruaje, y solo quiera pasar la noche contigo. Quizá crea que le mentiste a tu hermana sobre nuestros besos en el bosque y mi intención sea demostrarlo.

El joven le dedicó una sonrisa tan libertina y devastadora que Tella habría jurado que incluso el puente se había debilitado. Pero no podía dejar que la debilitara a ella. Aquella noche había demasiado en juego, y ya lo había besado una vez.

—Aunque decidiera creerte, tendría que recordarte que estoy prometida y que no siento ninguna predisposición hacia la infidelidad.

La gloriosa sonrisa de Dante se desvaneció en el momento en el que dijo «prometida».

Tella sonrió y le dio una palmadita en el brazo, lista para apartarse por fin de él cuando llegaron al centro del puente.

Por todos los santos. Contuvo la respiración, que quedó atrapada como un pájaro en el interior de su garganta. El puente se había estrechado y juraría que estaba a mayor altura de lo que había estado en su vida, sin barandillas ni red ni nada más que las implacables aguas para atraparla si resbalaba y caía. Intentó dar otro paso, pero todo lo que veía la hacía sentirse débil, mareada y aturdida.

¿Y era cosa suya, o las antorchas que rodeaban el Castillo Idyllwild apestaban ahora a azufre, como si la propia Muerte hubiera decidido avivar sus llamas para recordarle que siempre estaba vigilándola, esperando para llevársela de nuevo?

—No pienses en ello —le advirtió Dante.

—No voy a saltar —replicó ella.

—No me refiero a eso. —Acercó los labios a su oreja—. He muerto más veces de las que puedo recordar. Cada vez, temía no regresar, hasta que

aprendí que es el miedo lo que la alimenta, al igual que las esperanzas y sueños dan poder a Legend durante Caraval.

—Yo no le temo a la muerte. —Pero, mientras lo decía, Tella bajó la mirada y descubrió con horror que agarraba con mucha más fuerza el brazo de Dante.

Él le acarició el brazo una vez, burlón e indulgente.

Pero ella no iba a dejarlo ganar la competición que estaban jugando.

—Es solo que no me gustan las jaulas —dijo—, y este lugar parece una mazmorra enorme.

Dante se rio en voz baja, una risa muy distinta del suntuoso sonido que había emitido en el carruaje. Tella no estaba segura del porqué, pero creyó descubrir la razón de su sutil diversión tan pronto como entraron en la fiesta.



Tella creía saber qué esperar en el interior del Castillo Idyllwild.

Ya había participado en Caraval; que la encontraran había sido el propósito del juego anterior. Pero, aunque sonara excitante, la verdad era que se había visto obligada a pasar la mayor parte del tiempo sentada como una princesa atrapada en una torre, esperando a que la encontraran. Se había escabullido a ratos, pero escapar por las puertas traseras de las salas de juego de Caraval y espiar a su hermana desde las sombras no era nada parecido a ser uno de los jugadores y adentrarse en el decadente mundo de Legend con la intención de dejarse llevar.

Aunque, en aquel momento, no pretendía dejarse arrastrar. Era más de medianoche y tenía que encontrar a su amigo antes de que se marchara. Pero con cada paso que daba en el interior del castillo, tenía que luchar contra la urgencia de olvidar por qué estaba allí y, simplemente, disfrutar del juego.

El aire sabía a sorpresa. Como a alas de mariposa de caramelo atrapadas en telarañas azucaradas y a licor de melocotón cubierto de suerte.

Una vez más, se preguntó si el heredero de Elantina sería tan malo. Puede que los rumores fueran falsos, iniciados por la gente que envidiaba su posición. Aquel baile parecía una celebración que ella misma podría haber organizado, aunque no sabía si eso decía algo bueno de ella o de su anfitrión.

Todavía tenía en la mano la moneda del infortunio y esperaba que su amigo siguiera en la fiesta. Pero, incluso mientras lo buscaba, no pudo evitar notar que cada parte de la celebración era un motín de indulgente actividad.

Desde la entrada arqueada del gran salón de baile, parecía que uno de los Destinos había regresado a la vida con un estallido de colores peludos y emplumados: La Casa de Fieras, una carta que representaba el inicio de una nueva historia o aventura.

Mujeres y hombres con los cuerpos cubiertos de plumas y las cabezas coronadas con diminutos cuernos curvados colgaban del techo, girando y haciendo piruetas alrededor de gruesas cintas de seda dorada o magenta que pendían como gigantescos lazos festivos. Bajo ellos, actores con disfraces de pelo, más pluma y pintura sobre la piel, merodeaban y reptaban como si fueran quimeras salvajes escapadas de otro mundo. Tella vio a artistas vestidos para parecer tigres con alas de dragón, caballos con colas viperinas, serpientes con melena de león y lobos con cuernos de carnero que gruñían y mordisqueaban y a veces lamían los talones de los invitados. Había algunos balcones bajos desde donde bailaban hombres sin camisa con alas tan grandes como las de los ángeles, y estrellas caídas empujando a parejas sonrientes sobre columpios gigantes que colgaban de canopias de cuernos y flores.

Tella oyó que Dante resoplaba a su lado.

Era posible que hubiera pasado demasiado tiempo mirando a los hermosos hombres que parecían estrellas caídas y ángeles, esperando inútilmente que uno de ellos fuera el amigo que buscaba. El resto de su ser solo quería empaparse de todo. Había soñado con fiestas como esta. Sabía que no tenía tiempo que perder, pero sus ojos se esforzaban por ver cada destellante milímetro mientras sus dedos ansiaban tocar y su boca intentaba dar un mordisco, no solo a la comida sino a la propia fiesta. A las alas de dragón, a las risas despreocupadas, al modo en el que la gente echaba la cabeza hacia atrás y miraba a su alrededor con expresiones que iban desde la timidez a la voracidad. Todo parecía inocente y retorcido al mismo tiempo, y Tella ansiaba experimentar cada tentadora parte de ello.

Tras subir las escaleras del baile, levantó la cabeza para mirar a Dante. Este podría haber sido su sombra, con las puntas afiladas de sus tatuajes negros asomando bajo su traje oscuro.

—¿Por qué no vas vestido de unicornio, o de leopardo con alas de mariposa?

Dante esbozó una sonrisa.

—Ni siquiera Legend podría hacer que me vistiera de unicornio.

—Pero los unicornios son mágicos, y todas las damas querrían acariciarte.

Esta vez, el resoplido de Dante sonó más parecido a una carcajada contenida.

Tella no podía evitar sonreír; puede que no le gustara, pero disfrutaba de que la encontrara divertida. También apreciaba que no pareciera interesado en ninguna de las jóvenes que miraban en su dirección como si de verdad estuvieran dispuestas a acariciarlo, aunque no fuera disfrazado de unicornio.

—¡Saludos!

Jovan, una de las intérpretes de Legend más afables, apareció ante ellos como una marioneta. Tenía gruesas cintas atadas a sus brazos y piernas oscuros, mantenía sus pies lejos del suelo mientras se movía alegremente haciendo resonar los cascabeles plateados de sus zapatos.

Jovan era el primer rostro que la gente veía cuando se adentraba en Caraval, pero hacía mucho más que recibir a los jugadores. A menudo era una pista andante disfrazada de rostro amistoso que indicaba a los invitados la dirección en la que debían ir. Su afable disposición era una habilidad valiosa que también usaba para asegurar a aquellos a punto de volverse locos que de verdad era solo un juego.

A diferencia de la mayor parte de los intérpretes, Jovan no iba disfrazada de quimera. Estaba vestida como El Bufón Loco, otro Destino de la Baraja del Porvenir.

Una máscara de retazos ocultaba la mitad de su rostro con los alegres colores del arcoíris, a juego con el lado derecho de su capa. El otro lado del traje era totalmente negro, exactamente igual que la capucha que le ocultaba la mitad izquierda del rostro. Como Destino voluble, El Bufón Loco simbolizaba *la alegría que no está destinada a perdurar*.

—Bienvenidos, bienvenidos a Caraval, el mayor espectáculo por tierra o mar. En el interior podrías encontrarte cara a cara con un Destino o robar algún fragmento del futuro…

—Está bien —la interrumpió Tella. Jovan le caía realmente bien. Durante el último juego la había ayudado a escabullirse de su habitación en la torre más de una vez, pero en aquel momento no necesitaba oír su discurso. Por seductor que fuera Caraval, no tendría mucho sentido jugar si el trato con su amigo se cancelaba; él era su único vínculo sólido con su madre, y no había nada más importante para ella que salvarla—. Ya lo he oído. Puedes saltártelo y entregarnos la primera pista.

—Puede que creas que lo has oído. —Jovan hizo tintinear los cascabeles de sus zapatos—. Esta bienvenida es un poco distinta a la de la última vez.

Se aclaró la garganta antes de recitar el resto de memoria:

> «Aunque los eventos de Caraval resulten inusuales, las próximas cinco noches serán muy reales.
>
> Elantina nos ha invitado, a sus más leales, para salvar al Imperio de sus mayores males.
>
> Los Destinos, encerrados desde hace más de cien años, desean salir a jugar como antaño.

Si recuperan su magia, no habrá sosiego, pero tú puedes detenerlos ganando el juego.

Para conseguirlo, deberás ser lista y encontrar, gracias a esta pista, el artefacto que los destruya en el acto.

Cuando lo tengas, Legend te entregará un premio excepcional que no se me permite pronunciar».

Jovan sacudió los pies cuando terminó, haciendo resonar los cascabeles de sus zapatos una vez más mientras los lazos de sus brazos y piernas la elevaban hacia la niebla escarchada que cubría el techo. Mientras ascendía, una carta roja con los bordes carbonizados cayó de arriba como una chamuscada pluma de quimera.

Tella la recogió. Las mismas palabras que Jovan acababa de recitar cubrían la diminuta tarjeta.

—¿Qué es esto? Pensaba que Scarlett había tenido que firmar un contrato con sangre antes de jugar.

—Cada representación es diferente. Cuando tu hermana jugó, tuvimos que esforzarnos para que todo pareciera más peligroso de lo que era, ya que se trataba solo de un juego.

Tella resopló.

—Si intentas que crea que esta vez es real, no va a funcionar. Ya he oído el discurso entero sobre no dejarse arrastrar demasiado.

—Pero ¿lo has oído esta noche? —Dante bajó la voz mientras se acercaba para acariciar con los dedos los pétalos de su vestido.

La joven bajó la mirada hasta la chamuscada carta de bienvenida que tenía en las manos. Como Dante había dicho, no contenía ninguna advertencia sobre dejarse arrastrar por el juego. De hecho, mencionaba lo contrario: «Aunque los eventos de Caraval resulten inusuales, las próximas cinco noches serán muy reales».

Tella no lo creía ni por un segundo, y aun así no pudo evitar mirar a Dante y preguntarle:

—Si el juego es real, ¿significa eso que todo lo que hay entre nosotros también lo es?

—Tendrás que ser más concreta.

Dante le arrancó un pétalo de la falda y lo frotó entre sus dedos mientras empezaba a bajar las escaleras sin ella.

En otras palabras, *no*.

Nada entre ellos era real porque Caraval no era real. A la gente le encantaba porque era una fantasía hecha realidad; no importaba cuán

retorcidos fueran sus sucesos porque, al final, solo era un juego. Tella no podía dejarse arrastrar por él.

A los pies de la escalera, apretó la moneda de nuevo y buscó entre la multitud a alguien con pinta de criminal, esperando encontrar a su amigo. Sin embargo, una parte de ella había comenzado a temer que ya se hubiera marchado. Era más de medianoche y en su última carta le había advertido que no esperaría.

Pero no estaba dispuesta a rendirse. Su mirada zigzagueó entre los artistas sobre zancos, cubiertos de pieles en tonos crema y castaño, y entre los hombres maquillados para parecer cisnes con colmillos que remaban con sus paraguas de lunares puestos del revés a través de los riachuelos de flores que conducían al centro del salón de baile.

—No creo que quieras ir hacia allí.

Tella se giró y casi golpeó el pecho de Dante. Estaba justo a su espalda de nuevo, más alto de lo que ningún joven debería ser. Tuvo que estirar el cuello para ver que sus ojos miraban más allá de una mujer que luchaba contra un hombre lobo y de un joven caballero que jugaba a lanzarle una pelota a un atractivo semitigre hasta posarse en la enorme jaula plateada que había en el centro del salón.

Tella se quedó rígida.

Había visto un atisbo de los gruesos barrotes de hierro de la jaula al entrar, pero no se había dado cuenta de que todos los que danzaban en la pista de baile estaban en su interior. Desde lejos parecían animales cautivos. Un escalofrío hizo que sus hombros temblaran. No le extrañaba que Dante se hubiera reído antes.

—¿De verdad no bromeabas sobre tu odio por las jaulas? —le preguntó.

—¿A quién le gustan las jaulas? —Aunque, desde donde ella estaba, parecía que a la mitad de los asistentes—. Son idiotas. Esto es Caraval; Legend los atrapará allí y les dirá que no conseguirán la primera pista a menos que alguien acepte quedarse dentro para siempre.

Esto le ganó una carcajada ronca de Dante.

—¿Eso es lo que crees que hace Legend?

—Intentó dejarme encerrada en un balcón durante el último juego.

—Pero escapaste. Si Legend hubiera querido hacerte prisionera de verdad, no habría dejado que eso ocurriera.

—Puede que yo sea una excelente escapista.

—O puede que solo creas que lo eres.

Los dedos de Dante le rozaron la nuca, apenas una suave caricia que le hizo recordar vivamente la sensación de sus manos justo antes de dejarlo en el bosque aquella mañana.

La había dejado marcharse. Había fingido que no le importaba ni se daba cuenta, pero aun así la había buscado de nuevo poco después. Se había burlado de la maldición y había sido bastante amable como para devolverle la moneda tras apenas unas mofas más.

—¿Sabes? —musitó Tella—. Si no te odiara, realmente disfrutaría de tu compañía.

Todo atisbo de la sonrisa de Dante desapareció.

—Deberíamos marcharnos.

—¿Qué…?

El joven le agarró la mano, más rápido y fuerte que el resto de las veces que lo había hecho. Todo pareció ocurrir a la vez y la joven apenas tuvo un momento para darse cuenta de que ya no la estaba mirando a ella. Tenía los ojos entornados, mirando algo (*o a alguien*) que había a su espalda.

—¿Intentas huir con mi prometida?

El tono de superioridad sobrevoló los hombros de Tella, tan frío y refinado como una espada recién afilada.

El heredero de Elantina.



—Esta sí que es una sorpresa interesante.

Una genuina diversión iluminó un par de ojos azules grisáceos, tan cegadores como olas rompiendo, ocultos bajo un cabello indomable tan dorado que podría haberse convertido en monedas.

—Eres tú. —El aire abandonó los pulmones de Tella.

El joven del carruaje aéreo (el mismo noble indolente que había amenazado con lanzarla al vacío y que le había tirado una manzana a medio comer sobre las zapatillas) le dedicó una sonrisa asesina.

—Puedes llamarme Jacks.

Con un movimiento mucho más caballeresco que cualquier cosa que le hubiera visto hacer la noche anterior, el joven tomó su mano libre para posar un beso sobre sus nudillos. Sus finos labios eran suaves y fríos, y un nuevo escalofrío subió por su brazo mientras él hablaba en voz baja contra su mano.

—No esperaba que tuvieras la valentía de usar el vestido.

—Odiaría que algo tan bonito quedara sin uso —dijo con frivolidad, como si su presencia no la hubiera desconcertado por completo. Se suponía que el heredero de Elantina no debía encontrarla con tanta facilidad. *De hecho*, se suponía que no debía encontrarla. Y tampoco debía ser el temerario joven del carruaje; eso no encajaba con la imagen que se había hecho de él.

El heredero (*Jacks*) parecía despiadado y cualquier otra cosa excepto perezoso. Aun así, aquel joven con los ojos inyectados en sangre y el cabello despeinado parecía el epítome del descuido. Los pantalones de color hueso que se ceñían a sus piernas estaban limpios, pero sus arañadas botas negras parecían pensadas para un establo en lugar de para una fiesta. Ni siquiera se había molestado en ponerse levita. Llevaba el pañuelo, de color bronce,

torcido sobre el cuello de una camisa pálida a la que le habría venido bien un poco de plancha.

Tella se preguntó si los maliciosos rumores sobre él eran falsos o si Jacks había decidido cultivar una imagen de descuido a propósito. El cabello dorado le caía sobre un ojo, y aun así miró a Tella con la confianza de un emperador para decirle:

—¿Bailamos?

Dante se aclaró la garganta y se acercó más a ella.

Jacks torció la boca en una sonrisa más feroz que amigable.

—No creo que estés intentando alejarme de mi prometida en mi propia fiesta.

Dante apretó la mano de Tella.

—En realidad…

—No le hagas caso, solo está celoso —lo interrumpió Tella antes de que Dante pudiera hacer algo desafortunadamente noble, como confesar que aquella charada era culpa suya. No comprendía por qué estaba protegiendo a la persona parcialmente responsable de aquel aprieto, y Dante ni siquiera necesitaba protección. Quizá solo quería demostrar que no necesitaba que él cuidara de ella.

Tella se zafó de su mano.

Dante apretó la mandíbula tan fuerte que la joven oyó el rechinar de sus dientes. Pero ni siquiera lo miró. Podía arreglárselas sola.

Extendió la mano.

Jacks se pasó un dedo delgado sobre su sonrisa salvaje, sin aceptarla.

Entonces la tomó por las caderas. Frío, sinuoso y sólido, su brazo serpenteó a su alrededor, acercándola a su cuerpo de manera escandalosa.

Tella habría jurado que oyó gruñir a Dante mientras Jacks la conducía entre la sudorosa multitud de invitados.

Las cabezas de varios asistentes se habían girado para mirar a Dante cuando entraron en la fiesta, pero ahora todos los ojos seguían al despiadado joven heredero que la agarraba de la cintura. La mantuvo extremadamente cerca mientras la guiaba junto a las fuentes que goteaban licores ilícitos y junto a los invitados que coqueteaban con los intérpretes disfrazados de zorros con cola de algodón y de leopardos semihumanos.

—Me sorprende que no hayas intentado huir —le dijo.

—¿Por qué debería hacerlo?

—Porque… —comenzó, hablando contra su cabello con palabras tan lentas y lánguidas como las perezosas caricias de sus dedos en la parte

inferior de su caja torácica—. Creo que no te he causado una buena impresión durante nuestro primer encuentro y supongo que ya conoces los rumores de que soy un demente desalmado que haría cualquier cosa para conseguir la corona.

—¿Quieres decir que no son ciertos?

—Si lo fueran, ya estarías muerta.

Sus labios permanecieron presionados contra su cabello. Para cualquiera junto al que pasaran, seguramente parecería que estaba realmente enamorado, en el límite de lo inapropiado, casi como si intentara iniciar nuevos rumores. Tella no sabía qué había esperado que ocurriera si el heredero la encontraba, pero sin duda no era aquello.

—Si fuera un asesino —murmuró—, ¿de verdad crees que te dejaría vivir después de saber que has afirmado ser mi prometida para entrar en el palacio?

—Si todo esto es un modo de decirme que no planeas castigarme por una pequeña mentirijilla, entonces deberíamos despedirnos. En realidad, estoy aquí para reunirme con otra persona.

Tella notó que la fría boca de Jacks se curvaba hacia abajo, frunciendo el ceño contra su cabello.

—Estoy decepcionado, Donatella. Pensaba que era tu *amigo*. Pero no solo has llegado tarde; ahora intentas escapar de mí. —Su tono ocioso se volvió afilado y algo terrible se retorció en el vientre de Tella—. ¿Es que no tienes mi pago?

Jacks la miró con una sonrisa tan perturbadora que podría haber hecho llorar a un ángel.

Por los ángeles impíos del infierno.

Tella intentó respirar mientras todos sus planes y esperanzas comenzaban a desmoronarse.

Jacks no podía ser su amigo. No podía llevar más de un año escribiéndole cartas al heredero del trono del Imperio Meridional.

Se tambaleó, pero el brazo de Jacks se tensó a su alrededor, evitando que cayera y acercándola mucho más mientras seguían avanzando entre los invitados. Aquello tenía que ser un error. Se suponía que su amigo era un humilde criminal que negociaba con secretos, no el impredecible y letal heredero al trono, alguien que, por su tono de voz, no parecía inclinado a perdonarla por su fracaso.

Tella intentó apartarse de él.

Jacks la sostuvo con fuerza. Sus dedos hábiles eran más fuertes de lo que parecían.

—¿Por qué no dejas de decepcionarme?

La agarró como si realmente fuera su prometida mientras se acercaban a la colosal jaula en el centro del salón de baile. Tella captó la ironía. Había contactado con él para que la ayudara a escapar de la cárcel en la que su padre había convertido su vida, y ahora estaba escoltándola hasta unos nuevos barrotes.

La falda de su vestido llovió asustados pétalos azules. El martilleo de su corazón le dijo que tenía que huir tan pronto como fuera posible. Pero si lo hacía, no sabía a quién más recurrir para que la ayudara a encontrar y salvar a su madre. Empezaba a estar desesperada. Los latidos de su corazón ahogaban la elevada música de la fiesta. Lo único que podía oír era la sangre, corriendo a través de sus oídos.

Pero todavía había esperanza.

Puede que Jacks fuera el heredero al trono, destinado a heredar más riqueza y poder de lo que ella era capaz de imaginar. Pero a pesar de sus privilegios y contactos, parecía que algunas cosas (como el verdadero nombre de Legend) estaban fuera de su alcance, o nunca la habría ayudado. Lo único que tenía que hacer era convencerlo de que todavía podía serle útil.

La joven exhaló lentamente y le tomó la mano. Aprovechó su sorpresa para tirar de él hasta detrás de una fuente de tres pisos de la que caían cascadas de un líquido carmesí que olía a vino. Desde fuera, probablemente parecía que no podían esperar a ponerse las manos encima. Por dentro, Tella se sentía como si caminara por una cuerda floja que se estuviera deshilachando.

—Lo siento —dijo tan pronto como estuvieron solos. Su mirada se posó en cualquier cosa excepto en él. Por mucho que deseara decir que era parte de un papel, aquel era uno de esos momentos en los que estaba realmente asustada—. No pretendía asustarme después de descubrir quién eres. Te estoy muy agradecida por todo lo que has hecho; lo único que no quería era decepcionarte.

Tragó saliva y lo miró con unos ojos grandes y suplicantes. Si Jacks era capaz de sentir compasión, no lo demostró. Había tormentas de hielo más cálidas que el modo en el que la miraba.

—He estado buscándote desde que llegué. —Se apresuró a continuar—. No conozco el nombre de Legend, pero sé que lo conseguiré al final de esta semana…

Palabras ebrias giraron a su alrededor, interrumpiéndola mientras otra pareja se dirigía a la fuente junto a la que se encontraban.

En cuestión de un segundo, su espalda estaba aprisionada contra las incómodas crestas de una columna cercana y Jacks estaba presionado contra ella; una demostración para la compañía indeseada.

Cerró los ojos.

La boca de Jacks bajó hasta su cuello, sus labios fríos se cernieron sobre su piel y murmuró:

—He oído promesas como la tuya antes, pero siempre son mentiras.

—Te juro que te estoy diciendo la verdad —susurró.

—No sé si te creo, y ya no solo quiero el nombre de Legend.

Tella notó otra caricia de su aliento mientras la fría boca del joven viajaba hacia arriba, planeando sobre su mandíbula sin llegar a rozar su piel.

Abrió los ojos y se tragó una inspiración.

La mirada de Jacks era voraz. Sabía que solo estaban interpretando un papel para la pareja que se había acercado, y aun así podía imaginar su boca abriéndose para morderla, igual que había hundido los dientes en la manzana blanca la noche anterior.

Entonces, con la misma rapidez con la que la había aplastado contra la columna, se apartó. La pareja que se había acercado a ellos ya se había marchado a otro sitio.

Los ojos de Jacks siguieron sobre ella, entornados de un modo que podría ser tanto de desagrado como de diversión por su creciente incomodidad.

—Me caes bien, Donatella, así que te daré una oportunidad más. Pero como has fracasado al traerme la información que te pedí, tendré que alterar las condiciones de nuestro acuerdo. Si consigues llevar a cabo ambas tareas, entonces, y solo entonces, te reuniré con tu madre.

—Pero ¿sabes dónde está?

Jacks hinchó sus fosas nasales.

—¿Te atreves a cuestionarme cuando eres tú quien ha incumplido su promesa? Si me hubieras traído el nombre de Legend, ya estarías con ella. En lugar de eso, te daré hasta el final de esta canción para que tomes una decisión.

La música se detuvo de repente… excepto una clara nota de violonchelo que podría morir en cualquier momento.

—Dime qué quieres —dijo Tella.

La comisura de la boca de Jacks se curvó ligeramente.

—Ahora necesito dos cosas de ti en lugar de una. He trabajado muy duro para convertirme en el heredero de Elantina, pero el rumor de que estoy comprometido ha puesto mi posición en riesgo. Ya se ha extendido por la

corte. Si se descubre que es mentira, dada mi reputación, la gente esperará que te mate. Si no lo hago se verá como una debilidad, y entonces seré yo el asesinado.

—¿Qué propones?

—Según lo que se susurra en el palacio, ya he hecho mi propuesta.

—¿Me estás pidiendo que me case contigo?

Él se rio.

—No. —Por un momento, Tella habría jurado que Jacks ladeaba la cabeza como si lo considerara—. No deseo casarme contigo. Solo necesito que finjas que eres mi prometida hasta el final de Caraval. Cuando el juego haya terminado, diremos que nuestro compromiso era parte de este y lo disolveremos sin daño alguno.

La respuesta debería haber sido fácil: sí. Tella ya había fingido antes un compromiso. Aun así, algo la hacía sospechar de aquel trato. Era como hacer un trato con uno de los intérpretes de Legend. De ninguna manera podía ser tan sencillo como Jacks lo hacía sonar. Tenía que haber algo más que no le estaba contando.

—¿Qué más quieres? —le preguntó.

—Primero tengo que asegurarme de que puedes llevar a cabo esta petición. Si puedes convencer a todos los presentes de que estamos profunda y verdaderamente enamorados, te diré la segunda cosa que quiero.

Jacks robó la mano de Tella y sus suaves guantes de piel presionaron con firmeza su piel desnuda.

—Ha llegado el momento de descubrir si eres una buena actriz. —Le mostró sus hoyuelos, encantador, juvenil y despreocupado. Pero mientras la arrastraba desde su rincón oculto a la amenazadora jaula donde todos bailaban, Tella no consiguió olvidar cuán rápidamente había pasado de despreocupado a cruel.

Los frágiles pétalos azules seguían cayendo de su vestido.

Tella tomó aire para armarse de valor. No sabía qué haría si fracasaba, y no estaba segura de qué tendría que hacer para convencer a todos los asistentes al baile de que estaban enamorados.

Los gruesos barrotes de la jaula olían a metal y a ambición real. El aire estaba casi demasiado cargado para respirar, sofocante con la calidez de los cuerpos, el perfume y las seducciones susurradas. Los dedos de Jacks se tensaron cuando entraron. Tella imaginó por un instante que tampoco le gustaban las jaulas, pero era mucho más probable que intentara evitar su huida.

Había incluso más bailarines apiñados en el interior de la jaula de lo que había calculado. Las damas que habían sido ignoradas y algunas parejas descansaban sobre los gruesos cojines de raso en sus límites, mientras las coloridas faldas y los trajes giraban en la pista de baile de mármol verde como si fueran flores agitadas por la brisa.

Tella vio algunos rostros familiares.

Primero vio a Caspar, que interpretó el papel de Legend en la edición anterior, así como el de su prometido. Llevaba un traje anaranjado que lo hacía ver como un zorro y parecía estar susurrando secretos a otro atractivo joven, que seguramente no tenía ni idea de que Caspar era un intérprete. Justo más allá, tumbado sobre un cojín, Nigel ahuyentaba a los nobles y los sonrojaba a la vez, mientras se recorría los tatuajes de alambre de espino que rodeaban sus labios.

También estaba Armando. Una atenta cortesana con un vestido escarlata le golpeaba la chaqueta blanca con las uñas rojas. Pero en lugar de disfrutar de su atención, la mirada de Armando estaba clavada en Tella. El ambiente de la jaula se calentó mientras sus ojos esmeralda la seguían. En ellos no estaba la burla con la que la había mirado antes. Su interés se aferró a ella como si fuera el primer acto del entretenimiento de la noche.

Y no era el único que la miraba.

La gente ya no solo observaba a Jacks. Tella habría jurado que sus miradas intrigadas y sus ojos pintados se habían concentrado todos en ella. Le gustaba la atención, pero no estaba segura de disfrutar de un escrutinio de aquel nivel. Hacía que la sofocante jaula pareciera de repente más pequeña. La luz del interior había pasado del festivo color del *whisky* a los perturbadores tonos de una ciruela metálica. Notaba especialmente a las mujeres, juzgando sus rizos revueltos y su vestido casi sin espalda mientras susurraban palabras que no necesitaba oír para imaginar. Pocas cosas eran tan brutales como la crítica de otras damas.

Un trío de chicas de su edad que rezumaban envidia intentó ponerle una zancadilla al pasar.

—Relájate —murmuró Jacks—. No vamos a convencer a nadie de que estamos comprometidos si no dejas de mirar a tu alrededor como si te murieras de ganas de escapar.

—Estamos dentro de una jaula.

Tella señaló con la cabeza los gruesos barrotes de la parte superior, donde las lámparas de araña de hierro rodeadas de enredaderas azules y blancas se balanceaban como si ellas también desearan huir.

—No mires la jaula. Mantén esos bonitos ojos sobre mí.

Jacks le agarró la barbilla con los dedos, fríos incluso a través de los guantes. A su alrededor, las palabras susurradas y las conversaciones tórridas se mezclaban con los sonidos más suaves del licor al fluir, de las risas acalladas y los gruñidos animales. Pero cuando los labios de Jacks se separaron por segunda vez, Tella solo oyó el melódico sonido de su voz mientras susurraba:

—Sé que no es solo la jaula lo que te asusta, querida.

—Te lo estás creyendo demasiado.

—¿Yo?

Deslizó la mano desde su barbilla hasta su cuello para descansar el suave cuero contra su pulso. La acarició lentamente, apenas un roce delicado de sus guantes que hizo que su cobarde corazón latiera más rápido.

—Relájate —repitió—. En lo único que deberías pensar es en que eres más deseable que el resto de las personas de esta habitación. Todos los presentes desearían estar en tu lugar.

—Ahora sí que no hay duda: te lo estás creyendo demasiado.

Su risa fue sorprendentemente encantadora.

—Entonces convéncete de que todos desean estar en mi lugar, bailando contigo.

Con una sonrisa que debió robarle al demonio, Jacks le rodeó las caderas con el brazo y la condujo a la pista de baile.

A pesar de que intentaba sonar como si le preocupara su reputación, a Tella la sorprendía que actuara como si no pudiera importarle menos lo que todos los demás pensaran de él. Había comenzado otra canción y Jacks pasó directamente entre el resto de las parejas. Era totalmente irrespetuoso, pero mucho más hábil que cualquiera con el que ella hubiera bailado.

Cada movimiento de Jacks era descuidadamente elegante, seguía la cadencia musical de sus palabras mientras murmuraba al oído de Tella.

—La clave en una charada como esta es olvidar que es una actuación. Se trata de mentir hasta que estés tan cómoda en tu papel que este te parezca la verdad. No te digas que estás fingiendo estar prometida, convéncete a ti misma de que te amo. Que te quiero más que a nadie. —La acercó a él y le pasó una mano por la nuca para jugar con el lazo que rodeaba su garganta—. Si puedes convencerte de que es cierto, convencerás a cualquiera.

La hizo girar por la pista de nuevo como giraban las gruesas cintas frambuesas al caer de la parte superior de la jaula. Por cada una de ellas bajó un acróbata vestido con plumas que lanzó puñados de purpurina y brillantina

de cristalitos tallados, y cubrió el mundo con una imitación de la magia mientras Tella y Jacks seguían danzando hasta que todo se convirtió en una neblinosa espiral de polvo de oro, pétalos de flores y dedos sorteando su cabello. Y, por un momento, ella se dejó llevar por la imaginación a la traicionera fantasía que Jacks le había descrito.

Recordó el momento en el que se conocieron. Le había parecido insolente e indolente y aun así distractorio y atractivo. Si no hubiera sido tan animal, se habría preguntado si sabía a la manzana que estaba mordiendo, o a algo un poco más peligroso. Entonces, para su farsa, se imaginó que sentía aquella misma atracción y que, desde el momento en el que Jacks la vio en el carruaje, supo que la deseaba más de lo que había anhelado a otra persona en su vida.

Aquel baile no era para mantener su letal reputación y conseguir el trono: era para conseguirla a ella.

Por eso le había regalado un vestido tan bonito.

Por eso estaba bailando con ella ahora.

Tella fingió que el amor era un lugar que quería visitar, y probó una sonrisa coqueta.

Jacks la deslumbró con la suya.

—Sabía que podías hacerlo.

Acercó la boca a su oreja y besó su punta con ternura, tan suave como el roce de un susurro. En el pecho de Tella volaron mariposas mientras la boca de Jacks bajaba y la besaba con un poco más de presión, deteniendo sus labios en el delicado rincón entre su mandíbula y su cuello. La joven cerró los dedos en su espalda.

La música aumentó a su alrededor, los violines danzaban con arpas y violonchelos en una rapsodia decadente y depravada que amenazaba con transportarla a otro momento y lugar.

Todo el mundo en el interior de la jaula seguía mirándolos con embelesado interés. En el salón de baile abundaban los ojos ansiosos y las muecas de desdén mientras los labios de Jacks seguían bailando por la garganta de Tella igual que sus pies por el suelo.

—Quizá deberíamos darles algo de qué hablar. —Le rozó la clavícula con los nudillos, atrayendo su atención de nuevo hacia él—. A menos que todavía me tengas miedo.

Tella le dedicó una sonrisa entregada, aunque su corazón saltó contra su caja torácica. Necesitaba que supiera que podía hacerlo.

—Nunca te he tenido miedo.

—¿Te importaría demostrarlo? —Los ojos brillantes de Jacks se posaron en su boca.

Un desafío.

La sangre se calentó en las venas de Tella.

Habitualmente, antes de besar a un joven no pensaba. De repente se topaba con su boca sobre la suya, o la suya sobre la de él, seguido por las lenguas buscando entradas mientras tanteaban su cuerpo. Pero no suponía que besar a Jacks fuera así. Tenía la sensación de que sus manos hábiles sabían qué hacer exactamente, dónde tocarla, cuánto presionar. Y sus labios… Aunque estaban siendo juguetones, no sabía si serían amables con su boca o un poco bruscos, y se le aceleró el pulso ante la idea de ambas posibilidades.

Jacks le tomó la mejilla y la hizo girar en otro círculo.

—Ayúdame a convencerlos —susurró.

Tella no sabía por qué dudaba.

Es solo un beso.

Y de repente sentía mucha curiosidad. Algún día podía ser el emperador, y quería besar a Tella mientras los miraba el resto de las personalidades del Imperio.

La joven deslizó su mano por el cuello de Jacks. Su piel estaba fría, temblorosa bajo sus dedos. Era evidente que no estaba tan tranquilo como parecía.

—Parece que ahora eres tú el que está nervioso —se burló.

—Solo me estoy preguntando si tu opinión acerca de mí cambiará después de esto.

Entonces su boca rompió contra la de Tella. Sabía a pesadillas exquisitas y sueños robados, a las alas de los ángeles caídos y a la fresca luz de la luna embotellada. La joven gimió contra sus labios mientras él deslizaba la lengua entre los suyos y exploraba.

Cada sólido centímetro de él presionó contra cada suave curva de ella. Sus dedos se cerraron y tiraron de sus rizos. Las manos de Tella vagaron bajo el dobladillo de su camisa, descubriendo los firmes músculos de la parte baja de su espalda. Se besaron como se besa la gente tras una puerta cerrada o en un callejón oscuro, no como se lo hace en una iluminada pista de baile donde todos los moradores del Imperio pueden verlo. Aun así, a Jacks no parecía importarle.

El joven encontró el lazo que rodeaba el cuello de Tella y deslizó los dedos por debajo, aplastando sus labios con fuerza. No estaba saboreándola, estaba devorándola, como si acabara de encontrar algo que creía haber

perdido. Entonces pasó las manos bajo los cordones de joyas que cruzaban su espalda desnuda; debió quitarse los guantes, porque sus dedos estaban helados sobre su piel caliente y la agarraban y reclamaban haciendo que se preguntara si, después de todo, aquello no sería una farsa.

Tella gimió.

Él gruñó.

Era el tipo de beso en el que Tella podría haberse quedado a vivir. El tipo de beso por el que merecía la pena morir.

Por el amor de Dios.

Un beso por el que merecía la pena morir. Solo una persona en la historia del Imperio había besado así…

Jacks la mordió; sus dientes afilados se clavaron en su labio con suficiente fuerza como para extraer sangre caliente.

Tella se apartó abruptamente, colocándole la mano en el pecho. No latía.

Por todos los santos. ¿Qué había hecho?

Ante ella, Jacks parecía resplandecer. Su piel había sido pálida, pero en ese momento tenía un fulgor sobrenatural.

El lazo que había llevado atado al cuello colgaba de sus dedos delgados como una especie de premio, y una gota de la sangre que se había derramado cuando la mordió descansaba en el borde de su estrecha boca.

Tella se sentía mareada.

—¿Qué acabas de hacerme? —exhaló.

La respiración de Jacks elevaba su pecho casi tanto como la suya. Aunque sus ojos seguían febriles, su voz volvía a ser perezosa, casi desapasionada.

—No hagas una escena, cariño.

—Creo que es demasiado tarde para eso.

Quería llamarlo por su nombre, *El Príncipe de Corazones*, pero no estaba lista para pronunciar las palabras en voz alta.

Sus hoyuelos reaparecieron, astutos esta vez, como si supiera qué estaba pensando exactamente.

Tella esperó.

Esperó a que Jacks le dijera que se equivocaba. Esperó a que le asegurara que su beso no la mataría. Esperó a que le dijera que no debería ser tan tonta como para creer en viejas historias. Esperó a que se burlara de ella por ser tan crédula y pensar que era un vetusto Destino que había regresado. Esperó a que le dijera que no era El Príncipe de Corazones.

En lugar de eso, Jacks se lamió la sangre de la comisura de la boca.

—Deberías haberme traído el nombre de Legend.



Por un momento, el mundo entero dejó de respirar. Todas las personas que estaban cerca de la pista de baile habían dejado de moverse, sus rostros estaban arrebatados y congelados en exagerados estadios de asombro ante el espectáculo de Tella y Jacks. Por un segundo, Tella solo pudo oír el confeti de cristal tintineando suavemente mientras caía al suelo.

El Príncipe de Corazones (el Destino que era conocido por sus besos letales, que la había visitado tanto en sueños como en pesadillas, que la había condenado a un amor no correspondido después de extraer su carta de la Baraja del Porvenir de su madre) no era solo una leyenda. Era real, y estaba justo delante de ella. Su piel pálida brillaba sobrenaturalmente, de tal modo que, si el salón de baile no se hubiera quedado paralizado, todos lo habrían visto como lo que era en realidad.

No era totalmente humano, no lo era. Era una criatura mágica, algo diferente, algo malo. Un Destino.

Y ella lo había besado.

—No esperaba que te sorprendiera tanto. La moneda que te envié era una pista bastante evidente.

Jacks extendió la mano y suavizó con cuidado uno de sus rizos, con manos mucho más amables de lo que habían sido minutos antes. Tella quería enfadarse, quería gritar, abofetearle la boca enrojecida, pero parecía que él la había hechizado tanto como al resto de los presentes.

—¿Qué le has hecho a todo el mundo? —exhaló.

—He detenido sus corazones. Es como un tiempo en pausa. No durará mucho, a diferencia de lo que he hecho con el tuyo.

Apretó la mandíbula mientras su fría mirada viajaba hasta el pecho de Tella.

La joven tomó aire superficialmente, porque al parecer era lo único que podía hacer. Mientras bailaban, su corazón había latido; sus venas estaban calientes, su sangre corría con fuerza. Pero ahora podía sentir su corazón forcejeando, latiendo demasiado lento, como un débil eco de lo que debería ser.

—¿Me voy a morir?

—Todavía no.

A Tella se le aflojaron las rodillas.

Jacks sonrió con alegría.

—Esto está siendo tan divertido que casi odio tener que decirte que hay un modo de salvarte.

—¿Cómo?

—Trayéndome la segunda cosa que quiero.

—¿De qué se trata? —le preguntó Tella, con los dientes apretados.

Los largos dedos de Jacks terminaron de suavizarle el cabello y volvió a mirarla a los ojos una vez más. Ella había creído que sus ojos eran de un azul plateado, pero ahora brillaban solo en plata, titilando con creciente placer mientras su terror se multiplicaba.

—Quiero a Legend: el hombre, no solo su identidad. Quiero que ganes el juego y me lo entregues.

Antes de que Tella pudiera reaccionar, el instante se hizo añicos y la sala de baile se inundó de sonido una vez más. Habría jurado que nunca había sido testigo de tantos susurros intencionadamente altos, ocultos tras sonrisas artificiales, mientras los asistentes fingían no estar escandalizados por sus muestras de afecto con Jacks. Aunque había una persona que no parecía estar escondiendo cómo se sentía. *Dante*.

Las ya destrozadas entrañas de Tella se retorcieron aún más.

Dante tenía un codo apoyado casualmente en una gruesa barra de metal cerca de la entrada de la jaula, pero la rigidez de su mandíbula, su mirada entornada y la sardónica línea de sus labios le dijeron a Tella que estaba lejos de la serenidad. Parecía furioso.

Su reacción no debería haberla enfadado. Y su beso no debería haberlo enfadado a él, ya que era en parte responsable de aquel lío. A menos que solo estuviera actuando, lo que tenía más sentido. Fingir que se preocupaba por ella era probablemente parte de su papel en Caraval.

La mirada de Jacks siguió la de Tella y se afiló.

—Creo que todavía cree que eres suya.

La piel pálida del heredero brilló aún más mientras se pasaba el pulgar por debajo de la barbilla, como si se le acabara de ocurrir una idea realmente terrible.

—Esto no tiene nada que ver con él. Dante es uno de los intérpretes de Legend —susurró Tella—. Solo está actuando un papel. Ni siquiera le *gusto*.

—No es eso lo que parece desde aquí. —Jacks presionó sus labios fríos contra la frente de Tella, la burla de un beso, mientras decía—: No doy segundas oportunidades, pero a ti voy a darte una. No te mentí cuando te dije que quiero que esta farsa sea convincente. Si alguien descubre que este compromiso es mentira, o la verdad sobre mí o sobre nuestro acuerdo, las consecuencias serán terribles. Por ejemplo, tu amigo tatuado de allí. —Jacks volvió a mirar a Dante—. Has dicho que es uno de los intérpretes de Legend, así que no podré matarlo esta semana. Pero si descubre la verdad, terminaré con su vida cuando finalice el juego.

—¡No! —objetó Tella, justo mientras Jacks elevaba la voz para anunciar—: Como parece que he robado momentáneamente la atención de todo el mundo, creo que es una buena ocasión para compartir una excelente noticia.

Como si los invitados fueran marionetas o parte de un baile orquestado, todas sus cabezas emperifolladas se giraron en su dirección.

—Muchos de vosotros sabéis que mi antigua prometida, Alessandra, murió a finales del año pasado. Su muerte fue una gran pérdida para el Imperio; una de la que creí que jamás me recuperaría. Pero como podéis ver, he encontrado a otra persona, alguien que espero que adorareis tanto como yo. Os presento a mi nueva prometida, Donatella.

La habitación se llenó de aplausos y de nuevas y brillantes nubes de polvo de estrellas que los intérpretes lanzaban desde arriba a la gente reunida debajo.

A ojos de Tella, parecía ceniza.

Nunca había sentido su sonrisa tan forzada como cuando tuvo que obligarse a curvar los labios para la multitud.

—Te odio —susurró.

—¿He sido injusto? —murmuró Jacks—. Te di lo que me pediste, y ahora quiero lo que me debes.

—¡Oh, mirad! —gritó alguien—. ¡Las estrellas caídas! Son la primera pista.

En el salón de baile reinó el caos. Algunas de las estrellas caídas eran pistas, pero parecía que otras no llevaban nada más que purpurina en su interior, que llenó la jaula de nubes inusualmente brillantes.

Los juegos de Caraval habían comenzado de verdad. Mientras los que la rodeaban buscaban estrellas caídas, Tella pensó en todos los momentos en los que Scarlett y ella habían soñado con Caraval, con Legend. Ahora tendría que ganar el juego, o no volvería a soñar. Y dudaba de que su hermana lo hiciera. Tella le había prometido que tendría cuidado, pero ya le había fallado.

Las comisuras de la venenosa boca de Jacks se elevaron en una sonrisa.

—Deberías tomar una de las pistas, cariño.

—No me llames…

—Cuidado, querida. —Rápido como una serpiente, presionó dos dedos con firmeza contra los labios magullados de Tella—. No querrás destruir el bello engaño que acabamos de crear. Ahora —dijo con dulzura—, dame un beso en los dedos para todos los que aún nos miran.

En lugar de eso, Tella se los mordió. Sabían a escarcha y a deseos errados.

Esperaba que él se apartara, que su rostro duro se llenara de color y sus palabras se volvieran desagradables y enfadadas, pero Jacks le dejó sus dedos fríos en la boca, presionándole los dientes y la lengua. El estómago de Tella se llenó de plomo mientras algo maléfico brillaba en los ojos sobrenaturales del heredero.

—Te lo pasaré por alto por ahora, pero esta es mi última indulgencia. —Le frotó el punto donde le había mordido el labio con los dedos antes de apartarlos de su boca—. Si no ganas Caraval y me entregas a Legend antes del Día de Elantina, descubrirás cuán letales son realmente mis besos.



Hasta aquella maldita noche, a Tella le había encantado la purpurina. De pequeña, había robado a menudo botecitos diminutos de las tiendas, imaginando que alguno de ellos podía contener polvo real de las estrellas, lleno de una magia capaz de concederle deseos o de convertir la tierra en diamantes. Pero ninguno de los botes había estado encantado y la brillantina del baile tampoco era polvo de estrellas de verdad, solo cristal pulverizado. Cuando las campanas marcaron las tres de la madrugada y subió al carruaje aéreo con Jacks, ni siquiera brillaba; se pegaba como un parásito a sus brazos y a las partes de su vestido donde antes había habido flores.

Deberías haberme traído el nombre de Legend.

Jacks no había dicho una palabra desde que salieron de su condenado castillo. Se acomodó frente a ella, un noble perezoso de nuevo, y se desató el pañuelo de color bronce como si acabara de terminar con una serie de tareas

tediosas: *asistir a una fiesta, bailar, maldecir a Tella con sus labios mortíferos*.

—Supongo que ahora me tienes miedo —dijo con lentitud.

—Confundes el miedo con el asco. Eres un monstruo repugnante. —Y ella había confiado en él—. Me has engañado.

—¿Habrías preferido que el beso te hubiera matado de inmediato?

—Sí.

El arco de la boca de Jacks se curvó hacia abajo, aunque ni un rastro de tristeza rozó sus ojos. Probablemente no era capaz de ello, igual que se decía que era incapaz de amar.

… su corazón había dejado de latir hacía mucho. Solo una persona podría hacerlo latir de nuevo: su verdadero amor. Decían que sus besos eran letales para todos excepto para ella, su única debilidad.

Oh, cómo deseaba Tella ser su debilidad. Le habría encantado destruirlo.

A menudo intentaba imaginar qué pensaba la gente cuando la veía. Una mirada a sus rizos de color miel, a su sonrisa aniñada y a sus bonitos vestidos, junto con el hecho de que le gustaba divertirse, bastaba para que la gente la catalogara de niña tonta. Tella podía ser muchas cosas, pero estaba lejos de ser tonta o inútil o el resto de etiquetas que la gente solía poner a las mujeres jóvenes. A ella le gustaba pensar que de ahí era de donde provenía gran parte de su fortaleza.

Era descarada. Era valiente. Era astuta. E iba a salir de aquello victoriosa… Al precio que fuera.

—Si me hubieras traído el nombre de Legend —dijo Jacks—, las cosas habrían sido diferentes.

—Si eso es cierto, ¿por qué ya no te conformas con su nombre?

—¿Por qué conformarme solo con el nombre cuando puedes ganar el juego y entregarme a Legend?

El tono de Jacks era despectivo, tan despreocupado como su postura relajada. Pero Tella creía que había mucho más en su demanda. Quería insistir, pero dudaba de que le dijera qué quería de Legend exactamente. Y había otras preguntas cuyas respuestas necesitaba más.

Se echó hacia atrás en su asiento, imitando la pose displicente de Jacks.

—¿Cómo sé que todo esto es real? ¿Cómo sé que no eres solo un intérprete en el juego de Legend?

—¿Quieres una prueba de que soy un Destino y de que mi beso te matará de verdad?

La diversión iluminó los ojos de Jacks; parecía que era capaz de sentir emociones, después de todo, porque la idea de demostrarle cuán letal podía ser parecía entusiasmarlo.

—Eso no me interesa —dijo Tella. En realidad, no creía que Jacks fuera parte del juego de Legend. No había merecido la pena morir por aquel beso, aunque si Tella nunca hubiera muerto de verdad, quizá habría pensado otra cosa. Los besos debían ser temporales, momentos breves aunque de un placer exquisito, pero Tella habría besado a Jacks durante toda una eternidad. No era solo el modo en el que sus labios se habían movido sobre los de ella, era el deseo que había tras ellos, el anhelo, que la había hecho sentir como si fuera la única persona sobre la Tierra y hubiera pasado toda su existencia buscándola. En ese momento, había conseguido olvidar que su madre la había abandonado y que había sufrido repetidas veces a manos de su padre, porque Jacks la había hecho sentir como si fuera a abrazarla para siempre. Había sido la mentira más convincente que le habían contado nunca.

Después lo había visto brillar, y lo había sabido. Todavía no comprendía por qué nadie más parecía notarlo. Aunque parte del resplandor se había desvanecido, Jacks todavía parecía una criatura sobrenatural, vilmente hermosa, capaz de matar solo con la presión de sus labios.

Todavía le parecía surrealista creer que fuera un Destino. Quería saber cuánto tiempo llevaba de nuevo en la Tierra y si el resto de los Destinos también habían regresado, pero no sabía cuántos minutos más le seguiría la corriente y aún necesitaba respuestas a otras preguntas.

—Quiero el nombre real de mi madre —dijo—, y una prueba de que sabes dónde está y de que me llevarás hasta ella después de que todo esto haya terminado. Ese es el único modo en el que creeré que esto es real.

Jacks retorció uno de sus gemelos con forma de lágrima. ¿O se suponía que representaba una gota de sangre?

—Creo que ya sabes que esto es real, pero te complaceré.

El carruaje se inclinó mientras Jacks buscaba en su bolsillo y sacaba una tarjeta rectangular.

Incluso bajo la tenue luz del carruaje, los arabescos grabados en ella resultaban inconfundibles. Tenía un tono oscuro de belladona que era casi negro, con diminutas motas doradas que resplandecían a la luz y retorcidas espirales de un profundo violeta rojizo que todavía la hacían pensar en flores húmedas, en sangre de bruja y en magia.

Se le erizó el vello de los brazos.

Era una de las cartas de la Baraja del Porvenir de su madre. Tella había visto otras barajas en el trascurso de los años, pero todas eran inferiores a las brillantes y casi mágicas imágenes del mazo de cartas que su madre había poseído.

La joven luchó contra el deseo de robársela y lanzarla fuera del carruaje antes de que pudiera predecir otra desgracia.

Pero cuando Jacks giró la carta, no reveló un Destino. Le mostró una inquietante y realista ilustración de su madre, Paloma, con los oscuros mechones de su cabello cayendo en cascada sobre unos hombros que parecían más delgados de lo que Tella recordaba. Paloma tenía las palmas extendidas, como si las presionara con fuerza contra una ventana, casi como si estuviera atrapada en el interior de la carta.

—Aquí es donde tu madre ha estado durante los últimos siete años —le dijo Jacks.

Tella apartó los ojos de la carta para ver si el Destino estaba jugando con ella, pero el brillo divertido que había iluminado sus ojos momentos antes había desaparecido. Su rostro se había vuelto tan frío como la sangre que ahora congelaba las entrañas de la joven.

—No te creo —le dijo.

—¿Qué parte? ¿Que esta es tu madre o que está atrapada en el interior de la carta?

Jacks dejó la carta sobre los puños cerrados de Tella. No sintió un hormigueo, como con El Aráculo; latía dolorosamente lento, como un corazón moribundo. La joven sabía que estaba agonizando porque era igual al lento latido de su corazón.

No podía ser real. No debería ser real. Pero Tella se descubrió creyendo que lo era, mientras el débil latido de la carta seguía palpitando contra su puño.

—¿Cómo es posible?

—Es más fácil de lo que crees —dijo Jacks—. Y sé, por experiencia, que es una tortura.

Un rayo de luz de luna entró en el carruaje para iluminar el rostro de Jacks. Su expresión era impasible, pero por un momento pareció tan pálido que Tella habría jurado que podía ver el esqueleto bajo su piel. Definitivamente, se había equivocado al pensar que era incapaz de sentir. Puede que fuera incapaz de amar, y quizás el resto de sus emociones no fueran como las de un ser humano, pero el terror que acababa de irradiar era poderoso e ineludible.

—Tú estuviste atrapado en una carta —exhaló Tella.

Jacks ladeó la cabeza, alejándola de la luz de la luna. Sus rasgos quedaron envueltos en la oscuridad, lo que hizo que fuera imposible leer su rostro.

—¿Adónde crees que fuimos los Destinos cuando desaparecimos hace tanto tiempo?

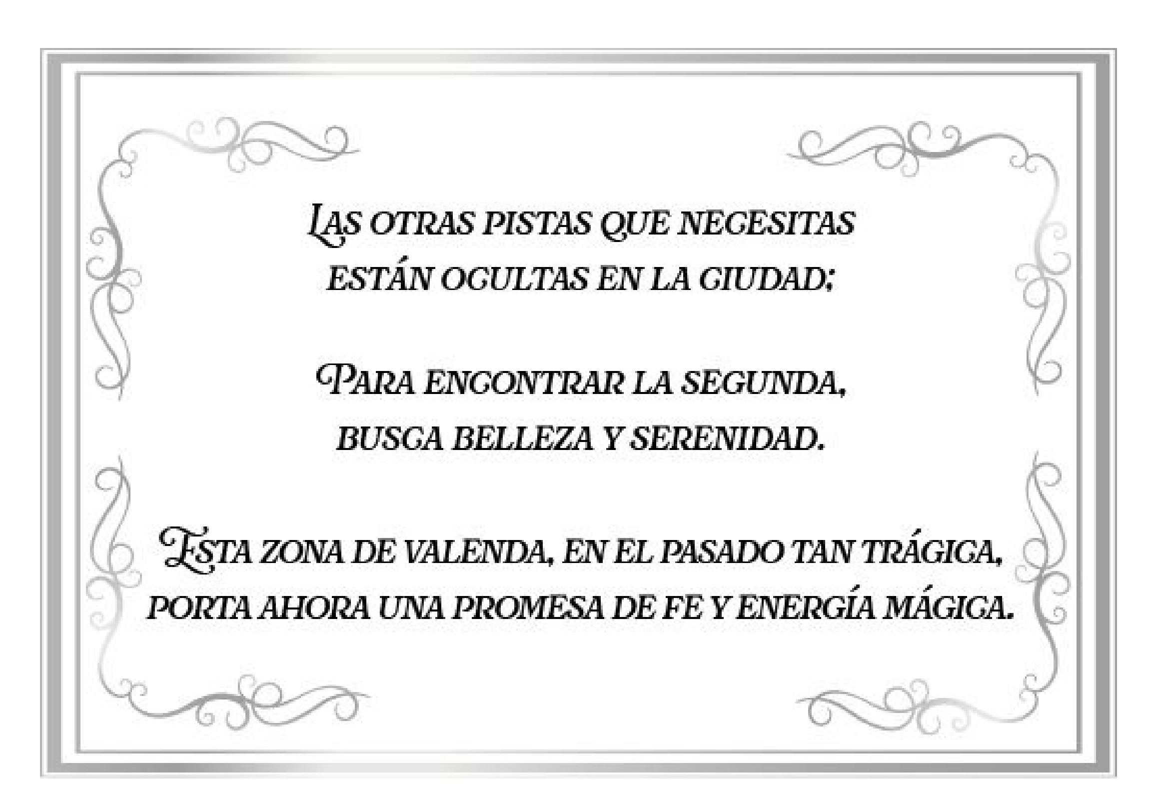
A Tella se le revolvió el estómago mientras el carruaje comenzaba su descenso. Había oído rumores de que los Destinos habían sido expulsados por una bruja. Otros decían que se habían vuelto unos contra otros. Incluso había una leyenda que afirmaba que las estrellas los habían vuelto a transformar en humanos. Pero nunca había oído que estuvieran atrapados en el interior de unas cartas.

—Pero esa es una historia para otro momento —dijo Jacks—. De lo único que tienes que preocuparte es de ganar el juego, para traerme a Legend.

La mirada de Jacks bajó hasta la estrella arrugada que Tella tenía en la mano: la primera pista, que ni siquiera había mirado.

—Ábrela.

Como Tella no se movió, Jacks se la quitó de la mano, la desplegó y leyó en voz alta:



LAS OTRAS PISTAS QUE NECESITAS
ESTÁN OCULTAS EN LA CIUDAD;

PARA ENCONTRAR LA SEGUNDA,
BUSCA BELLEZA Y SERENIDAD.

ESTA ZONA DE VALENDA, EN EL PASADO TAN TRÁGICA,
PORTA AHORA UNA PROMESA DE FE Y ENERGÍA MÁGICA.

Jacks se detuvo.

—Podría ser el Distrito del Templo.

—¿Se supone que tengo que darte las gracias por tu perspicacia? —gruñó Tella.

—Estoy intentando ahorrarte tiempo —replicó, con tono tenso—. Puede que haya demorado el poder de mi beso, pero aun así experimentarás algunos de sus efectos. El juego termina al alba del Día de Elantina, por lo que te quedan cinco noches para encontrar el resto de las pistas. Yo soy el único que puede liberar a tu madre. Si pierdes el juego y no consigues entregarme a Legend, ella seguirá atrapada en el interior de esa carta para siempre, y tú morirás…

Se detuvo cuando el carruaje aterrizó bruscamente.

Tella extendió la mano hacia la puerta.

—Una cosa más. —Jacks asintió hacia la carta de su madre—. Mantenla a salvo. Si algo le ocurre a la carta, ni siquiera yo podré salvarla. Cuando ganes el juego, asegúrate de llevar contigo la moneda del infortunio que te entregué y yo te encontraré antes de que llegue Legend. Hasta entonces, amor mío, intenta no morir.

Jacks le lanzó un beso mientras Tella salía a la penetrante noche.



La Muerte visitó a Tella mientras dormía. Le acarició la nuca con la punta de sus garras mientras su sombra la seguía a sus prístinos sueños, envenenando los colores hasta que todo tuvo sabor a polvo y se convirtió en cenizas.

Pronto serás mía de nuevo.

La voz ronca y pútrida de la Muerte despertó a Tella con un sobresalto. Se incorporó en la cama, con la lengua pesada y el cabello pegado a su cuero cabelludo. Aun así, su corazón no latía apresurado. Si acaso, parecía funcionar un poco más lento que la noche anterior.

Latido… latido… latido.

Nada.

Latido… latido… latido.

Nada.

Latido… latido… latido.

Nada.

Maldito sea Jacks y sus endemoniados besos.

Tella agarró las sábanas húmedas con una mano y la carta donde estaba encerrada su madre con la otra. Le había doblado los bordes durante su sueño de pesadilla, arrugando la esquina derecha sobre la cabeza oscura de su madre. Estaba claro que no era indestructible, como El Aráculo. Debería tener más cuidado con ella.

—Lo siento mucho —le susurró a su madre. No quería separarse de la carta, pero le parecía demasiado arriesgado llevarla encima.

Se dirigió al diminuto baúl donde había guardado la otra baraja y deslizó en su interior la carta de su madre cautiva. Después, sacó El Aráculo.

Habían pasado tantas cosas que necesitaba saber si el nuevo trato que había hecho había cambiado ya el futuro de su madre.

El Aráculo estaba más caliente de lo habitual, pero el futuro que mostraba no había cambiado. Los ojos vacíos de su madre la miraban, tan muertos como habían estado la vez anterior.

Pero su madre no estaba muerta todavía. Por ahora, solo estaba atrapada. Tella se negaba a desanimarse. Ganaría Caraval, y lo arreglaría.

—Cueste lo que costare.

Tan pronto como las palabras abandonaron sus labios, El Aráculo le quemó las puntas de los dedos. *Magia*. Tella la sintió, y le calentó su mano mientras la imagen titilaba y cambiaba de la difunta Paloma a Scarlett y Tella abrazando a su madre con el mismo desenfreno que de pequeñas.

Parecía tan real que casi pudo sentir los brazos de su madre, fuertes, suaves y cálidos. Un suave sollozo burbujeó en su garganta.

Entonces, casi tan rápidamente como había aparecido, la imagen volvió a ser la del cadáver de su madre.

—¡No! —gritó.

La visión cambió una vez más a Scarlett y Tella reuniéndose con su madre.

—¡Señorita Dragna! —Un guardia llamó con fuerza a su puerta—. ¿Va todo bien?

—Sí —replicó Tella distraídamente mientras la carta seguía cambiando. Nunca la había visto hacer algo así. Se transformaba, pasando de la muerte a la dicha, como si le estuviera diciendo que lo que sucediera a continuación estaría en sus manos, y en su capacidad de ganar aquel juego para Jacks.

Volvió a guardar El Aráculo en el interior del baúl y, con renovada resolución, sacó la primera pista.



Durante el último Caraval, Scarlett había recibido una tarjeta con indicios sobre las cinco pistas al principio del juego, pero parecía que aquella edición seguiría otro patrón. Según aquella pista y lo que Dante le había dicho en el carruaje, un barrio distinto de la ciudad escondería una nueva pista cada noche. Tella necesitaría encontrarlas todas para ganar, y entonces estaría cara a cara con Legend.

Por desgracia, como Caraval solo se jugaba por la noche, no comenzaría su búsqueda hasta aquella tarde. Y parecía que Jacks tenía planes para ella durante el día.

A los pies de su cama había una caja que ya había visto. Era exactamente igual a la que el heredero le había enviado el día anterior, solo que esta vez estaba envuelta con un lazo dorado en lugar de blanco.

SI VAS A SER LA PROMETIDA DEL PRÓXIMO EMPERADOR,
TENDRÁS QUE VESTIR COMO TAL.

En el interior, junto al mensaje, había una pequeña tarjeta con un espinoso ribete púrpura.

La Moderna
Boutique de Minerva

Vestimos a lo más florido de Valenda
desde antes de la Dinastía Elantina,
y seguiremos haciéndolo después.
Solo con cita previa.

En el dorso de la tarjeta, alguien había garabateado las palabras *Distrito Satine* junto con una hora, que había sido tachada y reescrita:

DOS HORAS
LLEGA ~~UNA HORA~~ ANTES DEL MEDIODÍA.
ESTO NO ES UNA PETICIÓN.

La orden era casi risible, dado lo poco que a Jacks parecía importarle su propia apariencia. Pero Tella suponía que aquella directriz no tenía tanto que ver con la apariencia como con la posesión: quería dejar claro que ahora ella le pertenecía.

Demonio era una palabra demasiado suave para él.

Si aquel compromiso hubiera sido real, aquella nota habría convencido a Tella de romperlo. Pero en ese momento no era una opción.

En el interior de la caja, Tella encontró un par de guantes hasta el codo, en color beige con botones de perlas azules. Los tiró a un lado y sacó el vestido a juego. Odiaba lo adorable que era. El escote bajaba por los hombros en un estilo que su padre nunca la había dejado llevar. Se habría puesto furioso al verlo. Un encaje azul zafiro cubría la estructura beige; el vestido era delicado y femenino y un poco escandaloso, todo a la vez.

Habría deseado ignorar la cita y lanzar el vestido a un lado, con los guantes; no le gustaba la idea de que Jacks la vistiera como si fuera su muñeca. Pero sus baúles todavía no habían llegado y él le había dejado claro

que, para salvar su vida y la de su madre, no solo tenía que ganar el juego: debía ser una prometida convincente.

Latido… latido… latido.

Nada.

Latido… latido… latido.

Nada.

Latido… latido… latido.

Nada.

Su corazón no latía tan lento como cuando despertó, pero tampoco rápido. Intentó tomar un desayuno apresurado y después corrió a la cochera, pero incluso sus movimientos parecían ralentizados.

Mientras su carruaje aterrizaba, tuvo que esforzarse para mantenerse alerta. Quizá fue esa la razón por la que se encontró de repente buscando La Moderna Boutique de Minerva en una calle sombría.

Aunque todavía no había explorado la ciudad, lo sabía todo sobre las distintas zonas de Valenda: el ilícito Barrio de las Especias, el llamativo Distrito del Templo, el imperioso Círculo Universitario y el elegante Distrito Satine. Se suponía que estaba en este último, una de las partes de la ciudad más sofisticadas. Se decía que el Distrito Satine era un laberinto de fulgurantes tiendas de ropa, sombrererías y pastelerías, todo empapado con los colores de los pétalos frescos.

Pero o no le habían informado bien, o estaba en el lugar incorrecto. Las tiendas que la rodeaban eran tan oscuras como una bandada de cuervos, comprimidas entre callejones que olían a cosas inmencionables y llenas de clientes que estaban muy lejos del refinamiento que había esperado. Con su delicado vestido de encaje azul zafiro, Tella parecía un personaje que se había equivocado de historia.

Mientras buscaba La Moderna Boutique de Minerva, la joven se topó con un montón de chaquetas de un mal gusto extraordinario, con parejas demasiado amorosas apoyadas en las farolas, con mujeres que fumaban puros de olor fuerte y montones de corsés a la vista en colores llamativos: naranjas chillones, amarillos demasiado maduros, azules magullados y rojos rubicundos.

En todos los postes había algún cartel clavado. En muchos de ellos se podían ver las palabras SE BUSCA impresas sobre una imagen. En otros se leía DESAPARECIDO. Algunos, sorprendentemente decorativos, anunciaban la llegada del Día de Elantina, aunque parecían tan fuera de lugar como ella misma.

Tella resistió la necesidad de cruzar los brazos sobre el pecho, revelando su incomodidad, mientras pasaba ante una serie de tiendas ponzoñosas y sus carteles.

> LOS REMEDIOS DE LA MANDRÁGORA. *Mata los resfriados enquistados, los achaques y mucho más*.
> FAUSTO. ¡*Todo el hinojo, matricaria y dedalera que necesites*!
> HERBARIO CICUTA & ESPINO.

Estaba claro que se había equivocado de distrito. Aquello parecía (y olía) como el infame Barrio de las Especias de Valenda, al que la gente acudía cuando deseaba contactar con asesinos, comprar venenos irrastreables, personas enteras o solo ciertas partes del cuerpo. Era también el hogar de casas de apuestas, narcosalas y burdeles. Nada de ello era legal en Valenda, así que todo se desarrollaba en primitivos pasajes subterráneos, accesibles solo a través de contraseñas y puertas ocultas en las tiendas de especias exóticas de arriba.

—No estoy segura de si una cosita guapa como tú debería estar sola en estas calles, ni siquiera a la luz del día.

Tella dio un nervioso paso atrás, aunque la mujer que se había dirigido a ella parecía demasiado vieja para causarle daño.

La anciana debía tener al menos cinco veces su edad; tenía las manos arrugadas manchadas de tinta y un brillante cabello blanco que casi arrastraba por el suelo que barría. La vieja mujer estaba limpiando la tierra y la suciedad de los peldaños de Los Más Buscados de Elantina.

Tella liberó una inconsistente exhalación. Aunque el Barrio de las Especias le resultaba desconocido, aquella destartalada tienda era una vieja amiga. Aquel era el mismo lugar al que había enviado todas sus cartas para Jacks.

En realidad, nunca había sabido si era un negocio de verdad o solo una dirección que la gente usaba para enviar sus cartas con peticiones ilícitas. Pero sin duda era muy real. Había visto carteles de SE BUSCA clavados por todo el barrio y al parecer habían salido de allí.

Se acercó a la tienda para ver mejor el interior. Dentro, las paredes estaban forradas de pergaminos con retratos en blanco y negro de algunos de los criminales más interesantes que había visto nunca. Seducida y perturbada, se preguntó si los retratos estarían encantados, porque la tentaban a subir los peldaños y entrar para mirar mejor, como la Baraja del Porvenir de su madre la había tentado a jugar hacía años.

Por supuesto, eso no la había conducido a nada bueno.

—¿Te has perdido? —le preguntó la anciana—. Este no es un buen sitio donde perderse.

A lo lejos, las campanas empezaron a tañer. Si las contaba, suponía que serían diez en total. Llegaba tarde a su cita. Quizá debería volver a explorar la tienda más tarde.

—Estoy buscando La Moderna Boutique de Minerva —dijo.

La expresión de la mujer se volvió astuta.

—No sé qué podrías querer de ese lugar, pero creo que está bajando esa calle. —Le indicó con la barbilla una señal que decía SENTIDO CONTRARIO—. Ten cuidado. Minerva no es…

Pero Tella no oyó el resto de la advertencia, pues ya había desaparecido calle abajo. No tardó mucho en empezar a sudar y su corazón apresuró un poco más sus latidos, pero siguió corriendo hasta llegar a una acera iluminada por el sol, bordeada de tiendas tan bonitas como paquetes recién envueltos. La Moderna Boutique de Minerva estaba en la esquina. Cortinas lilas cubrían sus ventanas y una pesada marquesina ciruela caía sobre la puerta como un ojo dormido.

Scarlett la habría odiado, ya que el color púrpura no le gustaba nada.

Tella sintió una punzada de culpabilidad por haberse marchado del palacio sin buscar a su hermana, sobre todo después de lo que esta había descubierto sobre Armando la noche anterior. Pero probablemente también se habría enterado del compromiso de Tella. En cuanto hablara con ella, sabría con seguridad que era mentira, y muy seguramente intentaría hacer algo heroico al respecto que la pondría en un montón de peligros que Tella no podía permitirse.

Scarlett era la única persona del mundo con la que siempre podía contar. Puede que no creyera en el amor romántico, pero apostaría su vida, literalmente, a que Scarlett la quería. Tella destruiría el mundo antes de permitir que algo le ocurriera a su hermana.

—Disculpe. —Intentó recuperar el aliento mientras se acercaba a la puerta de Minerva, protegida por un hombre que parecía un barril con el cabello peinado hacia atrás y un traje ciruela del mismo tono que el local—. Mi nombre es Donatella Dragna.

—Llegas pronto, ¿no? —le preguntó el hombre.

Tella estaba segura de que se equivocaba, ya que estaba llegando bastante tarde. Aquella fue la primera de muchas peculiaridades. La segunda fue el innecesario número de candados que el hombre desbloqueó antes de abrir la oscura puerta púrpura y dejarla entrar.



La Moderna Boutique de Minerva no era una tienda de moda ordinaria. De hecho, cuando Tella entró, se preguntó si sería una tienda de moda, en general.

El vestíbulo estaba decorado con suntuosos sofás lilas, alfombras amatista más gruesas que la hierba sin cortar y jarrones violetas llenos de flores del tamaño de pequeños árboles que olían a lavanda y tabaco caro. Pero a pesar de toda la elegancia que la rodeaba, Tella no veía ningún vestido ni accesorio de moda.

—¿Eres tú una visión?

Tella se sobresaltó cuando una rolliza modista atravesó un par de puertas dobles. Llevaba el cabello de color orquídea y corto hasta la barbilla, a juego con varios metros de costura que envolvían su cuello como si fueran joyas.

—Me dijo que eras pizpireta, pero no mencionó que fueras tan guapa. No me extraña que llamaras su atención.

Tella no quería sonreír, ya que no estaba allí por decisión propia y tampoco lo había sido su relación con Jacks, pero era bastante agradable ser adulada.

—Llegas antes de lo que esperaba, así que tendrás que esperar un poco. ¿Te gustaría tomar un poco de vino o pastel?

—Nunca digo que no al vino o a un pastel.

—Te enviaré algo de inmediato.

La modista condujo a Tella por otro pasillo de afelpado púrpura con las paredes cubiertas de papel aterciopelado y puertas cerradas tan oscuras como cerezas negras de las que escapaban susurros igualmente oscuros.

—*¿Cuánto veneno pueden contener estos gemelos?* —murmuró un hombre.

Tras la siguiente puerta, una mujer explicó con claridad:

—*Las mangas son abullonadas para que puedas esconder un revólver en su interior. Mira, se sujetaría aquí.*

Pistolas ocultas. Veneno. Garrotes.

Definitivamente no era normal, aunque, por supuesto, aquella misma afirmación podía aplicarse al prometido de Tella. *Al prometido ficticio*, se corrigió. Aunque, para ser un compromiso falso, Jacks se estaba tomando una sorprendente cantidad de esfuerzo.

La modista se detuvo delante de una puerta cerrada al final del pasillo.

—¿Por qué no entras y te pones cómoda, niña? Volveré en un periquete.

La mujer desapareció por el pasillo y Tella agarró el pomo. Había esperado encontrar lámparas de araña hechas de frascos de veneno colgando de un techo berenjena, espejos bordeados de espadas y dagas plateadas como percheros.

No esperaba verlo a él.

Se le revolvió el estómago y el corazón le dio un vuelco, como ocurría siempre que se encontraba con Dante.

No estaba acomodado ni descansaba: él poseía.

Estaba sentado en un sillón de cuero negro asombrosamente grande, como si gobernara el mundo desde la plataforma elevada de aquella esquina de la habitación. Sus hombros y su pecho amplio devoraban aquel trono temporal, en lugar de lo contrario. Estaba erguido pero no rígido, como si no supiera acomodarse, sino solo ocupar espacio.

Sinvergüenza arrogante. Pero incluso mientras pensaba esas palabras, el calor se extendió por su pecho.

—¿Qué estás haciendo aquí?

—Esperarte.

—¿Cómo sabías que estaría aquí? —le preguntó. Él elevó las cejas lentamente, con superioridad—. ¿Tú me enviaste la carta?

—¿Decepcionada porque no soy Jacks?

Tella cerró de un portazo.

—¿Estás loco? ¿Sabes qué hará mi prometido si lo descubre?

—Solo lo descubrirá si tú se lo dices —respondió Dante con frialdad—. Y conmigo no necesitas fingir que estáis prometidos de verdad.

Una alarma muda resonó en el probador mientras recordaba las palabras de Jacks: «Por ejemplo, tu amigo tatuado de allí… Es uno de los intérpretes de Legend, así que no podré matarlo esta semana. Pero si descubre la verdad, terminaré con su vida cuando finalice el juego».

—Puede que no esté fingiendo. —Tella iba a dedicarle su sonrisa más dulce, pero suponía que Dante sabría que era falsa y tenía que convencerlo de que aquella era la verdad. Torció la boca en la sonrisa ufana que normalmente mostraban los jóvenes arrogantes—. Cuando Jacks y yo nos besamos, ¿te pareció que estaba actuando?

La intensa mirada de Dante permaneció frustrantemente serena, pero Tella habría jurado que sufrió un tic en el músculo cerca de la curva de su mandíbula.

—No sé qué estáis haciendo, pero no creo que vayas a casarte.

—¿Por qué? —lo desafió Tella—. ¿Dudas de que un heredero al trono quiera casarse conmigo?

La lenta curva de sus labios le dijo mucho más que cualquier insulto.

—¿De verdad quieres que responda a eso?

Las mejillas de Tella se tiñeron de rojo. Estaba intentando evitar que Jacks lo matara, pero Dante no podía dejar de ser cruel.

—¿Me has hecho venir aquí para burlarte de mí?

—¿Qué he dicho que sea una burla? Te apresuras en tus conclusiones, Tella. —Se acercó más al decir su nombre, arrastrando las sílabas como si fueran algo a lo que quisiera aferrarse—. Quizás iba a decirte que eres lista, divertida y hermosa. Que siempre he pensado que eres demasiado inteligente para casarte con un asesino.

—Y yo siempre he pensado que merece la pena asumir algunos riesgos —replicó Tella, ignorando cómo aleteaban en su interior las palabras *lista*, *divertida* y *hermosa*—. Jacks es atractivo y rico, y pronto gobernará todo el Imperio Meridional, lo que significa que yo seré la próxima emperatriz. Supongo que debería agradecerte que hicieras posible nuestro encuentro.

Los ojos de Dante llamearon, una breve chispa de fuego. Lo que le había dicho quizá no le había gustado, pero puede que lo hubiera convencido por fin.

—Si de verdad crees que te hice un favor… —Dante se detuvo.

Bajó la mirada y el fuego murió en sus ojos. Se levantó de la silla, saltó de la plataforma y atrapó la muñeca de Tella en un único y abrupto movimiento.

—¿Qué te ha pasado en la mano?

Ploc.

Plic.

Ploc.

Cada sonido era un reflejo de su pulso reducido. Una sangre oscura, roja e implacable caía de sus uñas, empapándole la punta de los dedos de la mano

derecha. *Jacks*.

La frialdad reptó sobre su piel y comenzó a hundirse en ella como garras. Ese infame, mentiroso, despiadado, cruel y vil príncipe. No había sido suficiente condenarla a un amor no correspondido; estaba matándola. La lentitud de sus latidos no estaba solo en su mente.

Puntos blancos y negros danzaron ante sus ojos.

Tres grandes gotas de sangre cayeron de sus uñas, dejando manchas nuevas sobre la alfombra amatista. Pero lo único que Tella podía oír era la voz burlona de Jacks, advirtiéndole que sufriría efectos secundarios tras besar sus labios malditos.

—No me di cuenta de que seguía sangrando —mintió—. Antes me pillé la mano con la puerta del carruaje. Seguramente debería ir a que me la miraran.

Dante le apretó la mano.

—Yo puedo ocuparme. —Se arrancó el pañuelo del cuello; sus movimientos eran bruscos, pero sus manos fueron insoportablemente cuidadosas mientras presionaba la tela contra sus dedos.

Tella se quedó sin respiración.

No debería haberla tocado con tanta ternura, ni acercarse a ella con cada movimiento, y ella no debería habérselo permitido. Debería haber apartado sus grandes manos. Debería haberle gruñido, mientras envolvía su mano sangrante con lentitud en la cálida seda que antes había rodeado su garganta. No solo por las amenazas de Jacks, sino por aquel para el que Dante trabajaba.

Tella intentaba no pensar demasiado en lo que ocurriría cuando entregara a Legend, pero dudaba de que fuera algo bueno. Legend era retorcido, pero El Príncipe de Corazones era malvado, de esos que arrancarían el corazón del pecho de una chica y le hundirían los dientes como si fuera una manzana.

Para protegerse, tenía que mantenerse lejos de Dante. Aunque por un breve momento solo deseó cerrar los ojos y derrumbarse en sus brazos.

—Cuéntame qué pasó en realidad anoche, después de que te marcharas con el heredero.

Su voz era consoladora y autoritaria a la vez, como el crepitar de las llamas que devora la madera. Feroz y letal, y aun así inalterable y reconfortante.

—De verdad, no necesito tu ayuda.

Tella tiró de la mano, liberándola de la seda y salpicando con sangre su vestido de encaje mientras rompía el hechizo de Dante antes de que pudiera completarlo.

Parecía querer extender la mano hacia ella. Si sus débiles piernas oscilaban hacia él, suponía que la tomaría en sus brazos y la sostendría tan cerca que de buena gana le revelaría cada uno de sus pecados y secretos.

Pero a él no le importaba de verdad. Solo estaba actuando, interpretando un papel.

Tella se obligó a retroceder un paso.

Una vena latió en el cuello de Dante.

—¿Por qué no me dejas ayudarte?

—¡Puede que no quiera tu ayuda!

Otra gota de sangre cayó al suelo.

Las estrellas unieron sus puntos ante los ojos de Tella. Y, antes de que pudiera retroceder un paso más, Dante estaba allí, sosteniéndole la muñeca de nuevo y quizá demasiado cerca mientras terminaba el trabajo que había empezado. Ella no lo admitiría, pero se sentía un poco menos mareada mientras sus manos grandes y cálidas le envolvían los dedos ensangrentados en el pañuelo.

—Te dejaría en paz, pero acabas de admitir que necesitas ayuda. —Su voz era más amable que antes—. Dime qué quiere de ti ese asesino.

¿Por qué era tan testarudo? ¿No podía vendarle los dedos y olvidarse de ella?

—¿No puedes dejarlo estar y fingir que te lo crees? —le preguntó—. Estás preocupado por mí, pero esto también te pone a ti en peligro. Si Jacks descubre que sabes la verdad, te herirá de un modo que ni siquiera Legend podrá arreglar.

Lo dijo como amenaza, pero en lugar de liberarla, Dante le mostró los dientes en lo que se parecía mucho a una sonrisa.

—No sabía que te preocuparas por mí —le dijo.

—No lo hago —le espetó Tella.

Habría sido más convincente si hubiera apartado la mano.

No necesitaba la ayuda de Dante para ganar el juego y no confiaba en él, pero por desgracia le gustaba estar a su lado. La hemorragia le había provocado un frío que no había estado allí antes, pero él había conseguido borrarlo mientras acunaba su mano y se acercaba a ella hasta que su espalda estuvo contra la puerta.

Todavía tenía espacio suficiente para agarrar el pomo, para escapar si quería. Y se dijo que eso era lo que deseaba. Pero sus dedos eran tan testarudos como él, y se negaron a buscar una salida.

—Dime qué quiere de ti —le exigió Dante con brusquedad.

—Quiere casarse conmigo, eso es lo que quiere —contestó ella. Dante negó con la cabeza—. ¿Sabes? Empieza a resultarme ofensivo que te niegues a creértelo.

—Puede que no crea que eso sea lo único que quiere. —La mano libre de Dante encontró su mejilla y le levantó la cara para que lo mirara.

El rubor bajó por su cuello hasta los dedos de sus pies mientras Dante le acariciaba la mandíbula con lentitud.

—Si tú no me lo dices, tendré que descubrirlo yo —dijo el joven.

Y condenarse en el proceso… O revelarle a Legend los planes de Tella y condenarla, así como a su madre.

La joven se obligó a apartarle la mano de su mejilla.

—No me desagradas, Dante. De hecho, si no fueras solo un intérprete, probablemente me gustarías mucho. Eres casi tan guapo como te crees, pero yo quiero algo más que una cara bonita. Jacks puede dármelo. Él puede darme todo lo que jamás he deseado. —Apretó los labios y cerró brevemente los ojos, como si imaginara el beso que había compartido con el heredero en la pista de baile.

Cuando los abrió de nuevo, el rostro de Dante estaba a apenas un centímetro de distancia y sus ojos eran tan negros como la tinta derramada.

El calor se desenroscó en el estómago de Tella.

—O no quieres demasiado, o estás mintiendo —dijo Dante—. Podría creer que de verdad vas a casarte con Jacks pero, por lo poco que te conozco, dudo de que alguien como él pueda cumplir todos tus deseos.

Cuando terminó, sus labios estaban tan cerca que un movimiento descuidado haría que le rozara la boca. Tella levantó la barbilla lentamente, consciente de que estaba caminando por una línea traicionera mientras le dedicaba una mirada de pura pasión.

—Puede que haya cosas que no conoces sobre Jacks.

Dante respondió con una sonrisa, pero no era amable ni cálida ni suave, como se suponía que debían ser las sonrisas. Era calculada, la sonrisa lenta y burlona en la que alguien curva los labios antes de mostrar una mano ganadora.

—¿Dices eso porque es El Príncipe de Corazones?

Tella se quedó paralizada e incluso la sangre que caía de la punta de sus dedos se detuvo mientras todo en su interior entraba en pánico, agudizando sus sentidos. Si quería convencer a Dante de que no tenía ni idea de lo que estaba hablando, tendría que recuperarse rápidamente, pero hacerse la tonta solo lo convencería de que aquella situación le quedaba grande. Y quizá fuera

cierto. Se había condenado a muerte, su madre estaba atrapada en el interior de una carta y, para salvarse y salvarla, estaba jugando a algo en lo que estaban involucrados dos infames criaturas inmortales, una de las cuales ni siquiera se suponía que siguiera existiendo.

Aun así, incluso antes de llegar a Valenda, Dante había hablado de El Príncipe de Corazones como si aún estuviera vivo. Le parecía una extraña coincidencia, sobre todo si recordaba el inicio del discurso de bienvenida de Jovan: «Elantina nos ha invitado, a sus más leales, para salvar al Imperio de sus mayores males. Los Destinos, encerrados desde hace más de cien años, desean salir a jugar como antaño».

¿Y si Jacks era uno de los Destinos que habían salido a…?

No. Tella se negó a terminar el pensamiento. Creer que el juego era real la llevaría directo a la locura. La otra explicación lógica era que Jacks estaba interpretando un papel en el juego. Pero la sangre que goteaba de sus dedos y el corazón que agonizaba en su pecho parecían una prueba sólida de que era el auténtico Príncipe de Corazones.

Dante tenía que estar marcándose un farol, apostando con mentiras como había hecho con la gobernanta en el palacio cuando afirmó que estaba comprometida con Jacks.

—Si Jacks fuera de verdad El Príncipe de Corazones, su beso ya me habría matado.

—Puede que seas su verdadero amor. O que te haya permitido vivir porque tiene otros planes.

Los ojos de Dante viajaron rápidamente por las líneas ceñidas del vestido de encaje zafiro de Tella, como si, de algún modo, supiera que se lo había enviado Jacks.

—No me mires así —le exigió ella—. Fuiste tú quien afirmó que estaba comprometida con él.

Una última gota de sangre cayó al suelo, enfatizando su frase con tristeza.

Dante la miró y su rostro cambió. Su arrogancia habitual desapareció.

—Tienes razón. Esto es culpa mía. Tomé una mala decisión. Pero te juro que, cuando dije que estabas comprometida con el heredero, no sabía que era El Príncipe de Corazones.

—Entonces, ¿cómo lo descubriste?

—Cuando te vi bailar con él en la fiesta. Los Destinos no son seres naturales; no pertenecen a este mundo, igual que quienes hemos muerto y regresado a la vida. —Dante tragó saliva con dificultad y, cuando habló de

nuevo, lo hizo en una voz inusualmente baja—. Puede que nadie más se diera cuenta, pero después de besarte, lo vi brillar…

Unos pasos apresurados resonaron en el pasillo.

Dante cerró la boca en una línea.

Los pasos se oían más fuertes y cercanos.

—Es posible que debas fingir que no me conoces —le dijo.

—¿Por qué? —le preguntó Tella.

—Se supone que no debería estar aquí.

—¡Creí que esto lo habías organizado tú!

La boca de Dante se curvó en una sonrisa mordaz.

—¿Yo he dicho eso?

¡Bastardo!

Se apartó de la pared mientras Tella abría la boca. En realidad, ella debería haberse dado cuenta de que aquello no lo había organizado él; solo se había apropiado de su nota y aparecido en el momento adecuado.

Antes de que pudiera maldecirlo en voz alta, alguien empujó la puerta desde el otro lado.

Tella trastabilló hacia delante cuando la puerta la golpeó.

Dante la atrapó de inmediato, dos sólidos brazos que rodearon sus caderas justo mientras la modista entraba en el probador.

Los ojos de la mujer se posaron en su comprometida postura antes de moverse hasta las manchas de sangre en el vestido de Tella y en el suelo.

—No sé qué estás haciendo aquí, joven, pero tienes medio segundo para marcharte antes de que le cuente esto al heredero. Y creo que todos sabemos qué ocurrirá entonces.

—Ten cuidado. Vas a conseguir que su Letal Alteza parezca predecible —replicó Dante. Apartó las manos de Tella mientras le susurraba al oído—: Sé que no quieres creerme, pero esta vez Caraval es algo más que un juego. No estoy seguro de qué te habrá prometido El Príncipe de Corazones, pero para los Destinos, los humanos no son nada más que mano de obra o entretenimiento.

El corazón de Tella consiguió latir un par de veces adicionales antes de regresar a su velocidad normal mientras Dante se marchaba. Si Jacks no la hubiera envenenado, suponía que estaría latiendo tan fuerte que todos los del interior de Minerva lo oirían.

Cuando Dante se marchó, la modista volvió a ser toda sonrisas. Dejó algunos pasteles y vino sobre una pequeña mesa en la que Tella no se había

fijado. Era como si nada hubiera ocurrido, aunque la joven se preguntó si la mujer informaría a Jacks de lo sucedido.

La modista habló de Jacks sin parar mientras obligaba a Tella a mantenerse en pie para ajustarle los vestidos. Para consternación de la joven, ninguno de ellos contenía armas ocultas, pero no podía negar que los vestidos eran impresionantes. Algunos cambiaban de color con el sol y había capas cosidas con un hilo hecho de polvo de estrellas que brillarían por la noche.

Pero según la modista, todavía no había visto sus mejores creaciones. La mujer regresó al pasillo y volvió un momento después empujando un carrito plateado con tres estantes.

Alguien contuvo un gemido. Probablemente Tella.

Odiaba a Jacks con la fuerza de un millar de mujeres resentidas, pero tenía que admitir que, cuando quería, sabía cómo impresionar.

El carro estaba cubierto por la colección más sensacional de máscaras, coronas y capas hechas de piel, metales preciosos y gasas. Cada artículo era de su talla exacta y valía la fortuna de un noble. Algunos estaban forrados de plumas, otros de joyas o perlas pulidas, y todo era terriblemente hermoso, como los tesoros de una pesadilla mágica, que era lo que suponía que era Jacks.

La modista sonrió, orgullosa.

—Su alteza desea que elijas un disfraz para la Víspera de Elantina. Pero ten cuidado; como todo ha sido especialmente hecho para ti, la pintura de algunas máscaras sigue húmeda.

Tella se acercó al reluciente carro.

Nunca había llevado un disfraz en la Víspera de Elantina. En Trisda, el cumpleaños de la emperatriz Elantina se celebraba solo un día; pero en Valenda, la Víspera de Elantina era incluso más fabulosa que el Día de Elantina. Para celebrarlo, todos se disfrazaban y asumían el papel de aquello de lo que iban vestidos.

Supuestamente, los monarcas de Valenda descendían de los Destinos, que se decía que volvían durante una noche en la víspera de su cumpleaños para juzgar si el gobernante era digno de reinar un año más. Por tanto, algunos creían que detrás de algunas máscaras y disfraces estaban los verdaderos Destinos, que habían regresado de su exilio para una noche de travesura, caos y asombro.

Tella suponía que aquella tradición era la razón por la que Legend había elegido los Destinos como tema de aquella edición de Caraval. Ya podía

imaginar cómo jugaría Legend con la gente, haciendo que sus intérpretes fingieran ser los auténticos Destinos.

Se tomó su tiempo para examinar el carrito. Miró la máscara de El Príncipe de Corazones, pero en lugar de lágrimas pintadas en rojo, esta lloraba rubíes. La Corona Rota, que representaba una decisión imposible entre dos caminos, estaba cubierta de destellantes ópalos negros, oscuros primos pulidos del anillo que ella llevaba en el dedo. Pero no era ni de lejos tan gloriosa como el velo de lágrimas de la Novia Abandonada, cubierto de diamantes de verdad. Parecía que todos los Destinos, mayores y menores, estaban allí. Tella vio la elaborada capa del Envenenador, el sombrero con plumas de La Dama de la Suerte, los guanteletes con púas de El Caos y la máscara de porcelana de La Dama Prisionera, con sus labios fruncidos cubiertos de zafiros pulverizados.

—¿El heredero siempre se toma tantas molestias por sus damas?

—Nunca —contestó la modista—. De hecho, esta es la primera vez que nos pide que diseñemos algo para alguien que no sea él mismo.

Tella fingió una sonrisa. Jacks probablemente usaba sastres distintos para cada una de sus consortes malditas.

—Elige la que más te guste y después haré que te tomen medidas para el disfraz que la acompañe.

Cada pieza brilló con más fuerza mientras Tella las consideraba por última vez.

La Doncella de la Muerte estaba descartada. No dejaría que le metieran la cabeza en una jaula de perlas, y solo pensar en ello la hacía recordar el día que giró aquella terrible carta, provocando la partida de su madre.

La máscara de esqueleto del Asesino no era demasiado atractiva. Las máscaras de Las Fámulas eran mucho más interesantes (siempre le habían gustado sus labios, cosidos con hilo rojo), pero no le gustaba que fueran solo marionetas de la Reina de los No Muertos. El parche enjoyado para el ojo de la Reina de los No Muertos era tentador (se decía que había entregado su ojo a cambio de sus terribles poderes), pero quería hacer una aparición más audaz. Le gustaba la Estrella Caída, pero teniendo en cuenta lo favorecedor que era el vestido dorado, suponía que la mitad de las chicas y de los jóvenes irían vestidos así. Y, por una vez, no estaba segura de querer estar guapa.

—¿Cuál es esta? —Tella tomó un largo velo negro unido a un tosco aro metálico cubierto de velas negras. Al principio había creído que pertenecía a El Rey Asesinado, pero su corona estaba hecha de dagas y era morbosamente atractiva. Aquello no era adorable en absoluto y dudaba de que fuera fácil ver

a través del velo, aunque había algo feroz y llamativo en él. No reconocería a qué Destino pertenecía ni aunque le fuera la vida en ello.

La modista palideció.

—Esta no debería estar en el carro. —Intentó arrebatársela.

Tella retrocedió, agarrando la corona con fuerza.

—¿Qué es? Dímelo o me marcharé sin elegir ninguna.

La modista apretó los labios.

—No es parte de un disfraz tradicional. Representa al hijo perdido de Elantina, el Heredero Perdido.

—¿Elantina tuvo un hijo?

—Por supuesto que no. Es solo un rumor desagradable que la gente inició porque preferirían que tu prometido no llegara a ocupar el trono.

—Bueno, este parece el disfraz perfecto.

—No seas tonta, niña —dijo la mujer—. Quien puso eso en mi carro lo hizo como una advertencia para el heredero… y para ti.

—No te preocupes, solo lo voy a hacer como una broma —contestó Tella —. A mi prometido le encantan las bromas. Se reirá mucho cuando me vea, y demostrará a quien lo haya puesto en tu carro que no estoy asustada.

La modista hizo una mueca.

—No tenemos ningún vestido a juego.

—Jacks confía en ti. Estoy segura de que se te ocurrirá algo.

Tella se puso la corona de velas en la cabeza y se giró hacia la pared de espejos. El fino velo negro ocultaba sus rasgos por completo, convirtiéndola en una sombra viviente. Era perfecto.

Si había un disfraz que declaraba que, a pesar de los besos y maldiciones de Jacks, jamás sería totalmente suya, era la corona del Heredero Perdido. Puede que fuera una mala decisión ser tan desafiante, pero aquella era una de las pocas opciones que Jacks le había dado.

La modista negó con la cabeza y volvió a murmurar algo sobre que Tella no tenía ni idea del tipo de juego al que estaba jugando.

Pero la joven conocía con certeza el juego del que formaba parte: uno que la destrozaría a ella y a la gente a la que quería si no ganaba.



Tella regresó al palacio bajo el lento descenso del sol crepuscular. Era la última hora de la tarde, ese momento cálido del día en el que el cielo cerúleo se encuentra normalmente teñido de oro, mantequilla y volutas de luz melocotón. Pero a los ojos de Tella, todos los colores sobre su cabeza podrían haberse llamado «sepia», como mucho. Allá adonde mirara, el cielo estaba marrón y opaco y bastante raro como para que ella se preguntase si la tarde estaba mal o si era su vista.

Cuando llegó al palacio, estaba convencida de que otro de los efectos secundarios de Jacks era ver cómo el mundo, en el pasado brillante, perdía todo su color. Pero quizás el verdadero efecto secundario fuera la paranoia. A diferencia de la opacidad exterior, la habitación en la torre de Tella seguía tan dichosamente luminosa como siempre, desde el dosel violáceo sobre su cama a las aguas teñidas de verde azulado que la esperaban en el baño.

Pero no tuvo tiempo para lavarse algo más que las manos. Apenas le quedaban unos minutos para cambiarse el vestido de encaje manchado por uno nuevo de la modista. De un raso azul medianoche con gruesas franjas de terciopelo negro que bajaban por su amplia falda, el vestido era más oscuro que el atuendo habitual de Tella, pero algo en la combinación la hacía sentirse bastante feroz como para enfrentarse a Jacks, a Legend y a cualquier valendano que participara en Caraval.

Con un paso renovado que esperaba que no la abandonara, Tella salió de su dormitorio hacia la sala de estar y se tragó una maldición al ver a su hermana.

Scarlett estaba sentada ante una de las chimeneas blancas apagadas. Tella no sabía cómo había entrado, pero no debería haberla sorprendido. Si Scarlett Dragna tenía una habilidad mágica, era el poder de encontrar siempre a su

hermana. No sabía si las hermanas mayores estaban siempre conectadas a las menores o si era algo especial que había entre ambas. Y, aunque nunca lo admitiría, saber que su hermana podía encontrarla a pesar de los obstáculos con los que se encontrara era una de las pocas cosas que de verdad la hacía sentirse segura, aunque no siempre fuera conveniente o cómodo.

No se sentía orgullosa de sí misma por haber evitado a Scarlett. Tenía una buena razón para no haberla buscado la noche anterior, aunque debería haber encontrado tiempo aquella mañana para ver cómo estaba y para disculparse por no contarle la verdad sobre Armando.

Mientras se adentraba en la habitación, su hermana siguió mirándose las manos, en las que sostenía el par de guantes beige que Jacks le había enviado aquella mañana.

—¿Sabes que los guantes son un regalo simbólico? —Scarlett frotó la suave tela entre sus dedos—. Resulta anticuado ahora, pero una vez leí que, al inicio del reinado de Elantina, solían regalarse guantes al pedir la mano de una joven en matrimonio. Creo que se suponía que era así como los jóvenes decían que querían cuidar de una chica, regalándole unos guantes que le protegieran las manos.

—Preferiría algo menos simbólico y un poco más práctico, como la sangre.

Scarlett apartó la mirada de los guantes.

—Eso no es demasiado romántico.

Pero Tella juraría que una flecha roja había subido por la garganta de su hermana y que el color había inundado sus mejillas, como si la idea le causara más excitación que repulsa. *Interesante*.

Solo lo había dicho para aligerar un poco el ambiente, pero quizá había parte de verdad en ello. Y como la afirmación parecía haber llevado los pensamientos de Scarlett en una dirección más alegre, continuó:

—He leído al respecto en uno de tus libros de bodas. Era una antigua costumbre nupcial. Cada miembro de la pareja bebía la sangre del otro para sincronizar el latido de sus corazones, de modo que, incluso estando separados, pudieran sentir en su ritmo si el otro estaba seguro o asustado. Eso sería lo que yo querría, alguien que me entregara una parte de sí mismo en lugar de un retal de tela.

—Entonces, ¿tu prometido te regaló un vial de sangre antes de su propuesta de anoche?

Una maldición ardió en la lengua de Tella. Se suponía que su hermana estaba allí para hablar de Armando, pero parecía que Scarlett iba a evitar ese

tema y ella no podía culparla, aunque habría deseado que no se concentrara en aquella otra cuestión.

—¿Cómo te has enterado?

—Puede que anoche no acudiera a la fiesta, pero no me quedé escondida en el palacio —dijo Scarlett—. Y, aunque lo hubiera hecho, supongo que me habrían llegado los rumores sobre la muy ostentosa demostración de afecto del heredero y su precipitado compromiso con una chica llamada Donatella.

—Scar, puedo explicártelo. No tienes por qué preocuparte.

—¿Parezco preocupada?

Scarlett estaba un poco seria, pero ahora que había levantado la cabeza, a Tella le sorprendió ver que no había arrugas preocupadas alrededor de sus ojos avellana, que sus labios rosados no estaban apretados en una mueca, que no se retorcía las manos, y que su voz era agradable y ligera.

En realidad, resultaba desconcertante. Scarlett se preocupaba todo el tiempo, incluso cuando no había nada por lo que inquietarse, y justo en aquel momento había, sin duda, cosas que deberían perturbarla.

—Entonces, ¿de verdad no te importa que me haya prometido?

Tella se dejó caer en el sillón mullido frente al de Scarlett.

—Sé que solo estás bromeando, pero nos estamos adentrando en un territorio ligeramente incómodo para mí. ¿Podrías contarme qué ocurrió de verdad?

Maldición. Aquello era exactamente lo que Tella temía.

Scarlett seguía mirándola con una sonrisa cansada y un poco condescendiente, como si la considerara una chica muy joven atrapada en un cuento de hadas fantástico. No podía culparla. En cierto modo, eso era exactamente lo que le parecía a ella también. Se alojaba en una torre dorada. Un príncipe malvado la había maldecido y había encarcelado a su madre y, si fracasaba en su misión, ambas estarían condenadas y Scarlett se quedaría sin nadie.

Tella tomó aliento profundamente. Había convencido a su hermana de un compromiso fingido en el anterior Caraval y volvería a hacerlo. Tenía que lograrlo, si quería mantenerla a salvo.

—Sé que parece repentino e increíble —comenzó—. Yo misma no lo comprendo del todo todavía. La verdad es que he estado escribiéndole cartas durante más de un año, pero no tuve idea de que era el heredero hasta anoche. Así que, cuando se me declaró, no pude decirle que no…

—Tella, detente. —El color huyó de las mejillas de Scarlett—. No sé qué intentas hacer, pero esto no tiene gracia.

—No debería tenerla. Si hubieras estado allí anoche, lo habrías visto y entendido.

—Anoche comenzó Caraval —argumentó Scarlett—. Todo lo que ocurrió en esa fiesta fue solo un juego. Ya lo sabes.

—Scar, sé lo que es Caraval. —Y también sabía lo ridícula que sonaba. En ese momento se dio cuenta de que había sido un error hablarle a su hermana de las cartas: la historia se parecía demasiado a la de la propia Scarlett. Pero Tella tenía El Aráculo; podía demostrar lo que estaba diciendo y quizá había llegado el momento de que su hermana oyera la verdad, o casi la verdad—. Esto es diferente. Y no solo soy yo, también está involucrada nuestra madre…

—No —le espetó Scarlett, con tanta brusquedad que la lámpara de araña repiqueteó—. Nunca es diferente, por mucho que quieras creerlo. No me importa quién esté involucrado. Cuando yo jugué, me parecía imposible que fuera solo un juego. Legend plantó a Julian en nuestras vidas antes de que el juego comenzara. Después lo vi morir, y te vi morir a ti. E incluso cuando todo terminó, cuando creía saber qué partes habían sido reales y cuáles habían sido mentira, descubrí que me equivocaba, que había roto con un prometido falso porque nunca había llegado a conocer al auténtico.

La voz de Scarlett se rompió. Tella habría jurado que veía las palabras haciéndose añicos sobre la alfombra y esparciéndose por el suelo palaciego mientras su hermana se derrumbaba.

Había ido demasiado lejos. Aquella no había sido su intención. No había querido que Scarlett se sintiera tan engañada, ni que se enamorara y terminara confundida y con el corazón roto. Se suponía que Caraval debía proporcionarles a ambas libertad, lejos del miedo, del confinamiento y de los matrimonios infelices.

—Si te sirve de consuelo, a mí también me engañaron. —Tella se levantó de su asiento y se acercó con cautela. Scarlett era más alta que ella y, aun así, de algún modo, parecía pequeña e inusualmente frágil, encorvada delante de la chimenea vacía—. Te juro que no tenía ni idea de que el conde era un intérprete hasta que terminó. Pero de todos modos, lo siento mucho.

—Lo sé —murmuró Scarlett—. No estoy enfadada contigo. Debí darme cuenta sola; no es que nadie me dijera que solo era un juego. Supongo que ya es demasiado tarde para evitar que juegues pero, Tella, por favor, ten cuidado. —Scarlett levantó la mirada de repente—. Sé que Caraval puede ser mágico, romántico y maravilloso, pero no es fácil romper sus hechizos y creo que la mayoría de la gente ni siquiera se da cuenta de que está hechizada.

—Scar, si tienes razón y es solo un juego, ¿no significa eso que no hay nada por lo que debas preocuparte? A menos que en realidad no creas que solo sea un juego.

—No es el juego lo que me preocupa —dijo Scarlett—. Estoy pensando en tu corazón, Tella. No sé qué hay de cierto en esos rumores de compromiso, pero sé que es fácil enamorarse en Caraval, a veces de gente que podría no ser totalmente real.

Tella no era tan tonta como para decir en voz alta que eso nunca le pasaría a ella. Creía que, cuando las jóvenes expresaban sentimientos como aquel, normalmente estaban deseando que ocurriera lo contrario y desafiaban al destino para que les proporcionara lo único que afirmaban no desear.

Pero ella deseaba amor tanto como deseaba contraer una enfermedad. No había besos por los que mereciera la pena morir. No había almas con las que mereciera la pena fusionarse. Había muchos jóvenes atractivos en el mundo, pero ella creía que no podía confiarle a ninguno de ellos algo tan frágil o valioso como un corazón, sobre todo después de que El Príncipe de Corazones la hubiera condenado al desamor. Y, aunque ese no fuera su destino, no pensaba enamorarse de alguien que estaba interpretando un papel.

Por supuesto, no le diría nada de aquello a Scarlett, no en aquel momento, cuando todavía podía ver el corazón de su hermana desmigándose por Julian.

Lo que el joven había hecho para retener a su hermana era justo lo que los había separado. Tella debería haberlo convencido para que le contara la verdad. Sabía que no era culpa suya, pero podría haber evitado parte de aquella situación.

—No creo que sea tan horrible como parece —dijo Tella—. Creo que Julian está tan acostumbrado a mentir que es lo único que sabe hacer. Supongo que antes no tenía ninguna razón para cambiar. Pero creo que te quiere; está claro para cualquiera que vea cómo te mira. Tú eres la luz de las estrellas para su oscuridad, y si sientes lo mismo por él, deberías darle otra oportunidad.

—Quiero creer que tienes razón —aseguró Scarlett—. Pero Julian me prometió que no me mentiría tras finalizar Caraval, y ni siquiera ha conseguido mantener esa promesa durante un día.

Tella había roto promesas con la misma rapidez, pero seguramente no era un buen momento para sacarlo a colación. Y no quería influir en las decisiones de su hermana. Creía que Julian la quería, pero quizá su vida estaba tan atrincherada en la mentira que era incapaz de cambiar, y Scarlett se

merecía más que eso. Solo esperaba que, hiciera lo que hiciere, no comenzara a pensar de nuevo en el conde.

Se sentó en el borde de la chimenea de piedra blanca, cerca de su hermana.

—Entonces, ¿planeas esconderte en el palacio toda la semana?

—No lo sé.

La mirada de Scarlett se volvió distante; frente a la ventana, contemplaba el recinto del palacio y la ciudad más allá. Un pensamiento dibujó una mueca en su boca. Después levantó la cabeza y examinó el elegante mobiliario azul antes de atisbar el techo, desde donde las observaba una horda de querubines tallados.

—Puede que me quede aquí —dijo Scarlett—. Esta suite es bastante grande para las dos.

—Eso me recuerda una cosa —comenzó Tella—. ¿*Cómo* has entrado?

Parte de la sonrisa de Scarlett regresó.

—Puede que anoche tirara un jarrón en mi dormitorio y que por accidente abriera la entrada de un pasadizo secreto.

Se dirigió a la segunda chimenea y pasó la mano por el borde de la repisa hasta que se oyó un chasquido. El olor de las telarañas y de los secretos tiznados se agitó por el aire y varios ladrillos se movieron de repente.

—¡Esto es genial! —dijo Tella, aplaudiendo.

El rostro de Scarlett se iluminó.

—Si quieres, te lo enseñaré.

Tella sentía curiosidad, pero a través de la ventana más cercana podía ver que los colores habían cambiado. Los marrones se habían convertido en prometedores tonos bronce, una despedida final antes de que el sol se ocultara. Pronto, la noche haría su aparición y una nueva constelación de Legend se materializaría en el cielo. Caraval comenzaría una vez más, y ella no quería llegar tarde.

Según lo que Jacks había dicho la noche anterior y lo que ella también sospechaba, la primera pista que había recibido, que hablaba de un lugar que albergaba una promesa tanto de fe como de magia, la hacía pensar en que la segunda pista podría estar en el Distrito del Templo. Tella no había visto esa parte de la ciudad todavía, pero sabía que era más grande que el Barrio de las Especias y el Distrito Satine juntos. La búsqueda podría llevarle toda la noche.

—Quizá puedas enseñármelo más tarde —dijo Tella—. Casi se ha puesto el sol, y debería marcharme.

Aunque ni siquiera había dicho la palabra *Caraval*, la sonrisa de Scarlett se desvaneció.

Buscó la mano de su hermana. Ya era suficiente dejarla atrás sabiendo que estaba sufriendo; lo último que quería era que se preocupara por ella.

—Sé que en este momento no confías en mi juicio, pero yo sé distinguir qué parte es solo un juego…

Scarlett la interrumpió con un suspiro.

—No es que no confíe en ti. No confío en Legend, ni en nadie que trabaje para él, y creo que sería prudente que tú tampoco lo hicieras. Al menos, recuerda las historias que la yaya Anna nos contó: a Legend le gusta ser el villano.

Tella sonrió.

—¿Cómo podría olvidarlo? Esa fue siempre mi parte favorita.

Pero no podía ser cierto en aquella partida. Si Legend era el villano, entonces solo podría ser una persona: *Jacks*.

Ni siquiera quería considerarlo, aunque le era fácil imaginar a Jacks con una chistera y una levita, sosteniendo una rosa roja mientras sus labios se curvaban en una sonrisa maléfica. Y quizá, si sus dedos no hubieran comenzado a sangrar delante de Dante aquella mañana, se habría sentido tentada a pensar que Jacks era en realidad Legend, y que todo aquello no era más que un truco cruel.

Pero ella sabía que Jacks era el auténtico Príncipe de Corazones. Lo sabía con la misma certeza que había sabido que su hermana desearía su vuelta a la vida si moría. Sintió el poder de Jacks en el mismo momento en el que se besaron. Era distinto de la magia de Caraval: el poder de Legend destellaba como los sueños hechos realidad, mientras que la magia de Jacks era propia de una pesadilla. Podía sentirla incluso en aquel momento, ralentizando poco a poco su corazón.

Latido… latido.

Nada.

Latido… latido.

Nada.

Latido… latido.

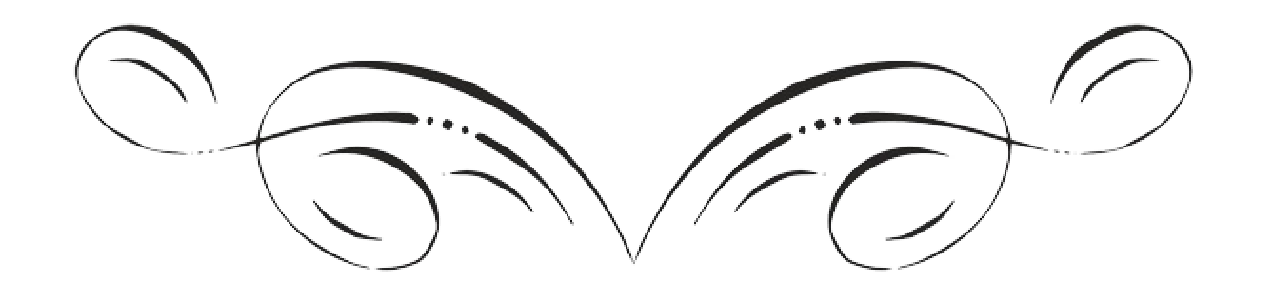
Nada.

Era un reloj marcando una cuenta atrás en su pecho.

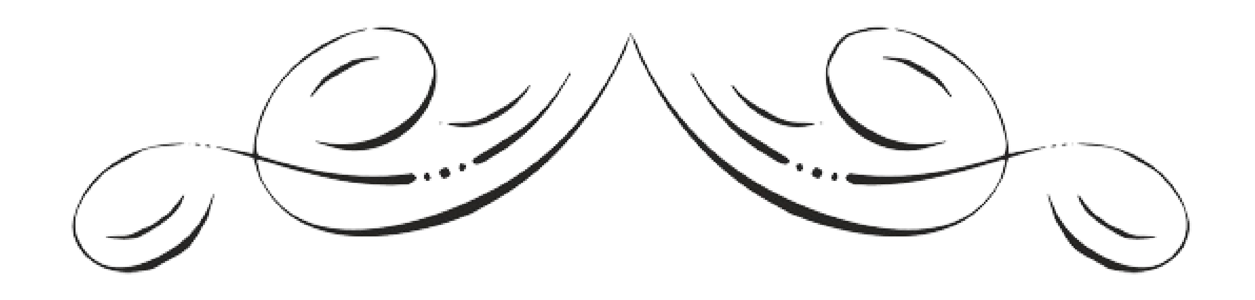
Tella no había querido recibir aquella maldición y enfrentarse a la posibilidad de la muerte, pero quería salvar a su madre, quería verla de nuevo

en persona, descubrir quién era en realidad y por qué se había marchado. Y si Jacks era Legend o alguno de sus intérpretes, eso nunca ocurriría.

Jacks no podía ser Legend. Si lo fuera, entonces sería un villano aún mayor de lo que jamás hubiera imaginado.



SEGUNDA NOCHE
DE
CARAVAL





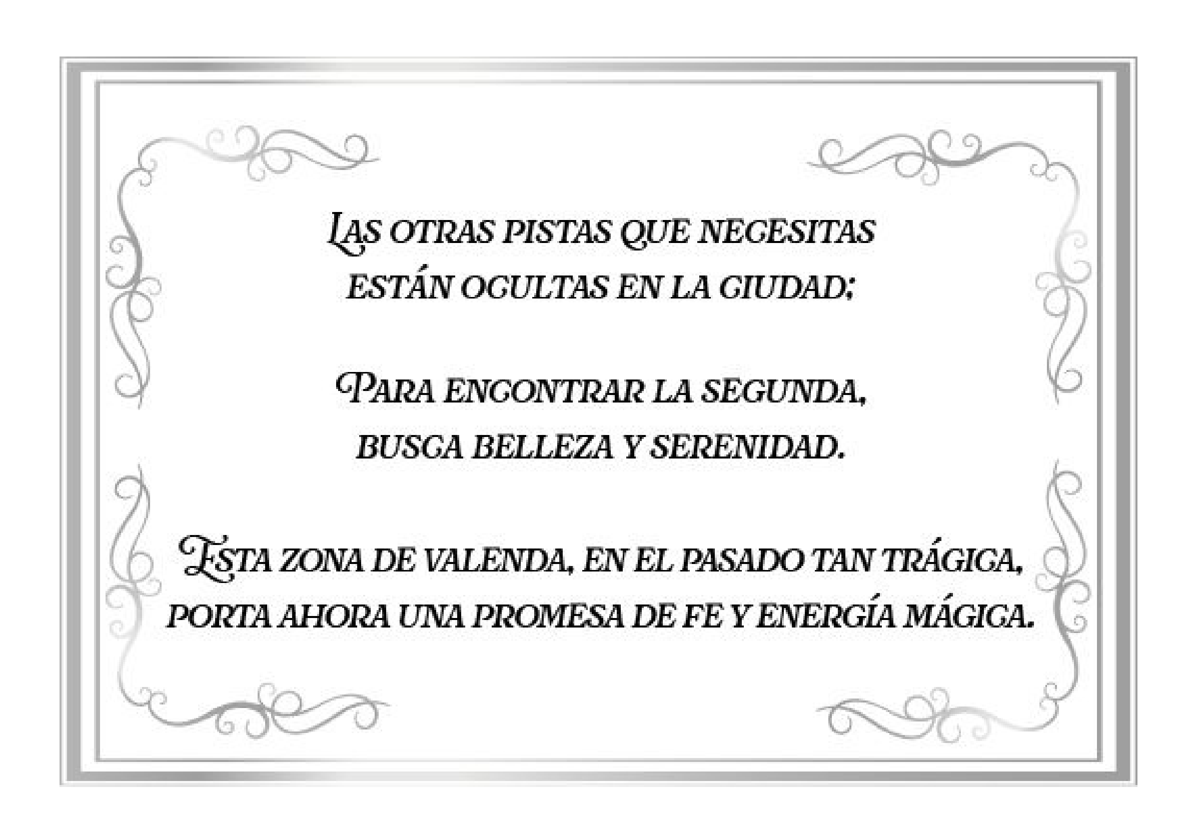
Una constelación de estrellas carmesíes destellaba sobre el Distrito del Templo.

Desde el carruaje aéreo, le había parecido un encantador grupo de rosas en flor. Ahora que estaba en el distrito, justo debajo de las estrellas, la imagen era más difícil de visualizar. En lugar de ver una constelación de rosas, las luces rubíes parecían gotas de sangre de estrella derramada, que emitía su luz sobrenatural sobre el mundo.

Incluso sin el espectral halo de oro rosa, el Distrito del Templo habría sido un lugar extraño. Lamentos quejumbrosos de los devotos, oraciones susurradas por los pecadores, antiguos cantos y un sinfín de gente vestida de manera extraña rodeaban a Tella mientras atravesaba un mosaico de calles desgastadas por el tiempo e iluminadas por antorchas tan altas como personas.

No sabía si aquella parte de la ciudad era siempre tan popular o si la multitud estaba allí solo porque todos participaban en Caraval y buscaban la segunda pista.

Buscó en su bolsillo de terciopelo y releyó la primera pista bajo la ardiente luz roja de la antorcha:



La descripción encajaba sin duda con el Distrito del Templo, donde se practicaban todo tipo de religiones y creencias interesantes, pero podía aplicarse a casi cualquier casa de adoración.

Tella pasó junto a altos tabernáculos, antiguas misiones y nuevos baños públicos donde los visitantes podían limpiarse gracias a los espíritus sagrados… O al menos eso era lo que afirmaban.

En Trisda, la religión era adusta y sencilla. La gente le rezaba a algún santo concreto rogando por lo que quería y pedía perdón a los sacerdotes al escribir sus pecados en un papel que los hombres y mujeres santos quemaban. Pero allí Tella no sabía si la gente estaba rezando o actuando.

Había oído que todo el mundo podía practicar la religión que quisiera siempre que permaneciera en el interior de los límites del distrito. Pero solo algunas religiones parecían tener verdaderas creencias en poderes superiores. Muchas de las prácticas espirituales que Tella observaba parecían espectáculos pensados para emocionar a los turistas e incitarlos a vaciarse los bolsillos.

Antes de llegar, le habían contado que incluso existía una Iglesia de Legend, que parecía el lugar más obvio donde buscar la siguiente pista. Por desgracia, la Iglesia de Legend estaba oculta. Encontrarla se suponía que era un juego. A Tella no le habría importado si aún conservara su fuerza, pero las piernas le temblaban más de lo que deberían y su respiración era un poco superficial.

Mientras buscaba calle tras calle, vio iglesias dedicadas a cada elemento. Los adoradores del fuego fueron sus favoritos: bailaban delante de su templo con bastones de fuego. La siguiente era una iglesia formada de cascadas que fluían sobre las estatuas de los tritones y sirenas ante los que la gente dejaba caracoles como ofrendas. Desde allí, Tella pasó junto a una hilera de tabernáculos dedicados a los distintos Destinos. Aquellas estructuras derruidas parecían más antiguas que el resto. Algunas eran solo ruinas, restos de los días en los que los Destinos aún gobernaban. Poca gente los veneraba actualmente, aunque había un enorme grupo reunido delante del santuario de La Dama de la Suerte; todos iban vestidos con elaborados gorros de plumas verdes y capas voluminosas.

Pero por mucho que buscó, Tella no vio ningún símbolo de Caraval. No había rosas, solo las que estaban en el cielo. No había corazones negros. No había sombreros de copa. No obstante, había gente disfrazada, o con «atuendos religiosos», como había oído que los llamaban. Mientras tiraba de sus piernas cansadas para continuar, vio cascos con cuernos para aquellos que honraban a los antiguos dioses guerreros, y collares hechos de huesos para los que veneraban a la Muerte. Tella no sabía si necesitaría un atuendo distinto cuando llegara a su destino, pero parecía que podría comprar lo que le hiciera falta en alguno de los carros de la calle.

—¿Te gustaría una capucha fantasma? —le preguntó alguien—. Mantiene alejados a los demonios. Solo tres peniques.

—¡O, si prefieres conocer a los demonios, tenemos perlas de depravación! —exclamó su compañero—. Solo un penique.

—¿Qué te hace pensar que estoy interesada en los demonios? —se burló Tella.

El vendedor le dedicó una sonrisa a la que le faltaban algunos dientes.

—Estás aquí. La gente dice buscar un salvador en estas calles, pero rara vez es lo que encuentran.

—Entonces supongo que es bueno que el hombre al que busco nunca haya afirmado ser un salvador.

Tella le lanzó un beso al tendero y se hundió en el gentío de turistas ansiosos, comerciantes codiciosos y ciudadanos entusiastas que participaban en Caraval.

La gente abarrotaba las calles como las larvas hacían con los muertos, excepto en la extensión de acera marfil delante del Templo de las Estrellas.

Sus piernas aminoraron la velocidad. Sabía que no podía detenerse, pero era angustiosamente tentador. Aquel era, de lejos, el más bonito de los

templos, un bastión de piedra tan blanco como la túnica de una diosa y sus inocentes sacrificios. Pero Tella sabía que el interior del templo estaba lejos de ser puro o santo.

En teoría, las estrellas habían caminado sobre la Tierra mucho antes que los Destinos, hacía mucho tiempo que eran más leyendas que otra cosa. Pero la gente susurraba con un verdadero fervor que no importaba lo que parecieran en el cielo: las estrellas no eran criaturas angelicales hechas de luz y polvo de ángel. Algunos decían que fueron ellas las que crearon a los Destinos, lo que, al parecer de muchos, las convertía en las criaturas más despiadadas de todas.

Aun así, también estaban aquellos que se unían a la congregación voluntariamente creyendo que, algún día, las estrellas regresarían y recompensarían a quienes las habían seguido. Tella había oído que la gente rica entregaba su libre albedrío, su belleza y sus hijos primogénitos por una oportunidad de convertirse en miembros.

—¡Si quieres entrar, necesitarás la ropa adecuada! —exclamó alguien al otro lado de la calle—. Vendemos túnicas de acólito por solo cinco peniques.

—No querrás unirte a ese templo, no cuando yo puedo ofrecerte algo mejor a un precio más bajo —replicó otro mercader. Su voz le resultaba familiar.

Tella se giró y de inmediato deseó no haberlo hecho.

Julian, vestido con la ropa verde alejandrita de los comerciantes, tenía los brazos extendidos para atraer la perpleja atención de Tella hacia una serie de altares en los que había varios hombres atados. Sus sonrisas estaban congeladas en sus labios blancos como la luna y sus ojos parecían concentrados en los cielos rubíes, como si fuera un sacrificio voluntario.

—Julian, ¿qué… qué estás haciendo? —tartamudeó Tella.

—Mis disculpas, adorable señorita, ¿nos conocemos? —La examinó como si no la hubiera visto nunca.

Tella sabía que estaba interpretando el papel que le habían asignado para este Caraval, pero seguía siendo perturbador ver cómo la miraba con codicia, como si fuera un cordero al que quisiera llevar por el mal camino.

—No te recuerdo —ronroneó—, pero eres tan guapa que te ofreceré un trato. ¡Puedes sentir el mismo éxtasis que mis atados amigos por solo cuatro peniques!

—O puedes expiar tus pecados gratis.

Una mujer con un cegador hábito blanco atrajo la atención de Tella lejos de aquella alarmante versión de Julian y hacia otro sitio perturbador. Señaló

una serie de jaulas y cepos que apestaban a sudor, a arrepentimiento y a cuerpos sucios. Aquella gente no parecía tan dispuesta como los corderos adoradores del cielo de Julian. Y Tella no buscaba redención ni expiación: quería encontrar a Legend.

—Probablemente no deberías mirarlos, o se lo tomarán como un «sí» y te meterán en una de esas celdas.

Tella se giró para mirar a Dante, que se había detenido delante de una fuente en honor a El Trono de Sangre.

El joven apoyó un codo contra una deslustrada puerta de plata, del color de los sueños desilusionados y de las malas decisiones. O quizá fuera él quien parecía una mala decisión.

En las Barajas del Porvenir, La Estrella Caída se representaba siempre como diosas o dioses engañosos con destellantes capas doradas y finas túnicas blancas. Pero mientras miraba a Dante, envuelto en las oscuras sombras negras que se mezclaban con la noche, Tella estaba segura de que las imágenes de las cartas se equivocaban. El oro siempre brillaba, pero poca gente conseguía hacer destellar la oscuridad como lo hacía él.

—Tienes que dejar de seguirme —le dijo la joven.

—Puede que en realidad esté ayudándote. —Dante se enderezó su nuevo pañuelo negro alrededor del cuello mientras posaba la mirada en la puerta que tenía a su espalda, con un símbolo de Caraval grabado sobre el bulboso pomo metálico.

La entrada a la Iglesia de Legend.

—La habría encontrado sola —resopló Tella.

—Claro que sí. —Dante siguió ante la puerta, sonriendo, quizá demasiado, mientras ella se acercaba.

—¿No fuiste tú quien me dijo que veía a las chicas como nosotras vemos a los vestidos de fiesta, para ser usados solo una vez?

—Está claro que a ti te veo de un modo distinto.

Dante tomó uno de los rizos sueltos de Tella y se envolvió con él un dedo tatuado; la rosa negra del dorso de su mano giró hasta que se volvió roja bajo la luz rubí de las estrellas. En cada vuelta se acercaba más a ella, haciendo que fuera muy fácil ignorar sus piernas doloridas y su corazón moribundo. Retorció su cabello alrededor de su dedo como Tella suponía que quería envolverla a ella.

Como si ella fuera a permitírselo.

Arrogante. Pedante. Frívolo. Imposible. Odiaba que se negara a dejarla en paz, que se tomara sus insultos como otros chicos se tomarían un cumplido, y

que su interés en ella fuera claramente parte de su papel. Y, aun así, nunca conseguía alejarlo.

—Si estás aquí para descubrir cosas sobre Legend —le dijo—, yo podría contarte más que el resto.

—¿Me dirás quién es? —le preguntó Tella.

—Sabes que no puedo hacer eso.

—Podrías, si tú fueras Legend.

La voz de Dante retumbó con una carcajada.

—Si yo fuera Legend, jamás te lo diría.

—¿Porque no confías en mí?

—No —contestó con lentitud, acercándose aún más a ella—. Me guardaría el secreto porque querría seguir jugando contigo. Si te dijera la verdad, estropearía toda la diversión.

Sus ojos siguieron clavados en los de Tella como si hubiera algo oculto que intentara decir. Si otro joven la hubiera mirado así, se habría sentido momentáneamente especial. La gente rara vez miraba a los demás a los ojos durante periodos prolongados de tiempo, y siempre había algo más íntimo en ello que tocarse. Cuando Dante la miraba a los ojos, no estaba mirando al resto del mundo, ni estaba atento a sí mismo. Estaba arriesgando parte de su persona para concentrarse solo en ella.

Tella se preguntó si aquel era el verdadero atractivo de Caraval, no la magia ni el misterio, sino el modo en el que los intérpretes de Legend sabían hacer sentir a la gente. Durante la última partida, Julian había empujado a Scarlett constantemente fuera de su zona de confort. Dante estaba haciendo lo mismo con ella, pero en lugar de empujarla, estaba tirando de ella hacia él, intentando introducirla en su embriagadora esfera fingiendo que le importaba, que no solo la deseaba sino que una parte de él la necesitaba. Tella lo sentía en el modo sutil en el que contenía el aliento cuando esperaba su respuesta. Era aterrador que una cosa tan pequeña tuviera tanto poder.

Sin duda era bueno en su trabajo. Sabía que solo estaba actuando, que en realidad no le importaba ni la necesitaba. Y, aun así, en lugar de pasar de largo y entrar en la Iglesia de Legend, se descubrió deseando jugar con él un poco más.

—Entonces, si tú fueras Legend, ¿me ayudarías a ganar o sabotearías mis esfuerzos?

—Te ayudaría, sin duda. —Dante comenzó a desenrollar su cabello, dejando que sus dedos cálidos rozaran su cuello, y después los dejó sobre su pulso mientras susurraba—: Aunque no fuera Legend, querría que ganaras.

Mantuvo los ojos en los de Tella como si hubiera algo más que necesitaba decir, y a ella la asustó lo mucho que deseaba oírlo, aunque no lo habría creído. En realidad, no creía que Dante fuera Legend. Por divertida y lista que fuera, también lo eran incontables otras chicas, y suponía que el Maestro de Caraval tendría cosas mejores que hacer que seguir a una de ellas por ahí. Pero aun así, no podía descartar la idea por completo, porque por mucho que le doliera después y por idiota que la hiciera parecer al final, una parte de ella quería que fuera cierto, quería creer que algo en su interior brillaba lo suficiente como para atrapar la inatrapable atención de Legend.

Su corazón indolente se saltó un latido ante la idea. Y ella supuso que Dante, con los dedos cálidos sobre su pulso, también lo había sentido. El joven tenía los ojos más brillantes que su sonrisa, pero quizá fuera porque sabía que Tella había comenzado a ceder, que empezaba a dejarse llevar por su actuación.

—Me gustaría creerte. —Tella lo dijo de broma mientras se echaba hacia atrás para alejarse de la mano de Dante.

Extendió la mano hacia la puerta.

Y entonces él le rodeó la muñeca con los dedos y tiró de ella. Había algo casi desesperado en el modo en el que la agarraba.

—¿Y si te contara la verdadera razón de este juego? ¿Creerías entonces que quiero ayudarte?

—Dante, jamás creeré nada de lo que digas.

—Pero recuerdas mis palabras suficientemente bien como para repetirlas. —Tella no respondió, y él lo tomó como una invitación para continuar—. ¿Sabes cómo obtuvo Legend su magia?

—Creí que había sido después de haber pedido un deseo, ese deseo imposible que se supone que se nos cumple a todos si lo anhelamos lo suficiente.

Lo dijo con escepticismo. Aunque su hermana había usado un deseo para que volviera a la vida en el juego anterior, una parte de ella siempre había dudado de que la épica magia de Legend proviniera de algo tan simple. Y quizá le gustaba el modo en el que Dante respondía cuando lo desafiaba, el modo en el que sus ojos brillaban y sus dedos se tensaban alrededor de su muñeca, como si no planeara soltarla hasta que dijera la última palabra.

—Todo el mundo tiene un deseo —le explicó Dante—, pero cada deseo necesita magia para hacerse realidad. Y Legend quería una magia especialmente poderosa, así que buscó a la bruja que maldijo a los Destinos.

—¿Cómo la encontró?

—En una tierra muy lejana. Si Legend quiere algo, va hasta el fin del mundo para conseguirlo.

El tono de Dante era intencionadamente deshonesto, como si le estuviera contando una historia fantástica a una niña, y aun así la mano con la que le rodeaba la muñeca se calentaba con cada palabra. Siguió hablando con el mismo tono despreocupado, pero lo que le había dicho parecía más pesado que el resto de lo que habían hablado aquella noche.

—Cuando la bruja a la que Legend visitó expulsó a los Destinos, se llevó la mitad de su magia para que, aunque estos regresaran, no tuvieran el mismo poder que antes. Fue esta magia la que usó para el deseo de Legend. Pero le advirtió que, si los Destinos conseguían romper su maldición, lo matarían para recuperar su magia. Creo que este fue su modo de asegurarse de que no volvieran nunca. La bruja sabía que, para mantener sus poderes para siempre, Legend al final tendría que destruir a los Destinos para no ser destruido.

Dante se acercó lo suficiente para susurrarle el final al oído. No había mencionado a Jacks, pero no necesitaba hacerlo. Tella no pudo evitar añadir lo que ya sabía sobre los Destinos a lo que Dante acababa de decir. Las piezas encajaban demasiado bien como para no unirlas.

Gracias a Jacks había descubierto que los Destinos habían estado aprisionados en una baraja de cartas. Si lo que Dante había dicho era cierto, la mitad de su poder les había sido arrebatado, lo que explicaba por qué Jacks quería a Legend. Puede que Jacks hubiera escapado de las cartas, pero que todavía no tuviera su poder, y por ello necesitara recuperarlo.

Jacks había insinuado que el resto de los Destinos seguían atrapados, pero Legend debía saber que El Príncipe de Corazones era libre. Para el Maestro de Caraval, eso seguramente había sido suficiente para decidir que había llegado el momento de destruirlos.

Los Destinos, encerrados desde hace más de cien años, desean salir a jugar como antaño.

Si recuperan su magia, no habrá sosiego, pero tú puedes detenerlos ganando el juego.

Tella negó con la cabeza. Aquello era justo lo que Scarlett le había advertido que ocurriría. Le había dicho que sería incapaz de diferenciar aquello que era real de lo que era parte del juego.

Sabía que Jacks era real, pero sería una locura comenzar a creer que el juego también lo era.

Liberó su muñeca de la mano de Dante.

—Gracias por la *interesante historia*.

—Espera, antes de…

Dante se detuvo.

Tella se tensó, temiendo haber comenzado a sangrar de nuevo, pero el joven no estaba mirándola. Siguió sus ojos hasta el punto donde se habían detenido abruptamente y creyó ver a Jovan, solo que, en lugar de estar vestida de El Bufón Loco, como la noche anterior, llevaba una túnica. Esta le azotó los tobillos mientras se escabullía.

Dante se giró hacia Tella y buscó en el interior de su chaqueta para sacar un par de guantes negros hasta el codo.

—Si no quieres aceptar mi ayuda, al menos toma esto. —Presionó uno a uno los botones de perlas que decoraban los guantes.

Clic.

Clic.

Clic.

Clic.

Clic.

Cinco navajas afiladas salieron de repente de las puntas de los dedos.

—¿Me estás regalando unos guantes con cuchillos?

Tella se sintió aliviada de repente porque los dedos de Dante no estuvieran sobre su acalorada piel mientras recordaba las palabras de Scarlett: «Los guantes son un regalo simbólico… Solían regalarse al pedir la mano de una joven en matrimonio… Era así como los jóvenes decían que querían cuidar de una chica, regalándole unos guantes que le protegieran las manos».

A Tella le ardía la piel mientras las cuchillas destellaban a la luz de las antorchas como diez diminutas promesas de protección. Pero sabía que Dante deseaba casarse con ella tanto como Jacks. Probablemente solo había robado los guantes al salir de Minerva, a una chica que resultaba tener los brazos y los dedos del mismo tamaño que ella.

—¿Qué quieres a cambio?

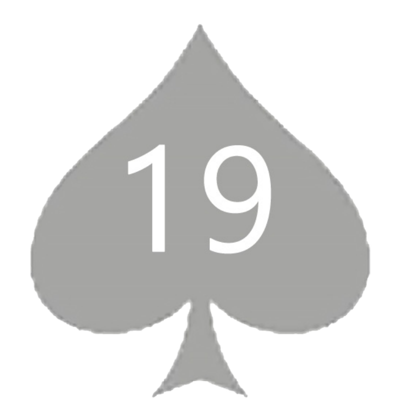
—Puede que solo quiera asegurarme de verte de nuevo.

Dante presionó las perlas otra vez para retraer las dagas antes de doblar los guantes y entregárselos.

Y entonces el imposible canalla se marchó.

Lo hizo en la misma dirección que la figura con capa que se parecía a Jovan. Tella sintió la tentación de seguirlo, pero eso era probablemente lo que Dante quería: distraerla para que no entrara en la Iglesia de Legend y encontrara la siguiente pista.

Se giró hacia la puerta, pero el símbolo de Caraval había desaparecido como por arte de magia, lo que le pareció una confirmación más de que estaba en el lugar correcto.



Las experiencias religiosas de Tella en Trisda se habían limitado a desesperadas oraciones y cartas enviadas a escondidas a través del pequeño Confesionario del Sacerdote, pero cuando entró en la Iglesia de Legend supo de inmediato que aquel no era un lugar de adoración ordinario.

—Bienvenida.

Una chica de piel morena con una llamativa chistera la recibió con una reverencia de ojos entornados y volantes rojos, muchos volantes rojos. Sabía que a Legend le gustaba el rojo, pero aquella chica parecía desesperada. Los volantes rojos rodeaban su vestido platino como la franja de un bastón de caramelo.

—Enhorabuena, has encontrado nuestra puerta, pero ahora debes decidir con cuidado si deseas entrar en la iglesia.

La chica agitó un brazo lleno de volantes y varios candelabros metálicos cobraron vida, iluminando más de una docena de tramos de escalera. Todos estaban cubiertos de gruesas alfombras rubíes y se retorcían en cada dirección, hacia arriba y hacia abajo y de lado a lado, como sangre que escapa de las venas antes de desaparecer en la oscuridad. Algunas escaleras parecían más usadas que otras, pero todas estaban iluminadas por una luz con la tonalidad de la madera de roble, que insinuaba un brillo que se había atenuado hacía mucho.

—Solo una de ellas te conducirá adonde deseas ir —dijo la chica.

—¿Y adónde me llevarán las demás?

La sonrisa carmesí de la joven descendió por sus comisuras.

—Ese es un misterio que debes arriesgarte a descubrir si deseas unirte a nuestra congregación y servir al gran Legend.

Tella no deseaba unirse a nada, no planeaba servir a Legend y no le apetecía ponerse a subir y bajar escaleras, pero había oído que encontrar la iglesia se suponía que era un juego.

Examinó las escaleras rubíes de nuevo. Cada una de ellas tenía una personalidad diferente, como las juguetonas espirales bordeadas de dorado a su derecha. También estaba la escalinata de osadas tallas que se extendía recta como si fuera un puente hacia una tierra de fantasía. Las desvencijadas escaleras a su izquierda no parecían fiables, y tampoco la retorcida escalera de hierro forjado sin pasamanos que prefería no probar. Por último, sus ojos se posaron en una sinuosa escalera de mármol negro, tan pulida que podía ver su reflejo en ella y cubierta por una alfombra intacta de un profundo granate. Parecía bajar, en lugar de subir.

Tella intentó ver adónde se dirigían los ojos de la chica, curiosa por saber qué camino escogería. Pero seguía mirándola con los ojos entornados.

—¿Has decidido?

Tella volvió a mirar la lujosa escalera de mármol con la impoluta alfombra granate. La expresión de la chica no cambió, pero habría jurado que estaba tensando los hombros. No quería que Tella bajara esos peldaños, y tenía la sensación de que no era porque temiera por su seguridad.

—¿Estás segura de que no preferirías elegir otra? —le preguntó.

—Creo que me gustará lo que encuentre al final de esta.

La joven se rio, pero de un modo forzado. Tella se dirigió a la inmaculada escalera de mármol negro y bajó el primer peldaño.

La escalera de mármol no era totalmente propia de Legend, pero Tella tenía la sensación de que era una buena aproximación. Con cada paso, el aire se volvía más frío. Las velas del muro parpadearon mientras misteriosas manchas negras salpicaban la pulcra alfombra y la suave barandilla, imitando gotas de sangre seca. Pero ella había visto suficientes manchas de sangre de verdad para saber cómo eran y de qué color se volvían una vez secas. Aquello no era sangre; solo era una ilusión.

Solo por si acaso, sacó los guantes con cuchillas de Dante. Olían a él, a tinta y secretos. Pero a diferencia de Dante, estaban fríos al tacto cuando se los puso. Le gustaba el ligero peso de las dagas ocultas en las puntas de los dedos.

Después de un par de pasos más, tomó una vela de un aplique. El muro tenía agujeros, para que las ráfagas de viento seco pudieran hacer titilar las luces. Al menos, allí eran listos. Tella se arrepintió de llevar un vestido tan pesado por aquellas escaleras cada vez más inclinadas. Los agujeros en las

paredes para el viento desaparecieron pronto, cubiertos por retratos de gruesos marcos, todos de jóvenes con chistera.

Al principio, se preguntó si serían miembros de la iglesia, pero sus rostros eran demasiado atractivos y quizá demasiado traviesos. *Legend*.

No eran auténticos retratos de él. Nadie sabía con seguridad qué aspecto tenía, pero estaba claro que los miembros de aquella iglesia habían intentado representarlo. Tella veía tonos de piel desde un blanco traslúcido hasta las gamas más oscuras de marrón. Algunos rostros eran delgados y tan afilados como espadas malditas; otros eran casi angelicales en sus curvas o seráficos en sus rasgos cincelados. Varios rostros tenían cicatrices, algunos sonreían y otros parecían enfadados. El corazón de Tella se detuvo por completo al ver un rostro delgado que le recordó a Jacks, con ojos de un azul plateado y cabello dorado. El último retrato guiñaba el ojo, como si todo fuera una broma.

Quizá lo era. Quizá Legend estaba jugando con ella de nuevo y las escaleras bajaran y bajaran y bajaran. Las letárgicas piernas de Tella se volvieron líquidas ante la idea. Quizá no había un modo de encontrar a Legend de verdad y la iglesia representaba la búsqueda eterna de un hombre imposible de localizar.

O quizás estuviera exagerando.

Una luz más brillante iluminaba las escaleras más abajo, dejando claro que había un final a la vista. Tella dejó su vela en un aplique vacío y aceleró el paso.

Algunos peldaños después oyó unas oscuras notas musicales: un estridente violín, un címbalo y un banjo. Tella no habría dicho que la música era bonita, pero era justo la combinación adecuada de singular y tentador, a juego con la taberna que encontró al final de la escalera.

Había esperado rojo, pero en lugar de eso todo era verde, tan brillante como la magia madura. Al inhalar, Tella ya no se sentía cansada, como si el aire fuera tan embriagador como las bebidas que se servían en la taberna.

Lámparas de queroseno verde oscuro iluminaban las mesas de cristal de pálido verde menta donde la gente succionaba brillantes cubos de azúcar verde o sorbía viales de un llamativo líquido lima, sentada en sofás acolchados de terciopelo también verde. Incluso el suelo estaba cubierto de diminutos azulejos esmeralda que le recordaban a las colas de las sirenas. Aquello no se parecía en nada a las tabernas de Trisda, que eran de colores apagados y olían a sueños aplastados y ron barato. Tampoco era como los bares de Caraval, pero era un intento interesante.

Con su música extravagante y sus refulgentes bebidas verdes, bordeaba un tipo de surrealismo que la hacía pensar que aquel podría ser uno de los lugares aciagos ilustrados en las Barajas del Porvenir. *La Taberna Esmeralda*, podría haberse llamado, donde podía encontrarse respuesta a las preguntas peligrosas. En el mazo estaba La Carta en Blanco y a Tella no le habría extrañado que ese establecimiento fuera aquel Destino sin representación. Pero a pesar de su rimbombancia, cuando miró con atención descubrió que no era más que purpurina fingiendo ser polvo de estrellas.

Parecía que ni siquiera las escaleras que había visto al entrar eran tan peligrosas como la chica de volantes había querido que pensara, sino solo una prueba, tal como le había advertido. Entre las mesas, la barra y los balconcillos flotantes, Tella vislumbró los finales del resto de las escaleras: todas conducían al mismo lugar. Como Caraval, parecía que aquella iglesia estaba llena de ilusiones, y estaba claro que sus miembros las disfrutaban.

Los clientes de la taberna parecían haber viajado desde todas partes. Mientras se adentraba, sus oídos recogieron atisbos de distintos idiomas y sus ojos vieron pieles cuyos colores iban del pálido al oscuro. Los atuendos también eran variados, pero casi todos tenían algo en común: sombreros de copa.

Tella no tenía ni idea de si la gente los llevaba porque veneraban a Legend o porque querían ser como él, pero casi todos los asistentes tenían uno. Algunos sombreros eran rechonchos, otros eran rectos, otros curvados o deformados a conciencia. Un par mostraban plumas, velos u otros adornos atrevidos. Incluso vio un sombrero de copa con cuernos saliendo de los lados, y una mujer joven llevaba dos chisteras rosas en miniatura que sobresalían de su cabeza como orejas.

Puede que aquella fuera la verdadera razón por la que Dante había huido en lugar de seguirla. Quizá le diera envidia que toda aquella gente adorara a Legend. Aunque ella no debería estar pensando en Dante, ni preguntándose qué habría dicho si estuviera allí, a su lado.

Dejó de lado el júbilo para decidir dónde podría haber una pista escondida, hasta que sus ojos se posaron en un grupo de gente que hacía cola delante de un par de cortinas de terciopelo negro bordeadas de llamativas borlas doradas. De nuevo, era demasiado estridente y quizá muy obvio para resultar propio de Legend. Era más parecido a como lo percibía la gente, una imagen que creía que él se alegraba de perpetuar. En el anterior Caraval, Caspar, el actor que lo había interpretado, había hecho una actuación grandiosa. Pero Tella no creía que el verdadero Legend fuera así.

Aunque no había descubierto su verdadera identidad, había recibido sus cartas. Sus mensajes no contenían adornos; en uno de ellos había una única frase, y aun así había sentido su magia latiendo a través de aquellas palabras sencillas.

Por seductora que fuera la Iglesia de Legend, Tella creía que tenían una idea equivocada acerca del Maestro. Caraval era extremo en su esplendor, pero ella no creía que Legend lo fuera.

Aun así, se descubrió acercándose a las cortinas de borlas. En la cola que tenía delante, los participantes susurraban ansiosos mientras se tensaban el pañuelo del cuello, se pellizcaban las mejillas para darles color o se enderezaban la chistera. Aunque, a diferencia del resto de la taberna, parecía que no todos ellos llevaban chistera, lo que la hizo suponer que aquellos no eran miembros de la iglesia, sino jugadores buscando la siguiente pista.

Tella se acercó al principio de la fila, ya que no quería esperar al final pero tampoco le parecía prudente intentar colarse sin más.

—Disculpa —dijo a una chica que llevaba un tocado de plumas con un velo carmesí sobre los ojos—, ¿qué espera ver todo el mundo tras la cortina?

—Si no lo sabes, entonces quizá no deberías estar aquí.

—Ignórala —dijo el joven desgarbado que tenía al lado. Vestía un poco más informal que el resto, una camisa sin cuello y un par de amplios pantalones de rayas grises con tirantes rojo cereza—. Mi hermana olvida que solo estamos jugando y se pone demasiado competitiva.

—No pasa nada —la excusó Tella—. Mi hermana Scarlett opina lo mismo de mí.

El joven desgarbado abrió los ojos desmesuradamente y Tella habría jurado que la chica del velo inhalaba con brusquedad.

—¿Te refieres a Scarlett, la que ganó la pasada edición?

—Oh, mi hermana y yo no jugamos en la pasada edición —contestó Tella. Pero dejó que su voz vacilara lo suficiente para instilar una pizca de duda. Era arriesgado desvelar su verdadera identidad, pero no era posible ganar Caraval jugando con prudencia. Y parecía estar funcionando.

El joven desgarbado retrocedió un paso, mirando a Tella protectoramente mientras le dejaba espacio para que se uniera a ellos en la cola.

—Yo soy Fernando. Esta es mi hermana Patricia, y este es nuestro amigo Caspar.

Tella intentó esconder su sorpresa cuando un intérprete al que conocía extendió la mano.

—Es un placer conocerte.

Caspar se dirigió a Tella como lo había hecho Julian, como si sus caminos nunca antes se hubieran cruzado. No era tan perturbador como la inquietante actuación de Julian, pero aun así la desestabilizó y la hizo dudar de que Caspar no fuera realmente un desconocido.

En su última actuación, Caspar había fingido ser su prometido, además de Legend, pero ahora usaba un acento musical que Tella nunca le había oído. También se había cambiado la ropa elegante que usó en el último Caraval por un atuendo tosco similar al de Fernando.

—Fue Caspar quien nos contó que el hombre que inició esta iglesia está al otro lado de la cortina —dijo Fernando.

—Ese hombre es, además, experto en los Destinos —lo interrumpió Caspar con suavidad.

—Él sabe cuál es el objeto que debemos encontrar, el que es capaz de destruirlos —añadió Fernando.

Patricia puso los ojos en blanco con dramatismo.

—Se te olvida que esto es solo un juego. El objeto es solo un artículo simbólico que se necesita para ganar. En realidad, Legend no quiere destruir a los Destinos; estos ya fueron desterrados. Cuando hablas así, pareces idiota.

Las mejillas de Fernando enrojecieron.

Tella estaba de acuerdo con la valoración de su hermana, pero no le gustaba que enfatizara su opinión avergonzando al joven.

La pareja que tenían delante entró tras la cortina con borlas. Fernando y su hermana eran los siguientes, pero el joven ya no parecía nervioso; miraba las baldosas verdes del suelo mientras Patricia observaba a Caspar buscando su aprobación, como si acabara de decir algo muy inteligente. Caspar no la animó.

Pero Tella decidió llevar las cosas un paso más allá. Se suponía que los hermanos debían apoyarse, no destruirse.

—Creo que te equivocas. —Dirigió sus palabras a Patricia, hablando rápidamente para que la chica no pudiera interrumpirla con sus suspiros y sus ojos en blanco—. Legend nunca ha celebrado dos Caraval tan cercanos en el tiempo. Los expertos en el juego dicen que es debido a que este es real. Si prestas atención, puedes sentirlo. La magia en el aire no es solo la de Legend: es la de los Destinos, que intentan regresar. Pero el único modo de hacerlo es arrebatándole a Legend su poder.

Caspar arqueó las cejas, sorprendido, y atravesó a Tella con una mirada que la hizo sentir que había contado un secreto que se suponía que no conocía.

—¿Dónde has oído eso?

—Yo he oído algo similar —añadió Fernando—. Pero me dijeron que si Legend consigue destruir a los Destinos, no solo mantendrá su poder sino que también se quedará con el de ellos.

Dante no había mencionado esa parte. No era que Tella hubiera decidido creer esa historia, pero era difícil ignorar la palidez que había adquirido el rostro de Caspar.

—¿Y si el poder de los Destinos tiene algo que ver con el misterioso premio final? —preguntó Patricia, hablando con una confianza que hacía imposible saber si había cambiado de idea por la presión del grupo o porque no quería quedarse fuera de la conversación—. Puede que Legend entregue al ganador el poder de uno de los Destinos. Creo que yo elegiría el de La Reina de los No Muertos. Ella nunca envejece.

—Se supone que ninguno de los Destinos envejece —dijeron Tella, Caspar y Fernando al unísono.

Patricia se sonrojó.

—No me habéis dejado terminar.

—Adelante —dijo Caspar.

Pero, al parecer, Patricia no sabía que el verdadero poder de La Reina de los No Muertos era la habilidad de controlar a cualquiera tan tonto como para ponerse a su servicio. Patricia se mantuvo en silencio hasta que Caspar se dirigió a Fernando. Miró al otro joven con una sonrisa tan cálida que hizo que Tella se preguntara si solo había imaginado su palidez anterior.

—¿Y tú? —le preguntó—. ¿El poder de qué Destino querrías?

Fernando jugó con sus tirantes mientras pensaba en ello.

—Probablemente elegiría La Doncella de la Muerte.

Tella se tensó.

Patricia miró a su hermano con la boca abierta.

—¿Querrías matar a la gente?

—La Doncella de la Muerte no mata a nadie —dijo Fernando—. Ella es uno de los Destinos buenos. Nota cuando una tragedia está a punto de suceder y advierte a la gente. Yo querría poder hacer eso.

Ojalá Fernando tuviera razón. En la experiencia de Tella, La Doncella de la Muerte sellaba el destino, en vez de frustrarlo. Aunque quizá las cosas habrían sido diferentes si ella hubiera sabido qué representaba cuando extrajo la carta de la Baraja del Porvenir de su madre. En ese caso, quizá podría haber hecho algo para evitar que su madre se marchara.

Caspar se dirigió a Tella.

—¿Y tú? ¿Qué poder desearías?

Aunque los Destinos siempre la habían fascinado, no estaba segura de querer alguno de sus terribles dones. No todos los Destinos eran malos: La Dama de la Suerte proporcionaba a la gente fama y buena fortuna, pero dada la naturaleza caprichosa de esta, incluso eso podía torcerse. Y aunque El Aráculo le brindaba valiosos atisbos del futuro, también le había provocado muchos pesares. El Asesino podía moverse a través del espacio y del tiempo, pero por tentador que fuera su poder, también conllevaba una parte de locura. Sería incluso peor tener todos los poderes de los Destinos. Entendía por qué los querría alguien como Legend; con tanta magia, podría gobernar el mundo. Pero dudaba de que él, o el mundo, fueran mejores por ello.

Las cortinas que tenía delante se abrieron de nuevo para que Fernando y Patricia entraran, ahorrándole una respuesta a la pregunta de Caspar.

Se giró para mirarlo, pero el intérprete ya se había marchado, con toda seguridad a la caza de otra pareja con la que jugar.

Aquello sería lo mejor. La reacción de Caspar había hecho que se cuestionara cosas que era mejor dejar así. No sabía con qué se encontraría al otro lado de la cortina de borlas negras, pero si tenía algo que ver con la siguiente pista, suponía que seguirían jugando con su mente. Sería mejor que se tranquilizara antes de entrar.

En las paredes de la taberna no había relojes, solo espejos y lámparas, botellas y más representaciones idealizadas de Legend. Así que Tella no supo cuánto esperó, solo que pareció pasar mucho tiempo antes de que la cortina se abriera una vez más y una voz conocida la llamara.



Tella se sentía como si se hubiera deslizado al interior de un frasco de veneno. Como el resto de la taberna, todo lo que había al otro lado de la cortina con borlas era verde, desde los suelos de baldosas esmaltadas a los largos espejos de las paredes y el trío de butacas con respaldo de conchillas. Verde como el odio maduro, como la envidia cruda y como los ojos esmeralda de Armando.

Inhaló bruscamente al verlo.

Aunque nunca había estado comprometido de verdad con su hermana, no podía dejar de verlo como al villano que había representado en el juego anterior.

Aquella noche, los profundos ojos verdes de Armando estaban delineados en negro, lo que los hacía parecer piedras preciosas recién engastadas. Su elegante traje era marfil, excepto por el pañuelo carmesí que rodeaba su garganta y la chistera negra que lucía en la cabeza. La tenía angulada, con una banda de raso rojo a su alrededor, y algo en ella hizo que Tella supusiera que no era tanto un tributo a Legend como un puntal para que los jugadores se preguntaran si Armando era, quizá, el verdadero Maestro del juego.

Tella se sentó en la butaca vacía ante él, como si la sola imagen del inmaculado traje blanco de Armando no la hiciera desear pulsar los botones de perla de sus guantes para convertirlo en jirones. Pero si lo hacía, él no le entregaría la siguiente pista, y si alguien de aquella extraña iglesia la poseía, suponía que era el demonio que tenía delante.

Armando sonrió, pero la expresión no rozó sus ojos, como si fuera solo una parte más de su disfraz. A diferencia del resto de los intérpretes de Legend, Armando no intentaba resultar encantador. Esto hacía que fuera fácil tenerle aversión, que fuera fácil creer que no estaba actuando y que él *era* el personaje que interpretaba.

—¿Cómo está tu hermana?

Tella enfureció.

—Te dije que no volvieras a mencionarla.

—¿O qué? ¿Me clavarás las garras en la mejilla y me arañarás la cara? —Los ojos de Armando se posaron en sus guantes—. Si sientes la necesidad de vengarte, adelante, pero sigo pensando que le hice un favor a tu hermana. Nadie quiere ser el único que no conoce un secreto. Y habría sido mucho peor si hubiera descubierto la verdad después de esta semana.

—Podrías haber sido menos desagradable.

—Si crees eso, es que todavía no entiendes cómo funciona este juego. Todos los intérpretes de Legend reciben el papel que deben representar, el personaje en el que deben convertirse durante el juego; eso es lo que realmente hace avanzar la trama, y no las pistas rimadas. Así que, sí, señorita Dragna, tenía que ser desagradable.

Los ojos de Armando se volvieron más duros y afilados con cada palabra, como si cada una de ellas lo convirtiera más en un villano.

Si Tella hubiera tenido que apostar, habría dicho que estaba disfrutando de su papel. En el juego anterior había interpretado a un monstruo y, por su negativa a disculparse, suponía que había disfrutado de ello. ¿Era por eso por lo que siempre llevaba a cabo ese papel, o había algo más?

Mientras pensaba en ello, oyó la voz de su yaya Anna repitiendo parte de una historia que le había contado muchas veces. *La bruja también le advirtió que los deseos tienen un precio y que cuanto más actuara, más se transformaría en los roles que adoptaba. Si interpretaba a un villano, se convertiría en uno de verdad*.

Tella recordaba que su abuela siempre decía que a Legend le gustaba interpretar al villano, y que eso lo había convertido en uno. Pero esa no era la verdad. Legend se convertía en el personaje al que interpretaba, lo que significaba que solo se transformaba en un villano si asumía ese papel… Como Armando había hecho.

Tella no lo había pensado antes. Odiaba a Armando por lo que le había hecho pasar a su hermana. Imaginar que fuera Legend le parecía un cumplido, y no quería darle nada a Armando a menos que le provocara una cantidad importante de dolor.

—Incluso tú tienes un papel en esta representación. —Armando tomó una Baraja del Porvenir del centro de la mesa y comenzó a mezclar el mazo—. Puede que pienses que no tienes guion, pero sé que en cuanto entraste pensaste en hacerme daño, y probablemente sigues pensando en ello ahora.

Legend te está manipulando, guiándote por un camino hasta que la única opción que te quede sea la que quiere que tomes.

—¿Y por qué haría eso? —le preguntó Tella.

—Encuentra la respuesta y habrás ganado el juego.

Armando dejó la Baraja del Porvenir en el centro de la mesa y le indicó a Tella que cortara. Las cartas eran doradas con espirales plateadas y mucho más gruesas de lo habitual, como si estuvieran hechas con trocitos de metal de verdad… Difíciles de destruir, como los futuros que predecían.

Tella la miró fijamente, pero no la tocó. Aunque había estado obsesionada con las cartas desde el día en que encontró el mazo de su madre y se permitía mirar El Aráculo, nunca había usado una Baraja del Porvenir para leer su futuro. Había mantenido la promesa que le hizo a Paloma, y que ya había sido bastante dañina.

—Creo que voy a pasar. No he venido aquí para que me hagas una lectura críptica de mi futuro.

—Pero ¿quieres la siguiente pista?

—Creí que acababas de decir que las pistas no sirven de nada.

—No, he dicho que la clave del juego no está en las pistas, pero estas siguen siendo necesarias para mostrarle a la gente el camino correcto.

—Entonces quizá mire las estrellas y siga las constelaciones de Legend.

—Las constelaciones ayudan a la gente a jugar, pero no conducen a nadie a la victoria, y sospecho que tú quieres ganar. —Armando empujó la baraja hacia el lado de la mesa de Tella, arañando la superficie de cristal.

—¿Por qué te importa tanto mi futuro?

—No podría importarme menos, pero Legend está muy interesado.

—Supongo que le dices eso a todo el que se sienta aquí.

—Cierto. Pero contigo lo digo de verdad.

Cuando Armando sonrió esta vez, su rostro entero se iluminó. Sus labios se separaron en una sonrisa perfecta, sus ojos se volvieron de un verde deslumbrante y, por un momento, Tella supuso que, si solo fuera un poco más amable, sería desgarradoramente atractivo.

—Si no deseas jugar conmigo, siéntete libre de probar suerte en otro templo.

Como si hubieran estado esperando aquel momento, las campanas tañeron dos veces, anunciando las dos de la madrugada. Era más tarde de lo que había creído; tendría que moverse rápidamente para encontrar a otro de los intérpretes de Legend en un templo distinto. Pero cabía la posibilidad de que quisiera leerle el futuro, igual que Armando.

Extendió la mano hacia la baraja metálica.

Las cartas estaban tan frías que lo sintió a través de las puntas de sus guantes. Cuando terminó de cortar, Armando las extendió ante ella en un abanico de plata y oro. Debería haber brillado, pero después de un momento el oro se convirtió en negro y las espirales de plata se deslustraron, como advirtiéndole que su futuro sería igualmente oscuro.

—Elige cuatro. Una cada vez.

—Sé cómo funciona.

Ignorando las más obvias que tenía justo delante, Tella eligió una carta enterrada en la esquina izquierda. Volvió a arañar la mesa cuando la deslizó y giró, lo que reveló una sonrisa sangrienta que conocía demasiado bien.

El Príncipe de Corazones.

El aire se volvió ártico en sus pulmones. Era realmente inexorable.

Armando se rio, amargo y burlón.

—Amor no correspondido. Parece que las cosas entre Dante y tú no funcionarán, después de todo.

Le habría dolido si hubiera albergado alguna ilusión de lo contrario, pero sabía mejor que nadie qué significaba el maldito príncipe. Sin importar lo que ella afirmara sobre el amor, El Príncipe de Corazones era la verdadera razón por la que nunca se encariñaba con ninguno de los jóvenes que se interesaban en ella. Sabía cómo llamar la atención de un chico, pero sus relaciones estaban condenadas a no durar. El destino ya había decidido que nadie correspondería su amor.

A continuación, giró la carta que tenía más cerca, una tan obvia que probablemente no esperaba que lo hiciera.

O sí.

La Doncella de la Muerte.

Otra vez.

—Siempre me ha gustado esta carta. —Armando recorrió las perlas que rodeaban el rostro de la doncella con fría precisión—. La Muerte se la arrebató a su familia para convertirla en su consorte inmortal. Pero ella lo rechazó, así que él le metió la cabeza en una jaula de perlas para evitar que nadie más la poseyera. Incluso entonces ella siguió desafiándolo y cada noche se escabullía para advertirle a los seres queridos de aquellos cuyas vidas iba a cobrarse.

—Conozco su historia —dijo Tella.

—Entonces ¿por qué no pareces preocupada por perder a alguien que te importa?

—Porque ya lo he perdido.

—Quizás estés a punto de perder a alguien más —dijo Armando con voz ronca. Para no estar interesado en su futuro, parecía disfrutar de lo oscuro que era.

Fingiendo ignorarlo, Tella le dio la vuelta a otra carta. No prestó atención al lugar que ocupaba, imaginando que sería El Aráculo, siguiendo el mismo patrón que había descubierto de niña. Pero en lugar de un espejo de marco dorado, la carta que tenía delante revelaba una corona negra decorada con resplandecientes ópalos oscuros y rota en cinco pedazos desiguales.

La Corona Rota.

De repente, Armando ya no parecía estar divirtiéndose. Abrió y cerró la boca como una marioneta a la que no se le ha entregado ninguna palabra.

—¿Esta no te parece suficientemente terrible? —le preguntó Tella.

Aunque, a decir verdad, aquella carta no la inquietaba tanto como las demás. La Corona Rota representaba una elección imposible entre dos caminos de igual dificultad, pero ella no creía en las decisiones imposibles. En su experiencia, un camino siempre era claramente peor que el otro. Y, aun así, dudó antes de elegir una cuarta carta; La Corona Rota era nueva, y aunque una parte masoquista de ella sentía curiosidad por saber qué otras sorpresas le deparaba el futuro, estaba cansada de que los Destinos jugaran con ella.

—Necesito ver otra carta —dijo Armando.

—¿Por qué? —le preguntó Tella—. Acabo de mostrarte tres cartas terribles. ¿No es suficiente?

—Creía que estabas familiarizada con la adivinación del futuro. Cada historia tiene cuatro partes: el inicio, el nudo, el casi final y el verdadero final. Tu futuro no estará completo hasta que gires la cuarta carta y reveles el verdadero final.

—Todavía no comprendo por qué a Legend le importa todo esto.

—Quizá deberías hacerte esa pregunta a ti misma, y no a mí.

Armando bajó la mirada hasta las cartas descubiertas, que contaban una historia de corazones rotos, de seres queridos perdidos y de decisiones imposibles. Tella no entendía qué relación podía tener aquello con Caraval, a menos que, como Jacks, Legend también encontrara placer en el dolor de los demás.

Esta vez cerró los ojos, esperando un Destino favorable como La Dama de la Suerte o El Vestido de su Majestad, que simbolizaba cambios importantes y regalos extraordinarios.

Las suaves superficies metálicas de las cartas no destellaban magia como El Aráculo que mantenía oculto, pero sintió algo mientras sus dedos danzaban sobre ellas. La mayor parte de las cartas estaban frías al tacto, pero algunas parecían más gélidas que otras, y algunas más cálidas. Entonces encontró una que ardía con tanta intensidad que se sintió tentada a levantar la mano. En lugar de eso, le dio la vuelta.

El metal destelló en tonos violetas mientras una mujer adorable con un vestido de un lavanda apagado la miraba desde detrás de los barrotes de una plateada jaula gigante.

La Dama Prisionera.

En el pecho de Tella se formó un nudo, y no solo porque aquella carta le recordaba la visión que El Aráculo le había mostrado de su madre. La Dama Prisionera tenía un doble significado: a veces su imagen prometía amor, pero generalmente significaba sacrificio. En todas las historias se decía que no había cometido ningún crimen, pero que se había dejado encerrar en lugar de alguien a quien quería profundamente.

Entonces recordó las palabras de Nigel: «Te lo advierto: ganar el juego tendrá un precio del que más tarde te arrepentirás».

Tella fulminó a Armando con la mirada.

—Ya he elegido mis cartas. Dame la siguiente pista.

El hombre retorció la boca en una mueca ilegible.

—Si vas a decirme que no puedes…

—Mantén las garras en tus guantes. —Armando se levantó de la silla y cruzó el pequeño espacio para presionar uno de los espejos de la pared con la mano. Se abrió con un siseo, exponiendo un frío túnel formado de tierra y antiguas telarañas.

Tella había oído que había pasadizos secretos ocultos por toda Valenda. Aquel debía ser uno de ellos.

—Sigue este camino hasta que algo te urja a detenerte, y allí encontrarás la siguiente pista. Pero recuerda, señorita Dragna: lo importante de Caraval no son las pistas. Tu hermana no ganó porque hubiera resuelto acertijos sencillos; ganó por lo que estuvo dispuesta a sacrificar por esos acertijos, y por lo que estuvo dispuesta a sacrificar para encontrarte.



El mundo del juego y el mundo ajeno a él comenzaban a emborronarse. Tella podía sentir las piezas de ambos encajando con demasiada precisión.

El juego no era real. Tella lo sabía. Todos lo sabían. Aun así, mientras atravesaba el pasadizo secreto de Armando hacia la segunda pista, se descubrió preguntándose si quizás era más real de lo que quería que fuera.

Tella había comenzado Caraval creyendo que su trato con Jacks era real y que, si ganaba el juego y le entregaba a Legend, podría salvar a su madre. Después del baile, también había llegado a creer que Jacks era el auténtico Príncipe de Corazones, un Destino que, de algún modo, había conseguido escapar de su encierro. Pero fue allí donde dejó de creer.

Porque incluso sentirse tentada a creer que alguna parte del juego era real podía conducirla a una peligrosa espiral mental. Legend no pretendía destruir a los Destinos, y los Destinos no pretendían destruir a Legend.

Pero si tenía razón y todo era un juego, ¿de verdad conocería a Legend si ganaba? ¿O estaría representado por otro intérprete?

Legend siempre era representado por intérpretes. Aun así, ella había creído que esta vez sería diferente. Nigel le había hecho una promesa. *Si ganas Caraval, el primer rostro que verás será el de Legend*.

Cuando dijo esas palabras, Tella sintió que el mundo se movía bajo sus pies. Sintió el poder que había en ellas, la misma magia adivinatoria que notaba siempre que tocaba El Aráculo. Si ganaba el juego, conocería a Legend. Pero si el verdadero Legend aparecía al final, ¿significaba que el resto del juego había sido real? ¿Significaba que Jacks y el resto de los Destinos intentaban regresar y que, si lo conseguían, destruirían a Legend?

Tella estaba tan absorta en sus preguntas que apenas fue consciente de cuánto tiempo había caminado o de adónde la conducía el sinuoso túnel de

Armando hasta que oyó voces resonando en los antiguos muros de piedra.

Se apresuró y siguió los sonidos hasta que la guiaron a una puerta cubierta de telarañas. No era la primera puerta que veía, pero era la primera vez que se detenía. Reconoció las voces al otro lado.

Eran las de Scarlett y Julian.

Estaban atenuadas por la puerta sucia, pero resultaban inconfundibles. Tella conocía la voz de su hermana mejor que la suya. Y la de Julian era muy característica.

La primera vez que lo vio, en Trisda, no se había sentido atraída por él como lo había hecho su hermana Scarlett, pero había disfrutado del sonido de su voz, aterciopelada y sonora, una voz creada para pronunciar hechizos. No obstante, aquella noche los estaba rompiendo. Sonaba como sal sin mar, áspera, solitaria y perdida.

El aroma del hollín y de las telarañas subió por la nariz de Tella mientras se acercaba a la puerta, suponiendo que la habitación de su hermana en el palacio estaba justo al otro lado.

—Gracias por dejarme entrar —dijo Julian—. No creía que quisieras verme de nuevo.

—Siempre quiero verte —dijo Scarlett—. Por eso me duele tanto.

En el silencio que siguió, Tella se imaginó a su hermana al otro lado de la puerta. Eran más de las tres de la mañana. Scarlett debía estar en camisón, aunque, conociéndola, probablemente se habría tapado con una colcha. Podía imaginarla ciñéndosela, mientras su sensata cabeza y su dolor por haber sido engañada luchaban contra su dolido corazón y su deseo por Julian.

—Mi hermana cree que debería darte otra oportunidad.

—Yo estoy de acuerdo con tu hermana.

—Entonces dame una buena razón para que vuelva a confiar en ti. Quiero hacerlo, pero la última vez me mentiste después de un solo día.

El tono tembloroso de la voz de Scarlett dejaba claro que estaba al borde de las lágrimas.

Tella estaba inmiscuyéndose en un momento privado. Tenía que dejarlos en paz, seguir bajando por el túnel.

—¿Y tu hermana? —Tella dejó de moverse—. ¿Cuántas veces te ha…?

—No metas a mi hermana en esto.

—Solo quiero saber por qué es distinto —dijo Julian—. ¿Por qué puedes perdonarla a ella por mentirte sobre Caraval y Armando y el resto de cosas que te ha ocultado?

—Porque es mi hermana. —La voz de Scarlett recuperó la fuerza—. Deberías entenderlo. ¿No es esa la razón por la que tú has mentido tanto por Legend?

El mundo entero se congeló.

Legend era el hermano de Julian.

¿Por qué se lo había ocultado Scarlett?

Porque ella nunca se lo preguntó.

Aun así, le parecía algo que Scarlett le habría contado. Si era cierto, eso lo resolvería todo; no necesitaría más pistas para ganar el juego. Solo tendría que convencer a Scarlett para que le sacara a Julian la identidad de Legend.

Pero Julian era un mentiroso y trabajaba para él. Tella no estaba segura de poder confiar en nada de lo que él dijera. Aquello también podía ser parte del juego. Un truco, una distracción para evitar que descubriera las pistas que la conducirían al verdadero Legend.

A menos que esa fuera una de las pistas.

Armando le había dicho que, si seguía el túnel, encontraría la próxima pista.

Tella escuchó con atención las siguientes palabras de Julian.

—Escarlata —le suplicó—, por favor, estoy haciendo todo lo que puedo para conservarte a mi lado.

—Puede que ese sea nuestro problema —replicó Scarlett—. Yo no quiero que intentes «conservarme». Quiero saber quién eres en realidad.

Julian respondió en voz demasiado baja para que Tella lo escuchara con claridad. Y después lo oyó marcharse.

Probablemente debería haber esperado un poco más antes de abrir la puerta y adentrarse en el dormitorio de Scarlett, pero cuando lo hiciera no sería un secreto que había estado escuchando.

Giró el pomo.

En cuanto atravesó la puerta se encontró en una chimenea, que por fortuna no estaba encendida. Se quitó la ceniza del vestido y entró en la suite.

El dormitorio de Scarlett estaba tan frío como las lágrimas. A primera vista parecía el interior de una caja de música: paredes acolchadas de un raso azul zafiro rodeadas de una cámara circular llena de delicadas mesas de cristal con bordes festoneados y sillas con patas de cristal teñido. Incluso la esbelta estructura de la cama con dosel parecía algo efímero construido con sueños y brillante cuarzo. Era una habitación para una princesa encantada. Pero en esta historia en particular, Scarlett parecía desencantada. Estaba pálida, con el

rostro encuadrado por su lacio cabello oscuro. Incluso la sorpresa al ver a su hermana resultó desganada.

Lo único que no parecía sombrío era su vestido. Tella había esperado que su hermana estuviera en camisón, pero acababa de volver de una fiesta secreta, o todavía llevaba el vestido mágico de Legend y este estaba decidido a hacer todo lo posible por mantener a la pareja unida. Su corpiño era de tiras de seda roja y fluía hasta una falda carmesí tan amplia que ocupaba un cuarto de la habitación.

Tella dudaba de que su hermana hubiera asistido a un baile. El vestido debía ser el traje encantado de Legend, lo que dejó a Tella aún más perpleja. La última vez que hablaron, Scarlett le dijo que no confiara en Legend ni en nadie que trabajara para él, y aun así ella todavía usaba su vestido.

No quería recelar de su hermana, pero verla con el vestido fue suficiente para que se preguntara si Scarlett tenía un papel en el juego. Quizá para devolvérsela, por haberla engañado en la edición anterior.

Tella apretó los labios.

Entonces vio una lágrima deslizándose por la mejilla de Scarlett. Seguida de otra.

A diferencia de ella, su hermana no sabía fingir las lágrimas, o de lo contrario la habría visto hacerlo antes.

Cayó otra lágrima, y otra, dejando un rastro sobre las mejillas de la joven.

No. Su hermana no estaba actuando. Tella estaba paranoica. Justo como Scarlett le había advertido, ya no era capaz de distinguir con claridad lo que era real de lo que era solo parte del juego.

Se sentía frustrada consigo misma y con Caraval, que la había hecho dudar de Scarlett. Su hermana parecía realmente desdichada. Buscó algo compasivo que decir, ya que era evidente que había estado escuchando mientras Scarlett discutía con la causa de su dolor, pero lo único que se le ocurrió fue:

—¿Julian es de verdad el hermano de Legend?

Scarlett se dejó caer sobre la cama en medio de un montón de seda roja.

—Julian me dijo que eran hermanos al final de Caraval, pero empiezo a pensar que diría cualquier cosa para que no me fuera.

—Al menos sabes que le importas.

—Pero ¿es real? —Las lágrimas seguían bajando por su rostro—. Cuando alguien te importa de verdad, ¿no se supone que debes ser honesto, aunque eso te haga perderlo?

—No creo que normalmente sea tan sencillo. Yo te quiero más que a nadie en el mundo, pero te he mentido un montón de veces —dijo Tella con alegría, esperando hacer sonreír a su hermana.

Scarlett titubeó, como si quisiera reírse pero no recordara cómo.

—No sé si de verdad crees que debería perdonarlo o si solo estás intentando que me sienta mejor.

—Por supuesto que estoy intentando que te sientas mejor. Y en cuanto a perdonarlo… Eso depende de si Legend es realmente su hermano.

Tella lo dijo medio en broma, pero también en serio, y por un momento se odió por aprovecharse de su hermana. Pero si no ganaba el juego y conocía a Legend, moriría de nuevo y Scarlett sería inconsolable. Destruiría el mundo si a Scarlett le pasara algo, pero su hermana terminaría destruida si algo le pasara a ella.

—Ya se lo he preguntado, pero no va a decirme quién es Legend. —Scarlett se derrumbó contra el poste de la cama—. Hace que parezca que le es físicamente imposible contarme ese secreto, aunque no le fue difícil insinuar que era su hermano. —Se limpió con ferocidad los ojos húmedos con el dorso de las manos—. Eso hace que me pregunte si fue una mentira. Me siento casi más inclinada a pensar que *Julian* es Legend, pero no quería decírmelo así que afirmó que Legend era su hermano.

Scarlett resopló contra la almohada, más desanimada aún.

Tella pensó en lo que su hermana acababa de decir mientras la falda de su vestido se acortaba y ceñía, convirtiéndose en algo más parecido a un camisón de un suave rosa pálido. Era maravilloso. Durante el último Caraval, Tella había sentido un poco de envidia de aquel vestido, que se comportaba como si tuviera pensamientos y sentimientos propios y cambiaba de tela, corte y color a capricho. Su magia era excepcional incluso para Caraval, y Legend se lo había regalado a Scarlett. Tella había oído susurrar a los intérpretes al respecto durante la anterior edición, preguntándose por qué le había hecho un regalo tan inusual. De repente, tenía más sentido que Julian fuera Legend, como Scarlett había sugerido.

Tella se sentó en la cama junto a su hermana.

—¿De verdad crees que Julian podría ser Legend?

—No lo sé —murmuró Scarlett—. Creo que Legend tiene poder sobre sus intérpretes; no creo que controle todas sus acciones, pero tengo la sensación de que puede evitar que revelen ciertos secretos. Así que, si Julian fuera realmente Legend, dudo de que hubiera permitido que Armando me dijera la verdad sobre el papel que interpretó en el pasado Caraval.

—Odio a Armando —dijo Tella.

—Solo estaba haciendo su trabajo. Pero no puedo decir que me caiga demasiado bien.

Scarlett golpeó la almohada en la que había estado resoplando. Parecía haber recobrado parte de su fuerza.

—¿Crees que podría ser Legend? —le preguntó Tella.

—Creo que cualquiera podría ser Legend. —Scarlett se tragó sus últimas lágrimas. Cuando miró a su hermana, su expresión era determinada—. Me parece que solo descubriremos quién es Legend si utilizamos a Julian para ganar el juego.

—¿Quieres utilizarlo? —Tella casi se cayó de la cama. Aquello no era propio de su hermana—. ¿A qué viene eso? Creí que ni siquiera querías que yo jugara.

—No quiero. Pero si ganas y te reúnes con Legend, habremos descubierto la verdad sobre Julian.

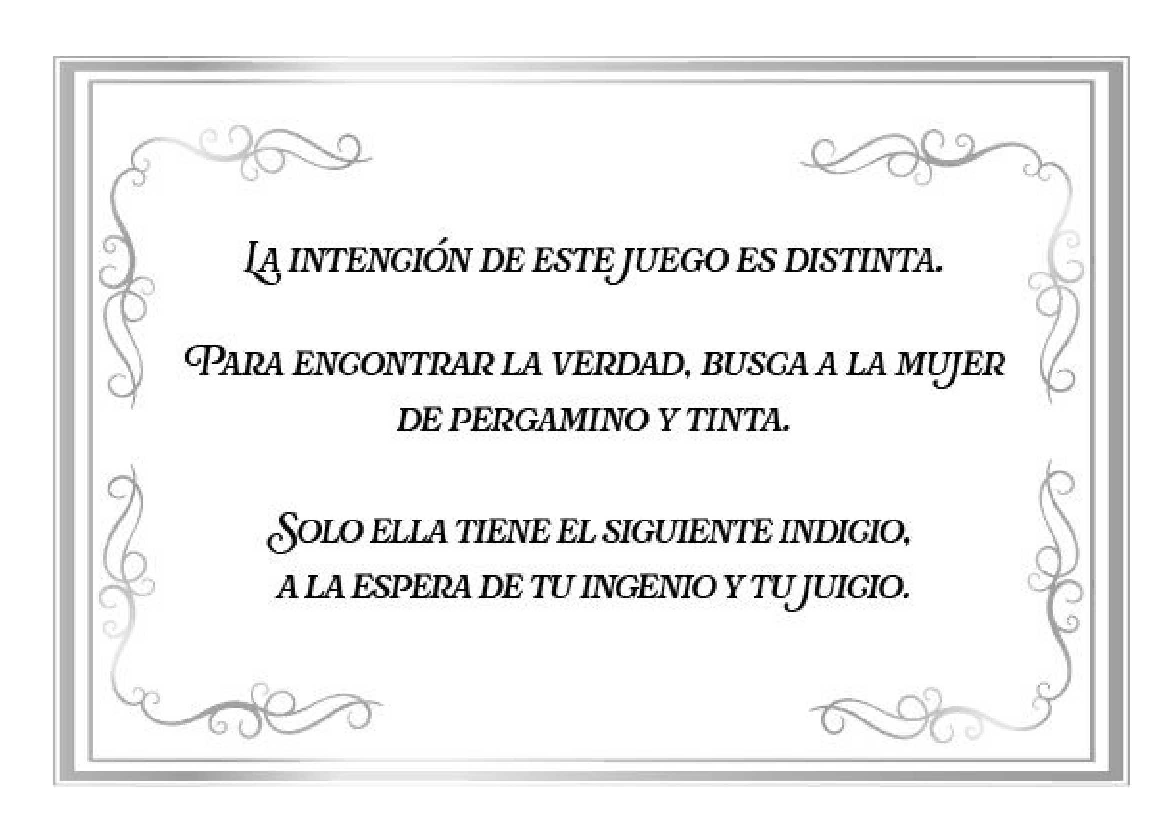
Scarlett se sacó una tira de papel de la manga como si fuera una daga escondida.

Aquella era, definitivamente, una cara de Scarlett que no conocía.

Y le gustaba.

—Julian me entregó esto —dijo Scarlett—. Es la siguiente pista. Me dijo que quería ayudarte, pero creo que estaba intentando sobornarme.

Tella tomó el papel y reconoció la letra de la primera tarjeta con pistas que había recibido en la fiesta.



—Esto me recuerda a una mujer que conocí el otro día en Los Más Buscados de Elantina, en el Barrio de las Especias.

También sonaba como si realmente estuviera pensada para la propia Tella. Dudaba de que el resto de los jugadores se hubieran detenido en la misma tienda. Había tenido la intención de regresar, pero parecía demasiada coincidencia que Legend la condujera de nuevo al lugar donde se había puesto en contacto con Jacks por primera vez.

El juego volvía a parecer demasiado real.

Se obligó a recordar el engaño de los intérpretes de Legend del que acababa de ser testigo en el Distrito del Templo. Había sido demasiado ingenua al creer que Caraval era más que solo un juego. Caraval era un engaño gigante, pero tenía la sensación de que estaba intentando atraerla.

Levantó la tarjeta de la pista que Scarlett acababa de entregarle.

—Ven conmigo mañana por la noche para comprobarlo.

Scarlett se mordió el labio.

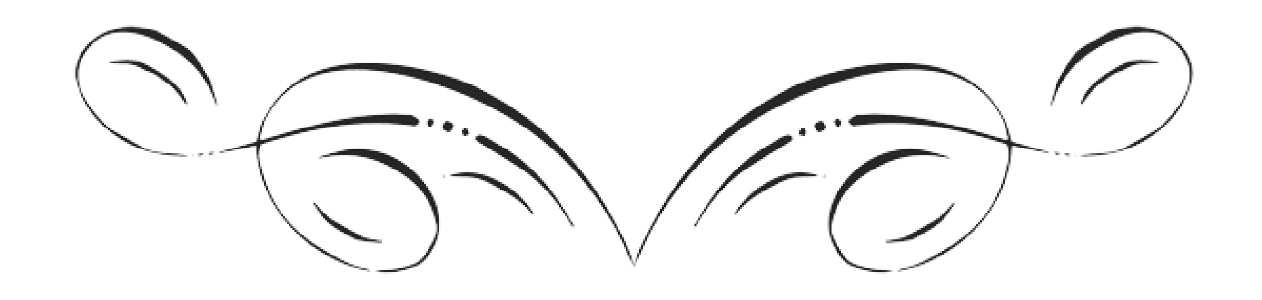
—¿Qué pasa? ¿Tienes otros planes?

—¿Con quién podría tener planes? —replicó Scarlett. Pero la pregunta sonó extrañamente aguda y Tella habría jurado que su camisón titiló antes de cambiar rápidamente del rosa al negro.

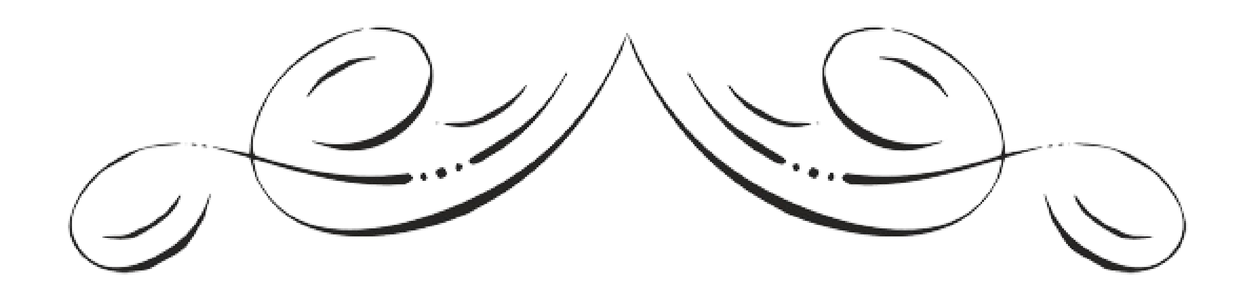
No sabía qué le ocultaba su hermana, aunque volvía a tener la sensación de que le estaba escondiendo algo.

—Es solo que prefiero no salir por la noche —añadió Scarlett—. No quiero arriesgarme a dejarme atrapar por el juego de nuevo.

—Lo comprendo —dijo Tella. Pero no estaba segura de creerle.



TERCERA NOCHE
DE
CARAVAL





Tella habría entregado un año de su vida por otra hora de sueño. Ni siquiera le importaba que la posibilidad le dejara menos de un año para vivir. Jamás habría querido abandonar la dichosa comodidad azul de su cama, con sus suaves mantas y sus mullidas almohadas. El día anterior había sido brutalmente largo, pero ya había dormido mucho más de lo que debería… Y, si no se levantaba, sin duda le quedaría menos de un año de vida.

Latido… latido.

Nada.

Nada.

Latido… latido.

Nada.

Latido… latido…

Nada.

Nada.

Su corazón latía incluso más lento que la noche anterior, pero todavía lo hacía. Y ella se aseguraría de que no se detuviera. La obligaba a moverse un poco más lento, pero después de beberse una tetera de té fuerte y de comer varias tartaletas de tofe y hojaldres de frutos del bosque, se sentía un poco más ella misma.

Consiguió terminar de vestirse justo antes del crepúsculo. Para aquella noche había elegido un vestido sin corsé con una falda estrecha del color azul oscuro de las lágrimas que lloraban las nubes de tormenta. Puede que fuera demasiado fino para llevarlo por la noche, pero resultaba fácil moverse con él. Aun así, seguía sin aliento cuando llegó al ala zafiro, donde se alojaba Scarlett.

No estaba en su dormitorio.

Tella llamó durante un minuto, casi magullándose los nudillos contra la puerta de madera maciza.

Teniendo en cuenta cuán firme se había mostrado con lo de no abandonar el palacio por la noche para no verse atrapada en el juego por accidente, Tella había esperado que se mantuviera a salvo en su habitación. Pero o había perdido la noción del tiempo (algo que dudaba) o de verdad estaba ocultándole algo.

Odiaba dudar de su hermana de nuevo, pero Scarlett era tan cauta que no tenía sentido que estuviera fuera. Sobre todo en una noche como aquella, en la que parecía que toda Valenda era el tablero de juego de Legend.

A diferencia de las dos noches anteriores, en las que las constelaciones de Legend habían tenido una ubicación concreta, en aquel momento cubrían cada distrito con destellantes estallidos de un azul celestial.

Tella se sentía inusualmente agradecida hacia Armando por presionarla para que consiguiera la segunda pista. Sin ella, no habría tenido ni idea de por dónde comenzar su búsqueda.

Mientras abandonaba el palacio en un carruaje aéreo, vio cómo las estrellas formaban todos los símbolos tradicionales de Caraval: una deslumbrante chistera azul, un ramo de rosas azules y un reloj de arena azul. Aunque estas no eran las únicas siluetas del cielo. Constelaciones que recordaban a los Destinos se cernían sobre las colinas y los distritos de Valenda. Tella vio el parche de un ojo cubierto de joyas, una corona de dagas, una llave de hueso, una jaula de perlas, unos labios cosidos y un par de brillantes alas azul oscuro. Las alas probablemente representaran a La Estrella Caída, pero resultaban tan dolorosamente similares a las alas tatuadas en la espalda de Dante que el corazón agonizante de Tella consiguió acelerarse al verlas, llenando sus venas de una cálida ráfaga de sangre.

Cuando su carruaje descendió en el Barrio de las Especias, Tella se descubrió buscando a Dante, pero aquella noche no parecía estar siguiéndola.

Volvió a mirar el cielo cubierto de estrellas, preguntándose bajo qué constelación estaría él, y si estaría con otra persona. Se imaginó sus manos grandes y tatuadas en el cuello de otra chica, acariciando su pulso mientras la encandilaba con las mismas palabras que le había dicho a ella la noche anterior. *Aunque no fuera Legend, querría que ganaras*.

La idea hizo que se le revolviera el estómago. No era que quisiera que Dante estuviera allí con ella. No necesitaba que sus crípticas burlas o el sonido grave de su voz la distrajeran. Las calles estrechas del barrio eran suficiente distracción.

Cada calle y callejón estaban abarrotados, mucho más que la última vez que lo visitó. Los coloridos habitantes del Barrio de las Especias se mezclaban con los mercaderes de las fiestas, que parecían estar preparando la ciudad para la Víspera de Elantina vendiendo disfraces carísimos. Había vendedores casi delante de cada tienda, y todos ellos gritaban.

—¡Cinco peniques por la corona de El Rey Asesinado!

—¡Tres peniques por la jaula de perlas de La Doncella de la Muerte!

—¡Cuatro peniques por una máscara de El Príncipe de Corazones!

—¡Dos peniques por los guanteletes de El Caos!

—¡Un penique por el velo de lágrimas de La Novia Abandonada!

Tella no vio a ninguno de los intérpretes de Legend, al menos de los que conocía, pero creyó ver a otros jugadores. Más de una vez oyó a alguien llamando a un muro de ladrillo y diciendo: «Legend me envía», como si fuera un código para abrir una puerta secreta que condujera a la siguiente pista. Envidiaba su energía y su despreocupada efervescencia. El camino que transitaba aquella gente parecía muy distinto del suyo.

O Legend estaba jugando personalmente con ella, o no estaban jugando todos al mismo juego.

La segunda pista que había recibido le decía que debía buscar a la mujer de pergamino y tinta, lo que sin duda señalaba a la anciana que trabajaba en Los Más Buscados de Elantina. Pero cuando llegó allí, no encontró a nadie.

El aroma de los relatos fantásticos, de los carboncillos y del pergamino le hizo cosquillas en la nariz cuando entró. En una esquina de la tienda habían reservado una parte del espacio para alojar un desorganizado, aunque bien equipado, estudio de dibujo. Todo lo demás estaba cubierto de papel; incluso el techo estaba forrado de pósteres amarillentos que parecían ser más viejos que la ausente propietaria de la tienda.

Tella intentó fijarse en cada imagen mientras esperaba el regreso de la anciana. Aquellos carteles no eran trozos de papel con rostros dibujados a la carrera: eran obras de arte, con retratos detallados de criminales de los que Tella solo había oído rumores. También había muchos de los que no había oído hablar. Cada cuadrado de pergamino y lienzo parecía contar una historia tan maravillosa como macabra.

El nombre de Augustus el Empalador lo decía todo, al parecer.

También estaba la Duquesa de Dao, buscada por piratería en tierra firme, por vender veneno y por seducción.

—No sabía que la seducción era delito —murmuró Tella.

—Depende de a quién estés intentando seducir.

Tella se giró. Pero en lugar de encontrar a la vieja manchada de tinta, se encontró cara a cara con una chica con un luminoso vestido de lino blanco, cuyas costuras de hilo negro hacían que pareciera escapada de uno de los retratos de tinta de la pared. Era Aiko, otra de las intérpretes de Legend.

A Tella siempre le resultaba difícil entenderla. Generalmente, Aiko se mantenía reservada, ya que su trabajo era observar. Trabajaba como historiógrafa, inmortalizando la historia de Caraval y dibujando los sucesos importantes en un cuaderno mágico, que en ese momento llevaba bajo el brazo.

Que estuviera allí claramente significaba que Tella estaba en el camino correcto. Pero, con sinceridad, no podía decir que se alegrara de verla.

Fuera del juego le caía bien, pero habría preferido evitarla mientras jugaba. Aiko era conocida por sus tratos implacables. Durante el anterior Caraval había hecho un trato con Scarlett que le había costado dos días de vida; la muerte temporal de Scarlett no había sido como la de Tella, pero seguía sin ser algo que quisiera experimentar de nuevo.

—Bienvenida. Mira todo lo que desees —dijo Aiko—, pero piénsalo bien antes de hacer una pregunta. Solo contestaré una gratis, y después de ella, cada una te costará algo irremplazable.

—¿Puedo preguntarte la siguiente pista?

—Puedes, pero yo no te la daré. Lo máximo que puedo hacer es guiarte hacia ella, si consigues hacer una pregunta mejor la siguiente vez.

Maldita sea. Tella no había pretendido que aquella fuera su pregunta gratuita.

Mantuvo la boca cerrada mientras sus ojos vagaban sobre varios pósteres más, buscando un personaje de la Baraja del Porvenir y esperando que este la condujera a la siguiente pista.

No vio ningún Destino, pero vio crímenes que iban desde beber sangre y el canibalismo a la necromancia, vender malos hechizos…

Tella se detuvo. Los crímenes, pistas y Destinos huyeron de su mente cuando llegó a un cartel en el centro de la pared de atrás.

Se olvidó de respirar. De hablar. De parpadear. De moverse.

Delimitado por una línea de estrellas, aquel retrato era más bonito que los demás, aunque quizá se debía al hermoso rostro bajo las palabras SE BUSCA; un rostro que portaba un inquietante parecido con la madre desaparecida de Tella y Scarlett, Paloma.



PARADISE LA PERDIDA.
BUSCADA POR ROBO, SECUESTRO Y ASESINATO.

Tella no podía apartar los ojos de la imagen. No estaba segura de querer creerlo.

Después de muchos años preguntándose por su madre, por fin había encontrado la respuesta a una de sus incontestables preguntas. Pero no era la respuesta que había esperado. Su madre era una ladrona. Una secuestradora. Una asesina. Una criminal.

Tella quería creer que el póster estaba equivocado. La madre a la que conocía no era ninguna de esas cosas y, aun así, como Jacks había dicho: «La razón por la que no has conseguido encontrarla hasta ahora es que Paloma no era su nombre real».

El verdadero nombre de su madre era Paradise, y el parecido con Paloma era innegable. No era solo que tuviera el mismo rostro ovalado o el mismo espeso cabello oscuro. Era el modo en el que sus labios se curvaban en aquella sonrisa encantadora y enigmática que Tella había crecido imitando. Sus ojos grandes se rasgaban en los rabillos, el equilibrio perfecto entre inteligencia y amabilidad. Con una punzada de celos, Tella se dio cuenta de que era casi igual a Scarlett. En el cartel, incluso parecía tener su edad.

¿Estaba Scarlett al corriente de aquello? ¿O era esa la razón por la que su hermana se negaba a hablar de su madre?

—¿Qué puedes contarme de Paradise la Perdida? —preguntó Tella.

—Ella era especial. —Aiko se acercó al retrato y pasó sus dedos sin adornos por la mejilla de Paradise—. No me había dado cuenta hasta ahora, pero se parece un poco a tu Scarlett. Aunque Paradise era mucho más atrevida que tu hermana.

—¿Qué más puedes contarme acerca de ella?

—¿De tu hermana o de Paradise?

—Conozco a mi hermana mejor que ella misma. Quiero saber más sobre Paradise.

Los ojos oscuros de Aiko destellaron con un brillo que ya conocía. Con su cuaderno mágico de historiógrafa, la chica era casi mágica y lo bastante taimada para ser un Destino. O quizás Aiko fuera Legend: sería brillante que el gran Maestro Legend resultara ser una mujer.

—Te diré todo lo que sé, pero primero tendrás que pagar.

—No puedo entregarte un día de mi vida —le dijo Tella.

—En realidad, no estás en posición de negociar si quieres saber la verdad sobre Paradise. Desapareció hace dieciocho años, así que la mayor parte de la gente no la recuerda. Pero yo vengo de una larga estirpe de narradores.

Tella se encogió de hombros, como si no la impresionara. Por dentro, en lo único en que podía pensar era en *dieciocho años, dieciocho años, dieciocho años…*

Sus padres se habían casado hacía casi dieciocho años. Tella lo sabía porque, después de la desaparición de su madre, buscó información sobre el lugar donde había vivido antes de casarse con su padre, aunque no encontró nada. Porque Tella había estado buscando a una mujer llamada Paloma, pero antes de llegar a Trisda, Paloma había sido la criminal Paradise la Perdida. Jacks le había dicho la verdad sobre el nombre de su madre.

Tella siempre había tenido una sensación amarga, como si le hubieran robado algo, porque solo había conocido a su madre durante la mitad de su vida. Pero ahora se sentía como si nunca hubiera llegado a conocerla.

—Eso es todo lo que te diré gratis —le dijo Aiko—. Si quieres oír el resto de su historia, necesitaré algo a cambio. Y no te preocupes, no te robaré ningún día de vida.

—¿Qué quieres?

Aiko ladeó la cabeza y su largo cabello negro cayó hacia un lado mientras parecía pensar.

—Caraval es un mundo de fantasía y a veces nos es difícil, a los que siempre vivimos en su interior, sentir que algo es de verdad. La mayoría no lo admite, pero todos ansiamos algo real. —Se detuvo como si estuviera a punto de añadir algo, pero después se lo pensó mejor—. Lo único que quiero de ti es algo real. Un recuerdo.

—Tendrás que ser más concreta. Tengo curiosidad por mi madre, pero no voy a dejar que me quites algo como el recuerdo de mi nombre.

—Ni siquiera se me había ocurrido. —Los ojos oscuros de Aiko brillaron —. Es una idea excelente, pero la guardaré para otro momento. Esta noche, me gustaría que me entregaras el último recuerdo que tienes de tu madre.

Tella retrocedió, dando un brusco paso atrás instintivamente.

—No. No te daré ninguno de mis recuerdos de ella.

—Entonces no podré contarte nada sobre Paradise la Perdida.

—¿No puedes elegir otro recuerdo?

—Has dicho que Paradise es tu madre. Quiero saber por qué.

—Yo no he dicho eso —discutió Tella.

—Sí, lo has hecho. Has dicho que tenías curiosidad sobre ella. Y, como la historia es mi campo de estudio, puedo contarte todo lo que quieres saber. Así que, o te buscas otro experto, o me entregas el último recuerdo de tu madre. Te daré un minuto para pensártelo.

Tella no podía renunciar a ningún recuerdo de su madre; eran muy pocos y demasiado valiosos. Pero si la clave del juego era realmente el sacrificio, como Armando había dicho, sacrificar un recuerdo podría permitirle crear nuevos recuerdos con ella en el futuro.

Y quizás estaría mejor sin ese último recuerdo. Desde que encontró las cartas en el dormitorio de su madre, se había sentido perseguida por ellas, incapaz de dejar de preguntarse qué habría pasado si nunca le hubiera dado la vuelta a la carta de El Príncipe de Corazones o a la de La Doncella de la Muerte. ¿Se habría marchado su madre si La Doncella de la Muerte no hubiera predicho su partida? ¿Se habría enamorado ella de alguien si nunca hubiera salido El Príncipe de Corazones?

—De acuerdo —dijo Tella—. Puedes quedarte el último recuerdo que tengo de mi madre.

—Espléndido.

Aiko se dirigió al escritorio que había al fondo de la tienda con demasiado entusiasmo, lo que no hizo más que intensificar la inquietud de Tella mientras la joven abría su cuaderno encantado por una página en blanco de prístino pergamino.

—Todo lo que tienes que hacer es colocar la palma sobre la página. Algunas personas disfrutan del proceso. Nuestros recuerdos nos pesan más de lo que nos damos cuenta.

—No intentes convencerme de que estás haciéndome un favor.

Tella presionó la mano contra el papel seco. Se calentó contra su piel, similar a la sensación que experimentaba cada vez que tocaba El Aráculo, aunque esta calidez fue más allá de su mano. Reptó por su brazo hasta su

cuello, cubriéndola como mantequilla derretida y enturbiando su cabeza de un modo agradable.

—El libro necesita acceder al recuerdo antes de poder recopilarlo —le explicó Aiko. Pero su voz sonaba distante, como alguien llamándola desde el otro extremo de un pasillo muy largo.

Tella cerró los ojos y, cuando los abrió de nuevo, volvía a estar en la encantadora habitación de su madre en Trisda. Su madre estaba frente a ella, sentada en el suelo, más clara de lo que nunca había estado en su memoria.

Olía a plumeria, un aroma que Tella creía haber olvidado. Su padre no permitía estas flores en su propiedad después de que su madre se marchara, y hasta aquel momento no había vuelto a pensar en ellas. Quería enterrarse en el aroma, rodear a su madre con los brazos para no volver a olvidarlo. Pero aquello era solo un recuerdo y Tella no podría alterarlo por mucho que lo deseara.

Unos minutos antes de que aquel recuerdo comenzara, su madre la había hecho prometer que jamás volvería a tocar otra Baraja del Porvenir. Aquel era el recuerdo que había esperado que Aiko le robara, pero se trataba de uno distinto, de otro tan profundamente enterrado en su interior que había olvidado que estaba allí. Había olvidado que su madre le había tomado las manos, que le había levantado los pequeños deditos para ver mejor el anillo de ópalo que acababa de robar.

—Oh… ¿Qué es esto? —le preguntó Paloma.

—Iba a devolverlo —le prometió.

—No, pequeña mía, deberías guardarlo por mí y mantenerlo a salvo. —Besó los dedos de Tella, como si eso hiciera que el anillo fuera oficialmente suyo. Su madre siempre sellaba las cosas con besos; otro hecho que Tella había extraviado.

—Ahora —susurró Paloma—, te contaré un secreto sobre las cartas que acabo de guardar. Los Destinos representados en ellas gobernaron la Tierra en el pasado y, cuando lo hacían, eran muy desagradables y muy crueles. Solían atrapar a la gente en las cartas solo para entretenerse. Y solo otro Destino podía liberarlos… *A menos*…

No. Tella luchó por aferrarse al recuerdo mientras empezaba a desvanecerse ante sus ojos y oídos. La piel de su madre cambió de oliva a traslúcida mientras sus labios formaban palabras que ella ya no podía oír. No. No. *¡No!* Necesitaba *escuchar* aquellas palabras. Aquella era la respuesta que estaba buscando. No sabía qué estaba a punto de decir, pero estaba segura de que era de vital importancia.

Tella se aferró al recuerdo, intentó clavarle los dedos. Pero cuanto más luchaba por conservarlo, más se enturbiaba, convirtiéndose en un humo que no podía ser sostenido antes de disiparse en la nada.

Cuando abrió los ojos, no se sintió como si acabaran de quitarle un peso de encima. Se sentía como si hubiera perdido algo. Como si se hubiera cortado, pero no sangraba. Y nada parecía haber desaparecido. El recuerdo que había esperado que Aiko se llevara seguía allí, y aunque había estado dispuesta a separarse de él, se sintió aliviada al descubrir que no lo había hecho.

Entonces, ¿por qué tenía la sensación de que Aiko le había robado algo incluso más valioso?



El cuaderno maldito de Aiko estaba firmemente cerrado, pero Tella hubiera jurado que parecía más grueso que antes. Tenía incluso un suave halo alrededor.

¿Qué se había llevado?

—No pongas esa cara. Acabas de ganarte una historia fantástica sobre una de las criminales más infames de Valenda —le dijo Aiko, regresando junto a los retratos de la pared—. Antes de desaparecer, Paradise la Perdida era una especie de leyenda en esta ciudad. Algunas personas estaban tan encandiladas con ella que solían escribirle cartas pidiéndole que los robara o secuestrara. Paradise la Perdida era una verdadera reina en el mundo criminal. Incluso había rumores que decían que príncipes de otros continentes enviaban cartas a los mandamases del Barrio de las Especias con ofertas de matrimonio.

Mientras Aiko hablaba, Tella intentó conservar su rabia y su frustración tras perder uno de sus recuerdos, pero en lugar de eso empezó a imaginar a su madre con tanta claridad como si la joven historiógrafa estuviera pintando la escena en su malvado cuaderno. Tella vio a Paloma como una criatura joven y vivaz que dejaba una estela de fulgurantes relatos a su espalda mientras sisaba, hurtaba y robaba en su camino hasta convertirse en una brillante parte de la historia.

Después se casó con el padre de Tella. De entre todos los que Paloma podría haber elegido.

—¿Por qué no aceptó la oferta de ninguno de esos príncipes? —preguntó a Aiko.

—Supongo que era suficientemente lista para saber que la mayoría de los príncipes son seres crueles, malcriados y egoístas. Y Paradise deseaba aventuras mucho más de lo que deseaba amor. Presumía que no había nada

que no pudiera robar. Así que, cuando se le presentó un desafío, robar un incobrable artículo de enorme magia, aceptó la oferta. Pero el artículo era mucho más poderoso y peligroso de lo que había creído. No quería devolverlo y arriesgarse a que otra persona se hiciera con él, así que huyó y nadie la ha visto desde entonces.

Pero Tella lo había hecho.

Ahora tenía más sentido que hubiera terminado en Trisda con su padre. Nadie la habría buscado en una pequeña Isla Conquistada sin importancia.

—¿Qué objeto robó?

—Si quieres la respuesta a eso…

—No —la interrumpió Tella, con acero en su tono—. No más tratos. Ya me he ganado esa respuesta; es parte de la historia.

Aiko resopló a través de sus fosas nasales y su expresión, generalmente plácida, se llenó de frustración. Estaba claro que estaba acostumbrada a recibir más de lo que daba.

Tella tomó el cuaderno mágico de Aiko de la mesa y lo acercó a una vela encendida.

—Dime qué robó o convertiré en ceniza este cuaderno.

Aiko le dedicó una leve sonrisa.

—Tienes más coraje que tu hermana.

—Scarlett y yo tenemos fuerzas diferentes. Ahora dime qué objeto era.

Tella acercó el cuaderno lentamente a la llama hasta que pudo oler el cuero al calentarse.

—Una Baraja del Porvenir maldita —escupió Aiko.

Tella soltó el cuaderno sobre la mesa con un sonoro golpe. A su alrededor, los carteles se agitaron como si sus corazones de papel corrieran tanto como el suyo; sus latidos eran más rápidos de lo que lo habían sido desde que Jacks la besó, como si aquella nueva revelación poseyera una magia propia.

Solo el retrato de Paradise la Perdida permaneció inmóvil, en el tranquilo centro de una tormenta de papel.

Tella sabía que las imágenes no tenían sentimientos, y aun así imaginaba que el retrato de Paradise, la mujer que su madre había sido, estaba conteniendo el aliento, esperando y urgiéndola en silencio a unir todas las piezas de su historia.

Tella siempre había sabido que la Baraja del Porvenir de su madre no era como el resto de las barajas normales. Pero Aiko lo hizo sonar como si no hubiera nada igual en el mundo, y había dicho que estaba *maldita*.

Maldita. Maldita. Maldita.

La palabra se alzó en la cabeza de Tella, en guerra con el sonido de los pósteres que aún se agitaban en las paredes. Los Destinos también habían sido maldecidos por una bruja y, según Jacks, esta maldición los había aprisionado en una baraja de cartas.

«*Sé, por experiencia, que es una tortura*», le había dicho.

Parecía increíble que su madre hubiera robado aquella misma baraja, pero cuanto más pensaba en ello, más sentido tenía.

Si la Baraja del Porvenir de su madre había sido la prisión de los Destinos, eso explicaría por qué se había asustado tanto al descubrirla jugando con las cartas. Tella recordó cómo habían estado disfrazadas hasta aquel día, como si fuera una bolsa maloliente. El hechizo que las escondía debió agotarse cuando las encontró.

No podía creer que hubiera tocado la baraja que contenía a todos los Destinos; las criaturas míticas que en el pasado habían gobernado el mundo habían estado en la palma de su mano.

Parecía imposible, y aun así había sido testigo de ello cada vez que El Aráculo le mostraba imágenes del futuro. Ella nunca había visto otra carta así, y dudaba de que alguna vez lo hiciera. Porque no era solo una carta. Era un Destino, y Tella lo tenía guardado dentro de un pequeño baúl.

La idea le arrancó una carcajada. Su madre debió ser de armas tomar, para robar los Destinos.

Pero ahora no tenía poder. Estaba atrapada en el interior de una carta, exactamente igual que los Destinos.

Aquella idea no le causó gracia. De repente, se arrepintió de haberlo hecho.

Desde el triste día en el que su madre se marchó, Tella había creído que en parte era culpa suya, que no habría desaparecido si no la hubiera desobedecido y jugado con su joyero, si no hubiera extraído la carta de La Doncella de la Muerte, que predecía la pérdida de un ser querido. Culpaba a las cartas y se culpaba a sí misma. Y había tenido razón, aunque no del modo que siempre había creído.

Su madre no se había marchado solo porque ella hubiera girado una carta concreta, sino que había huido porque había encontrado las cartas, que eran incluso más poderosas y peligrosas de lo que jamás había imaginado.

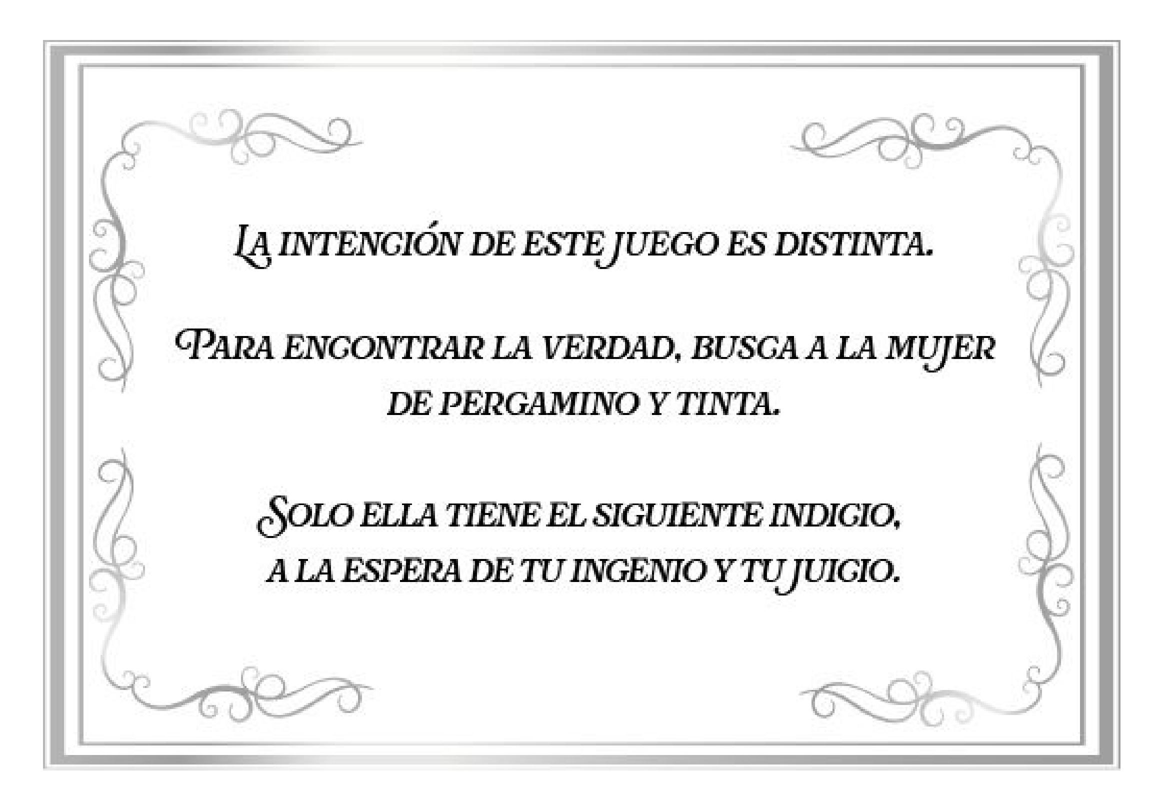
Los carteles de las paredes por fin dejaron de aletear. En su estela, la tienda quedó repentinamente silenciosa. Aun así, Tella todavía sentía la mirada del retrato de su madre y creía que, a pesar de lo que acababa de

descubrir, todavía no sabía lo suficiente. Había algo vital que se estaba perdiendo… Algo que había olvidado.

—Parece que tienes otra pregunta —dijo Aiko.

Tella se había desentendido por un instante de la presencia de la otra chica, y también de la razón por la que estaba allí. Todavía tenía que encontrar la tercera pista, o su madre seguiría atrapada igual que los Destinos. No sabía si era esto lo que había olvidado, pero lo que no podía recordar no podía ser tan importante como aquello.

Sacó la segunda pista una vez más.



Los ojos de Tella pasaron de la pista al póster de SE BUSCA de su madre.

¿Y si la pista no se refería a la mujer que dibujó los retratos, como Tella había pensado al principio? ¿Y si se refería a uno de ellos, quizás al de Paradise la Perdida? Su retrato estaba realizado con pergamino y tinta. Y su imagen le hablaba a Tella de un modo que no haría con todos los demás jugadores.

La joven se puso de puntillas y arrancó el cartel de la pared.

Había esperado que Aiko protestara, pero la historiógrafa parecía casi tan ansiosa como ella. Le dio la vuelta al pergamino y descubrió unas líneas de escritura plateada en el dorso.

Si has descubierto esto, estás en un buen lugar,
pero aún no es demasiado tarde para regresar.
Las pistas ya no pueden indicarte la dirección;

para encontrar lo que Legend necesita, tendrás que seguir tu corazón.

Lo único que había en su corazón era su madre, a quien Legend debió conocer ya que había escrito la pista en la parte de atrás de su póster. Pero ¿qué tenía que ver ella con Caraval?

Su madre había poseído la baraja donde estaban encarcelados los Destinos a los que Legend quería destruir. ¿Puede que también hubiera robado el objeto capaz de aniquilarlos? Pero si lo había hecho, ¿por qué…?

No. Tella descartó ese pensamiento. Creer que el juego era real era el camino más rápido a la locura. Y, aun así, era posible que Tella se estuviera volviendo loca, porque ya no estaba segura de en qué creer.

Tenía que descubrir la verdad antes de continuar. Necesitaba hablar con Scarlett. Ella la ayudaría a planearlo todo, sobre todo si sus sospechas eran ciertas y Scarlett sabía más del juego de lo que le había contado.

Tella se dirigió a la puerta.

—Antes de irte —dijo Aiko—, deberías oír el resto de la historia de Paradise.

—Creo que ya se cómo termina —apuntó Tella.

—Lo que sabes es solo el casi final; el verdadero final aún tiene que ser escrito.

—Entonces, ¿qué queda por contar?

—Me he reservado una parte del nudo de la historia. Paradise descubrió el verdadero poder y el peligro de la baraja después de usarla para leer su futuro. Algunos dicen que huyó, no para mantener las cartas a salvo sino para evitar el futuro que había visto. Lo que ella no sabía era que, una vez que esa baraja predice el futuro, este no puede cambiarse a menos que las cartas sean destruidas.

—Gracias, pero creo que podría ser un poco tarde para esa advertencia.

La expresión de Aiko se volvió sombría de repente.

Tella la sintió en ese momento, más húmeda que las lágrimas que empapaban las mejillas, encharcándose en sus orejas antes de bajar por sus lóbulos hasta su cuello frío.

Sangre.

Espesa y cálida y horrible.

Su corazón se atragantó con un latido y después se saltó varios más, lo que la hizo sentirse mareada y le robó el aliento. Apoyó la mano en la pared más cercana para evitar caerse. La sangre que había perdido en La Moderna Boutique de Minerva era apenas unas gotas comparada con aquello. Rezumaba de sus orejas y caía sobre su corpiño en densos ríos carmesíes,

como un recordatorio de El Príncipe de Corazones de que no estaba participando en Caraval por diversión.

Tella regresó al palacio en una confusión de sonidos húmedos y orejas hemorrágicas. Incluso después de dejar de sangrar, seguía sintiéndose débil. Su corazón nunca había latido con tanta lentitud.

Latido…

Nada.

Latido…

Nada.

Latido…

Nada.

Pronto, lo único que quedaría sería la nada.

Le había comprado una capa barata a un vendedor callejero. Pero cuando regresó al palacio, habría jurado que todos los criados y guardias podían ver su corpiño manchado de sangre a través de la capa.

Incluso después de lavarse y ponerse un vestido limpio de Minerva con capas desordenadas de elegantes telas azul topacio, lo único que sentía era la sangre seca en el interior de sus oídos. Debía estar tan maldita como ella, porque no conseguía lavar por completo las manchas de su cuello y de sus manos. Habría empapado su piel hasta que la sangre se marchara por fin, pero solo se permitió descansar en las aromatizadas aguas de la bañera hasta que recuperó parte de su fuerza. Necesitaba hablar con Scarlett sobre el pasado criminal de su madre, y sobre Caraval.

Tella se puso los guantes de Dante para cubrir las manchas y salió de la torre. Había perdido la noción del tiempo, pero cuando llegó al ala zafiro donde Scarlett se alojaba supuso que era mucho después de medianoche. En el interior, todos los azules parecían gloriosamente dorados. Una única criada merodeaba por allí, comprobando y reponiendo los enormes apliques con velas gruesas como brazos. No le dijo ni una palabra a Tella, pero notó que la observaba mientras se dirigía al dormitorio de su hermana.

Pero Scarlett no contestó.

Tella llamó más fuerte, por si estaba dormida.

Silencio.

Probó el pomo de la puerta, esperando despertar a su hermana y quizás asustarla, pero no ocurrió nada. O estaba perdida en un profundo sueño o todavía no había llegado. Pero debería haber estado allí. Era de madrugada y Scarlett no estaba jugando. Ya debería haber regresado de donde hubiera ido.

Tella atravesó el pasillo para acercarse a la joven y pecosa criada, que estaba vigilando descaradamente a Tella o volviendo a encender una vela muy testaruda.

—¿En qué puedo ayudarte? —le preguntó la chica, girándose antes de que Tella pudiera aclararse la garganta. Sin duda había estado pendiente de ella, y era mucho más atrevida que la mayoría de los apocados criados con los que Tella se había encontrado.

La criada se acercó a ella.

Tella retrocedió, pero la chica pecosa no había visto las manchas de sangre seca en su cuello.

—Si estás buscando al atractivo intérprete de los tatuajes, puedo avisarte cuando regrese. No se marchó con los demás.

Los ojos ansiosos de la criada se iluminaron de un modo con el que Tella estaba desafortunadamente familiarizada.

—Lo siento —dijo Tella—. No sé de quién me estás hablando.

—No te preocupes. —La chica soltó una risita aguda—. Sé que estás prometida, así que no le diré a nadie que estabas buscándolo.

Lo que significaba que con toda seguridad se lo contaría a todo el mundo. Pero en aquel momento, Tella tenía preocupaciones mayores.

—En realidad estoy buscando a mi hermana. —Volvió a señalar el dormitorio de Scarlett—. Se llama Scarlett. Es alta, con el cabello castaño y…

—Sé quién es —la interrumpió la chica—. No la he visto desde ayer. —Parte del color abandonó las mejillas de la chica mientras bajaba la voz hasta un susurro—. La oí preguntarle a alguien la dirección del Castillo Idyllwild, pero no ha regresado.

El Castillo Idyllwild era el castillo de Jacks. A Tella no se le ocurría ninguna buena razón para que su hermana hubiera ido allí.

—Por supuesto, estoy segura de que a tu hermana no le habrá ocurrido nada horrible —añadió la criada pecosa con premura, como si hubiera recordado de repente con quién estaba hablando—. Yo no me creo todas esas historias sobre el heredero. Sé que a la gente le gusta hablar de más.

—¿Y qué dice la gente? —le preguntó Tella.

—Solo que asesinó a su última prometida. Y también que es muy guapo —añadió, como si eso compensara el asesinato—. Muchas criadas dicen que se casarían con él.

Tella habría querido decirle que eran idiotas. Habría querido apartarse el cabello y asustar a la chica con la sangre que aún manchaba sus orejas y su

cuello, pero Scarlett había desaparecido. En lugar de asustar a una criada, tenía que usar la poca energía que le restaba para encontrarla.

Le lanzó una moneda a la pecosa, pero incluso ese sencillo acto le pareció más débil de lo que debería. La moneda apenas se elevó en el aire.

Cuando llegó a la cochera, las campanas anunciaron las tres de la mañana. El tiempo se movía demasiado rápido y ella demasiado lento. Su carruaje aéreo parecía estar tardando también más de lo necesario, deslizándose con pereza por el cielo estrellado.

Las constelaciones azules de Legend seguían por todas partes excepto sobre el Castillo Idyllwild, como si le advirtieran que no debía ir allí.

En la noche del Baile Predestinado, el castillo había parecido robado de la fantasía de una jovencita. Pero después de abandonar el carruaje y llegar al bastión de piedra, se preguntó si la resplandeciente fachada de arenisca blanca había sido solo un disfraz, una ilusión creada por Legend. Aquella noche, las piedras se veían tan oscuras como secretos guardados, iluminadas por unas tenues antorchas anaranjadas que parecían estar perdiendo la batalla contra la noche.

Se detuvo para recuperar el aliento a los pies del puente, agradecida por tener consigo los guantes de Dante aunque no veía ninguna amenaza. De hecho, el castillo estaba demasiado silencioso.

Aparte del viento que enredaba su cabello y agitaba las capas de su falda topacio, todo estaba tranquilo, cubierto por un tipo de silencio que normalmente se reservaba a las tumbas, a las ruinas malditas y al resto de los lugares abandonados por los vivos. Tella suprimió un estremecimiento, pero este consiguió convertirse en un escalofrío. No temía el peligro, aunque lo prefería en la forma de jóvenes arrogantes. Por segunda vez aquella noche, se descubrió deseando que Dante la hubiera seguido.

Aunque no lo necesitaba.

Pero quizá le habría gustado que estuviera allí, solo un poco. Dio un pesado paso hacia delante y sintió la incómoda cuchillada de la deslucida victoria porque por fin había decidido dejarla en paz. Había sabido que solo la seguía como parte de su papel, pero, aunque su interés hubiera sido real, no dudaba de que al final se habría rendido. Todos lo hacían, excepto Scarlett, que parecía no poder dejar de preocuparse por ella.

Tella suponía que aquella era otra cosa que las hermanas tenían en común: nunca sabían cuándo alejarse. Puede que, si ella hubiera sabido cuándo abandonar una búsqueda malhadada, se habría dado la vuelta justo entonces, o se habría preguntado si la criada pecosa le había contado la verdad al afirmar

que Scarlett no había regresado del castillo… Un castillo que parecía más vacío que los ojos de una muñeca rota.

El puente que conducía a él era incluso más estrecho de lo que Tella recordaba, y también más alto; se cernía sobre unas aguas negras que no estaban tan tranquilas como en su primera visita. Recordó lo que Dante le había dicho y se negó a pensar en la Muerte, reacia a entregarle más poder.

Sus pasos eran más inestables de lo habitual y respiraba con dificultad, pero no iba a caerse, ni a saltar, ni a hacer ninguna cosa que la hiciera terminar sumergida en las traicioneras aguas. Cruzaría el puente, llamaría a la puerta y se llevaría a su hermana. *Si era que estaba allí.*

Tella terminó de atravesar el puente. Durante un lento latido le pareció oír pasos fantasmales, pero no había ningún guardia ni espíritu a la vista.

Cerró los puños, reunió fuerzas y llamó de nuevo a las pesadas puertas de hierro.

—¿Hola? —exclamó animadamente.

Nada.

—¿Hay alguien aquí? —gritó un poco más alto.

Las olas rompieron en el foso.

—¡Soy Donatella Dragna, la prometida del heredero!

Comenzó a jadear mientras sus llamadas sin respuesta se volvían agresivas.

—Ten cuidado o te harás daño.

Tella se giró con lentitud, casi esperando que Jacks estuviera allí, mordiendo una manzana con elegancia.

En lugar de él, había tres personas.



Caminaron hacia Tella como espectros, envueltas en finas capas de una plata mate que parecía haber perdido su lustre hacía mucho. Una era alta. Una era gorda. Una era enjuta. Y todas olían demasiado a perfume rancio, floral y nauseabundo.

Aquello no estaba bien en una noche implacable como esa.

Aunque no eran prácticas, sus capas hacían difícil que Tella robara más de un atisbo de sus rostros, que estaban increíblemente inmóviles o cubiertos por máscaras.

El trío se acercó, reptando.

A pesar del frío, el sudor se encharcó en el interior de sus guantes cuando sus sospechas sobre las máscaras se confirmaron. Aquellas tres personas estaban disfrazadas de Destinos: La Reina de los No Muertos y sus Fámulas.

Tella reconoció el parche enjoyado de La Reina de los No Muertos y sus labios pintados de azul. Sus Fámulas eran igualmente inconfundibles: ambas tenían los labios cosidos con hilo carmesí. En las Barajas del Porvenir, aquellas cartas representaban poder y lealtad eterna. Pero en aquel momento glacial, Tella veía su aparición combinada como tres malos augurios. Nadie llevaba máscara a menos que estuviera celebrando algo o cometiendo un crimen.

—Es un poco pronto para disfraces —dijo Tella—. Por si nadie os lo ha dicho, la Víspera de Elantina no es hasta la noche de pasado mañana. ¿O fingís celebrarlo antes porque sois demasiado feas para mostrar vuestros rostros?

—Al final de la noche, la única fea serás tú —dijo la falsa Reina de los No Muertos—. A menos que nos des lo que queremos.

Tella se giró y llamó a la puerta con violencia.

—Eso no servirá de nada —dijo La Reina de los No Muertos—. Él no está aquí.

Mientras hablaban, las tres figuras se acercaron, reemplazando el frío aire de la noche con su hedor. La criada pecosa debía haber enviado a Tella en una dirección equivocada para que aquellas tres pudieran robarle, y había sido tan tonta como para caer en la trampa. Podría haber huido corriendo, a pesar de su debilitado corazón, pero estaban bloqueando el puente, su única vía de escape a menos que deseara saltar a las aguas del foso.

Creyó oír la voz de la Muerte, urgiéndola a saltar, pero no pensaba escucharla. El negro foso parecía profundo y de paredes pulidas pero, en un segundo vistazo, vio las rocas que sobresalían de sus aguas como desagradables sorpresas.

Sacó su monedero.

—Si estáis aquí para mendigar dinero porque vuestro perfume apesta y vuestras capas chillonas hace mucho que pasaron de moda, tomad.

Tella tiró la bolsa al pequeño parterre que había a su izquierda. Como imaginaba que eso era lo que buscaban, esperaba que al menos una de ellas se lanzara tras él como un perro, dándole una oportunidad de escapar. Pero los perros eran sin duda criaturas más listas que aquellas tres. En lugar de tomar la bolsa, dieron otro paso hacia ella.

El olor de su perfume rancio creció, lo que intensificó el aroma de las flores podridas y de la retorcida obsesión. Tella sufrió una arcada, pero ellas ni siquiera se dieron cuenta.

—No queremos tu sucio dinero —dijo La Reina de los No Muertos—. Queremos recuperar nuestra gloria. Queremos las cartas que tu madre robó, las cartas que planeas entregarle a Legend para que pueda destruirnos y arrebatarnos el resto de nuestros magníficos poderes.

—Por el amor de Dios. —Fueran quienes fueren aquellas mujeres, estaban llevando el juego demasiado lejos—. ¡Estáis más locas que un pez envenenado!

El extraño insulto pareció aturdirlas un momento, pero no fue suficiente para darle la oportunidad de escapar. Aunque podría haber corrido hacia el puente, era más probable que cayera por uno de los lados que conseguir llegar al otro extremo antes de que la atraparan.

Sopló una ráfaga de viento que le pareció que sonaba como la risa de la Muerte.

—Dinos dónde están las cartas y solo te estropearemos la mitad de la cara.

La Reina de los No Muertos agitó ambas muñecas y sus Fámulas sacaron las manos de los bolsillos de sus capas. Su piel era de un blanco espectral que brillaba bajo la luz de la luna. Sus gruesas uñas negras destellaron, largas, afiladas y tan hirientes como garras. Aquella no era una parte tradicional del disfraz.

Por fortuna, Tella también tenía garras. Presionó las perlas negras de sus guantes y dio las gracias a Dante en silencio mientras diez cuchillas afiladas salían de repente.

Pero eso no disuadió a Las Fámulas.

La Reina de los No Muertos movió de nuevo la muñeca y sus Fámulas avanzaron como marionetas asesinas, siseando a través de sus labios cosidos.

Tella estaba lejos de contar con toda su fuerza, pero reunió la que tenía. Atacó con ambas manos y lanzó una patada. Al principio, intentó asustar más que luchar, pero un par de segundos después le quedó claro que La Reina de los No Muertos no estaba mintiendo sobre su intención de desfigurarla. Sus Fámulas apuntaban a sus ojos y mejillas, arañando y clavando, hasta que todo irrumpió en dolorosos estallidos de caos.

Tella atacó furiosamente con sus garras y consiguió arañar el brazo de una sirvienta con fuerza suficiente como para que brotara sangre.

Pero no hubo sangre.

De la herida de la criatura solo salía humo.

Tella se tambaleó hacia atrás mientras su atacante se desvanecía ante sus ojos.

—¡Por todos los diablos!

Un par de segundos después, la sirvienta regresó. Su silueta estaba borrosa, como si fuera un poco menos corpórea, pero sin duda no era un fantasma. Los fantasmas no podían arañar ni herir.

Luchando por respirar, Tella siguió golpeando y pateando.

—¿Qué sois?

—Me decepciona que tengas que preguntarlo. —La Reina de los No Muertos cerró la mano en un puño.

Un segundo después, una de sus Fámulas golpeó el estómago de Tella con violencia. La joven cayó sobre su espalda y sus pulmones se quedaron sin aire en una dolorosa oleada.

Crunch.

Una zapatilla encontró su muñeca y la machacó con una fuerza imposible.

Tella gritó. Sus huesos estaban hechos añicos. Su corazón latía con lentitud y la cabeza le daba vueltas. Pero incluso tumbada sobre su espalda,

siguió atacando con la otra mano, más fuerte que antes. Golpeó, arañó y rajó. Cada vez que conseguía herir a una sirvienta, esta se desvanecía mágicamente para reaparecer segundos después. Tella quería negarlo (ya había tenido suficientes descubrimientos trascendentales aquel día), pero estaba claro que no eran intérpretes ni participantes llevando el juego demasiado lejos. Eran los auténticos Destinos.

No sangraban porque no eran humanas.

A Tella se le habrían aflojado las rodillas si no hubiera estado ya tirada en el suelo. ¿Cómo habían escapado? Jacks debería haberle advertido que había más Destinos merodeando por allí con intención de asesinar.

¿Por qué no te rindes? La voz de la Muerte se abrió camino en su mente.

—¡Jamás! —gritó, apretando los dientes.

—¿Qué dices? —le preguntó La Reina de los No Muertos.

—Las cartas que quieres jamás serán tuyas —gruñó Tella—. Cuando se las entregue a Legend, él se asegurará de que desaparezcáis para siempre.

Las Fámulas sisearon de nuevo e incrementaron la ferocidad de su ataque, pero Tella no sintió dolor. De repente, fue consciente de la verdad que había detrás de lo que acababa de decir: la Baraja del Porvenir de su madre no solo era la cárcel de los Destinos. Según La Reina de los No Muertos, aquella baraja era también lo único capaz de destruirlos.

El mundo de Tella era un borrón de dolor, pero de repente tuvo claro lo que tenía que hacer. Para ganar Caraval, solo tenía que encontrar la Baraja del Porvenir de su madre. Ese era el objeto que Legend quería.

Pero el triunfo que esa idea le proporcionó duró poco.

—Si no vas a ayudarnos, te usaré para mostrarles a los demás lo que les pasa a aquellos que nos desafían —dijo La Reina de los No Muertos.

—No me extraña que una bruja te encerrara en una carta. Yo te encerraría solo para que te callaras —replicó Tella, arrastrando las palabras. Todo su cuerpo gritaba; seguía en el suelo pero, hasta aquel momento, sus garras habían evitado que Las Fámulas la sometieran. Solo tenía que seguir luchando el tiempo suficiente hasta que apareciera alguien.

¿Por qué no la había seguido Dante aquella vez?

O quizá lo había hecho, pero no había llegado todavía. Si aparecía, esta vez sería más amable con él.

Espirales oscuras giraban en su visión. Tella atacó con más fuerza e hirió a una de Las Fámulas en el gemelo, pero esto solo sirvió para hacerla desaparecer un instante.

—Acabad con ella —ordenó la reina—. Nos estamos quedando sin tiempo.

La zapatilla machacó con fuerza la muñeca rota de Tella, convirtiendo sus huesos en polvo y haciéndola llorar lágrimas de puro dolor mientras ambas sirvientas se inclinaban sobre ella, acercando las garras a su cara. Sabía que su intención había sido desfigurarla, pero ahora parecía que la querían muerta.

Tella dejó de mover su brazo bueno durante un valioso momento y después, gritando de dolor, elevó ambos brazos para clavarles las garras profundamente en los tobillos.

Las Fámulas aullaron y se convirtieron en humo. Un latido irregular era todo lo que tendría antes de que reaparecieran. Usando su brazo bueno y jadeando, se levantó del suelo de piedra y corrió hasta el borde del foso.

Le pareció un error en cuanto se sumergió en el agua.

Había eludido las rocas, pero estaba demasiado fría. Tenía la muñeca rota. Su corazón estaba demasiado débil. Su vestido era demasiado voluminoso. Pero luchó como un demonio intentando escapar del infierno y entrar en el cielo. Ignoró las cosas que le succionaban los tobillos y se deslizaban sobre sus pies, ahora descalzos. Tella no había escapado de su padre, de un trío de Destinos y del resto de las penurias de su vida para permitir que la matara un poco de agua fría y una muñeca rota.

La Muerte tendría que esforzarse un poco más si quería llevársela, y ella no iba a permitírselo. Si moría allí, no habría nadie que se ocupara de Scarlett, que se asegurara de que su hermana viviera aventuras y besara a otros chicos aparte de a Julian. Scarlett se merecía todos los besos. Y puede que ella también los quisiera, unos que no terminaran en la muerte.

Tella no siguió la lodosa orilla; salió del agua en un embrollo de rizos, tela empapada y magulladuras, jadeando, con la piel azulada y temblorosa. Pero seguía allí, respirando y viva.

Por desgracia, no era la única.

La Reina de los No Muertos y sus damas del horror estaban esperándola.

Tella se dijo a sí misma que podía dejarlas atrás corriendo, pero apenas consiguió tambalearse mientras se acercaban. Sus piernas parecían líquidas; temblaban por el dolor, el esfuerzo y el sufrimiento. Sus pulmones apenas tragaban aire húmedo. Una ráfaga de viento podría haberla arrastrado.

Si hubiera sido Scarlett, alguien habría acudido ya en su rescate. Julian habría aparecido en un globo aerostático y después le habrían brotado alas para bajar hasta ella. Por desgracia, Tella no era el tipo de chica a la que la gente salvaba; era a la que siempre dejaban atrás.

Pero también era a la que subestimaban.

Se recordó que era la hija de dos peligrosos criminales.

Que una vez había apostado su vida al amor de su hermana.

Que había besado a El Príncipe de Corazones y seguía viva.

Aquellos Destinos no la matarían esa noche.

Cada Destino tenía una debilidad. La debilidad de Jacks era su verdadero amor, el que podía hacer que su corazón latiera de nuevo. Las Fámulas eran solo marionetas de La Reina de los No Muertos, que poseía la aterradora habilidad de controlar a aquellos que se ponían a su servicio. Para derrotarlas, tendría que derrotar a la reina. Esta había mencionado que estaba quedándose sin tiempo y, por cómo se convertían en humo siempre que Tella las hería, se preguntó si quizá seguirían atadas a las cartas de su madre. Puede que aquellos Destinos no fueran tan libres como Jacks. Quizá, si Tella atacaba a la reina, las tres regresarían a su prisión de papel.

Por fortuna, Tella conocía la debilidad de La Reina de los No Muertos: *Se decía que había entregado su ojo a cambio de sus terribles poderes*.

Lo único que tenía que hacer era apuñalar el parche enjoyado de La Reina de los No Muertos. Con suerte, viviría para ver otra noche.

—Si de verdad eres un poderoso Destino, ven a luchar tú misma.

Tella hizo destellar las cuchillas que le quedaban en los guantes. Solo eran cuatro.

La reina ladeó la cabeza, poco impresionada.

Otra de las cuchillas se cayó. Solo le quedaban tres.

Y entonces Tella se derrumbó. Podría haber seguido en pie, pero la habían golpeado suficientes veces en su vida como para saber cuándo dejar de fingir.

Cayó de rodillas y después se desplomó en el agua, como un bulto sin gracia de ropa empapada y fracaso.

Las pestilentes aguas le salpicaron la cara mientras una de ellas se acercaba. Todavía tenía los ojos cerrados y no se arriesgaría a abrirlos, todavía no. Solo podía esperar que fuera La Reina de los No Muertos, dispuesta por fin a ensuciarse las manos. Tella notó unas manos frías buscándola en el agua fétida. Largas, insistentes, invasivas. Buscando su pulso.

Abrió un ojo lentamente. La silueta de la estrecha garganta de su asaltante destelló, pálida, en la oscuridad. Era La Reina de los No Muertos. Se había quitado la máscara y Tella captó un atisbo de un rostro bonito manchado por una desagradable expresión.

Inhaló tanto aire como se atrevió. Sus venas se estremecieron, sus dedos temblaban. A pesar de su fanfarronería, nunca había hecho algo parecido; siempre había preferido correr a luchar. La Tella que nunca había muerto se hubiera rendido para jugársela con la Muerte.

Pero la Tella del foso había muerto, literalmente.

Abrió los ojos y atacó.

El grito subsiguiente fue espantoso y ahogó el eco del agua cuando Tella volvió a caer hacia atrás en la orilla.

—¡Asquerosa humana! —gruñó La Reina de los No Muertos, agarrándose el destrozado parche del ojo mientras la sangre negra bajaba por su rostro—. ¿Qué has hecho?

—Debería habértelo advertido… Doy demasiados problemas para que merezca la pena.

Tella volvió a levantar lo que quedaba de sus garras justo mientras La Reina de los No Muertos y sus Fámulas se convertían en humo y desaparecían.

Esta vez, no reaparecieron.

Lo había conseguido. Las lágrimas nublaron los rabillos de sus ojos. No sabía si lloraba por el dolor de su muñeca destrozada o por su miserable victoria. Había ganado, pero rara vez se había sentido peor. Nunca había estado tan herida y había sobrevivido.

Tenía los músculos raídos y más moretones que piel. Miró la noche, forzando los ojos mientras las lágrimas exhaustas bajaban por sus mejillas. El camino a la cochera estaba mal iluminado y miserablemente lejos. Habría jurado que se había alejado más de ella durante la pelea.

Estaba claro que Scarlett nunca había ido al Castillo Idyllwild; con suerte, ahora estaría en el palacio y podría curarla. Solo tenía que llegar hasta ella.

Sin embargo, sus piernas tenían otra idea. Sus rodillas volvieron a hundirse en el agua, que no estaba tan fría como recordaba. Y el barro era sorprendentemente suave. Solo cerraría los ojos un instante. Descansaría hasta que consiguiera reunir la fuerza para levantarse o reptar hasta la cochera. Las ondas eran reconfortantes; adormecían su muñeca herida y lavaban toda la sangre, la suciedad y el hedor mientras se hundía en…

Pasos de botas. Pesados.

—¿Donatella?

La voz le resultó frustrantemente familiar, pero tenía la cabeza tan confusa que no sabía si era Dante o Jacks. Era tan brusca como la de Jacks, pero autoritaria y resonante como la de Dante. Tenía que abrir los ojos, pero

eso le exigiría demasiado movimiento. Si no era Dante, solo quería dormir, dormir…

—¡Donatella! —La voz sonó más cerca, más urgente esta vez, e iba acompañada de dos manos demandantes. La sacaron del agua, envolviéndola en el aroma de la tinta y del desamor. *Dante*.

Podría haber llorado su nombre, pero todo le dolía demasiado. Habría intentado meter la cabeza de nuevo en el agua, pero el canalla se negaba a soltarla.

Acunó su cabeza empapada contra su pecho.

—¿Puedes abrir los ojos?

—Puede que quiera dormir aquí —murmuró—. Juraría que es más seguro que tus brazos.

—¿Qué tienen de peligroso mis brazos? —replicó él.

—Para mí, todo.

Tella abrió lentamente un párpado.

Las vetas de niebla de la madrugaba coronaban la cabeza oscura de Dante como un funesto halo. ¿Cuánto tiempo llevaba allí?

¿Y por qué parecía un ángel vengador?

Sus ojos eran negros, su mandíbula solo una cordillera de líneas bruscas mientras su boca se ladeaba en algo parecido a una mueca. Aquel no era el mismo chico cuyos ojos habían brillado al decirle que siempre debería vestirse con flores. Parecía bastante feroz para batallar contra el sol del alba, y aun así Tella habría jurado que su brutal mirada se volvió vidriosa al ver su muñeca y su rostro.

—¿Quién te ha hecho esto? —le preguntó.

—La Reina de los No Muertos y sus Fámulas. Estoy empezando a creer… —Tella comenzó a arrastrar las palabras—. Que podría no ser solo un juego…

Cerró los ojos de nuevo.

—*No* te quedes dormida. —Dante la sacó totalmente del agua.

Plic. Plic. Plic. Sonaba como un trapo mojado y se sentía incluso peor.

Dante se le acercó más. En él nada era suave. Su pecho era como un bloque de mármol y aun así podría haber cerrado los ojos y dormido para siempre acurrucada contra él.

—No hagas eso —la regañó—. Ni se te ocurra rendirte todavía. Tienes que mantenerte consciente hasta que te lleve a algún sitio seguro.

—¿Dónde está eso? —Tella abrió un poco sus ojos doloridos. Su cabeza rebotaba contra Dante con cada paso que daba, alejándose del sendero

principal. ¿Cuándo había comenzado a caminar?

No se dirigían de nuevo al Castillo Idyllwild, pero tampoco parecía que fueran a la cochera. Se preguntó, delirando, si estaría imaginando su futuro, porque parecían estar en algún tipo de cementerio. Lo único que podía ver eran las granulosas siluetas de las lápidas cubiertas de musgo, coronadas por desmoronados querubines o flanqueadas por llorosas estatuas veladas. Los árboles también parecían llorar, mientras llovían quebradizas ramitas que Dante aplastaba con sus botas.

—¿Has decidido enterrarme antes de tiempo? —le preguntó.

—No vas a morirte. Encontraremos a alguien que te cure.

Dante bajó un tramo de viejos peldaños de piedra junto a una enorme escultura de hombres con alas y túnicas que sostenían un ataúd sobre sus cabezas.

Tella se habría reído; parecía que, allá adonde fuera, la muerte y la fatalidad estaban decididas a seguirla.

—Te mentí, en la modista —dijo—. Tenías razón sobre Jacks…

Se obligó a abrir los ojos de nuevo. La cabeza le daba vueltas; el mundo le daba vueltas. Lo único que quería era que parara. Que todo parara.

—No debería haberlo besado —murmuró—. Ni siquiera sé por qué lo besé. En realidad, no me importaba que me echara del palacio por mentir. Creo que quería ponerte celoso.

—Funcionó —replicó Dante con brusquedad.

Tella habría sonreído, si no le hubiera dolido tanto.

Dante la abrazó y le apartó un mechón de cabello que le había caído sobre la cara. Después sus dedos regresaron para recorrer con suavidad la curva de su boca.

—Nunca había deseado ser otra persona hasta el momento en el que te vi besándolo en la pista de baile.

—Deberías haberme pedido un baile tú primero.

—Lo haré, la próxima vez. —Posó un beso en su frente—. No te rindas, Donatella. Si te quedas conmigo hasta que consiga llevarte a algún sitio seguro y caliente, te prometo que no volveré a dejarte, como hice esa noche. Juntos arreglaremos todo esto.

La intensidad abandonó su rostro y, por un momento, Dante pareció peligrosamente joven. Sus ojos estaban más abiertos de lo habitual, bordeados con partículas de luz de las estrellas que la hacían desear mirarlos para siempre. Su cabello caía como mechones de tinta perdida en cada dirección,

mientras que su peligrosa boca seguía entreabierta, vulnerablemente cerca de desvelar un secreto malvado.

—Eres el mentiroso más hermoso que he visto nunca. —Tella intentó murmurar algo más, pero su boca ya no quería moverse. Tenía los músculos muy, muy cansados.

Dante siguió abrazándola mientras se dirigía a un mausoleo y abría la puerta. Tella se dijo que solo cerraría los ojos un momento. Dante estaba murmurando algo más, y quería oírlo. Parecía que era importante. Pero de repente el aire era mucho más cálido, ¿y no había querido saber qué se sentía al quedarse dormida en sus brazos?



Tella deseó volver a quedarse dormida en el mismo instante en el que despertó, si es que aquella asfixiante conciencia podía ser considerada realmente un despertar. No podía abrir los ojos. Sus labios no se movían. Pero podía sentir el dolor, abrasador y agudo. Todo su mundo estaba formado por huesos heridos y piel cortada, salpicado de fragmentos de sonidos y palabras obstinadas, como si su oído no pudiera decidir si quería o no funcionar.

Había dos voces, masculinas y resonantes. Su cabeza confusa conjuró imágenes de paredes de roca ocultas bajo la tierra.

—¿Qué ha…?

—Yo…

—Sálvala…

—Conozco los riesgos… pero los Destinos… No se curará.

—Creía que El Príncipe… era el único Destino… escapado.

—Esos Destinos… mantenidas ocultas durante años… o el hechizo que los aprisionaba se está debilitando.

La otra voz murmuró una maldición.

Tella lo notó entonces, algo que no era dolor, húmedo contra sus labios. Más denso que el agua y ligeramente metálico. *Sangre*.

—Bebe.

Algo caliente presionó con firmeza su boca hasta que sintió la sangre goteando sobre su lengua. Su primer instinto fue escupir, pero todavía no podía moverse y disfrutó de su sabor, de su poder y su fuerza, y de algo feroz que hacía latir su corazón. Con un esfuerzo extremo, consiguió beber un poco más.

—Buena chica. —Era una de las voces de antes, pero ahora parte del dolor se había atenuado y podía ponerle nombre. *Julian*.

—Eso debería ser suficiente. —La segunda voz era más grave y autoritaria. *Dante*.

Su corazón latió más rápido.

Un instante después no quedó más sangre. El dolor seguía presente, pero se había atenuado.

—Busca a su hermana. —Dante de nuevo—. Llévala al dormitorio de Tella en el palacio. No quiero que se despierte sola.

La siguiente pausa se extendió de un modo que la hizo temer que su oído hubiera dejado de funcionar. La voz de Julian rompió el silencio.

—¿De verdad te importa?

Otra pausa.

—Me importa encontrar esas cartas, y ella es nuestra mejor baza para conseguirlas, hermano.



Cuando recuperó la conciencia, debería haberle parecido el final de la existencia. Todo debería haberle dolido, de todos los modos posibles. Debería haber despertado a un mundo de dolor, a una aullante muñeca, a un rostro hinchado, a unos pies maltrechos. En lugar de eso, se sentía bien y descansada, y su corazón latía más fuerte que la noche anterior. No sabía dónde estaba, pero aquel nuevo universo era deliciosamente acogedor y dulce, como si alguien la hubiera soltado en mitad de unas vacaciones.

Algo crepitó, un fuego que olía tenuemente a canela y clavo. Se oían sartas de risas, irregulares y jadeantes, la risa de su hermana cuando creía que su compañía era verdaderamente divertida.

Si Scarlett se estaba riendo, no todo podía ser malo.

Tella abrió con cautela los párpados.

Y los cerró de inmediato. O intentó cerrarlos pero estos se negaron, como si fueran incapaces de apartar la mirada de la vívida imagen de su hermana, envuelta en seductores tonos de rojo, y de Jacks, que parecía destellar mientras estaba perezosamente sentado en uno de los sillones acolchados de su suite en la torre. Su hermana y su falso prometido se reían, charlaban y se miraban como si no pudieran estar más encantados el uno con el otro.

Tella se sentó. Estaba recostada en la cama, pero no tapada por las colchas. No estaba segura de querer saber quién le había quitado su diezmado vestido, o cómo. Pero de algún modo, llevaba un vestido nuevo, de la misma plateada sal marina y azul de los ojos de Jacks, con mangas unidas por un lazo sencillo, una falda amplia y un corpiño con oscuras cintas del color de los cardos que la hacía parecer un regalo que alguien había dejado a medio envolver.

Dante no parecía estar allí, y tampoco Julian. Tella examinó cada esquina de la habitación. La tenue luz melocotón que atravesaba la ventana la hacía pensar que era por la mañana, pero no había señales de que Julian o Dante hubieran estado allí. Solo pensar en Dante la hacía sentirse tan mareada que quería cerrar los ojos de nuevo. Su piel se calentó al recordar la protección con la que la había sostenido en sus brazos, pero después le ardió al recordar las últimas palabras que le había dicho a Julian. Quería creer que todo lo que había oído era solo un sueño, pero, entonces, ¿quién la había curado? ¿Y cómo había terminado allí?

Jacks y Scarlett seguían charlando delante del fuego agonizante; ninguno de ellos se había dado cuenta de que Tella ya no dormía. Jacks estaba jugando con una pálida manzana azul y diciendo algo demasiado bajo para que ella lo oyera, pero hizo que las mejillas de su hermana se sonrosaran.

Tella tosió. Fuerte.

—¡Oh, Tella! —Scarlett saltó de su asiento y la joven habría jurado que su rostro se había ruborizado más—. Me alegro mucho de que estés despierta. Jacks y yo estábamos muy preocupados.

Tella señaló con la cabeza al villano en cuestión.

—Creí que no se te permitía entrar aquí.

—Me encanta cuando olvidas que soy el heredero al trono —dijo Jacks con suavidad—. Este palacio es prácticamente mío. Pero aunque no lo fuera, nadie podría evitar que estuviera a tu lado, ni siquiera después de un accidente tan leve.

Sus ojos se clavaron en los de Tella mientras se acercaba a la cama, ordenándole en silencio que le siguiera la corriente en lo que dijera a continuación.

—Sé que caíste de poca altura, después de abandonar el carruaje antes de tiempo, pero te golpeaste la cabeza. Todavía me perturba pensar qué habría ocurrido si no hubiera estado allí para tomarte en brazos y traerte hasta aquí, mi amor.

Hablaba con cariño, como si todo en ella le pareciera adorable.

Tella habría jurado que los ojos de Scarlett se convertían en dos pequeños corazones.

Empezaba a preguntarse si no sería un sueño, aunque parecía más similar a una pesadilla. Scarlett se veía demasiado ensimismada con Jacks, que ni siquiera debería estar allí. La habían salvado Dante y Julian: ¿dónde estaban *ellos*?

Jacks le tomó la muñeca y se la apretó con ternura. Si no lo conociera, habría dicho que parecía preocupado.

—Tu pulso es fuerte, pero seguramente necesitas comer algo. —Se giró hacia Scarlett—. ¿Serías tan encantadora de ir a buscar una bandeja de fruta fresca, té y galletas? Si llamáramos a un criado tardaría demasiado, y no creo que debamos arriesgarnos a que Tella vuelva a dormirse.

—Por supuesto —dijo Scarlett. Un par de segundos después se marchó, dejándola sola con Jacks.

Por un momento, solo existió el crepitar del fuego y la mirada preocupada de Jacks, tan plateada como las estrellas caídas; parecía mejor fingiendo emociones reales de lo que le había parecido tres noches antes.

—¿Qué estás haciendo aquí? —le preguntó.

La mirada de Jacks se volvió de inmediato desapasionada.

—Tengo espías por todo el palacio —le dijo. Su tono era aburrido, como si lo decepcionara que no le hubiera hecho una pregunta más original—. Sé todo lo que ocurre aquí. En cuanto ese intérprete te trajo a través de los túneles, me avisaron. Tu hermana apareció aquí unos minutos después de mi llegada y tuve que inventarme esa historia sobre la caída del carruaje, porque ella parecía convencida de que habías estado a punto de morir.

—¡Estuve a punto de morir! ¿Por qué no me dijiste que había otros Destinos en libertad?

—¿Con quién te topaste? —le preguntó con frialdad.

—Con La Reina de los No Muertos y sus Fámulas.

Jacks dio un despreocupado bocado a su manzana azul, pero ella habría jurado que sus rasgos se endurecían mientras masticaba, como si no le importara tan poco como parecía.

—Tuviste suerte de que estuvieran débiles.

—No me parecieron débiles. Esas sirvientas casi me matan. ¿Qué otros Destinos son libres?

Jacks se rio amargamente.

—Que algunos de nosotros hayamos escapado de esas cartas no significa que seamos libres. Cuando esa bruja nos maldijo, se llevó la mitad de nuestro poder. Solo soy una sombra de lo que fui en el pasado. ¿Crees que mi único poder era la letalidad de mi beso? Me llamaban El Príncipe de Corazones porque podía controlar algo más que el latido del corazón de los demás. Con solo tocar, podía dar o robar sentimientos y emociones. Si tuviera todo mi poder, ni siquiera estaríamos teniendo esta conversación. Estarías tan

locamente enamorada de mí que harías todo lo que te pidiera, sin cuestionarlo.

Tella ni siquiera se molestó en contener la carcajada.

—Ningún poder sobre la Tierra podría hacer que me enamorara de ti.

—Ya veremos. A menos que no sobrevivas a esta semana.

Jacks lanzó la manzana al fuego. Destelló en un azul celestial que sumió a la habitación durante un momento en un resplandor incongruente con su letal conversación. A Tella le recordó a las estrellas de Legend de la noche anterior.

¿O eran las estrellas de Dante?

Al final, se permitió considerar de verdad lo que había oído entre Dante y Julian. No solo la habían curado mágicamente con sangre, sino que Dante había dicho que Julian era su hermano.

Si Julian le había dicho a Scarlett la verdad sobre que Legend era su hermano, entonces Dante era Legend. Pero si Dante era Legend, ¿por qué había buscado a Julian para que la curara? Puede que Julian fuera Legend en realidad.

Tella deseó haber podido abrir los ojos para ver a quién pertenecía la sangre que había bebido. Existía la posibilidad de que no perteneciera a Julian ni a Dante; puede que Julian tuviera una reserva de sangre mágica en alguna parte. Eso parecía muy improbable, pero también le parecía surrealista imaginar que uno de los hermanos era en realidad Legend, y que la había alimentado con su sangre para mantenerla con vida.

De todas formas, para ella, entregar a Legend al final del juego no era ya lo mismo que antes, ni siquiera parecido.

Y, aun así, había una parte cruel en su interior que disfrutaba con la idea de que Dante fuera Legend en realidad. Después de oírlo decirle a Julian que solo le importaba porque podía encontrar las cartas, parte de ella se lo habría entregado a Jacks de buena gana, aunque el resto de su ser le advirtiera que era una mala idea.

Tella se giró hacia Jacks para encontrarlo jugando con uno de sus rizos de color miel. Le provocó un escalofrío y volvió a sentir rotas las partes de su cuerpo que habían sanado. Intentó despojarse de la sensación, pero en lugar de eso se descubrió imaginando cómo sería Jacks con todo su poder. Cuando los Destinos gobernaban, decían que eran más dioses que humanos. Imaginó sus labios siempre manchados de sangre y un montón de doncellas muertas a sus pies.

—¿Para eso quieres a Legend? —le preguntó—. ¿Para recuperar el resto de tu poder?

—Creo que ya conoces la respuesta a esa pregunta —respondió Jacks con lentitud.

—¿Qué será de Legend cuando hayas terminado?

Los ojos de Jacks destellaron con irritación.

—¿Te preocupa el inmortal Maestro de Caraval?

—No, pero me preocupa darles más poder a monstruos como tú y La Reina de los No Muertos.

—Los monstruos recibirán más poder, termine como terminare esta historia —dijo Jacks con amabilidad—. ¿Qué crees que ocurrirá si Legend nos destruye y adquiere toda nuestra magia? Me gusta el poder, pero ningún humano o inmortal debería poseer tanto. Si Legend consigue lo que quiere, será el mayor villano que el mundo haya conocido.

—Entonces, ¿tú crees que el juego es real?

—Puede que no lo sea para todos los jugadores, pero lo es para ti, para mí y para Legend. ¿Cambia eso las cosas para ti, niña? Porque si te estás arrepintiendo de nuestro trato, deja que te recuerde dos cosas. Si no cumples tu parte del trato, morirás al final de esta semana, y también tu madre. Solo hay dos modos de liberar a alguien de una carta: un humano debe ocupar su lugar voluntariamente o un inmortal de gran poder debe romper la maldición y liberar a *todos* aquellos que se encuentran aprisionados. Legend nunca liberará a los Destinos. Si pone sus manos en las cartas, las destruirá, incluyendo a tu madre.

Jacks se acercó lo suficiente para rozarle la oreja con sus labios fríos. Le metió el cabello detrás y susurró:

—La carta en la que tu madre está atrapada pertenece a la baraja donde están atrapados los Destinos. A menos que quieras que tu madre muera, tan pronto como ganes el juego te pondrás en contacto conmigo con la moneda del infortunio y me entregarás a Legend, como has prometido.

—Te odio —gruñó Tella.

Jacks se rio contra el lóbulo de su oreja, como si el sentimiento lo entusiasmara.

—¿Interrumpo algo? —La voz de Scarlett resonó desde la puerta.

Tella miró a su hermana, que sostenía una colorida bandeja de comida y todavía le sonreía demasiado a Jacks.

—Solo me estaba despidiendo. —Jacks le quitó un pelo errante de la frente. Fruncía el ceño, como si odiara la idea de separarse de ella.

Scarlett parecía a punto de desmayarse ante la escena. Y Tella suponía que debía parecerle increíblemente elegante: ella, yaciendo pálida sobre los cojines, y Jacks deslumbrante, con su cabello dorado cayendo sobre un ojo misterioso.

—Me gustaría poder quedarme más tiempo. Pero no te preocupes, mi amor, volveré a buscarte esta noche para la cena con la emperatriz.

Scarlett gimió mientras dejaba la bandeja junto a la cama.

—¿Vais a cenar con la emperatriz?

—Oh, sí —dijo Jacks, antes de que Tella pudiera reaccionar a aquel nuevo fragmento de información—. Su majestad está ansiosa por conocer a la joven que me ha robado el corazón. No le gustó mi anterior prometida, pero sé que querrá a Donatella tanto como yo.

Su tono no habría podido ser más dulce aunque lo hubiera mojado en miel, y esta vez Tella no consiguió distinguir si lo decía para complacer a Scarlett o para atormentarla a ella. Si la emperatriz la quería tanto como Jacks, entonces no la querría en absoluto.

La cena, de repente, le parecía muy mala idea.

En cierto sentido, la emperatriz siempre había sido tan mítica para Tella como los Destinos: una poderosa gobernante de la que siempre había oído hablar, pero que nunca había visto. Y aunque sentía curiosidad, podría haber pasado sin el honor de conocerla. Además, una noche con la emperatriz significaba que tendría una noche menos para jugar y encontrar las cartas de su madre, que ahora estaba segura de que eran la clave para ganar.

—No podré cenar contigo esta noche —dijo Tella—. Solo quedan tres noches de Caraval.

—Vuelves a olvidar lo importante que soy —dijo Jacks—. Y eso implica que, ahora, tú también lo eres. Le he contado a la emperatriz lo mucho que estás disfrutando del juego y ha cancelado todo lo que había planeado para esta noche, de modo que no te quedarás atrás.

—Pero…

—Ya está hecho —ronroneó Jacks, echando una mirada a su hermana con un atisbo de ánimo que no había estado allí antes, recordándole a Tella lo que perdería si se descubría la falsedad del compromiso.

Tella quería preguntarle por qué le importaba tanto. Cuando se conocieron, había afirmado que exponer la mentira lo dibujaría como alguien débil y pondría su vida en peligro. Tan pronto como descubrió que era un Destino, supuso que había sido mentira, pero quizás era vulnerable hasta que recuperara todo su poder.

—Bueno —añadió en voz alta—, realmente debo marcharme.

Se despidió rápidamente de Scarlett. Por fortuna, no intentó besarle la mano ni la mejilla.

Aunque por el modo en el que Scarlett agitó sus pestañas cuando él cerró la puerta, Tella supuso que su hermana habría querido que al menos le rozara los dedos con los labios.

—Scar, debes tener cuidado con él.

—Es curioso —dijo Scarlett, girando la cabeza bruscamente hacia ella—. Yo estaba a punto de decirte lo mismo.



Scarlett agarró el pomo de cristal de la puerta con cinco nudillos blancos mientras presionaba la espalda contra esta, como si la estuviera bloqueando para evitar el regreso de alguien concreto.

—Tella, ¿qué estás haciendo con el heredero al trono?

La sonrisa de Scarlett se había desvanecido y su voz había pasado de dulce como la melaza a agria.

—Pensé que te gustaba. No dejabas de sonreír.

—Tiene reputación de cruel y es de la realeza; he visto sus retratos por todo el palacio. ¿De qué otro modo podría haber actuado? —Scarlett caminó hasta la cama y se sentó en el borde, como un llamativo pájaro carmesí a punto de atacar—. Tella, ¿qué está pasando? Cuando Julian me pidió que viniera, parecía que habías estado a punto de morir, pero después Jacks me contó una historia absurda sobre que te caíste de un carruaje. ¿Te ha hecho daño?

—No, Jacks no me ha puesto un dedo encima.

—Entonces cuéntame qué ocurrió. Julian se negó a darme una explicación. Se marchó, y esta vez ni siquiera tuve que pedirle que lo hiciera.

Tella tiró de los lazos azules como el mar que colgaban de su vestido, evitando la demandante mirada de su hermana. Scarlett seguía mirándola como si hubiera hecho algo mal, pero lo cierto era que no habría estado en aquella situación si su hermana no le estuviera escondiendo cosas.

—¿Quieres saber qué ocurrió? —le preguntó—. Salí a buscarte. Fui a tu habitación después de medianoche, pero no estabas. —Levantó la mirada por fin—. ¿Dónde estabas, Scarlett?

—No estaba en ninguna parte —respondió, sin emoción—. Estaba en mi dormitorio, durmiendo.

Tella entornó los ojos.

—Llamé.

—Supongo que no me enteré.

—Llamé tan fuerte que me magullé los nudillos.

—Estaba agotada. —Scarlett se presionó la falda y suavizó una arruga inexistente—. Sabes que tengo el sueño profundo.

Tella no quería dudar de su hermana. El tono de Scarlett parecía sincero, pero que no dejara de jugar con los pliegues de su vestido la hacía pensar que, aunque estuviera diciendo la verdad, no era la historia completa. No paraba de alisarse la falda, y alisarla, y alisarla.

Al parecer, Scarlett notó las crecientes dudas de su hermana.

—No estoy jugando. ¿Dónde podría haber estado, Tella?

—Puede que no estés jugando porque trabajas para Legend —la acusó.

—Tú… ¿Tú crees que formo parte del juego? —balbuceó Scarlett.

—¡No sé qué pensar! Después de todo lo que ocurrió anoche, ni siquiera estoy segura de seguir creyendo que solo es un juego —admitió.

Al menos, Scarlett no dijo que aquello era exactamente lo que le había advertido. En lugar de eso, inhaló y volvió a suavizarse la falda.

—¿Ya has olvidado lo que Legend me hizo pasar en la edición anterior? ¿De verdad crees que yo formaría parte de algo así para ti? —le preguntó con tranquilidad—. No respondas, porque tu expresión deja claro que eso es lo que crees. Pero yo nunca te haría daño, Tella. Te lo prometo, no estoy trabajando para Legend. Y si crees lo contrario, es que sus trucos están funcionando contigo.

Scarlett le tomó la mano, con calidez y firmeza pero un poco temblorosa. Tella podía interpretarlo como una prueba de que estaba mintiendo o de que su hermana, que rara vez mentía, se sentía verdaderamente dolida.

Tella notó una punzada de remordimiento.

—Lo siento —dijo—. Tienes razón. No debería haber llegado a la conclusión de que estás trabajando con Legend solo porque no me abrieras la puerta.

Estuvo a punto de reírse tras decir las palabras en voz alta; aquel había sido un salto lógico bastante grande. Pero parecía muy pronto para bromear al respecto. Scarlett todavía la agarraba de la mano y el lazo entre ambas parecía inusualmente frágil, como si el peso de sus muchos secretos pudiera romperlo.

Miró por la ventana. La luz había cambiado de un perezoso melocotón al brillante albaricoque, dando a todo lo que había en la habitación un tono un

poco más dorado. No había prestado atención a las campanas, pero suponía que ya sería mediodía, o más tarde. Quedaban suficientes horas antes del crepúsculo y su cena con la emperatriz, para poder confesárselo todo a Scarlett. Y quería hacerlo. Pero dudaba de que su hermana creyera algo de lo que había descubierto durante el juego, lo que la asustaba casi tanto como la idea de que se lo creyera todo.

Casi deseaba que su hermana le asegurara que aquello solo era un juego. Pero si Caraval era real, como su encuentro de madrugada con La Reina de los No Muertos había empezado a convencerla, fingir que solo era un juego no le haría ningún bien. No obstante, convencer a Scarlett de que era real tampoco le haría a su hermana ningún bien. Solo serviría para que se preocupara más por ella.

Pero quizá había un secreto que sí podía revelar y que mejoraría las cosas en lugar de empeorarlas.

—Creo que Dante podría ser hermano de Julian.

—¿Por qué dices eso? —El tono de Scarlett era puro escepticismo—. Esos dos ni siquiera se caen bien.

—Oí algo anoche.

—Probablemente solo era una representación para el juego.

—Sonó muy convincente.

Scarlett entornó los ojos.

—Estás empezando a creer de verdad que no es solo un juego, ¿no?

—No —mintió Tella.

—Pero ¿crees que Julian y Legend son hermanos?

—Sí. Lo creo.

O lo creía, hasta que su hermana comenzó a mirarla como si hubiera perdido la cabeza.

Scarlett exhaló con lentitud.

—Desearía poder creerte, pero ni siquiera estoy jugando y ya está haciendo que me cuestione cosas. —Señaló la puerta—. Todavía no entiendo por qué el heredero y tú afirmáis estar comprometidos. Estoy segura de que tiene algo que ver con Caraval, pero no imagino qué. Lo único que sé es que me asusta, Tella. Si yo estoy confusa, tú debes estarlo mucho más.

La voz de Scarlett se rompió y, con ella, algo se quebró en el interior de Tella.

No quería mentirle de nuevo a su hermana, pero sabía que no podía contarle toda la verdad.

—Estoy jugando por Jacks —le confesó—. Si gano y le entregó el premio, nos reunirá con mamá.

La expresión de Scarlett se endureció, pero no dijo una palabra.

Pasaron varios segundos.

Tella casi temía que su hermana no respondiera, que ignorara el tema como hacía siempre. Pero fue casi peor cuando habló.

Scarlett pronunció cada palabra como si fuera una maldición, como si hubiera preferido descubrir que su madre había muerto.

—¿Por qué sigues buscando a esa mujer?

—Porque no es una mujer, es nuestra madre.

Tella pensó en caminar hasta el pequeño baúl y sacar la carta en la que Paloma estaba atrapada, pero no era indestructible, como El Aráculo, y temía que Scarlett hiciera algo impulsivo como intentar romperla en dos.

El color del vestido de su hermana cambió, oscureciendo su sensual carmesí hasta un furioso burdeos, a juego con el tono oscuro de su voz.

—Sé que quieres creer lo mejor de ella. Durante mucho tiempo, yo también lo hice. Pero nos abandonó, Tella, y no solo nos abandonó, nos dejó con nuestro padre. Sé que esperas que haya una buena razón para ello. Pero la verdad es que si nos hubiera querido, se habría quedado con nosotras o nos habría llevado con ella.

Tella pensó en contarle que su madre se había marchado para protegerlas de una Baraja del Porvenir maldita que contenía a todos los Destinos, pero cuando lo pensó, le sonó ridículo. Y, si le contaba a Scarlett lo de las cartas, también tendría que confesar que su madre era una criminal que las había robado, y dudaba de que eso la ayudara en su caso.

—Siento que veamos esto de un modo tan diferente —dijo Tella.

—No quiero que vuelvan a hacerte daño. —Scarlett se apoyó en el poste de la cama más cercano—. Esta situación, y el hecho de que te hayas unido a un violento heredero para encontrar a nuestra madre, dice a gritos que esto no va a terminar bien.

—Sé que no te gusta —insistió Tella—, pero si lo que te preocupa es Jacks, confía en mí. Nuestro trato terminará tan pronto como acabe el juego.

—¿Estás segura de eso? —le preguntó Scarlett—. Cuando estuvo aquí, no parecía dispuesto a dejarte marchar.

—Es un buen actor.

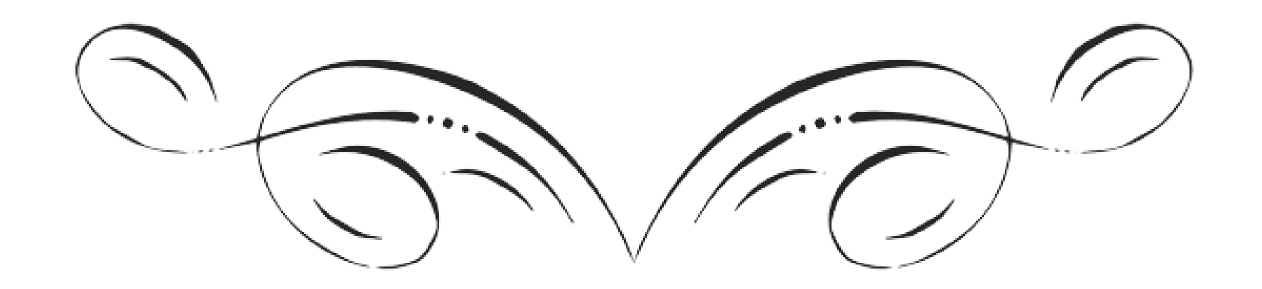
—No creo que sea eso.

—Por eso te estoy pidiendo que confíes en mí. —Tella le apretó la mano —. Yo he confiado en ti cuando me has dicho que no trabajas para Legend.

Te prometo que dentro de tres días, ni tú ni yo volveremos a ver a Jacks.

—Pueden cambiar muchas cosas en tres días —apuntó Scarlett.

Pero no siguió discutiendo, y eso hizo que Tella se preguntara si quizá, después de todo, su hermana tendría sus propios secretos.



LA QUE DEBERÍA HABER SIDO LA CUARTA NOCHE DE CARAVAL





Tella no podía dejar de entrelazarse flores en el cabello. Sabía que eran demasiadas; su cabeza parecía un jardín lleno de plumerias azules. Y seguía añadiendo más.

Después de que Scarlett se marchara, un ramo de plumerias apareció en su puerta sin ninguna nota. Tella supuso que eran un regalo de Jacks, pues iban bien con el amplio vestido que él le había enviado para aquella noche. Había pensado en tirarlas por la ventana, pero algo en su perfume le resultó familiar de un modo que hacía que la idea de separarse del ramo azul le resultara dolorosa. Se puso una en el cabello, y después otra, y otra, perdiéndose en su dulce aroma y concentrándose en el pequeño acto de entrelazarlas en sus rizos en lugar de en el hecho de que iba a cenar con la emperatriz del Imperio Meridional.

Aquella sola idea la desequilibraba.

Como su padre era gobernador, Tella había aprendido los modales adecuados para comer con nobles, pero nunca se le había dado demasiado bien seguirlos. Y no sabía nada sobre cenas con la realeza.

Tomó otra plumeria del disminuido ramo.

Una carcajada flotó desde la puerta de su dormitorio.

Tella se giró para ver a Jacks apoyado en el marco.

Había esperado que, por una vez, intentara mostrar un aspecto regio. Como la noche del Baile Predestinado, Jacks ni siquiera llevaba chaqueta. Vestía una camisa suelta del color del coñac, con unos hombros desgarrados que hacían que pareciera que se había escapado de algún tipo de decoración, sin remeter en los pantalones marrones que desaparecían bajo unas sucias botas de piel. *Informal* era una palabra demasiado sofisticada para describirlo, y aun así la magia lo rodeaba con un halo de ardiente cobre.

En una mano desnuda sostenía una manzana tan blanca y brillante como las sábanas de una virgen.

—Buenas noches, Donatella.

—Ya sabes que no es educado entrar a hurtadillas en la habitación de una joven dama.

—Creo que nosotros dejamos la educación hace mucho. Pero… —Jacks se apartó de la puerta con un movimiento ágil y le ofreció el brazo—. Te prometo que esta noche me portaré bien.

—Eso no es decir demasiado.

Tella se suavizó la falda mientras se levantaba de su asiento. El vestido que llevaba era más pesado que el resto de los que Jacks le había enviado. Una mitad era de seda azul irisada sin adornos y la otra era una ornamentada combinación de espirales de joyas, con flores de terciopelo azul noche y adornos de encaje azul glacial que se derramaban por su falda en una caótica combinación que la hacía pensar en un joyero volcado.

—No te preocupes —dijo Jacks—. Estoy seguro de que Eli te adorará.

—¿Acabas de llamar Eli a la emperatriz?

—Elantina es demasiado largo.

—A mí me llamas Donatella.

—Me gusta como suena. —Jacks rompió con los dientes la piel de su manzana, lo que reveló una carne profundamente roja al dar un gran bocado.

Tella se obligó a aceptar su brazo, sabiendo que cualquier señal de incomodidad y desagrado solo serviría para satisfacerlo. Pero para su sorpresa, se comportó como un caballero mientras subían los peldaños de la torre dorada para reunirse con la emperatriz en la última planta.

Jacks sostenía a Tella con tanta ligereza que podría haberse soltado en cualquier momento. Estuvo más concentrado en su manzana que en ella, hasta después de algunos tramos de escalera. Entonces bajó el brazo y se giró para mirarla abruptamente.

En lugar de su pieza de fruta, se mordió el labio con los dientes mientras sus ojos de mercurio danzaban por su cabello. Tella había perdido varias flores en las escaleras. Seguramente era lo mejor. No obstante, Jacks la miró con el ceño fruncido.

—¿Qué pasa? —le preguntó.

—La emperatriz tiene que creer que estamos enamorados. —Hizo una pausa, como si estuviera eligiendo con cuidado sus siguientes palabras—. Mi situación con Eli es complicada. Si pudiera matarla, lo haría, pero está muy protegida. Y aunque es vieja, la muerte todavía le queda lejos. No obstante,

está muy cerca de entregarme su trono. Pero eso no ocurrirá hasta que haya encontrado a alguien que ella considere adecuado para compartirlo conmigo.

—¿Y crees que yo soy ese alguien? —Una carcajada acompañó las palabras de Tella.

Pero Jacks no sonrió.

—Convenciste a Legend para que te ayudara, moriste y volviste a la vida, y te atreviste a besarme. Por supuesto que eres ese alguien. —Sostuvo su mirada un momento antes de mirar más allá.

Tella siguió sus ojos hasta un espejo colgado de la pared. Los reflejaba a ambos. Para su asombro, Jacks parecía distinto en el espejo; este debía ser incapaz de capturar su verdadera esencia. Con su camisa rota y sus botas sucias, todavía parecía recién salido de la cama o haber caído por una ventana baja, pero también lucía más joven, más infantil y travieso en lugar de la encarnación del mal. Sus ojos tenían un brillante tono de azul, sin fríos toques de plata. Su piel era pálida, pero había un atisbo de color en sus mejillas y una curva sutil en su boca que hacía que pareciera a punto de decir algo picante.

—Estás mirando a la persona equivocada, querida.

Jacks le presionó la mejilla con suavidad, moviéndola un poco para que viera su propio reflejo.

Había pasado más de una hora sentada delante del espejo, poniéndose flores en el cabello, pero no se había mirado, en realidad no. A veces, cuando se miraba en él, estaba segura de ver la sombra de la Muerte en lugar de la suya. Pero mientras miraba su reflejo ahora, no vio a la Muerte. Su piel resplandecía, no solo con color después de subir las escaleras, sino con una vida que insinuaba que le restaban días y semanas y estaciones enteras de aventuras por vivir. A su lado, Jacks parecía de repente más pálido, en comparación. El resplandor del heredero implicaba que jamás moriría de causas naturales o heridas mortales, pero el fulgor de Tella significaba que estaba realmente viva.

—Puede que otra gente te subestime, Donatella, pero yo no.

Tella intentó no sentir nada ante sus palabras. La habían subestimado toda su vida: su padre, que había creído que era una inútil; su hermana, que la quería pero que temía que no pudiera mantenerse lejos de los problemas; su yaya, que solo la había considerado un incordio; incluso ella misma se subestimaba a veces. Era casi cruel que el único que parecía creer en ella fuera el mismo ser que estaba matándola lentamente.

—Si fracaso, ¿me matarás, como asesinaste a tu última prometida?

La expresión de Jacks se volvió hermética.

—Yo no la maté.

—Entonces, ¿quién lo hizo?

—Alguien que no quería que ocupara el trono.

Jacks tiró su manzana y la dejó rodar por las escaleras mientras tomaba a Tella del brazo. Se acercó a ella un poco más que antes, casi protector, pero se mantuvo en silencio mientras seguían subiendo, como si la mención de su prometida anterior lo hubiera perturbado de verdad. Si lo hubiera creído, tal vez se habría sentido culpable, pero era El Príncipe de Corazones y todos sabían que no era capaz de amar. Las historias decían que tenía un verdadero amor, pero ella dudaba de que lo hubiera encontrado. Y teniendo en cuenta la indiferencia con la que había mencionado que deseaba matar a la emperatriz, dudaba de que la pérdida de una vida humana lo afectara.

—¿Por qué te importa tanto el trono? —le preguntó después de un par de peldaños más—. Eres un Destino, no entiendo por qué deseas la carga del poder mortal.

—Puede que me guste la idea de llevar una corona. —Jacks ladeó la cabeza, dejando que su cabello dorado cayera sobre sus ojos—. ¿Has visto la corona de la emperatriz?

—No puedo decir que sí.

Pero ella había visto la despreocupación con la que se vestía y, aunque no fuera así, no comprendía el hecho de que El Príncipe de Corazones se esforzara tanto por ser el heredero solo para llevar una corona.

Estaba a punto de preguntarle qué había de especial en aquella corona cuando por fin dejaron de subir.

Tella no había contado el número de tramos, pero suponía que estaban cerca del final de la torre. Dos puertas negras lacadas los esperaban, con guardias vestidos de armadura a cada lado. Debieron reconocer a Jacks, porque abrieron las puertas sin decir una palabra.

Había velas cayendo de cada centímetro del techo blanco, como gotas de lluvia cerosas y brillantes que llenaban la sala abovedada de titilantes agujas de luz del color de las caléndulas. Tella solo tuvo un momento para fijarse en todo ello, para mirar el vapor que se elevaba del elaborado festín bajo las velas y el estrado tallado al otro lado de la habitación, antes de que una voz femenina se alzara en el silencio.

—¡Por fin estáis aquí! —La emperatriz Elantina se levantó de su asiento en la cabecera de la mesa del banquete.

Tella había esperado un espectro pálido, una mujer delgada y huesuda y más fría que su yaya Anna, pero Elantina tenía las mejillas sonrosadas, la piel

oliva y oscura, y un cuerpo redondeado que parecía suave y abrazable.

—Tú, querida, eres adorable.

Elantina sonrió, luminosa, como si hubiera estado ahorrando sonrisas para entregárselas a Tella. La expresión iluminó el rostro de su majestad, lo que hizo que la diadema dorada de su cabeza y las joyas que bordeaban su capa azul real brillaran aún más.

Tella se inclinó en una reverencia.

—Es un placer conocerla, majestad. Jacks me ha hablado mucho de usted.

—¿Te ha contado que planea matarme?

La joven se tragó un gemido.

—No pongas esa cara de susto. ¡Solo estoy bromeando! Hasta ahora, Jacks es mi heredero favorito. —Elantina le guiñó el ojo y la rodeó con sus brazos.

Debido a su yaya Anna, que había sido tan delgada como la rama de un árbol, Tella siempre había pensado que los ancianos eran criaturas frágiles y rompibles, pero Elantina abrazaba con ferocidad y calidez, sin pensar en cómo se arrugaría su inmaculado atuendo.

Después de soltarla, la mujer también abrazó a Jacks. Incluso le alborotó el cabello como si fuera un niño.

—Serías muy guapo si pusieras un pequeño esfuerzo en tu apariencia.

Para sorpresa de Tella, Jacks se sonrojó; su piel era más azul que roja, pero el rubor sin duda estaba allí. No creía que fuera posible fingirlo y de ninguna manera podía estar verdaderamente avergonzado por aquella minucia, pero aun así sus mejillas pálidas se volvieron un poco azuladas. Después de un instante, Jacks añadió una sonrisa torcida, sin duda para hacer creer a la emperatriz que, aunque fuera tímido, apreciaba sus atenciones. Era perturbador lo bueno que era fingiendo.

La emperatriz sonrió, pero su sonrisa se desvaneció con rapidez.

—Estás demasiado delgado, Jacks. Espero que anoche comieras algo más que una manzana. —Elantina se dirigió a Tella—. Tendrás que asegurarte de que coma lo suficiente. La gente siempre está intentando envenenar a mi querido Jacks, así que nunca come nada en mis pequeños banquetes. Pero espero que esta noche se divierta. He ordenado un festín propio de una… Bueno, de mí.

Elantina se rio mientras conducía a Jacks y a Tella hasta la mesa repleta de comida. Cada plato imaginable estaba presente, desde torres de caramelo de miel con flores comestibles a un cochinillo glaseado con una manzana en la boca. Había árboles frutales en miniatura de los que crecían ciruelas

cubiertas de chocolate y melocotones bañados en azúcar morena. Cuñas de queso sobresalían de cofres del tesoro en miniatura hechos de hojaldre. Había caparazones de tortuga llenos de sopa, sándwiches pequeños con forma de boca, platos coloridos de rábanos rosas y rojos salteados, agua con burbujas de lavanda y vino del color del melocotón con bayas en el fondo de la jarra.

—Como verás, no hay criados. Quería que este fuera un encuentro íntimo, para llegar a conocerte.

Elantina se sentó en la cabecera de la mesa. Solo había dos sillas más, ambas mirando hacia el escenario teatral en el otro extremo del salón. El arco de madera que lo sobrevolaba tenía imágenes talladas de sencillas máscaras ovaladas, las cuales fruncían el ceño y sonreían; también las había con gesto enfadado, riéndose y haciendo toda una variedad de muecas extrañas mientras miraban el telón cerrado, tan verde como un cuento de hadas.

—Bueno, háblame de ti —le pidió la emperatriz—. Jacks dice que estás en Valenda para buscar a tu madre desaparecida.

Tella abrió la boca para responder mientras se sentaba, pero en lugar de permitirlo, Elantina continuó recitando una lista impresionantemente larga de las cosas que Jacks le había contado sobre ella. La emperatriz incluso sabía que su cumpleaños sería dentro de poco y le prometió prepararle una pequeña fiesta.

—Jacks también me ha dicho que estás obsesionada con los Destinos. Yo tuve una Baraja del Porvenir especial, hace mucho tiempo. Nunca predecía nada bueno. —Se rio de nuevo.

El sonido sorprendió a Tella casi tanto como la primera vez. No había esperado que su majestad fuera tan simpática, ni que quisiera tanto a Jacks. Siempre asentía o se reía cuando él hablaba, y le llenaba el plato de comida como si fuera un niño, aunque Jacks no tocaba ningún alimento. El heredero sacó la manzana de la boca del cerdo, pero tampoco se la comió; solo la hizo rodar por la palma de su mano.

Colocó la otra mano en el cuello de Tella y sus dedos fríos jugaron despreocupadamente con su cabello. Era una demostración para la emperatriz, pero no parecía practicada sino algo natural. Tella habría jurado que también sentía su mirada, tan fría como la escarcha de la mañana, rozándole la boca mientras vigilaba cada bocado que ella tomaba.

—Tenéis que probar estos. —Elantina señaló una bandeja de pasteles del tamaño de un puño decorados para parecer regalos de todas las combinaciones de colores, desde mandarina y verde azulado a plateado y espuma de mar, el color de los ojos de Jacks—. Se trata de un plato

tradicional de compromiso exclusivo entre la realeza. Solo los cocina el repostero real. Es ilegal que los demás lo encarguen. Hay una sorpresa distinta en cada uno de los pasteles que simboliza lo que os deparará vuestro futuro juntos. Algunos están llenos de crema dulce para representar una vida placentera, y otros están rellenos de huevos de caramelo que simbolizan una gran fertilidad. —Elantina volvió a guiñar el ojo y Tella estuvo a punto de escupir el agua.

Jacks, que no había comido nada desde su manzana en las escaleras, tomó un pastel cubierto de un aterciopelado glaseado azul, el mismo color del vestido de Tella, y se lo llevó a la boca. Cuando mordió, rezumó una espesa mermelada de frambuesa.

Elantina aplaudió.

—Parece que siempre tendréis pasión. Es tu turno, querida.

Tella no iba a casarse con Jacks (preferiría quedarse atrapada en una carta), así que no debería importar qué pastel eligiera. Pero, en realidad, no quería elegir ninguno. Ya había tenido suficientes predicciones de su futuro. Tanto Jacks como la emperatriz estaban mirándola fijamente. Aquello no era una petición; era un desafío.

—Interesante —murmuró Elantina.

Tella se miró los dedos y descubrió que había tomado un pastel negro y desangelado con un lazo de glaseado azul marino, el mismo color de las alas que Dante tenía tatuadas en la espalda.

—Me recordó a la noche sin luna en la que conocí a Jacks —mintió Tella.

—Oh, no me refería al pastel. —Elantina clavó su regia mirada en el anillo de ópalo con forma de estrella que Tella llevaba en el dedo—. Hacía mucho tiempo que no veía uno de esos.

—Es una reliquia familiar de mi madre —dijo Tella.

—¿Y te lo regaló ella? —le preguntó Elantina con la misma calidez que el resto de aquella noche, pero Tella habría jurado que sus ojos estaban ahora entornados, como si su sonrisa ya no fuera genuina—. ¿Te contó para qué sirve?

—No. Solo es una de las pocas cosas que dejó atrás cuando desapareció.

—¿Y lo llevas para recordarla? —La expresión de Elantina se suavizó—. Eres realmente una pequeña piedra preciosa. Cuando Jacks me contó que se había prometido de nuevo, me sentí escéptica. Temía… Bueno, no importa qué temía. Ahora entiendo por qué te ha elegido. Pero ten cuidado con esa reliquia tuya. —Bajó el tono a un susurro—. Parece una de las llaves del

Templo de las Estrellas y, si lo es, tu madre debió pagar un precio muy alto por ella.

Tella volvió a mirarse la mano. Le parecía increíble, pero una parte desesperadamente esperanzada de ella siempre se había preguntado si el anillo que había llevado durante los últimos siete años sería una llave que desbloqueara los secretos de su madre.

—Perdonad la interrupción —dijo una voz ronca desde el escenario.

Tella levantó la mirada para ver a Armando vestido como El Rey Asesinado, un Destino que podía representar la traición o el retorno de algo perdido. Sonrió a su pequeña audiencia con una expresión tan escalofriante como su disfraz. Una goteante espada roja colgaba de su cintura, un grueso tajo de sangre manchaba su garganta expuesta, y llevaba una corona de dagas en la cabeza.

—Es un placer estar aquí esta noche.



La mitad de las velas que colgaban del techo se apagaron, cubriendo de sombras la mesa del banquete. Solo Armando y el escenario permanecieron iluminados.

—¡Oh, bien! —exclamó Elantina, aplaudiendo—. El espectáculo está a punto de comenzar.

—Gracias por invitarnos, majestad. —Armando hizo una pronunciada reverencia, sorprendentemente humilde—. Desde su coronación, ha sido el mayor deseo de Legend traer a los intérpretes de Caraval a Valenda. Le agradecemos profundamente que haya aceptado su oferta. Para honrarla esta noche, hemos preparado una representación muy especial con la que le mostraremos cómo era la vida cuando los gobernantes no eran tan sabios y benévolos. Esperamos que la disfrute.

El telón se abrió.

La obra parecía la parodia de una parodia.

El escenario estaba preparado para simular una antigua sala del trono, pero todos los colores eran demasiado chillones y estridentes: todo estaba pintado en llamativo lima, violeta eléctrico, coqueto fucsia, azul cósmico y vibrante amarillo, como si un niño hubiera coloreado el fondo, los disfraces y el trono que ocupaba Armando. Jovan, ataviada como La Reina de los No Muertos con un parche enjoyado en el ojo y un vestido negro ceñido, se apoyaba en su brazo.

Tella se estremeció al recordar lo ocurrido en el puente ante las puertas del Castillo Idyllwild.

Jovan hizo una mueca, tan cruel como el verdadero Destino, mientras examinaba a la corte reunida sobre el escenario.

Tella los miró. Reconocía a varios intérpretes: algunos de ellos estaban vestidos de nobles, pero muchos iban disfrazados para parecer otros Destinos. Entre la pequeña multitud, vio a La Doncella Embarazada, a Las Fámulas y a El Envenenador.

No vio a Dante. Y se enfadó consigo misma por buscarlo.

En el escenario, Jovan La Reina de los No Muertos suspiró con dramatismo.

—Estoy muy aburrida.

—Quizá yo pueda ayudarte con eso. —Caspar apareció en escena con una levita de terciopelo rojo a juego con la sangre que goteaba de la comisura de su boca y del rabillo de un ojo. Al parecer, interpretaba el papel de El Príncipe de Corazones.

Tella se atrevió a mirar a Jacks, para ver cómo reaccionaba al verse a sí mismo representado en el escenario. Su expresión permaneció neutral, bordeando el desinterés, pero ella notó que el brazo con el que la rodeaba se volvía ártico mientras Caspar agitaba una mano para llamar a dos nuevos intérpretes al escenario.

Tella no reconoció a ninguno. Se trataba de un chico y una chica un poco más jóvenes que ella, y había algo en sus disfraces que resultaba perturbador. El resto de los intérpretes estaban disfrazados, pero aquellos chicos parecían llevar sus mejores atuendos, bien planchados y ligeramente pasados de moda al compararlos con el resto de la corte, como si ninguno de ellos tuviera razones para vestir bien a menudo y no hubieran necesitado actualizar su armario. Esto hacía que ambos parecieran más reales que el resto, como si Caspar se los hubiera encontrado en la calle y les hubiera prometido una bolsa de caramelos si lo seguían.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Caspar a la chica.

—Agathe.

—Qué nombre tan bonito, Agathe. ¿Y tú? —le preguntó al joven.

—Hugo.

—Otro nombre excelente. —El tono de Caspar pasó de dulce a escurridizo—. De hecho, me gustan tanto vuestros nombres que voy a escribirlos para asegurarme de que no los olvidaré.

Agathe y Hugo intercambiaron una mirada perpleja, como si notaran que algo no era como debería ser, pero ambos asintieron, claramente ansiosos por complacer a un Destino.

Caspar sacó dos trozos de papel del bolsillo, del tamaño y la forma exactos de unos naipes.

—Oh —gimió—, parece que no me queda tinta. Supongo que tendré que usar mi sangre inmortal.

Sacó una daga enjoyada y se presionó la punta del dedo. La sangre apareció y Caspar fingió usarla para escribir sobre el naipe. Cuando terminó, una nube de humo plateado de atrezo cubrió la mitad del escenario. Tras aclararse, Agathe había desaparecido. En su lugar había una carta.

Caspar la recogió y se la mostró a Jovan y a Armando.

—¡La has convertido en una carta! —exclamó Jovan—. ¡Hazlo otra vez! ¡Hazlo otra vez!

Hugo comenzó a correr, pero el dedo ensangrentado de Caspar ya había comenzado a moverse y escribía el nombre del joven en la otra carta en blanco.

Otra vaharada de humo y Hugo desapareció.

Caspar caminó hasta el lugar donde el chico había estado y recogió el naipe del suelo.

Jovan aplaudió.

—¿Cuánto tiempo se quedarán así?

Caspar se acercó al trono.

—Puedes mantenerlos así tanto tiempo como te parezca divertido. —Caspar sacó una larga lengua rosada y lamió una de las cartas antes de pasársela a Jovan—. Te haré una baraja entera para que puedas jugar.

El brazo de Jacks, que seguía sobre el hombro de Tella, parecía de repente más pesado y frío.

—¿Fue así? —susurró Tella—. ¿Hiciste eso de verdad? ¿Convertiste a la gente en cartas y jugaste con ellas?

Jacks le respondió al oído.

—Yo nunca he lamido una carta.

—Pero el resto…

Tella se giró para poder mirarlo a la cara, para buscar remordimiento en su rostro. Sabía que los Destinos eran malvados (Jacks la había envenenado para conseguir lo que quería), pero la idea de atrapar a alguien, de convertirlo en una pieza indefensa de papel y jugar con él solo por placer y diversión parecía un tipo diferente de crueldad.

Jacks le dedicó una sonrisa perezosa.

—¿Qué intentas encontrar, Donatella? ¿Buscas algo bueno en mí? Nunca lo verás, porque no existe.

—No necesito que me digas eso.

—Entonces, ¿por qué sigues mirándome como si buscaras respuestas?

Ella inclinó la cabeza hacia el escenario.

—¿Esto es lo que planeabas hacer con el verdadero nombre de Legend? ¿Atraparlo en una carta?

—Él quiere destruirme —dijo Jacks con tranquilidad—. Yo solo intento defenderme.

—Entonces, ¿por qué ahora quieres algo más que su nombre?

—Porque puedo tener más. —Su brazo frío se ciñó alrededor de Tella con más fuerza cuando dijo la palabra *más*.

—¿Cómo? —le preguntó la joven—. ¿Cómo planeas arrebatarle más?

—Mi respuesta solo te haría más infeliz.

—En esta situación, prefiero el conocimiento a la felicidad.

—Me beberé la sangre directamente de sus venas. Así es como se entrega y se roba el poder. No funciona si está embotellada. De ese modo, podría tomar parte de su magia, pero no la mantendría mucho tiempo.

Podía hacerlo. Tella recordó cómo había detenido los corazones de todos los del baile después de su beso. Solo había durado un minuto, pero fue todo lo que necesitó.

Sin otra palabra, Jacks se giró hacia el escenario y sonrió como si el espectáculo lo divirtiera, pero ella supuso que su incomodad era su verdadera fuente de placer.

Disfrutaba atormentándola, del mismo modo que El Príncipe de Corazones de la obra disfrutaba jugando con los niños que había encerrado en los naipes.

Legend no estaba caminando por una línea demasiado fina con aquella obra; estaba cruzándola.

Quizá suponía demasiado, pero creía que la obra, en realidad, no era para Elantina sino para ella, para convencerla de cuán malvados eran los Destinos y de ayudar a Legend a destruirlos en lugar de colaborar con Jacks para que recuperara sus poderes.

Entonces se le ocurrió otra idea. Aquel día, Jacks le había contado que solo había dos modos de liberar a alguien de una carta. «Un humano debe ocupar su lugar voluntariamente o un inmortal de gran poder debe romper la maldición y liberar a todos aquellos que se encuentran aprisionados».

Jacks le había dicho que liberaría a su madre, pero Tella sabía que él nunca ocuparía el lugar de Paloma. ¿Y si no solo quería a Legend para recuperar su poder? ¿Y si quería el poder de Legend para romper la maldición de las cartas y liberar a todos los Destinos? Quizá la verdadera razón por la

que quería el trono era que, así, los Destinos reinarían una vez más, exactamente como habían hecho en el pasado.

La obra continuaba sobre el escenario.

Un estallido hizo que advirtiera que había aparecido más humo. Cuando miró de nuevo el estrado, todos los nobles que habían sido parte de la corte habían desaparecido y en su lugar había más cartas.

Tella observó horrorizada cómo Caspar las recogía y comenzaba a barajarlas para Armando El Rey Asesinado y Jovan La Reina de los No Muertos.

—Si te cansas de estas, siempre puedo hacerte más —ofreció Caspar—. O podemos cambiarlos por otros escribiendo sus nombres en las cartas.

—¿Te imaginas que gobernáramos así? —Elantina comenzó a reírse, con un sonido libre y desenfrenado que rápidamente se convirtió en una tos gutural mientras el telón verde se cerraba para el interludio.

La emperatriz tomó su copa de agua, pero volcó tanto la suya como la de Jacks y lo que quedaba del vino.

Tella le ofreció su copa, pero la emperatriz negó con la cabeza como si no confiara en ella.

—Jacks —graznó.

El heredero se levantó de su silla y abandonó la habitación para buscar más agua.

Elantina tosió, un último sonido traqueteante. Después, su expresión cambió. Miró a Tella con unos ojos claros y astutos y, cuando habló, su voz también sonó distinta: ya no era la embobada emperatriz que sentía debilidad por Jacks. Su tono era tan afilado como el diente de un león.

—Miénteme —dijo Elantina—, y haré que te echen de esta habitación antes de que Jacks regrese. O dime la verdad y ganarás una poderosa aliada. Ahora, responde con rapidez: ¿qué estás haciendo con ese joven despiadado que quiere mi trono?

A Tella se le secó la garganta de repente. Su primer instinto fue creer que aquello era una prueba de Jacks, pero después su mente regresó al momento en el que Elantina había comentado que Jacks planeaba matarla. Había dicho que solo estaba bromeando, pero no había sonado a algo que se dice solo por diversión.

—Te estás quedando sin tiempo —le espetó Elantina.

—Tiene a mi madre prisionera —le confesó Tella. No confiaba en Elantina, pero cualquier mujer que pudiera gobernar un imperio sola durante cincuenta años tenía que ser más astuta que un zorro, lo que con suerte

significaba que de verdad tenía calado a Jacks—. Hasta que mi madre sea libre, yo tampoco me libraré de Jacks.

Elantina apretó los labios en una línea dura.

A Tella se le desbocó el pulso.

Pero antes de que la emperatriz pudiera continuar, Jacks volvió a entrar en la habitación y le entregó una copa de agua.

—Gracias, mi querido niño. —Elantina se llevó el agua a los labios, pero Tella habría jurado que no la bebía. Distrajo a Jacks diciendo—: Estaba diciéndole a tu adorable novia que quiero que se una a nosotros en la Víspera de Elantina para ver los fuegos artificiales desde la cima de esta torre.

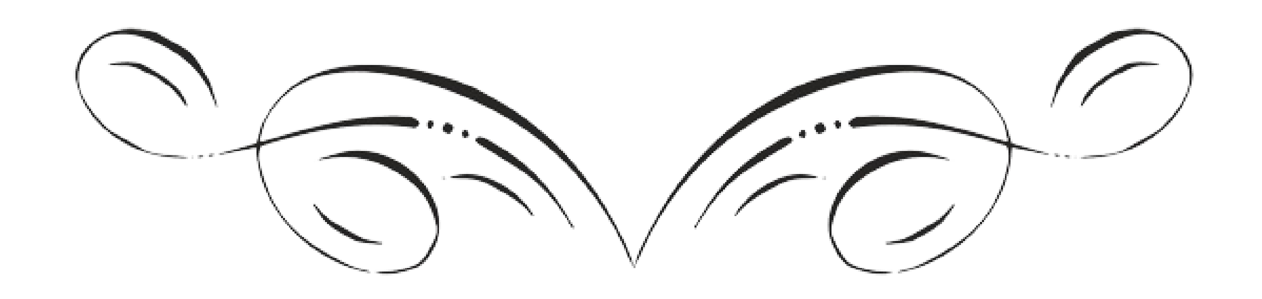
Tella no recordaba demasiado de lo que ocurrió a continuación. Jacks y Elantina siguieron conversando, pero apenas oyó una palabra de lo que decían. No podía dejar de pensar en la obra, en los Destinos con los que se había encontrado en la puerta del Castillo Idyllwild, y en que si ganaba el juego y entregaba a Legend estaría condenándolo tanto a él como al Imperio.



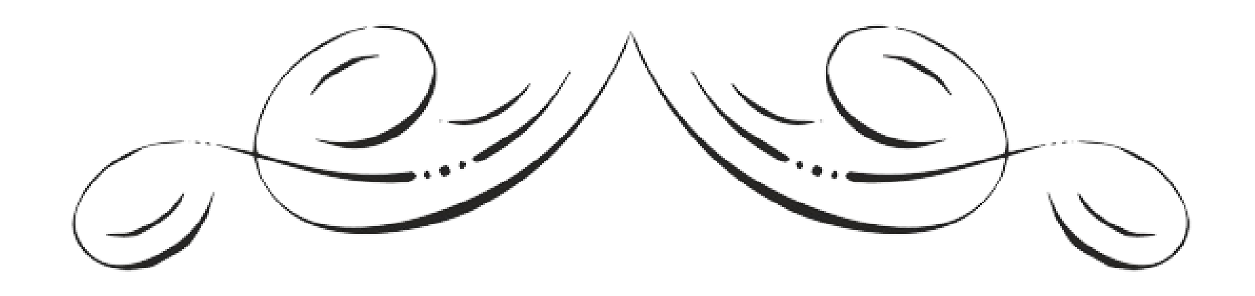
Tras regresar a su dormitorio, Tella sacó El Aráculo.

La imagen no estuvo clara hasta que se imaginó ganando el juego y entregando a Legend, tal como le había prometido a Jacks. De inmediato, la visión adquirió definición para formar una escena en la que estaban Tella, su hermana y su madre, felices y abrazándose. Parecía una imagen demasiado bonita para ser verdad. Quizá lo era.

Durante años había confiado en El Aráculo sin cuestionarlo. Pero si el verdadero Aráculo estaba atrapado dentro de aquella carta, ¿no le mostraría lo que fuera necesario para que lo ayudara a escapar?



QUINTA NOCHE
DE
CARAVAL





Al principio parecía que no había estrellas. Desde abajo, el cielo era como un brillante espejo negro. Pero desde arriba, en el interior de su carruaje aéreo, Tella pudo ver que el cielo no estaba completamente oscuro. Una fina línea de estrellas blancas resplandecía con la forma de un corazón. Abarcaba la mayor parte de Valenda y destellaba como polvo de hadas en los límites de la ciudad antigua, insinuando encantamientos y magia y sueños infantiles.

Tella se acercó a la ventanilla del carruaje. Incluso bajo la incandescente luz de las estrellas, estaba demasiado oscuro para ver con claridad a la gente de abajo, pero se imaginó a aquellos que seguían jugando y corriendo por las calles. Nadie le había dicho nada directamente, pero había oído a algunas criadas discutiendo sobre lo disgustado que estaba todo el mundo porque Elantina hubiera cancelado la cuarta noche de Caraval.

Ya que su vida dependía del resultado del juego, ella tampoco había querido perderse una noche de búsqueda. No obstante, su cuerpo había tomado el descanso con voracidad. Después de la cena con Elantina, Tella había dormido, dormido y dormido. Casi había esperado despertar cubierta de la sangre que vertían sus ojos. Pero o Jacks le había concedido una prórroga, o la sangre que Dante y Julian le habían dado todavía estaba contrarrestando el letal beso del príncipe.

Por desgracia, no estaba totalmente curada. Su corazón había vuelto a latir más lento de lo que debería.

Latido… latido.

Nada.

Latido… latido.

Nada.

Latido… latido.

Nada.

Nada.

Se agarró el pecho y maldijo a Jacks. El latido faltante parecía instarla a darse prisa.

Mientras su carruaje descendía en el Distrito del Templo, sacó la tercera pista, que había copiado del dorso del póster de su madre para que fuera más fácil de transportar.

Si has descubierto esto, estás en un buen lugar, pero aún no es demasiado tarde para regresar.

Las pistas ya no pueden indicarte la dirección; para encontrar lo que Legend necesita, tendrás que seguir tu corazón.

Tella estaba casi segura de que el objeto que necesitaba para ganar era la mágica Baraja del Porvenir de su madre. También creía que no era solo un juego, y que Legend de verdad quería aquellas cartas. Pero suponía que él no sabía dónde estaban. Así que, a través de las pistas, le había pedido que siguiera su corazón, esperando que ella supiera dónde las había escondido su madre.

Una intensa nube de incienso rodeó el carruaje de Tella mientras aterrizaba en el Distrito del Templo. Las oraciones y los himnos todavía llenaban las calles, pero no estaba tan concurrido como unas noches antes. Ningún susurro de Legend llegó hasta sus oídos.

Parecía ser la única jugadora a la cual su corazón la había conducido allí. Aunque no fue tanto su corazón como el tempestuoso anillo de ópalo de su madre, que Elantina creía que era algún tipo de llave relacionada con el Templo de las Estrellas.

Esperaba que la emperatriz tuviera razón y, si era una llave, que desbloqueara los secretos que necesitaba para encontrar la Baraja del Porvenir de Paloma. Pero dudaba de que fuera tan sencillo, y la relación del anillo con el templo la hacía recelar.

Las religiones, tal como se practicaban en Valenda, parecían santuarios de entretenimiento en lugar de santuarios de fe. Pero Tella había oído que los que rezaban en el Templo de las Estrellas eran verdaderos creyentes, dispuestos a sacrificar su juventud, su belleza o lo que las estrellas les pidieran. Y aunque ella no sabía demasiado sobre las estrellas, había oído que los antiguos seres no tenían alma y que eran incluso menos humanos que los Destinos. Eso la hacía recelar de cualquiera dispuesto a unirse a su congregación.

Se tensó el cordón de la cintura para ceñirse la túnica que le había pedido a un criado del palacio que le consiguiera. Para acceder al Templo de las Estrellas necesitaría parecer una acólita, dócil y obediente, y vestir una horrible túnica.

El viento se deslizó entre sus piernas, e hizo que se estremeciera. Tella nunca había sido recatada, pero se sentía como si solo llevara una sábana, sujeta en el hombro por un nudo y con un cordón trenzado alrededor de la cintura. El cordón se arrastraba por el suelo cuando caminaba. Era muy poco favorecedor y resultaría difícil correr con él.

Y pensar en el Templo de las Estrellas la hacía desear girarse y huir en la dirección contraria.

La cúpula del templo estaba cubierta por unas alas enormes que destellaban tan brillantes como las llamas, pero a pesar de su grandiosidad, nadie se detenía en las cercanías de la gran entrada del templo. Puede que por eso hubiera tantas estatuas en sus amplios peldaños de piedra lunar, dando la impresión de visitantes y de vida. Aunque nadie que mirara aquellas esculturas de cerca las habría confundido con humanos.

Tan gruesos y altos como columnas del templo, los hombres poseían unos brazos musculosos y tan grandes como troncos de árboles, mientras que las mujeres mostraban senos rebosantes y ojos hechos de aguamarina. Tella suponía que eran representaciones de las estrellas. Habrían sido hermosas si no se hubiera fijado en el resto de las esculturas, unas más pequeñas y delgadas arrodilladas ante ellas, perturbadoramente realistas y vívidas. Las antorchas encendidas proyectaban su luz de rojo epilobio sobre las estatuas humanas, sobre las gotas de sudor de sus sienes y los callos de sus manos. Todos estaban descalzos; algunos se encorvaban en posición de sumisión mientras que otros elevaban las manos, ofreciendo bebés envueltos o niños pequeños.

Tella se atragantó con algo que sabía de un modo repugnante mientras se preguntaba qué habría entregado su madre a cambio del anillo de ópalo que ahora llevaba en el dedo.

—Si esto te disgusta, no vas a disfrutar de lo que encuentres en el interior. —Dante estaba apoyado contra una de las columnas que flanqueaban la enorme puerta del templo, con su piel bronceada y sus llamativos tatuajes.

Y, por Dios, no llevaba camisa.

Ninguna camisa.

Tella habría deseado no mirarlo, pasar de largo e ignorarlo, pero no podía apartar los ojos de él ni evitar la oleada de calor que se extendió por su pecho

y su cuello. Había visto a jóvenes sin ropa antes (estaba bastante segura de que incluso lo había visto a él sin camisa), pero, de algún modo, parecía distinto sobre esos peldaños, más alto y ancho. Más incontenible. Iba vestido como una de las estatuas, con solo una amplia tela blanca que envolvía su mitad inferior y acentuaba la perfección bronceada de sus piernas y su pecho.

Tella cerró la boca, pero era demasiado tarde. Ya la había visto quedarse boquiabierta y ahora el idiota presumido estaba sonriendo, con sus dientes blancos y sus labios perfectos como si fuera una de las estrellas veneradas en el interior del templo. Y ella tenía que admitirlo: en aquel momento resultaba bastante convincente. Del mismo modo en que había conseguido engañarla para que creyera que de verdad se preocupaba por ella.

Aquella era la primera vez que lo veía desde que se llevó su cuerpo roto del Castillo Idyllwild. Suponía que esperaba que le diera las gracias por salvarla esa noche, pero después de lo que le había dicho a Julian, que solo le importaba porque podía conducirlos a las cartas, no pensaba agradecerle nada. Quería decirle algo ingenioso o mordaz pero, para su horror, lo único que se le ocurrió fue:

—Nunca deberías llevar camisa.

Su sonrisa fue devastadora. Se apartó de la columna y apoyó el codo en una de las esculturas que Tella tenía más cerca. La luz de la luna danzó sobre las gruesas espinas negras tatuadas sobre su clavícula mientras que sus ojos oscuros hacían lo mismo con ella. Subieron por una abertura de su vestido hasta que…

Dante frunció el ceño.

A Tella se le hizo un nudo en el estómago.

—¿Por qué me estás mirando así?

El joven se agachó, agarró el extremo del cordón que mantenía en su sitio el trozo de tela y tiró.

Cada centímetro de la piel de Tella se calentó.

—¿Qué estás haciendo?

—Ayudándote.

Señaló con la cabeza una de las esculturas femeninas, que vestía un vestido similar al de Tella, aunque la cuerda que lo sujetaba comenzaba justo debajo de su pecho y después la rodeaba varias veces creando un patrón de diamante para terminar atada en la cintura, y dejando solo dos cortas borlas colgando cerca de sus curvilíneas caderas.

—Lo has hecho mal. —Dante tomó el otro extremo del cordón—. Vamos a tener que quitar el cordón y volver a atarlo.

Tella le arrebató ambos extremos y se alejó un paso, tambaleándose.

—No puedes quitarme el vestido aquí, en las escaleras.

—¿Significa eso que puedo quitártelo en otro sitio? —Su voz grave rezumaba oscuras promesas.

Tella lo golpeó con la cuerda.

—Solo estoy bromeando. —Dante elevó ambas manos con una sonrisa sorprendentemente irreflexiva—. No pensaba desnudarte aquí ni en ningún otro sitio. Pero vamos a tener que arreglarte la sábana si quieres entrar.

—Es un peplo, no una sábana —replicó Tella—. Y no les importará cómo esté atado.

—Si piensas eso, entonces está claro que no sabes lo suficiente sobre este santuario. Al otro lado de esas puertas hay un mundo diferente. Pero si quieres entrar así, adelante. —Agitó un extremo del cordón que la chica tenía en sus manos.

Tella enfureció.

—Creo que disfrutas atormentándome.

—Si tanto te disgusta, ¿por qué no te has marchado?

—Porque tú te interpones en mi camino.

Era una excusa muy pobre y ambos lo sabían.

Era mucho más fácil despreciarlo en su cabeza de lo que lo era en persona. No podía olvidar cómo la había mirado mientras la sacaba del Castillo Idyllwild. Hubo un momento en el que le pareció traicioneramente joven y casi demasiado vulnerable. Pero… ¿fue porque de verdad le preocupaba perderla? ¿O solo estaba asustado porque perderla significaría resignar su oportunidad de encontrar la Baraja del Porvenir de su madre?

Se sentía tentada a preguntar, a lanzarle a la cara lo que había escuchado y ver si se ponía a la defensiva o se ablandaba.

Las palabras le pesaban en la punta de la lengua. Pero ninguna de ellas salió.

En realidad, no quería una respuesta porque no importaba qué dijera: no habría un final feliz para su historia. Todavía no estaba segura de quién era Legend, si Dante o Julian. Su conversación con Scarlett había sembrado dudas en ella. Pero si Dante resultaba ser Legend, tendría que asegurarse de extinguir cualquier sentimiento que tuviera por él.

Después de la obra de la noche anterior y de concluir que la intención de Jacks era liberar a todos los Destinos, había repasado sus planes. No quería ser responsable de la liberación de los Destinos, que gobernarían el Imperio como dioses crueles, pero tampoco quería morir de nuevo, y no había llegado

tan lejos en el intento de salvar a su madre (y hacerle por fin todas las preguntas que la habían acosado desde el día en el que desapareció de Trisda) solo para fracasar.

No iba a ser una cobarde y fingir que no tenía opciones solo porque estas no le gustaban. Tenía opciones y las haría suyas. Al final del juego, entregaría a Legend.

Esperaba que no fuera Dante. Pero aunque no lo fuera, seguía sin haber futuro para ellos.

No se sentía orgullosa de aquella decisión, ni de evitar las cosas que no se habían dicho. Sabía que estaba tomando el camino más fácil omitiendo que había estado a punto de morir y que Dante la había salvado, pero él tampoco había dicho nada al respecto. Aquello también era, probablemente, lo que él quería.

—De acuerdo. —Tella le lanzó ambos extremos de la cuerda. Dejaría que hiciera aquello y después se despediría de él—. Pero date prisa.

Se sujetó con las manos la mitad superior de la túnica, recordándose que no era recatada. Aun así, se sentía como si estuviera sosteniéndose a sí misma en lugar de la tela. Cada centímetro de su piel se volvió más sensible y notó un hormigueo de conciencia cuando él se acercó. Olía a tinta y a otras cosas oscuras y seductoras.

Se agarró la fina tela con fuerza mientras él buscaba el nudo en su cintura y, con lentitud, comenzaba a deshacerlo. Tiró y tiró de ella hasta que estuvo tan cerca que lo único que podía ver eran las colinas de su pecho tatuado. Tenía los brazos cubiertos de símbolos, pero su pecho parecía contar una historia. Un barco naufragado con las velas rasgadas colisionaba contra su abdomen mientras las estrellas rotas lo miraban desde arriba. Un bosque en llamas cubría un lado de su caja torácica. Bajo su clavícula, un corazón negro a juego con el que tenía en el brazo lloraba sangre tan real que le pareció que lo oía latir. Cuando Dante se giró ligeramente, atisbó las puntas de las plumas negro azuladas que pertenecían a las hermosas alas tatuadas en su espalda.

Tella se dijo a sí misma que no debía mirar. Pero cuando cerró los ojos, todo se intensificó. El roce de los nudillos de Dante contra la curva de su cadera le aceleró el corazón. El amplio pulgar que se clavó suavemente en su cintura la dejó sin aliento, mientras él seguía trabajando con la cuerda hasta que se deslizó desde su cintura hasta sus manos, dejándola solo con la túnica.

Entonces abrió los ojos.

Dante se pasó la lengua por los labios, como un tigre que acaba de superar a un gatito.

Ella sujetó la tela con fuerza.

—¡No te atrevas a marcharte con esa cuerda!

Él levantó una ceja.

—¿De verdad crees que te dejaría así después de todo lo que me he esforzado por ganarme tu confianza?

—Creí que estabas trabajando para *Legend*.

Él se acercó.

—Piensa lo que quieras, pero si de verdad crees que esa es la única razón por la que estoy aquí ahora, con las manos sobre tu cuerpo, no eres ni de lejos tan lista como pensaba.

Entonces la rodeó con el cordón.

Una febril oleada de sangre corrió alrededor de su corazón mientras Dante la envolvía con los brazos y tiraba de la cuerda a su espalda, tensándola bajo su pecho.

—¿Demasiado apretada?

—No.

—¿Estás segura? Por un momento has dejado de respirar. ¿O soy yo quien tiene ese efecto en ti?

Le acarició la oreja con los labios, lo que despertó el tierno espacio cerca del borde de su mandíbula mientras dejaba escapar una risa grave.

Tella lo habría golpeado si su vestido no hubiera ido a parar al suelo.

—Estás disfrutando de esto, ¿verdad?

—¿Preferirías que me diera asco rodearte con los brazos?

Sus manos la envolvieron de nuevo, y esta vez hizo algo más que rozar la tela de su vestido. Tella sintió la presión de sus dedos deslizándose sobre sus costillas mientras la rodeaba con el cordón hasta que este se cruzó sobre su ombligo.

Eso no debería haberla ruborizado. Allí era donde la historia terminaba, no donde se ponía interesante de nuevo.

Dante volvió a rodearla con la cuerda y sus manos se detuvieron sobre su cintura.

—¿Qué te parece?

—Bien.

—Me refería al cordón.

—Yo también me refería a eso —dijo Tella, pero estaba bastante segura de que sus palabras jadeantes demostraban que era mentira—. Háblame de tus tatuajes —le pidió, esperando distraerse mientras terminaba—. ¿Significan algo o solo son dibujos bonitos?

—¿Te parecen *bonitos*?

—¿Tienes algo en contra de esa palabra?

—No si la usas para referirte a mí —respondió. Pero Tella habría jurado que le había atado la cuerda en la espalda un poco más fuerte de lo necesario —. Interpreto tantos papeles que los tatuajes me ayudan a recordar quién soy. Cada uno de ellos cuenta una verdad sobre mi pasado.

—El corazón negro llorando sangre —dijo Tella—. ¿Es por una chica de la que estuviste enamorado?

—Nunca hablo de ese. Pero te contaré la historia del barco con las velas rotas. —Le rozó brevemente los costados con los dedos, recordándole dónde estaba exactamente el barco—. Mi padre intentó librarse de mí cuando era pequeño y me vendió a una familia noble de otro continente. Pero o el destino estaba de mi parte, o realmente pretendía destruirme. El barco de los nobles fue atacado por piratas que no mantenían prisioneros. Yo debería haber sido una víctima más, pero les conté que era un príncipe fugitivo.

—¿Y te creyeron?

—No. Pero les pareció suficientemente entretenido como para mantenerme con vida.

Tella se descubrió sonriendo ante la idea de un joven Dante intentando engañar a un barco lleno de piratas.

—Entonces, ¿eso significa que conoces trucos piratas?

—Conozco todo tipo de trucos. —Dante terminó de atar la cuerda, pero dejó las manos en la curva de su cintura, cálidas sobre la fina tela—. Si dejas de intentar ahuyentarme, te enseñaré algunos.

—¿Te parece que estoy ahuyentándote?

—No, pero quieres hacerlo.

El joven le colocó dos dedos bajo la barbilla para levantarle el rostro. Siguió sujetando la cuerda en su cintura con una mano mientras la otra se movía lentamente desde su barbilla a su mandíbula. Tella había pensado a menudo que sus ojos bordeaban el negro, pero bajo la brillante luz de las antorchas parecían bordeados de oro y llenos de algo parecido al deseo. La miraba como si quisiera que se perdiera en algún lugar de sus ojos para ser él quien la encontrara.

Pero Tella sabía que no se trataba de encontrarla a ella; se trataba de localizar una baraja de cartas. Se trataba de los Destinos y del poder, de vida y muerte. Habría deseado saber cómo sería perderse en alguien como Dante y confiar en que él la encontrara, pero solo podía confiar en sí misma.

—Gracias por tu ayuda, pero creo que seguiré sola. —Retrocedió un paso, liberándose de su mano, y se alejó de él.

Cuando su corazón se saltó el siguiente latido, pareció hacerlo más por tristeza que por la presión de Jacks, pero se obligó a seguir caminando. A no girarse.

El aire oscuro se volvió dulce como el néctar, asumiendo una cualidad casi adormilante mientras se acercaba a las puertas y llamaba.

Oyó que Dante se acercaba, pero no lo miró.

—¿Por qué no puedes dejarme en paz?

—Puedo. Pero no quiero, y tampoco creo que tú quieras que lo haga.

Antes de que pudiera pedirle de nuevo que se marchara, la puerta nacarada se abrió ante ellos.

Al otro lado todo era tan pálido como las alas aplastadas de las palomas blancas o tan dorado como las estrellas caídas. A diferencia de la Iglesia de Legend, aquel parecía un verdadero templo. Y el joven que abrió la puerta era casi igual a una de las esculturas de las deidades estelares que flanqueaban la escalera.



Tella casi había esperado ver a Caspar, a Nigel o a otro de los intérpretes de Legend, pero no conocía a aquel joven. Le pareció una confirmación más de que el juego se había vuelto muy real, o de que se había equivocado de camino. Creía que para ganar Caraval, lo único que tenía que hacer era encontrar la Baraja del Porvenir de su madre… pero creer algo no lo convertía en realidad.

La duda la carcomió mientras entraba en el Templo de las Estrellas.

El hombre que abrió la puerta podría haber sido una estatua que había cobrado vida. Sus brazos y piernas, y las partes que Tella podía ver sobresaliendo de la túnica que cubría su pecho y sus muslos, parecían más de piedra que de músculo. Puede que no fuera tan alto como las esculturas del exterior del santuario, pero era más alto que Dante, tanto que Tella se vio obligaba a estirar el cuello para mirarle la cara.

Se tragó un gemido al ver su mejilla.

La mitad derecha de su rostro era casi demasiado perfecta, desde su mandíbula cuadrada a su nariz aguileña y el oscuro kohl alrededor de sus ojos rasgados. Pero lo único que Tella veía cuando miraba la mitad izquierda era la marca de fierro de su mejilla, una brutal estrella de ocho puntas con un símbolo en el centro que ella no reconocía, formado por unos complicados nudos.

Intentó desviar la mirada, pero estaba segura de que él la había visto. Como para burlarse de ella, recorrió las implacables líneas de la estrella con la punta de un dedo.

Pero a pesar de la marca de su rostro, una diadema plateada coronaba su frente y una capa azul real colgaba de su hombro derecho, sostenida por un broche plateado a juego con el sello que llevaba en el dedo, que había usado

para recorrer su mejilla. Debía ocupar una posición importante, lo que solo la ponía más nerviosa. Si el templo era tan retorcido como decía todo el mundo, aquel joven severo debía haber hecho cosas indecibles para llegar a la cumbre.

—Soy Theron. —Con un único movimiento de su muñeca, como si estuviera acostumbrado a que otros siguieran sus órdenes, indicó a Tella y a Dante que pasaran al vestíbulo.

El techo se arqueaba sobre ellos como una serie de alas interconectadas, todas negras con puntadas doradas unidas en constelaciones. Debajo, el espacio octogonal estaba ocupado por una fuente de tres alturas sobre la que se derramaba la luz de las velas. El suelo era de esteatita blanca, suficientemente brillante para reflejar la radiante verja que cubría las puertas dobles en la pared del fondo.

Parecía uno de esos sitios donde hay que hablar en susurros. Tella sintió la repentina necesidad de quitarse las zapatillas, como si estas pudieran manchar los inmaculados suelos. Aunque, a pesar de su lustre y fulgor, había algo insidioso en él. Más esculturas de piedra flanqueaban las paredes, tan realistas como las de la fachada, solo que aquellas estaban paralizadas con expresiones de asombro, horror y dolor.

—La antigua magia de las estrellas alimenta nuestro templo —dijo Theron—. Nuestras cámaras acorazadas subterráneas son más seguras que ningún otro lugar en el mundo, pero a veces los idiotas creen que pueden entrar a robar.

—Me alegro de no haber planeado robar nada —replicó Tella.

Theron ni siquiera sonrió.

—¿Qué quieres exactamente?

—Tengo una pregunta sobre…

—Si has venido por el juego, no tenemos ninguna pista —la interrumpió Theron—. Tampoco somos una atracción turística, como muchas de las otras basílicas. Para pasar más allá de esta sala y conseguir una respuesta a tus preguntas, tendrás que demostrar que tus motivos no están mancillados y que realmente buscas las estrellas. —Condujo a Tella y a Dante hasta un solitario pedestal de marfil coronado por un abollado cuenco de cobre, viejo y maltratado comparado con todo lo demás—. Para nuestra prueba, exigimos una gota de sangre.

Dante miró a Tella de soslayo.

Pero no necesitaba que él le recordara cuán poderosa puede ser una gota de sangre. Dante y Julian habían usado sangre para sanarla después del ataque

de La Reina de los No Muertos y sus Fámulas, pero la sangre también podía usarse para robar cosas, como días enteros.

—Solo necesito un pinchazo en un dedo. —Theron extendió la mano derecha y reveló un anillo de ópalo que le resultaba amargamente familiar, con la banda negra y forma de estrella, y con extremos tan afilados como para cortar la piel.

Se parecía mucho al de su madre.

Elantina tenía razón.

Tella se miró la mano. Las piedras de ambos anillos estaban sin pulir y tenían forma de estrella, pero el color de la de Theron era distinto. Su piedra era negra, con vetas de un vibrante azul e hilos verdes. El de Tella era feroz y tenía destellos lavandas, rodeado por un centro de ardiente cereza con una fina línea dorada que parecía una chispa a punto de convertirse en llama. Pero incluso antes de cambiar de color después de la desaparición de su madre, había sido mucho más claro que el de Theron.

—¿El anillo solo sirve para pinchar dedos, o representa algo más? —le preguntó.

—No te has ganado la respuesta a esa pregunta.

—¿Y si tengo un anillo parecido? —Tella extendió la mano.

Dante entornó los ojos, mirándole el dedo.

Una arruga se formó entre los ojos delineados con kohl de Theron.

—¿Cómo lo has conseguido?

—Era de mi madre.

—¿Está muerta?

—No.

—No debería habértelo dado.

—¿Por qué no? ¿Qué significa?

—Significa que tiene una deuda con nosotros que todavía no ha pagado.

Junto a Tella, Dante se tensó.

Aquellas no eran buenas noticias, pero era mejor que no saber nada.

—El anillo que llevas en el dedo es una llave —le explicó Theron—. Si de verdad perteneció a tu madre, debió guardar algo en nuestras cámaras que solo puede recuperarse con el anillo. No obstante, su color implica que está bloqueado por un hechizo.

—¿Cómo lo rompo?

—El único modo es pagando su deuda —respondió Theron, impasible—. Hasta que se haga el pago, la llave de tu dedo no podrá abrir su cámara acorazada.

—Tella… —En el tono de Dante había una advertencia.

Pero, fuera lo que fuere, ella no quería oírlo. Su madre no solo había estado allí, sino que había dejado algo en las cámaras acorazadas. Puede que fuera la Baraja del Porvenir que necesitaba encontrar. O quizás otra cosa que le permitiera descubrir algo más sobre quién era su madre en realidad.

—¿Qué debe? —preguntó—. ¿Qué guardó en vuestras cámaras?

—No puedo responder a esas preguntas —dijo Theron—. Pero el anillo puede hacerlo. Posee una memoria que se activa con la sangre. Si de verdad era de tu madre, tu sangre debería provocar una visión de lo que nos prometió. Lo único que tienes que hacer es pincharte el dedo con una de sus puntas y dejar caer la gota de sangre en el cuenco.

—Tella —gruñó Dante—, creo que no deberías…

Pero Tella ya se estaba presionando la punta del dedo con el viejo anillo de su madre. La sangre roja floreció y se encharcó, tan brillante como los pétalos de una rosa, antes de caer en el cuenco de cobre y volverse blanca.

La joven contuvo el aliento mientras la lechosa gota de sangre se transformaba en una neblina que reflejaba la imagen de una mujer de pie delante de un cuenco exactamente igual que aquel. Pero no era cualquier mujer: era su madre, Paloma. Era mayor de lo que parecía en el retrato que había visto en Los Más Buscados de Elantina; parecía tener la misma edad que cuando desapareció de Trisda, pero mucho más seria de lo que Tella recordaba. No había indicios de su enigmática sonrisa, ni brillo en sus ojos oscuros. Era una despiadada versión de su madre con la que ella no estaba familiarizada.

En la visión, Paloma no estaba vestida con un peplo como Tella o, si lo estaba, quedaba escondido por la capa azul oscuro que llevaba. Parecía estar hablando con alguien, pero esa persona era solo una sombra.

—Paradise la Perdida —dijo la sombra. Su voz sonaba como si el humo hubiera cobrado vida, densa, pesada y cambiante—. Creí que habías jurado no volver a hacer tratos con nosotros.

—Las promesas se hacen para romperlas —dijo Paloma—. Al parecer, los hechizos también, porque el que usasteis para esconder mis cartas se ha debilitado.

—Por eso te sugerimos que las guardaras en las cámaras de nuestro templo, con el resto de los artículos que nos has confiado.

—¿Sugerimos? —Paloma se rio—. Creí que habíais dicho que no podía dejarlas en mi cámara acorazada.

—No, te dijimos que tendrías que pagar un precio adicional.

Paloma se tensó.

—Parece que lo recuerdas —dijo la voz—. Y, como somos generosos, la oferta sigue en pie.

—¿Por el mismo precio que antes?

—Sí. Agradece que no te exijamos más por proteger un artículo tan terrible.

—¿Qué más podríais pedir a una madre que entregar a su primogénita?

—También podríamos pedirte a tu segunda hija.

—Jamás os entregaría a ambas —dijo Paloma—. Pero podéis quedaros con mi segunda hija.

—¿Para qué nos serviría tu segunda hija, aparte de como un adorno bonito? —le preguntó la sombra.

—He visto el futuro. Poseerá un gran poder. Si no me crees, tengo las cartas para demostrarlo. Aunque creo que sería mejor si no volviera a usarlas jamás. —Paloma levantó la barbilla, obstinada—. La maldición que aprisiona a los Destinos está perdiendo poder. Se debilita cada vez que las cartas se usan.

—Ese no es nuestro problema.

—Debería serlo. Más Destinos escaparán. Dejad que use vuestras cámaras para esconder estas cartas mientras busco un modo de destruirlas. A menos que queráis que este lugar de adoración se convierta en el Templo de la Estrella Caída… Porque te garantizo que, si los Destinos regresan, solo permitirán vivir a aquellos que los veneren a ellos.

La figura sombría se oscureció, pasando de un gris ahumado a casi negro.

—De acuerdo —dijo al final—. Entréganos a tu segunda hija y te permitiremos usar nuestras cámaras para guardar tus cartas malditas.

—Trato hecho. —Paloma usó un cuchillo para cortarse la palma—. Mi hija…

—¡No! —Tella tiró el cuenco del pedestal, destruyendo la imagen antes de que pudiera mostrarle más cosas horribles—. ¡Mi madre no tenía derecho a hacer eso! —Negó con la cabeza, pasándose los dedos a través de los rizos mientras retrocedía—. Aunque esa imagen fuera real, yo no soy suya. No puede entregarme a nadie.

—Y, aun así, ya lo ha hecho —dijo Theron—. El trato se selló con sangre. Cuando tú…

Tella empezó a correr antes de que Theron pudiera terminar. Había dicho *cuando*, lo que hacía que pareciera que Tella tenía que hacer algo antes de que

pudieran llevársela, pero no planeaba permitir que eso ocurriera jamás. Ella nunca sería de nadie.

Theron no la siguió. Puede que eso significara que había sido una prueba y que lo que había visto no era real, o quizá no tenía que seguirla porque la gente solo persigue aquello que todavía no posee.

A juzgar por los sonidos, Dante tampoco la seguía, aunque no se detuvo a mirar a su espalda mientras bajaba corriendo los peldaños del templo. Su estúpida túnica casi se rasgó en su huida, pero no dejó de correr.

Scarlett había tenido razón. Su madre había sido peor que su padre. Al menos, él había esperado hasta que Scarlett fuera mayor antes de venderla como una cabra. Tella nunca había sentido su pecho tan vacío. Lo había sacrificado todo por su madre, había arriesgado su libertad y su vida, creyendo que ella todavía la quería y la necesitaba. Pero la verdad era que nunca le había importado. No solo la había abandonado, sino que la había regalado como un vestido usado.

Hubiera seguido corriendo, pero sus zapatillas habían comenzado a rasgarse y las calles se habían vuelto desconocidas.

La hierba desigual, oscurecida por la noche, se aplastaba bajo sus suelas. En lugar de incienso y aceites, el aire olía a cerveza fuerte y a sidra de bayas agrias. Echó un vistazo rápido y vio escenarios temporales, con telones colgando de los árboles.

Había llegado a un parque, pero no tenía ni idea de a qué parte de la ciudad pertenecía.

No era el Barrio de las Especias. Todo era demasiado bonito, desde los dulces fritos cubiertos de violetas y azúcar de los vendedores ambulantes a los vestidos enjoyados de las mujeres y los brillantes tahalís de los hombres. Aunque las espadas que portaban no parecían reales, y tampoco las joyas de las mujeres.

Parecía que se había topado con un pequeño festival de teatro en el parque, o quizás algún tipo de feria para celebrar el próximo cumpleaños de la emperatriz, tal vez para todos los valendanos que no participaban en Caraval. Miradas curiosas se movieron en su dirección, pero ella dudaba de que alguien pudiera confundirla con uno de los actores; a menos que en alguna de aquellas obras apareciera un sacrificio humano, su atuendo no encajaría. Las mujeres vestían trajes de mangas abullonadas con faldas amplias, mientras que ella llevaba las piernas desnudas y los brazos expuestos. De repente, tenía frío. Ahora que se había detenido, la fatiga la golpeó como una ola de hielo,

lo que la hizo temblar y le robó el aliento, sin un corazón que funcionara bien para calentarla.

Vio a un tendero que vendía capas y tomó una oscura que parecía de su talla.

—¡Ladrona! —gritó el vendedor.

Tella comenzó a correr.

—¡Devuelve eso! —Unos brazos gruesos la lanzaron al suelo y un pecho pesado la presionó contra la hierba áspera.

—¡Suéltame! —Intentó liberarse—. ¡Puedes quedarte con tu asquerosa capa!

El tendero se apartó de ella y le arrancó la capa de los hombros, pero le dejó una mano en el cuello y apretó. Con fuerza. Hasta que Tella sintió que sus cuerdas vocales se frotaban.

—Sucia ladrona. —Le mantuvo la cara inmovilizada contra el suelo—. Esto te enseñará a no…

—¡Suéltala! —bramó una voz.

La mano soltó el cuello de Tella. Después, unos brazos la levantaron y la envolvieron contra un pecho palpitante que olía a tinta, a sudor y a ira.

—Creo que va contra la ley matar a alguien por tomar prestada una capa —gruñó Dante al vendedor.

Parches de un rojo furioso colorearon el rostro barbudo del hombre.

—No la tomó prestada. ¡La robó!

—Eso no es lo que me ha parecido —dijo Dante—. La capa está en tu mano ahora. No la he visto en la de ella. Pero veo que estás intentando matarla.

El vendedor escupió una ristra de maldiciones.

—Danos la capa y evitaré que te arresten —dijo Dante.

Desde aquel ángulo, Tella solo podía ver su pecho, pero imaginaba que parecía un guerrero: allí de pie, sin camisa, en todo su divino esplendor y vestido como una estrella vengativa que acababa de caer de los cielos.

—De acuerdo —gruñó el hombre—. Ya no quiero esta maldita cosa.

—Y yo tomaré una para mí, en negro.

La voz de Dante era implacable, un tono que Tella nunca había oído en sus labios, aunque su actitud hacia ella era amable. Le puso la capa con ternura sobre los hombros desnudos y le cubrió las piernas temblorosas.

—¿Estás bien? —le preguntó.

Tella habría deseado asentir o reírse o burlarse de él por estar tan preocupado. Pero cuando intentó reírse, el sonido salió estrangulado, y

cuando intentó asentir, su cabeza cayó patéticamente sobre el pecho del joven.

No quería llorar. Ni el mezquino vendedor ni su madre se merecían una sola lágrima. Pero aunque podía olvidar con facilidad las manos ásperas del vendedor, no consiguió hacer lo mismo con las palabras que su madre había dicho. No solo la había abandonado; la había vendido. No a Scarlett, eso ni siquiera se lo había planteado. No parecía que su madre fuera incapaz de amar, solo que no quería a Tella.

Más lágrimas cayeron de sus ojos.

—¡Espero que se muera! —Tella no sabía si lo había murmurado o gritado—. Durante años le he rezado a todos los santos que pudieran estar escuchándome que por favor la mantuvieran con vida hasta que consiguiera encontrarla. Malgasté todas mis oraciones en ella, y ella me entregó como si fuera un trapo manchado. ¡Pero lo retiro! —gritó—. ¡Lo retiro todo! Podéis dejar que se muera o que se pudra en su prisión de papel. Ya no me importa. Ya no me importa…

Tella no sabía cuántas veces había murmurado aquellas últimas cuatro palabras.

Dante seguía acariciándole el cabello y la espalda con dedos fuertes y consoladores mientras la acompañaba. A veces, presionaba algo contra su cabeza que parecía un beso. Pero esperó a que ella se quedara en silencio antes de preguntar:

—¿Adónde quieres que te lleve?

—A algún sitio donde pueda olvidar.



Tella enterró la cabeza en el cálido pecho de Dante. Estaba muy cansada. Cansada de los juegos y mentiras y de los corazones rotos; y cansada de intentar salvarse a sí misma y a su madre. Quería olvidarse de todo. Puede que cerrara los ojos y se durmiera, o puede que él solo tardara un instante en llevársela lejos del parque. Parecía que había pasado muy poco tiempo cuando oyó su voz grave de nuevo.

—¿Estás bien para caminar?

Tella consiguió asentir y él la dejó con cuidado delante de un estrecho tramo de escaleras semiderruidas cubiertas de musgo y de telarañas, ruinas tan abandonadas que ni siquiera los insectos se quedaban, aunque parecían iluminadas por las estrellas. Tella levantó la mirada y vio que estaban en el límite del brillante corazón blanco que Legend había colocado en el cielo.

—¿Qué sitio es este? —preguntó.

—Las leyendas más antiguas de Valenda afirman que perteneció a un gobernador que vivió antes de que se iniciara el Imperio Meridional, cuando los Destinos reinaban sobre la Tierra.

Dante la condujo por las escaleras hasta el esqueleto de un antiguo edificio. Su yaya Anna siempre decía que la belleza de una persona está determinada por sus huesos. Si eso era cierto, los huesos de aquella propiedad la hacían pensar que debió ser resplandeciente.

Las columnas desmoronadas y los patios cubiertos de vegetación hablaban de su antigua riqueza, mientras que las estatuas agrietadas y los fantasmas de los techos pintados apuntaban a un arte ya desaparecido. Solo una reliquia parecía haber evitado la letal caricia del tiempo: una fuente en el patio central con la forma de una mujer vestida de un modo similar a Tella, que sostenía

una jarra que vertía un infinito chorro de agua de un rojo grosella en la cuenca que rodeaba sus tobillos.

—Dicen que este lugar está hechizado —continuó Dante—. Durante una de las muchas fiestas del gobernador, su esposa descubrió que planeaba envenenarla para casarse con su joven amante. En lugar de beberse el veneno, la mujer añadió tres gotas de su propia sangre y lo vertió como ofrenda a uno de los Destinos: El Envenenador. Prometió poner el resto de su vida a su servicio, como una de sus doncellas, si él le concedía su deseo.

—¿Qué pidió?

—La esposa no sabía quién era la amante de su marido, pero sabía que estaba en la fiesta, así que deseó que su marido solo la recordara a ella.

—¿Qué ocurrió entonces?

—El Envenenador le concedió el deseo. Después de beber una copa de vino envenenado, su marido olvidó a todas las personas a las que había conocido excepto a su esposa.

Dante echó una amarga mirada a la escultura que vertía su jarra sin fondo.

—¿Se supone que esa es la esposa? —le preguntó Tella.

—Según la historia, la esposa no quedó satisfecha. —El joven se sentó en el borde de la fuente, dejando que el agua roja corriera a su espalda con suaves notas musicales mientras continuaba con la leyenda—. El Envenenador había borrado a todo el mundo de la memoria de su esposo, pero un gobernador no es útil si solo conoce a una persona. Cuando se conoció su condición, fue despojado de su puesto y la pareja se vio obligada a abandonar su casa. Así que aunque su primer trato no había terminado bien, la esposa derramó más sangre y llamó a El Envenenador de nuevo para pedirle que le devolviera la memoria a su marido. Él le advirtió que, si lo hacía, su marido intentaría matarla otra vez, así que la mujer le prometió servirlo también en el más allá y pidió otro favor. Solicitó el poder de hacer que su marido olvidara solo a una persona. El Envenenador aceptó, pero de nuevo le advirtió que habría consecuencias. A la mujer no le importó, siempre que pudiera mantener su casa y su título.

—Creo que sé por dónde va a ir esto —dijo Tella.

—¿Quieres terminar la historia? —le ofreció Dante.

—No. —La joven se sentó a su lado en el borde de la fuente—. Tienes buena voz para contar historias.

—Claro que la tengo.

—Eres un presumido. —Se acercó para darle un codazo en las costillas, pero él aprovechó la oportunidad para deslizarle un brazo alrededor de la

cintura y tirar de ella.

Estaba caliente, como un escudo humano que la protegía del resto del mundo. Se permitió acercarse a él mientras seguía con la leyenda.

—El Envenenador restauró la memoria de su marido. Después, el Destino le dijo a la mujer que si tomaba una jarra de agua y la vertía en la cuenca que había en el centro del patio, esta se convertiría en un vino que tendría el poder de hacer que su marido olvidara a la mujer a la que amaba. La esposa obedeció, pero mientras vertía el agua y esta se convertía en vino, ella también comenzó a transformarse, tornándose en piedra mientras su marido la observaba desde el balcón. Solo habían pasado algunas horas desde que había recuperado la memoria, pero había sido suficiente para que él también invocara a un Destino.

—Entonces, ¿él la convirtió en piedra? —preguntó Tella.

—Él deseó su muerte, pero El Envenenador le había prometido a la mujer que conservaría su hogar y su título, y los Destinos siempre mantienen sus promesas.

Tanto Tella como Dante se movieron para mirar a la mujer paralizada una vez más. No parecía furiosa, como Tella habría sospechado, ni como si estuviera intentando luchar contra el hechizo. En lugar de eso, casi parecía disfrutar, derramando su vino maldito como otra persona lanzaría un reto o un desafío.

—Se dice que todo el que bebe de esta fuente puede olvidar lo que ha elegido —dijo Dante.

—Y yo que pensaba que estabas contándome la historia para ayudarme a olvidar.

—¿Lo he conseguido? —le preguntó.

—Por un minuto —admitió. Pero, por desgracia, aquel momento ya había pasado. Tella hundió el dedo en la fuente, y sus aguas lo cubrieron con sus ondas de amargo borgoña. Habría sido muy fácil meterse el dedo en la boca, cerrar los ojos y borrar lo que su madre había dicho y hecho.

Sin embargo, aunque creía que la trágica leyenda de Dante era real, no estaba segura de querer olvidar. Dejó caer la mano, manchando el blanco de su peplo con el vino maldito.

—¿Sabes qué es lo más triste? Que debería haberlo sabido. Estaba advertida —dijo Tella—. Cuando era niña, leí mi futuro. Aparecía El Príncipe de Corazones, así que durante casi toda mi vida he sabido que estaba destinada a sufrir un amor no correspondido. Nunca me permití acercarme a nadie, excepto a mi hermana, por miedo a que me rompieran el corazón.

Nunca se me ocurrió que de quien tenía que protegerme en realidad era de mi propia madre.

La joven tosió, y la tos sonó como un sollozo y como una risa herida.

—Parece que la gente que dice que no es posible cambiar el destino tiene razón.

—Yo no lo creo —dijo Dante.

—Entonces, ¿qué crees?

—El destino es solo una idea, pero pienso que creyendo en ella la convertimos en algo más. Tú acabas de decir que evitaste el amor porque creías que no formaría parte de tu futuro, y así ha sido.

—Esa no fue la única carta que levanté. También salió La Doncella de la Muerte y, poco después, mi madre desapareció.

—Solo una coincidencia. Por lo que sé de tu madre, parece que se habría marchado aunque tú no hubieras levantado esa carta.

—Pero… —Tella estuvo a punto de hablarle de El Aráculo y todas las predicciones que le había mostrado. Pero ¿le había revelado el futuro de verdad, o había estado manipulándola, como comenzó a sospechar la noche anterior? ¿Había usado atisbos de los posibles futuros, no para ayudarla sino para dirigirla hacia Jacks y que él pudiera liberar a los Destinos?

Se había creído muy valiente y audaz al intentar cambiar el destino de su madre y de su hermana, pero quizás el prometido de Scarlett era en realidad una persona decente. Y quizás El Aráculo le había mentido también sobre su madre. La había mostrado en prisión y muerta, pero si Tella no ganaba Caraval, si dejaba las cartas guardadas en la cámara acorazada de las estrellas, su madre no moriría ni terminaría ensangrentada en una celda. Solo se quedaría donde estaba, atrapada en una carta.

Lo que se merecía.

Como si hubiera leído sus pensamientos, Dante añadió:

—No creo que lo que has visto hoy demuestre que tu madre no te quería. Lo que hizo parece terrible, pero juzgarla en base a un solo momento es lo mismo que leer una única página de un libro y asumir que conoces la historia entera.

—¿Crees que tenía una buena razón para lo que hizo?

—Puede, o quizá solo quiero esperar que sea mejor que mi propia madre.

Lo dijo con la misma despreocupación con la que le había contado la historia de sus tatuajes, como si hubiera ocurrido tanto tiempo atrás que, en realidad, ya no importara. Pero la gente no se tatuaba historias que ya no

importaban, y Tella notaba que Dante sentía lo mismo sobre su madre. Puede que ya no estuviera viva, pero todavía se sentía dolido con ella.

La mano de Tella encontró los dedos de Dante en la oscuridad. En alguna parte, en el espacio entre el Templo de las Estrellas y aquel lugar maldito, algo había cambiado entre ellos. Antes, su relación había sido como Caraval, le había parecido un juego. Pero en el momento en el que la soltó en las escaleras de aquellas ruinas, tuvo la sensación de que se adentraban en el mundo real. Cuando le hizo la siguiente pregunta no fue porque intentara descubrir si era Legend; si acaso, esperaba desesperadamente que no lo fuera.

—¿Qué te hizo tu madre?

—Supongo que podríamos decir que me abandonó con los del circo.

—¿Estás hablando de Caraval?

—Entonces no era Caraval, solo un grupo de artistas sin talento que vivían en tiendas y viajaban por todo el continente. A la gente le gustaba decir que mi madre solo hizo lo que creía que era mejor para mí, pero mi padre fue más honesto. Le gustaba beber, y una noche me contó qué tipo de mujer era exactamente.

—¿Era una…?

—Sé lo que estás pensando, y no. Aunque la habría respetado más si hubiera sido prostituta. Mi padre me dijo que solo se había acostado con él para poder robarle algo que había conseguido en sus viajes. Pasaron una noche juntos y, cuando regresó, poco después de que yo naciera, me abandonó junto a una nota para la esposa de mi padre en la que se lo contaba todo y se aseguraba de que jamás fuera bien recibido en la familia.

Tella se imaginó a un Dante más joven, de desgarbadas extremidades y cabello oscuro ocultando el dolor de sus ojos.

—No me tengas pena. —El joven intérprete le apretó la cintura con la mano y presionó los labios contra su cabeza, cerca de su oreja—. Si mi madre hubiera sido amable o mejor persona, yo me habría convertido en alguien bueno, y todo el mundo sabe lo aburrido que es ser bueno.

—Desde luego, yo no estaría aquí si fueras bueno.

Tella se imaginó la palabra *bueno* marchitándose junto a Dante. *Bueno* era una palabra que la gente usaba para describir un día soleado o el pan recién salido del horno. Pero Dante era más parecido al fuego. Nadie decía que el fuego fuera bueno. El fuego era caliente y quemaba cosas con las que se advertía a los niños que no podían jugar.

Y, aun así, por una vez, Tella ni siquiera había pensado en apartarse de él. Solía parecerle ridícula la idea de que una chica le entregara su corazón a un

hombre aun sabiendo que eso le daría el poder de destruirla. Ella había intercambiado cosas con otros jóvenes, pero nunca corazones, y aunque todavía no planeaba cederle esa parte a Dante, comenzaba a comprender que los corazones pueden entregarse poco a poco, incluso sin darse cuenta. Que, a veces, solo una mirada o un inusual momento de vulnerabilidad como el que Dante acababa de compartir con ella eran suficientes para robar una fracción de un corazón.

Estiró el cuello para mirarlo. Sobre su cabeza, el cielo había cambiado, se había llenado de lazos de nubes amoratadas que hacían que la noche pareciera haberse caído hacia atrás. En lugar de moverse a través del cielo, las nubes parecían estar transformándolo en un crepúsculo, haciéndolo retroceder hasta un momento en el que no había estrellas espiando, dejándolos sin supervisión y solos en el jardín hechizado.

—Entonces —dijo con cautela—, ¿este es tu modo de decirme que eres el villano?

Su carcajada sonó oscura.

—Sin duda no soy el héroe.

—Eso ya lo sabía —replicó Tella—. Es mi historia, así que la heroína soy yo.

Dante elevó las comisuras de los labios y sus ojos brillaron, calentándose tanto como el dedo que comenzó a recorrer la mandíbula de Tella.

—Si tú eres la heroína, ¿en qué me convierto yo?

El dedo bajó hasta su clavícula.

El calor se extendió por el pecho de Tella. Aquel habría sido el momento de apartarse; en lugar de eso, dejó que una pizca de desafío se deslizara en su voz.

—Todavía estoy intentando descubrirlo.

—¿Quieres que te ayude? —Dante bajó la mano hasta sus caderas.

Ella se quedó sin respiración.

—No. No quiero tu ayuda… Te quiero a ti.

La mirada de Dante se incendió y tomó la boca de Tella con la suya.

Aquel no se pareció en nada al beso ebrio que habían compartido en el suelo del bosque, una áspera combinación de lujuria y deseo para un entretenimiento temporal. Aquel beso era una confesión, brutal y desnuda y honesta de un modo que los besos no suelen serlo. Dante no estaba intentando seducirla; estaba convenciéndola de lo poco que importaba la bondad, porque nada de lo que estaba haciendo con las manos podía ser considerado bueno. No obstante, sus caricias eran dulces. Donde otros habían demandado, Dante

preguntaba, deslizando su boca con lentitud sobre la de Tella hasta que le separó los labios y dejó que su lengua se adentrara mientras la sentaba en su regazo.

Puede que el hechizo de la fuente estuviera funcionando, porque Tella suponía que, cuando dejara de besar a Dante, habría olvidado al resto de los chicos que alguna vez habían rozado su boca.

Los labios de Dante se movieron hasta su mandíbula, mordiéndola y lamiéndola con suavidad mientras sus manos buscaban la cuerda que le había atado alrededor de la cintura. Introdujo los dedos en ella y la usó para tirar de Tella hasta que todo estuvo hecho de ellos dos. De sus manos y sus labios y de los puntos en los que sus pieles se encontraban.

Ni siquiera se habían separado todavía y ella ya estaba pensando en besarlo de nuevo, una y otra vez; saboreando no solo sus labios sino cada uno de sus tatuajes y cicatrices, hasta que el mundo terminara y no fueran más que sombras y humo, y no pudiera recordar lo que había sentido cuando apartó la capa de sus hombros y deslizó las manos por su espalda. O cómo sabía cuando sus labios decían palabras contra su boca que parecían promesas que esperaba que mantuviera.

Y por primera vez en su vida, Tella deseó incluso *más*. Quería que la noche se prolongara para siempre y que Dante le contara más historias de Destinos, y de su pasado, y cualquier otra cosa de la que quisiera hablar. En ese momento, en aquel beso, deseó saberlo todo sobre él. Lo deseaba, y eso ya no la asustaba.

Dante tenía razón. Tella había querido culpar a los Destinos de sus desgracias, pero era ella quien siempre había huido de la posibilidad del amor. Y, en su interior, sabía que en realidad no tenía nada que ver con los Destinos. Se trataba de su madre, de cómo se había marchado sin mirar atrás.

Tella afirmaba que no quería amor; le gustaba decir que el amor atrapaba, controlaba y destrozaba los corazones. Pero la verdad era que también sabía que el amor sanaba y unía a la gente, y en su interior lo deseaba más que nada. Disfrutaba de los besos, pero una parte de ella siempre anhelaba que los chicos corrieran tras ella cuando se alejaba, que le suplicaran que se quedara y le prometieran que ellos nunca se marcharían.

Había aceptado las cartas que le habían tocado y las había convertido en su destino porque le había parecido la única manera de protegerse después de la marcha de su madre. Pero, quizá, si decidía rechazar lo que había visto en las cartas, tendría un nuevo porvenir, uno en el que no tuviera que temer al amor.

Cuando el beso terminó por fin, sus capas estaban amontonadas en el suelo. Seguían abrazados y el cielo había regresado a lo que debería ser, a la hora negra justo antes del alba. Solo permanecía la luna, sin duda deseando tener labios después de ver lo que Dante y Tella acababan de hacer.

Él habló contra su boca, esta vez bastante alto como para que ella oyera sus palabras.

—Creo que me gustarías aunque fueras la villana.

Ella sonrió contra sus labios.

—Puede que a mí me gustaras incluso si fueras el héroe.

—Pero no lo soy —le recordó.

—Entonces quizás esté aquí para salvarte.

Esta vez, ella lo besó primero. Pero no fue tan dulce como antes. Sabía agrio. Metálico. Mal.

Tella se apartó y en ese momento habría jurado que las estrellas regresaban y brillaban un poco más simplemente por crueldad. La luz cayó sobre Dante, iluminando la sangre que descendía por la comisura de su boca. Lenta, roja y maldita.



Tella se levantó de la fuente y se giró. Ni siquiera prestó atención a donde estaba mientras se limpiaba los labios con las manos. La sangre seguía fluyendo por las comisuras de su boca, llevándola de vuelta cruelmente a la realidad de su situación y al juego en el que Dante y ella estaban en bandos diferentes. Puede que su madre ya no se mereciera que la salvaran, pero ella todavía lo necesitaba.

Latido…

Nada.

Latido…

Nada.

Latido…

Nada.

Era casi como si Jacks estuviera observándola, esperando su único momento de felicidad para arrebatárselo.

Entre sus latidos agonizantes oyó los pasos de Dante, que se levantó de la fuente y la siguió hasta detenerse justo a su espalda.

—Tella, por favor, no huyas de mí.

Su voz era tan amable como la mano que colocó sobre la parte alta de su espalda desnuda. Su cuerpo se había quedado frío de repente excepto en el punto donde su palma descansaba, en contraste con las manos siempre frías y el corazón inmóvil de Jacks. Y, aun así, al final sería Jacks quien triunfara.

Puede que ella fuera la única persona capaz de recuperar la Baraja del Porvenir de su madre de las cámaras de las estrellas y de ganar Caraval, pero Jacks y los Destinos a los que planeaba liberar serían los verdaderos ganadores. Cuando entregara a Legend, Tella ya no estaría maldita, pero sería una esclava de las estrellas por haber usado el anillo de su madre. La libertad

que tanto había luchado por conseguir se desvanecería. Y había una enorme posibilidad de que Legend y Caraval desaparecieran también.

Todavía creería que entregar a Legend era el camino correcto si pensara que merecía la pena salvar a su madre. Pero, en aquel momento, prefería la idea de mantenerla atrapada en una carta.

—Tella, por favor, habla conmigo —insistió Dante.

—No voy a huir. Pero necesito un momento.

Sin dejar que el joven le viera la cara, Tella regresó a la fuente. Tomó vino en el cuenco de sus manos y se enjuagó la sangre de la boca con cuidado de no tragar nada. Cuando terminó, lo escupió en los arbustos y tomó su capa para limpiarse los labios antes de volver a ponérsela sobre los hombros. Estaba exagerando. Dante la había visto llorar, la había visto sangrar, la había visto a punto de morir. Un poco de sangre en la boca no lo asustaría.

—Todavía no confías en mí, ¿verdad?

Tella se giró por fin.

La noche se había vuelto más oscura, pero pudo ver la frente de Dante cubriéndose de arrugas y sus manos tensas en sus costados, como si intentara no tocarla.

—No confío en mí misma —admitió.

Dante se acercó lentamente.

—¿Es porque ahora crees que no es un juego?

—¿Qué importa lo que yo diga? ¿Tú me dirías la verdad si te preguntara si todo ha sido real?

—Si tienes que preguntármelo, supongo que no me creerías.

—Inténtalo —dijo Tella.

—Sí. —Dante dio otro paso—. A todo.

—¿Incluso lo nuestro?

Bajó la cabeza un poco.

—Después de lo que acaba de pasar, yo diría que es bastante obvio.

—Pero quizá quiera oírlo.

Más importante: necesitaba oírlo. Tella creía que el juego era real. Quería creer que lo que estaba ocurriendo con Dante también lo era, pero sabía que haber admitido por fin que quería más de él no significaba que él sintiera lo mismo. El juego quizá fuera verdad, pero eso no significaba que todo en su relación lo fuera.

—Dante, por favor, necesito saber si estás aquí por Legend o si esto es real.

—¿Qué convierte algo en real, Tella? —le preguntó, enganchando el dedo en el cordón de su cintura—. ¿Ver algo lo convierte en real? —Tiró del cordón y la acercó hasta que lo único que pudo ver fue su cara—. ¿Oír algo lo convierte en real? —Su voz se volvió un poco ronca—. ¿Y sentir algo? ¿Es suficiente para convertirlo en real?

Su mano libre se deslizó bajo la capa de Tella hasta descansar sobre su corazón. Si este hubiera funcionado adecuadamente, habría saltado hasta su palma con la intensidad de su voz ronca y de sus ojos oscuros y profundos mientras bajaba la cabeza hacia ella.

—Te prometo que esto, *nosotros*, nunca hemos sido parte del plan de Legend. La primera vez que te besé lo hice porque acababa de morir y volver a la vida, pero no me sentía vivo. Necesitaba algo real. Pero esta noche te he besado porque te deseo. No he dejado de desearte desde la noche del Baile Predestinado, cuando estuviste dispuesta a arriesgar tu vida porque querías enfadarme. Después de eso, no pude mantenerme alejado.

Su mano subió con lentitud desde su corazón a su cuello y su nuca, presionando su piel tierna mientras se acercaba todavía más.

—No dejo de buscarte, no por Legend ni por el juego, sino porque eres real y estás viva y eres valiente, atrevida y hermosa. Y si lo que hay entre nosotros no es real, entonces no sé qué lo es.

Sus dedos se tensaron alrededor de su cuello y la besó de nuevo, como si fuera el único modo que conocía de terminar lo que estaba diciendo.

No duró apenas nada, pero el beso la derrotó. La hizo preguntarse si las joyas guardadas en cajas anhelan a veces ser robadas por ladrones… Porque ahora le estaba robando el corazón, y quería que se llevara incluso más.

Cuando el beso terminó, Dante rodeó con cuidado su cintura, en un suave contraste con el punzante tono de su voz.

—Ahora cuéntame por qué estabas sangrando.

Tella inhaló, temblorosa.

Había llegado el momento de confesar la verdad.

—Ocurrió la noche del baile, cuando Jacks me besó —dijo. Pretendía hacerlo breve y sencillo, pero en cuanto abrió la boca todo comenzó a derramarse, tan rápido y desordenado como el agua al escapar de una jarra rota: la historia de su relación con Jacks, por qué había hecho el primer trato con él, cómo había fallado, que él le había entregado la carta en la que su madre estaba atrapada y todo lo que amenazaba con hacer si volvía a incumplir su parte del trato.

Dante, por su parte, permaneció inmóvil e inexpresivo mientras la estatua vertía su interminable chorro tras ellos, excepto cada vez que Tella decía el nombre de Jacks, cuando apretaba los dientes. De lo contrario, permanecía exasperantemente tranquilo.

—Déjame ver si lo he entendido bien. Si no ganas Caraval y entregas a Legend, morirás.

Tella asintió.

Dante apretó la mandíbula como si se preparara para otra ronda de maldiciones.

—¿Te ha dicho Jacks para qué quiere a Legend?

—Me dijo que quiere recuperar sus poderes, pero yo creo que hay algo más. Creo que Jacks quiere obtener el poder de Legend para liberar al resto de los Destinos de las cartas en las que están atrapados.

Dante apretó las manos.

—Esto es culpa mía. Debí admitir que era un error que no estuvieras en la lista. Si no hubiera contado esa mentira sobre tu compromiso…

—Probablemente lo hubiera besado de todos modos —terminó Tella. Ya no quería creer en el destino, pero aquella noche había parecido predestinada. Incluso sin la mentira de Dante, Jacks la habría encontrado en el baile; ella no habría tenido lo que quería y las cosas hubieran terminado igual—. No es culpa tuya. Fue Jacks quien me envenenó. Lo hizo él.

—Lo mataría.

Dante apartó las manos de Tella mientras una astilla de luz de luna cruzaba su rostro, dividiendo su expresión rota en dos mitades. Era el mismo aspecto que tiene alguien en mitad de una pelea, cuando se está debatiendo entre lo que debe decir y lo que quiere decir.

Entonces sus manos la rodearon una vez más, como si hubiera tomado una repentina decisión.

—¿Confías en mí?

Tella tomó aire entrecortadamente. Cuando Dante no estaba, lo quería con ella. Cuando estaba allí, lo quería más cerca. Le gustaba la sensación de sus manos y el sonido de su voz. Le gustaban las cosas que decía, y quería creerlas. Quería confiar en él, pero no estaba segura de hacerlo.

—Sí —dijo, esperando que decir las palabras las convirtiera en realidad—. Confío en ti.

—Estupendo —contestó Dante con una sonrisa—. Hay un modo de arreglar todo esto, pero necesito que confíes en mí. Legend es más poderoso

durante Caraval y su magia tiene el mismo origen que la de Jacks. Si ganas el juego, Legend te sanará. No necesitas a Jacks.

—Pero para ganar, tendré que entregarme a las estrellas, y no sé si puedo hacer eso.

—No vas a hacerlo —le prometió Dante—. Encontraré otro modo de entrar en las cámaras.

—¿Cómo? Ya oíste a Theron. Dijo que solo mi anillo puede abrir la cámara, pero estará bloqueado hasta que mi madre pague la deuda.

—Entonces encontraré otro modo de pagarla.

—¡No!

La sonrisa de Dante se amplió.

—Si temes que planee entregarme a las estrellas en tu lugar, no te preocupes. No soy tan altruista.

—Entonces, ¿qué vas a hacer?

—Todas las maldiciones tienen un modo de romperse, y algún resquicio. Si las estrellas no aceptan otro pago para deshacer la maldición de tu anillo, yo encontraré el resquicio.

Tella nunca lo había oído así formulado, pero tenía sentido. Concordaba con lo que Jacks había dicho, que solo había dos modos de liberar a alguien de una carta: romper la maldición u ocupar el lugar de esa persona. Lo segundo debía ser el resquicio, pero la idea la asustaba más que pensar en romper la maldición.

—No te preocupes. —Dante presionó los labios contra su frente, un beso caliente sobre su piel. Susurró—: Confía en mí, Tella. No voy a dejar que te ocurra nada.

Pero, de repente, era por él por quien estaba preocupada. No estaba acostumbrada a confiar a otros sus deseos, y menos aún su vida. Notaba que Dante también estaba experimentando un conflicto de emociones.

Una nube cubrió la evanescente luna, dejando el rostro del joven oculto en las sombras. Tella seguía pensando que parecía estar batallando con algo.

—¿Crees que conseguirás volver al palacio sola?

—¿Por qué? —le preguntó—. ¿Adónde vas?

—Todavía tengo trabajo que hacer esta noche. Pero no te preocupes, me encontraré contigo en los peldaños del Templo de las Estrellas mañana por la noche, después de los fuegos artificiales.

La siguiente era la última noche de Caraval. Los fuegos artificiales serían a medianoche, cuando marcarían el final de la Víspera de Elantina y el inicio del Día de Elantina. Terminarían cuando el juego finalizara, al alba.

Tella quería hablar de ello, pero Dante ya había comenzado a alejarse. Había llegado al final del jardín y todavía estaba bastante cerca para llamarlo, pero en lugar de eso se descubrió siguiéndolo en silencio.

Se dijo a sí misma que confiaba en él; solo estaba siguiéndolo porque le preocupaba lo que pudiera hacer para salvarla. Pero la verdad era que quería confiar en él más de lo que lo hacía en realidad. Una parte de ella todavía no había descartado la posibilidad de que fuera Legend. Pero si fuera Legend y ella le importara, habría usado su sangre como antídoto para el veneno de Jacks, en lugar de incitarla a ganar el juego y recuperar las cartas de su madre.

O Dante se preocupaba de verdad por ella, o era el Maestro de Caraval y no le importaba en absoluto.

Puede que lo supiera si descubría adónde iba siempre que desaparecía, pero era demasiado lenta. O quizá Dante sabía que estaba siguiéndolo. Cuando llegó al final del jardín, había desaparecido.

Tella examinó las ruinas cercanas durante un rato. Incluso se atrevió a regresar al parque donde había robado la capa. Pero no había ni rastro de él, y sus piernas empezaban a flaquear por el cansancio.

Casi había amanecido cuando el carruaje aéreo de Tella se acercó al palacio. La constelación con forma de corazón de Legend había desaparecido. Las antorchas puntuaban el suelo con su luz, pero el aire todavía estaba frío después de una noche separado del sol. Tella quería cerrar los ojos y derrumbarse en su habitación de la torre, pero su carruaje se detuvo. El ocupante del carruaje que iba delante del suyo estaba tardando siglos en bajar.

Abrió la ventana y sacó la cabeza, como si mirar fijamente el vagón delantero pudiera apresurar el paso de sus ocupantes. Para su asombro, funcionó.

La puerta del carruaje se abrió y apareció un destello de una tela cereza que ya conocía. Aunque no podía estar segura, ya que aparte del vestido lo único que veía era una densa cortina de cabello oscuro, la joven se parecía mucho a Scarlett.

Tella siguió mirando, pero su hermana no se giró. Se escabulló y salió de la cochera antes de que el carruaje reanudara el movimiento. Después, la puerta se abrió de nuevo. Ella solo le vio la espalda, pero de inmediato reconoció su garbo despreocupado, sus ropas arrugadas y su cabeza de cabello dorado. *Jacks*.



Tella deseaba que el sol saliera pronto porque aquella extraña noche tenía que terminar. Si el mundo volvía a girar una vez más, se derrumbaría.

¿Qué había estado haciendo su hermana con Jacks?

Por supuesto, aún no estaba segura de que la joven que había salido del carruaje fuera Scarlett. No había llegado a verle la cara con claridad. Pero conocía a su hermana y conocía a Jacks, que era suficientemente mezquino para arrastrar a Scarlett a aquel caos.

Tella salió de su carruaje en el momento justo en el que tocó el suelo y estuvo a punto de doblarse el tobillo. Eso no evitó que saliera corriendo de la cochera, pero la retrasó lo suficiente para que perdiera de vista a su hermana.

—¿Huyes de alguien o persigues a alguien?

El Príncipe de Corazones apareció tras el seto del jardín de piedra, bloqueándole el camino mientras jugaba con una brillante manzana púrpura entre las puntas de sus dedos diestros. Una vez más, no llevaba chaqueta y su camisa estaba a medio planchar, como si se hubiera impacientado y no hubiera dejado que la doncella terminara su trabajo. Llevaba los pantalones sin arrugas, pero cuando el sol naciente golpeó la mantecosa piel, Tella creyó ver en ella una mancha que parecía sangre.

Inhaló despacio varias veces, intentando calmar su acelerado corazón.

—¿Qué estabas haciendo con mi hermana?

—¿Estás celosa?

—Estás delirando.

—¿Seguro? —Jacks se adentró en el jardín de piedra, entre los criados congelados para siempre, obligándola a seguirlo.

—Esta relación no es real —gruñó Tella—. ¿Por qué iba a ponerme celosa?

—Porque deseas que sea real.

—Te adulas demasiado.

—Solo porque mi prometida no me adula lo suficiente.

El tono de Jacks era frívolo, y aun así no apartó los ojos de ella mientras colocaba una bota contra la aterrada estatua de piedra que la chica tenía al lado. Entonces sacó una daga de su bota y comenzó a pelar la piel de su manzana, como si de repente hubiera perdido el interés en la conversación.

—Todavía no me has dicho qué estabas haciendo con mi hermana —le exigió Tella—. Quiero que te mantengas alejado de ella.

Jacks dejó de mirar el cuchillo.

—Fue ella la que vino a buscarme.

—¿Por qué iba a hacer eso?

—Te prometo que no lo sé.

Tella resopló.

—No finjas que tienes conciencia.

Jacks quitó el último trozo de piel de su manzana y le dio un gran bocado.

—Que mi código moral sea diferente del tuyo no significa que no tenga uno.

—Quizá deberías reevaluarlo —replicó Tella—. Según el criterio de la mayoría de la gente, matar es peor que fallar a la confianza de una persona.

—¿He matado a alguien desde que me conoces? —Jacks se pasó la lengua sobre los afilados dientes blancos antes de hundirlos de nuevo en la manzana. Un jugo brillante, tan rojo como la sangre, cayó de la comisura de su boca. Se estaba burlando de ella mientras comía.

Actuaba como si nada le importara, como si fuera perezoso, pero era el más calculador y seguro de sí mismo de todos. Probablemente la veía del mismo modo en el que veía a su manzana, como algo jugoso a lo que darle un bocado y después tirar.

Otra gota roja cayó de sus labios y Tella se abalanzó sobre él. Le tiró la manzana de las manos pálidas y se lanzó sobre su garganta.

Jacks le agarró las muñecas en un instante.

—Tú no puedes matarme.

—Pero puedo intentarlo.

Le dio una patada. Él la esquivó con facilidad.

—Solo conseguirás cansarte —le dijo con tranquilidad—. Ya pareces agotada. Ahorra tus fuerzas para ganar el juego esta noche.

Tella siguió dándole patadas.

Jacks la esquivó de nuevo sin esfuerzo. Su rostro cruel parecía aburrido.

Pero Tella habría jurado que sentía la sangre corriendo por sus venas, mientras le calentaba las manos que todavía le rodeaban las muñecas. Parecía indiferente, pero su corazón latía tan rápido como el suyo.

Se detuvo a mitad de una patada. El corazón de Jacks estaba latiendo.

Retrocedió un paso y él la soltó.

—Tienes latido.

—No. Mi corazón no ha latido en mucho tiempo. Eres tú la que delira ahora.

Su voz sonó más fría de lo que la había oído nunca y aun así el frío no borró el abrasador recuerdo de sus manos calientes alrededor de sus muñecas.

—Puede que esté delirando, pero sé lo que he sentido —insistió.

Solo una persona podría hacerlo latir de nuevo: su verdadero amor. Decían que sus besos eran letales para todos excepto para ella, su única debilidad.

—He hecho latir tu corazón —graznó. Era una locura y era absurdo, una idea realmente demencial, pero sentía la verdad también en su corazón, cuyos latidos ya no eran lentos sino rápidos. Latido. Latido. Latido. Latido. Latido. Latido. Latido. Nunca lo había sentido tan fuerte. Tan libre—. Yo soy tu verdadero amor. Tus besos no pueden matarme.

Jacks frunció más el ceño.

—No deberías creer todas las historias que oyes. ¿Te parece que estoy enamorado de ti?

—Siempre me has parecido un monstruo, pero eso no significa que la leyenda no sea cierta.

Y suponía que no era necesario que ella lo amara para ser su verdadero amor. Como era un Destino, y pura maldad, también suponía que el amor no era para él lo mismo que para un humano. Pero eso no importaba; lo que importaba era que ser su verdadero amor implicaba que era inmune a sus besos. Ya no necesitaba ganar Caraval para sobrevivir.

—Esto no cambia nada.

La expresión de Jacks se volvió tan afilada que un puñado de cuchillos habrían resultado suaves en comparación.

Pero Tella estaba acostumbrada a sus miradas temperamentales. No podían hacerle daño, y tampoco sus labios ponzoñosos.

—No —replicó—. Esto lo cambia todo.

—No para tu madre. —Jacks aplastó la manzana que Tella había tirado al suelo con el talón de su bota, hasta que la fruta no fue más que carne sangrante y zumo—. Todavía me necesitas, si quieres liberarla.

—Puede que ya no esté interesada en salvarla.

Lo dijo como si fuera en serio, pero las palabras le supieron agrias. No era totalmente mentira, pero tampoco verdad.

Jacks pareció sentir su falta de convicción. Le mostró un hoyuelo mientras se acercaba.

—Has dicho que soy un monstruo e incluso yo pienso que eso es desacertado, Donatella.

Su hoyuelo desapareció y, por un momento, vio su rostro horrorizado, como la primera vez que le habló de estar atrapado en el interior de una carta.

—Si una parte de ti quiere volver a ver a tu madre con vida, repensarás el hecho de ayudarme. Legend teme que los Destinos escapen y le roben su poder, y desea nuestro poder más que nada. Si alguna vez pone las manos en la Baraja del Porvenir de los Destinos, nos destruirá a todos, y también a tu madre. El único modo de salvarla es ganar el juego y ayudarme a liberarlos. A menos que seas tan tonta como para ocupar su lugar, y teniendo en cuenta lo que acabas de decir, dudo de que estés dispuesta a hacerlo.

Jacks le acarició la barbilla con un dedo delgado antes de salir del jardín, como si su conversación no hubiera cambiado nada en absoluto.



Cuando Tella regresó al palacio, justo antes del alba, la torre dorada se había transformado para la Víspera de Elantina. Las barandillas estaban cubiertas de tiras de tela brillante, una reminiscencia del velo de lágrimas de La Novia Abandonada. Y, para su incomodidad, todas las criadas con las que se cruzaba se habían pintado costuras rojas en los labios, transformándose en Las Fámulas.

El ala zafiro donde se alojaba Scarlett seguía igual. Tella se había detenido allí primero, para descubrir qué hacía su hermana con Jacks. Por supuesto, Scarlett no le había abierto la puerta.

Podría haber llamado a su puerta un poco más fuerte, o esperado un poco más, pero su cuerpo le suplicaba dormir y quizá Jacks le había dicho la verdad. Puede que Scarlett hubiera ido a buscarlo para advertirle que no le hiciera daño. Aquello parecía algo que su hermana podía hacer.

Tella pasó junto a más criadas con los labios cosidos de camino a su dormitorio en la torre. Debían estar trabajando desde antes del amanecer. Cuando se marchó la noche anterior, ninguna puerta estaba adornada, pero ahora había máscaras diferentes colgando de cada arco y cada entrada, una

antigua tradición para honrar a los Destinos con la esperanza de que les propiciaran bendiciones en lugar de maldiciones.

La jaula de perlas de La Doncella de la Muerte colgaba sobre la puerta de su dormitorio. Sabía que solo era una tradición de la Víspera de Elantina, pero aun así le pareció una advertencia, un recordatorio más de lo que perdería si decidía abandonar el juego. Ya no necesitaba ganar Caraval para vivir, pero ¿podría dejar a su madre atrapada en una carta?

Tella quería odiarla. Cuando gritó al cielo que su madre podía pudrirse en su cárcel de papel, lo había dicho en serio. Y, aun así, parte de ella deseaba liberarla incluso más que antes. Quería demostrarle que no era solo un adorno inútil que puede regalarse, que era intrépida, lista, valiente y merecedora de amor.

El anillo mágico de su madre le pesaba en el dedo. Puede que Dante encontrara el resquicio que había mencionado para eludir el bloqueo, pero si no lo hacía, Tella sabía que no se convertiría en una esclava de las estrellas para rescatar a una mujer que quizá nunca la querría.

Pero ¿y si Dante conseguía encontrar un modo de entrar en las cámaras de las estrellas sin tener que entregarse a ellas?

Si realmente era Legend, ¿podría traicionarlo y entregárselo a Jacks, sabiendo lo que este planeaba hacer con él?

Todo era muy complicado.

Tella se dijo a sí misma que si Dante era Legend, eso significaba que no se preocupaba por ella. Pero quizá no se había ofrecido a sanarla aquella noche porque creía que ya no estaba envenenada. Puede que pensara que, al darle su sangre la noche anterior, la había salvado. Pero si eso era cierto, ¿por qué había sangrado de nuevo?

Quería pensar lo mejor de Dante, pero que se preocupara por ella era lo de menos. Si Dante era Legend, no dudaría en destruir a los Destinos.

Normalmente no solía tomar decisiones conservadoras. En su experiencia, la opción más prudente a menudo no era ninguna opción, sino dar un educado paso atrás y permitir que otros con más poder hicieran lo que consideraran adecuado. Legend y Jacks tenían ambos más poder que ella, pero los dos la necesitaban para conseguir lo único que querían: la Baraja del Porvenir de su madre. Sin Tella, ninguno de ellos tocaría esa baraja maldita. Sin Tella, Legend no podría destruir a los Destinos y a su madre, y Jacks no podría liberar a los Destinos ni robar la magia de Legend para recuperar de nuevo todo su poder y tener la capacidad de controlar los corazones, los sentimientos y las emociones.

Parecía que ambos esperaban que ganara el juego por ellos. Pero quizás el único modo en el que podía salir realmente victoriosa era si elegía dejar de jugar con ellos, si dejaba a su madre donde estaba y mantenía sus cartas malditas a salvo en la cámara de las estrellas donde ni Jacks ni Legend podrían tocarlas.

Sintió una punzada de algo similar a la culpa ante la idea de dejar que su madre siguiera atrapada en una carta, pero Paloma había tratado la vida de Tella como si fuera un aval. Su madre no era mejor que Jacks o que Legend, y no permitiría que ninguno de ellos volviera a usarla como un peón en un tablero de juego.



Se levantó de la cama sobresaltada, con el corazón latiendo como loco y el pulso desbocado… Dos confirmaciones más de que ya no estaba envenenada. Eso debería haberla hecho sentirse lista para conquistar el mundo, pero en lugar de ello no conseguía despojarse de la gravosa sensación de que el mundo se estaba preparando para conquistarla a ella.

Su primer instinto fue comprobar El Aráculo para ver si su futuro había cambiado, pero ya no podía confiar en la carta y estaba harta de dejar que los Destinos dictaran sus decisiones.

Las sombras habían reptado sobre el suelo y las arrugas del sueño marcadas en sus brazos dejaban claro que había dormido durante horas. Aunque ya no planeaba terminar la partida, no había querido dormir tanto.

Casi había caído el crepúsculo. La luz que se vertía por su ventana teñía el interior de su dormitorio de un rojo espectral, excepto la nacarada carta blanca que había en el borde de su cama, como si hubiera estado esperándola.

La abrió, con los ojos un poco borrosos mientras comenzaba a leer. Pero después de las dos primeras líneas, su visión se agudizó y su mente terminó de despertar.

Mi querida Donatella:

Gracias por el regalo de tu compañía la otra noche, en mi pequeña cena. Conocerte fue un placer inesperado. No me di cuenta, hasta que te marchaste,

de lo mucho que me recuerdas a alguien especial a quien conocí en el pasado. No te pareces especialmente a ella, pero tienes el mismo espíritu indomable y la vitalidad de Paradise la Perdida. Eso me hizo preguntarme si sería ella tu madre desaparecida.

Probablemente no debería decir esto teniendo en cuenta quién fue, pero Valenda se desdibujó el día en el que Paradise desapareció. Era un tesoro. Si ella es tu madre y puedo hacer algo para ayudarte a encontrarla, házmelo saber.

Hasta que nos encontremos de nuevo,

Elantina.

Cuando terminó de leer, Tella se sentía totalmente despierta. La leyó una vez más. Cuando levantó la mirada y miró de nuevo la ventana, el sol casi se había puesto. Legend formaría una nueva constelación en el cielo en cualquier momento, con la que le mostraría a la ciudad que Caraval estaba comenzando de nuevo.

Antes de leer la carta de Elantina, había decidido abandonar el juego y dejar a su traicionera madre y su maldita baraja de cartas exactamente donde estaban. Si no llegaba a abrir la cámara, los Destinos no escaparían y Legend no podría destruir a su madre. Parecía un compromiso razonable. Pero ahora, después del mensaje de Elantina, aquella opción le parecía rendirse. Le parecía conformarse con el casi final del que Armando le había hablado.

Sabía que era absurdo esperar una versión mejor de su madre que la que había visto en el interior del Templo de las Estrellas. Y, aun así, la carta de Elantina la hizo albergar la esperanza de que hubiera algo más en aquella historia, justo como Dante había sugerido.

—Una entrega —dijo una voz débil desde el otro lado de su puerta.

Tella escondió la nota de Elantina en su cama mientras una criada demasiado entusiasta aparecía en la habitación.

La intrusa llevaba una enorme caja ciruela con un lazo púrpura del tamaño de un melón. Debía ser su disfraz para la Víspera de Elantina, diseñado por Minerva.

—Supongo que necesitarás ayuda para vestirte. —La doncella levantó la tapa de la caja—. Oh, ¡este es el más bonito que he visto! Sin duda atraerás todas las miradas.

Una película de destellos plateados se elevó en la habitación cuando la doncella sacó el vestido de la caja, de un ahumado azul plata. La modista había discutido su decisión de ir como el Heredero Perdido, pero había hecho un trabajo sublime con el vestido, aunque este le recordaba demasiado a los ojos de Jacks.

Tenía la espalda abierta, cubierta solo por una capa de gasa del color de la plata fundida. Después de ayudarla a ponerse el vestido, la criada sujetó la fina capa a los delicados tirantes de perlas de sus hombros, que bajaban hasta un corpiño traslúcido azul que habría sido indecente de no ser por las brillantes hojas de puntas plateadas que se aferraban a su pecho y bajaban por su torso, como si el viento de una tormenta mágica la hubiera arrastrado. Su falda amplia era una combinación de azul noche y metal líquido, y resplandecía en oleadas sobrenaturales cada vez que se movía, dando la impresión de que podía desaparecer con un giro rápido.

—Es espectacular —dijo la criada—. ¿Estás lista para el…? —Se detuvo en seco cuando sacó del fondo de la caja la corona de velas con su fúnebre velo negro—. ¿Vas a ir del Heredero Perdido de Elantina? ¿Estás segura de que es buena idea?

—Estoy segura de que no es asunto tuyo. —Tella le arrebató la corona.

—Solo intentaba ayudar —se disculpó la chica, con una reverencia rápida —. Perdóname, pero he oído rumores sobre tu prometido y, después de lo que ha ocurrido, pensé que lo correcto era advertirte.

Tella intentó contenerse y no preguntar. La última vez que habló con una doncella insolente no terminó bien, pero aquella criada parecía verdaderamente nerviosa y creía reconocer su voz de su primera noche en el palacio. Parecía la joven que le había recordado a un conejo, la que se había apiadado de ella.

—¿Qué ha ocurrido? —le preguntó.

—¿De verdad no lo sabes? Se habla de ello por todo el palacio. Dicen que el verdadero Heredero Perdido, el hijo desaparecido de Elantina, ha regresado. Por supuesto, nadie lo ha confirmado. —La doncella bajó la voz—. La emperatriz enfermó cuando comenzaron los rumores.

—¿Qué le pasa?

—No estoy al tanto de ese tipo de información —contestó la doncella—. Pero suena grave.

—Seguramente es todo parte de Caraval —dijo Tella. Si era cierto que el hijo de la emperatriz había desaparecido, parecía demasiada coincidencia que reapareciera justo durante Caraval.

Pero ¿y si la emperatriz estaba enferma de verdad? La idea hizo que Tella se sintiera más incómoda de lo que habría esperado. En su carta, Elantina hablaba de su madre como si la hubiera conocido; decía que era un tesoro. Tella quería saber por qué, pero no lo descubriría si a la emperatriz le ocurría algo.

—Gracias por tu ayuda —dijo a la criada—. Puedes marcharte.

Ya estaba vestida. Lo único que tenía que hacer era coronarse.

Por desgracia, la diadema de velas de la corona del Heredero Perdido era pesada y tosca, y no podía ver nada a través de su grueso velo.

Antes de ponérsela en la cabeza, tiró de la tela del velo. Pero el terco tejido no quería moverse.

Tiró de nuevo.

El velo se rasgó, pero también lo hizo el aro de velas negras. Cayeron en gruesas lágrimas de cera, desmigándose, hasta que lo único que quedó fueron cinco puntas afiladas como cuchillos coronadas por ópalos negros.

Parecía una versión intacta de La Corona Rota, la misma que había visto cuando Armando le leyó el futuro.

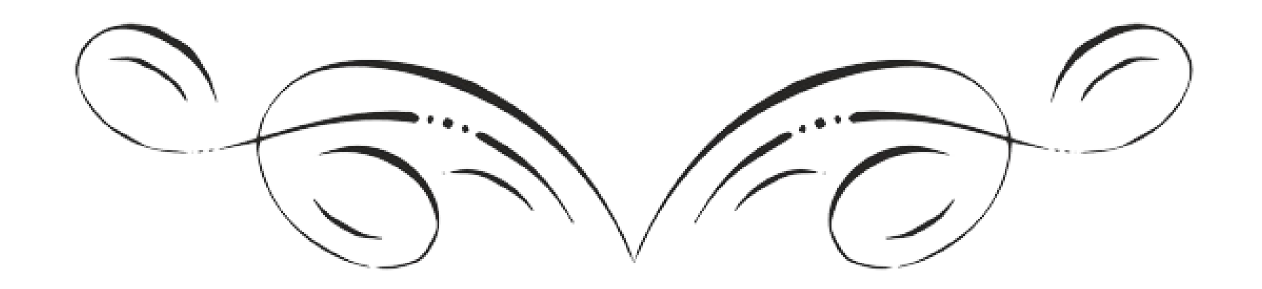
La Corona Rota predecía una decisión imposible entre dos caminos igualmente difíciles. Tella sabía que el círculo que tenía en las manos no era la misma corona. La Corona Rota estaba atrapada en un mazo de cartas y la que tenía en las manos no estaba rota. Pero no le gustaba que sus dedos se entumecieran al tocarla.

Quería tirarla de nuevo a la caja. Le parecía una mala idea ponérsela. Pero se negaba a tenerle miedo, a ella o a las ideas que llevaba a su mente.

Tella se miró en el espejo mientras se la ponía en la cabeza. La corona no era tan pesada como cuando las velas eran parte de ella, pero desde el momento en el que rozó sus rizos sintió una agitación, como si llevarla fuera

el primer paso hacia una decisión imposible que no estaba preparada para tomar.

Intentó descartar la sensación. Que fuera a hablar con la emperatriz sobre su madre no significaba que estuviera dispuesta a sacrificarse a las estrellas para ganar el juego y salvar a Paloma. Y, aun así, se descubrió metiéndose la moneda del infortunio de Jacks en el bolsillo del disfraz, junto con El Aráculo y la carta en la que su madre estaba aprisionada.



LA VÍSPERA DE ELANTINA: LA ÚLTIMA NOCHE DE CARAVAL





Las estrellas eran espectacularmente feroces aquella noche e iluminaban toda Valenda con su esplendor y su brillo. Legend les había dado forma de reloj de arena gigante. Destellaba en oro y en rojo, los colores del desierto y las llamas, y goteaba estrellas carmesíes como granos de arena; sin duda era una cuenta atrás hasta el amanecer y el final de Caraval.

El reloj de arena estaba suspendido sobre el palacio, donde la última noche del juego estaba teniendo lugar. Tella lo había visto al mirar por la ventana. El patio de cristal, que ocupaba el espacio entre la torre dorada y el resto de alas del complejo, empezaba a llenarse de gente disfrazada de los Destinos malditos.

Afortunadamente, ninguno de los otros jugadores tenía permitido el paso al interior de la torre. La antigua estructura estaba casi inquietantemente silenciosa. Tella solo oía el tamborileo de sus pisadas sobre los desvencijados peldaños de madera mientras subía, y subía, y subía.

Durante la cena de la otra noche, Elantina había mencionado que vería los fuegos artificiales de la Víspera de Elantina desde la última planta. Incluso le dijo a Jacks que esperaba que Tella se uniera a ellos. No fue una invitación de verdad y Jacks no había vuelto a mencionarlo, pero esperaba que la emperatriz lo hubiera dicho en serio.

Los guardias la detuvieron en la cima. Había una docena, y sus armaduras resonaron con estrépito al bloquearle el paso.

A Tella le ardían las piernas después de la subida, pero consiguió mantenerse erguida y hablar sin jadear.

—Soy la prometida del heredero y su majestad me ha invitado para que vea con ella los fuegos artificiales de esta noche. —Agitó la carta de Elantina, mostrando el sello real como si fuera una invitación. Pero no era necesario.

Los guardias se apartaron para dejarla pasar como si hubieran estado esperándola. Se preguntó entonces si la invitación de la emperatriz para ver los fuegos artificiales había sido genuina, o si la regente había sabido que su carta la atraería hasta allí. Aunque ya no permitía que el destino o los Destinos dictaran su futuro, había algo en aquella reunión con Elantina que parecía inevitable.

La cumbre de la torre era mucho más estrecha que la base, solo una habitación que no era demasiado grande y a la que aun así recordaría como si fuera infinita. Las paredes y el techo eran de cristal sin marcos, un observatorio construido para admirar, soñar y anhelar. El reloj de arena de Legend estaba tan cerca que Tella habría jurado que podía oír las estrellas cayendo en su interior, siseando y chispeando una peligrosa canción mientras se adentraba en la sala.

La estancia era de una elegancia sencilla. Un árbol de un blanco ceniciento se elevaba en el centro, cargado de hojas plateadas que parecían a punto de caer. Rodeándolo había un círculo de mullidos sillones, todos mirando hacia el cristalino vidrio, plateados y blancos igual que el árbol. El único punto de color de la habitación era el ramo de rosas rojas que había en un jarrón junto a Elantina.

La emperatriz estaba sentada tan cerca de las ventanas que casi tocaba el cristal. No parecía disfrazada, aunque había algo fantasmal en ella y no era solo el vestido blanco que llevaba.

Dos noches antes, cuando la conoció, la emperatriz Elantina había sido la definición de la vitalidad, rebosante de sonrisas y abrazos. Pero quizá se había cansado demasiado. En aquel momento estaba derrumbada en su butaca, cérea y enfermiza, exactamente como había dicho la entusiasta criada.

Incluso su voz sonó febril cuando habló.

—Si has subido hasta aquí, querida, debes hacer la pregunta que te quema en la lengua.

—¿Qué te ha pasado? —le preguntó Tella.

Elantina levantó la mirada. Sus ojos oscuros eran más grandes de lo que la joven recordaba, o quizá su rostro fuera más delgado. Elantina parecía haber envejecido dos décadas en dos días. Tella habría jurado que la mujer estaba envejeciendo ante sus ojos. Unas arrugas nuevas se formaron sobre sus mejillas pálidas mientras decía:

—Se llama «morir», querida. ¿Por qué crees que quería una celebración tan magnífica para mi setenta y cinco cumpleaños?

—Pero… la otra noche tenías muy buen aspecto.

—Gracias a un tónico de Legend. —Los ojos de Elantina se posaron en las rosas rojas que había sobre la mesa, a su lado—. Ha estado ayudándome a esconderle a Jacks mi menguada salud.

—Entonces, ¿has conocido a Legend?

Una sonrisa arrugada curvó la boca de la emperatriz.

—Después de todo lo que me ha ayudado, aunque supiera quién es, no revelaría su secreto. Y no creo que hayas subido hasta aquí para preguntar por él.

La mirada de Elantina se posó sobre la carta que Tella tenía en la mano.

La joven todavía quería preguntarle algunas cosas más sobre Legend, que parecía estar en todas partes y en ningún sitio a la vez.

Pero aunque Elantina estaba muriéndose, su tono fue tan brusco como para suprimir cualquier objeción.

—Paradise la Perdida es tu madre, ¿verdad?

—Yo la conocí como Paloma —le confesó Tella—, aunque mi padre siempre se enfadaba cuando la llamaba así en lugar de «madre».

Elantina chasqueó la lengua.

—Paradise siempre ha tenido un gusto horrible para los hombres.

Tella estaba de acuerdo, pero no le apetecía seguir hablando de su padre.

—¿Cómo la conociste? —le preguntó Tella mientras tomaba asiento. Todavía no dominaba el protocolo correcto a seguir con una emperatriz, pero le parecía incómodo mirar desde arriba a la mujer que gobernaba el Imperio Meridional.

Elantina tomó aliento y su cuerpo tembló más de lo que debería.

—La última vez que vi a Paradise me robó la Baraja del Porvenir que te mencioné la otra noche. Le advertí que esas cartas solo le traerían problemas, pero debería haber elegido una palabra diferente. Quizá «desgracias», o «agonías». Paradise solo me dijo que le encantaban los problemas. Pero creo que lo que en realidad le gustaba era la vida.

Elantina miró por la ventana, a través de la cual las estrellas carmesíes de Legend seguían brillando.

—Paradise podría haber sido mucho más que una imagen en un cartel de SE BUSCA. Era inteligente y lista, de risa y afecto fáciles. No obstante, intentaba que la gente no supiera cuán profundos eran sus sentimientos. «Los criminales no aman», me dijo una vez. Pero creo que Paradise temía al amor porque, cuando amaba, lo hacía con la misma ferocidad con la que vivía.

Tella suponía que todo aquello debía hacerla sentir mejor, pero de algún modo solo le dolió más saber que su madre podía amar tan intensamente y

que, aun así, no le había importado su propia hija.

Debería haberse marchado para dejar de torturarse, pero había algo casi íntimo en el conocimiento de la emperatriz. Las pocas palabras que había pronunciado le parecieron mucho más profundas que todo lo que Aiko le había contado. Tella había oído decir que Elantina había sido tremenda en su juventud, pero no había sido joven en el mismo momento que Paloma.

—¿Cómo la conociste? —le preguntó.

La emperatriz se giró lentamente para mirarla.

—Esa es una historia que tendrás que preguntarle a Paradise.

—No creo que eso vaya a ocurrir. —Tella se levantó de su silla, despacio—. Aquí es donde termina mi búsqueda.

—Es una lástima —dijo Elantina—. No creí que fueras de las que se rinden con facilidad.

—Ella fue la primera en abandonarme.

—No estoy segura de poder creerlo. —Elantina bajó la voz. Tella pensó que era por el cansancio, pero no había debilidad en ella—. La Perdida a la que yo conocí no creía en abandonar. Y, si tú eres de verdad su hija, estoy segura de que no te habría abandonado. De hecho, supongo que, si es tu madre, te quiso profundamente.

Tella resopló.

—Fingiré que no he oído eso —dijo Elantina—. Estoy segura de que hay una ley que dice que no puedes burlarte de la emperatriz en su propia cara, pero supongo que lo que acabas de hacer tiene más que ver con tu madre que conmigo. Y tengo que admitir que por mí deben sentir lo mismo que tú sientes por tu madre. Yo también fui un fracaso como progenitora. Cometí errores que provocaron que nos alejáramos. Pero eso no significa que no hubiera amor. Muchas de las decisiones que tomé creyendo que eran lo mejor solo sirvieron para separarnos.

—Pero he oído que el heredero desaparecido ha regresado.

—Siempre olvido lo rápido que se extienden las noticias en este palacio.

Elantina sonrió, pero, de algún modo, la expresión hizo que sus ojos parecieran tristes en lugar de alegres. Mientras curvaba sus labios arrugados, sus párpados cayeron. Aquella no era la expresión de una madre que acababa de reunirse con su hijo.

Pero la emperatriz no desmintió los rumores. Esto hizo que Tella se preguntara si la persona que había aparecido era realmente descendiente de Elantina o solo un modo de evitar que Jacks ocupara el trono tras su muerte.

—Durante la mayor parte de mi vida, puse al Imperio Meridional por delante de todo lo demás, incluidas mis obligaciones como madre. Ahora me arrepiento de muchas de esas decisiones, pero es demasiado tarde para cambiar lo que hice. Supongo que esa es la razón por la que estuve pensando en ti esta mañana. —La tristeza de sus ojos se intensificó—. No sé lo que le ocurrió a tu madre después de dejarte, pero espero que la encuentres, Donatella. No seas como yo; no te conformes con la comodidad de un casi final cuando puedes tener el verdadero final.

—No estoy segura de entender qué significa eso —dijo Tella.

—No todo el mundo consigue un verdadero final. Hay dos tipos de finales porque la mayoría de la gente se rinde en la parte de la historia en la que las cosas van peor, cuando parece no haber esperanza. Pero entonces es cuando esta es más necesaria. Solo aquellos que perseveran pueden encontrar el verdadero final.

Elantina sonrió, más alegre que triste esta vez, mientras miraba la mano de Tella.

—Mira. Creo que incluso el anillo de tu madre está de acuerdo conmigo.

El ópalo de su anillo vibró y Tella retrocedió un paso, sobresaltada. Los colores del interior se estaban moviendo. La línea dorada del centro estalló como una llama en el interior de la piedra, devorando el violeta y el cereza de los bordes hasta que toda la piedra brilló en un ámbar luminiscente.

La torre se sacudió, lo que hizo temblar las piernas de Tella. Duró apenas un instante, pero habría jurado que, en aquel momento, incluso las estrellas titilaron. El anillo siempre había sido bonito, pero ahora era sobrenatural y brillaba lo suficiente para iluminar toda su mano.

¿Qué había hecho Dante?

Un pánico incandescente le atravesó las venas. Debía haber encontrado el resquicio que anulaba la maldición que bloqueaba el anillo. ¿Por qué había hecho eso por ella? Le había dicho que no se preocupara, que él no era tan altruista, pero tenía que haber pagado un precio muy alto para deshacer la maldición de la piedra.

Tella se estremeció y la corona que llevaba en la cabeza se tambaleó. Levantó la mano para recolocársela, pero estaba tan temblorosa como sus piernas. En lugar de enderezarla, la tiró. Cayó al suelo con un estrépito lírico.

—Oh, Dios. —Elantina se llevó una mano a la boca.

Tella se tragó una maldición. Cinco afilados trozos de obsidiana, coronados por ópalos negros, la miraban desde el suelo. Ahora era una copia exacta de La Corona Rota.

—Lo siento mucho —dijo con voz temblorosa.

—No lo sientas, niña. Alguien limpiará todo esto por mí, y tú no has hecho nada malo.

Pero lo haría.

Todavía temblando, miró la corona destrozada del suelo mientras su decisión imposible quedaba clara. Dante había encontrado un modo de entrar en la cámara de su madre que no le exigiría ningún sacrificio. Por supuesto, ella no sabía si Dante lo había hecho para salvarla de las estrellas o para asegurarse de que iba a por las cartas. Ni siquiera estaba segura de qué opción quería que fuera verdad. Si Dante había sacrificado algo para salvarla, ¿qué tipo de persona sería ella si después lo traicionaba entregándolo a Jacks? Pero eso era así asumiendo que Dante fuera Legend. Todavía no podía estar segura.

Y no lo sabría a menos que ganara Caraval.

Aunque quizá sería mejor *no* ganarlo.

Ganar el juego tendrá un precio del que más tarde te arrepentirás. Nigel la había advertido de ello, pero aunque no lo hubiera hecho, ella ya sabía que habría pesares en su futuro. Si decidía traicionar a Legend para que Jacks le arrebatara su poder, Jacks liberaría a los Destinos y casi seguramente destruiría a Legend en el proceso. Pero si no traicionaba a Legend, si le entregaba las cartas con los Destinos, él las destruiría. Y, al hacerlo, también destruiría a su madre, ya que todas las cartas pertenecían a la misma baraja.

La mirada de Tella viajó hasta la ventana. Desde tan arriba, la gente era poco más que motas de color iluminadas por las ardientes estrellas, las brillantes lámparas y la febril excitación por la última noche de Caraval y la Víspera de Elantina.

En otra historia, Tella habría bajado y se habría unido a ellos. Habría bebido vino especiado y bailado con desconocidos. Quizás incluso habría besado a alguien bajo las estrellas. Eso debería haber sido lo que quería. Se dijo a sí misma que así era. Quería alejarse del juego al que se había visto empujada y de la mujer que se había alejado de ella; quería dejar de fingir que a su madre le importaba. Pero las palabras de Elantina sobre los verdaderos finales y los casi finales seguían atormentándola.

Quería darle la espalda a su madre, pero hacerlo sería más parecido a rendirse que a dejarlo pasar, sería conformarse con menos cuando tenía la oportunidad de mucho más. No quería que su madre volviera a hacerle daño. Pero ¿y si Elantina tenía razón y su madre la había querido de verdad?

Su madre había guardado las cartas en las cámaras de las estrellas para que nadie pudiera apoderarse de ellas. Puede que hubiera planeado no volver a tocarlas jamás. ¿Y si había ofrecido a Tella a las estrellas pero su intención nunca hubiera sido entregarla? Quizá guardar las cartas en una cámara que solo podía abrirse con una llave bloqueada había sido su modo de mantenerlas a buen recaudo. Pero después, de algún modo, ella misma había terminado atrapada en una carta.

Tella no sabía cuándo había abandonado la torre, pero de repente estaba bajando las escaleras, corriendo hacia el patio donde Caraval estaba teniendo lugar, y pensando solo en su madre.



El aire estaba tan cargado de magia que Tella la sentía en la lengua como si fuera azúcar glas, una dulce bienvenida a un mundo oscuro y encantado. Los Destinos y su simbología estaban por todas partes.

El patio del palacio se había transformado en un mercado que parecía sacado de una leyenda. Había tiendas, cuyos carteles mostraban nombres como:

> LOS VESTIDOS MÁGICOS DE SU MAJESTAD
> LA GRAN TIENDA DE TALISMANES DE LA SACERDOTISA
> CUCHILLOS Y PAÑUELOS PARA EL ASESINO MODERNO
> LOS ESPEJUELOS MÁGICOS DE EL ARÁCULO

También había letreros gigantes en honor a los Destinos:

> DALE UN BESO A LA DAMA DE LA SUERTE Y TE CONCEDERÁ EL DESEO QUE TU CORAZÓN DISERTE.
>
> PARA PASAR UN BUEN RATO, AUNQUE POCO, ¡BUSCA AL BUFÓN LOCO!
>
> SI VES A LA DONCELLA EMBARAZADA, EN TU FUTURO HABRÁ UN CAMBIO SEGURO…

Tella se negó a dejarse distraer; tenía que llegar al Templo de las Estrellas, aunque le fue difícil moverse por el patio cuando la gente comenzó a acercarse a ella. Alguien sombrío disfrazado de El Envenenador la invitó a probar su veneno. Un sinfín de Estrellas Caídas le ofrecieron lamer polvo de estrellas.

Tella ni siquiera se molestó en responder y se apresuró a través del bullicio tan rápido como le fue posible. El único momento en el que dudó fue cuando vio a Scarlett, vestida como La Novia Abandonada con un velo de

lágrimas que caía sobre su rostro como diamantes llorados. Pero si su hermana supiera lo que estaba a punto de hacer, sin duda intentaría detenerla.

Tella no quería que la detuvieran. Aquella era su única oportunidad para salvar a su madre, y si no la aprovechaba se arrepentiría mientras viviera.

Durante el viaje en carruaje al Distrito del Templo, todavía sentía una punzada de culpabilidad ante la idea de entregar a Legend, pero suponía que solo se debía a su encaprichamiento por Dante. Traicionar a Legend le parecía lo mismo que traicionar a Dante, aunque quizá no fueran la misma persona. Y si Dante era Legend en realidad, entonces habría sido él quien la había traicionado desde el principio.

Llegó al Templo de las Estrellas después de que las campanas dieran las diez.

No tuvo que llamar a las intimidantes puertas del santuario cuando llegó. Se abrieron sin un sonido, como si el templo la saludara en silencio.

Theron estaba al otro lado, alto como una torre e impresionante con la brutal estrella de ocho puntas marcada en su rostro implacable. Estaba vestido igual que cuando lo conoció, la noche anterior, con un cuero grueso y una capa azul real.

Tenía que agradecerle que no mencionara su huida de la noche anterior. Lo que pensaba de su desaparición y su reaparición quedó oculto tras su semblante estoico.

El sonido de las zapatillas de Tella sobre el suelo pulido era lo único que se oía mientras lo seguía por el vestíbulo sombrío. La impresionante fuente del centro todavía no estaba iluminada, lo que permitía que una gruesa capa de frío se asentara.

Tella había perdido la capa en alguna parte del patio real, dejando su espalda y sus brazos expuestos, así que debería haber sentido frío. Aun así, el sudor goteaba por su cuello.

—Estoy aquí para abrir la cámara de mi madre.

Los ojos de Theron bajaron hasta el anillo de Tella.

—Tienes suerte de contar con tan buenos amigos.

Al pensar en Dante, un hormigueo de inquietud se unió al sudor que bajaba por su cuello.

—¿Qué te entregó para romper la maldición del anillo?

—Solo hay un modo de romper la maldición, pero siempre hay un modo de eludirla. En este caso, hemos hecho un intercambio que ha desbloqueado temporalmente tu anillo. Ahora, ¿deseas seguir haciendo preguntas o te gustaría ver tu cámara?

—Primero dime qué ha entregado Dante en el intercambio.

—Nos ha hecho una promesa. No puedo decirte lo que es, pero si te preocupas por él, te asegurarás de que cumpla su palabra.

—¿Qué ocurrirá si no lo hace?

Theron recorrió la cicatriz con forma de estrella de su rostro.

—Si tu Dante nos falla, morirá.

A Tella se le secó la boca.

Sin otra palabra, Theron la condujo hasta la puerta del fondo, la que estaba vigilada por agonizantes esculturas de piedra. Usó su anillo para abrir la puerta.

Un aire cálido que olía a misterios enterrados y a magia antigua llenaba el anexo octogonal al otro lado. A diferencia de la entrada, aquella zona no era toda de brillante oro y perlados blancos. Era de madera, vieja y cargada del mismo tipo de muda solemnidad que la primera planta de la torre dorada de Elantina. Una luz primigenia iluminaba el suelo granuloso mientras que la magia, mucho más antigua que la de Legend o la de Jacks, le acariciaba el dorso de las manos, probándola con su lengua invisible.

Theron había dicho la verdad cuando les advirtió que aquel templo no era una atracción turística.

Las bóvedas estaban enterradas profundamente. Desde el anexo, Theron la llevó a través de una puerta que conducía a una escalera de caracol de peldaños de tierra. No los contó, pero fueron suficientes para hacer que las piernas le sudaran debajo del resplandeciente vestido. Cuando por fin llegaron al final, los pasillos se estrecharon, tenuemente iluminados por una hilera de velas que parecían haber brotado del suelo. Theron y ella tuvieron que zigzaguear con cautela a su alrededor.

A medio camino de un pasillo tan oscuro que Tella solo distinguía la silueta de Theron, el joven se detuvo por fin delante de una puerta de piedra sin manija.

—Solo se abrirá para ti. Para entrar, lo único que tienes que hacer es presionar el anillo contra la puerta. Pero te advierto que el trato que Dante hizo con nosotros te permite abrir esta cámara solo una vez. Si decides llevarte o dejar un objeto en el interior, asegúrate de que es la decisión correcta. Cuando cierres esta puerta, el único modo de abrirla de nuevo será pagar la deuda de tu madre.

—Si no la abro, ¿eso romperá el trato que se ha hecho en mi nombre?

—No. Esa promesa ya se ha sellado. Dejar la cámara cerrada sería desperdiciar el sacrificio que él ha hecho.

Las manos de Tella se cubrieron de sudor. Dante no debería haber acudido en su ayuda, aunque eso le daba esperanzas de que no fuera Legend. Legend no era conocido por hacer sacrificios y, por halagador que fuera que hubiera cambiado por ella, en silencio rezaba por que no fuera el caso, ya que ella no podría hacer lo mismo por él. Había ido allí para salvar a su madre, sin importar cuánto le costara.

Tella esperó a que Theron se marchara antes de abrir la puerta de la cámara. A diferencia del estrecho pasillo, la sala al otro lado de la puerta era amplia y estaba llena de luz, iluminada por alguna fuente que no podía ver. El centro estaba vacío, pero en las paredes había estantes blancos llenos de tesoros fantásticos: retratos realistas, instrumentos dorados, armas elaboradas, figuritas danzantes, antiguas reliquias, tiaras enjoyadas, libros pesados y frascos sin etiquetas de contenido revuelto que quizá fuera mágico.

Aquella había sido la vida de Paloma antes de llegar a Trisda.

Tella se permitió un momento para examinarlo todo. Ardía de curiosidad (y de deseo por algunos de los artículos más bonitos), pero no quería perder tiempo ni arriesgarse a tocar algo que pudiera estar tan encantado como las cartas.

Mantuvo las manos entrelazadas mientras buscaba con la mirada, hasta que vio la caja. Una brisa sobrenatural pasó sobre sus hombros. Era una sencilla caja de madera, ordinaria excepto por el halo de oscuridad que latía a su alrededor, como si la luz del resto de la sala no pudiera tocarla.

No vio nada más mientras se acercaba y levantaba la tapa. Las cartas eran exactamente como las recordaba, de un tono de azul tan oscuro que era casi negro, con diminutas motas doradas que destellaban bajo la luz y espirales de un profundo rojo violáceo que en el pasado la había hecho pensar en flores húmedas, sangre de brujas y *magia*.

Se preguntó qué le mostrarían las cartas si intentara leer su futuro en ese momento, pero no se atrevió a sacarlas.

Con rapidez, colocó a El Aráculo sobre la baraja. Después se sacó del vestido la carta en la que estaba aprisionada su madre.

El oscuro halo que rodeaba la baraja vibró, como si añadir más naipes la hiciera de algún modo más poderosa.

Tella ignoró el mal presentimiento que la embargó. Exhaló para expulsar de su pecho la pesada presión que le advertía que se detuviera. Casi lo había conseguido. Lo único que tenía que hacer era llevarse la baraja para ganar el juego. Entonces podría recuperar a su madre.

Su mano planeó sobre el pequeño montón, preguntándose cuánto tiempo tardaría Legend en encontrarla. Dante debía haberle contado que las cartas estaban en el templo, y había una posibilidad de que ya estuviera esperándola en la escalera. Nigel se lo había prometido: «Si ganas Caraval, el primer rostro que verás será el de Legend».

Tella tomó aire profundamente. Para que aquello funcionara, tenía que llamar a Jacks antes de ganar el juego oficialmente o salir del Templo de las Estrellas. Metió la mano en el bolsillo de su vestido plateado, buscando la moneda del infortunio.

La voz de Theron inundó la cámara de inmediato.

—No uses aquí esa magia infame, o cerraré la puerta y jamás volverás a salir.

Tella se sacó la mano del vestido. Le temblaban los dedos.

Debería haber llamado a Jacks antes de entrar. No poder llamarlo en ese momento le parecía otra oportunidad de cambiar de idea, pero ya había tomado una decisión. Cuando tomara las cartas y saliera de la cámara, no habría vuelta atrás. Solo tendría que ser rápida en agarrar la moneda del infortunio.

Pero aun así estaría asumiendo un riesgo. Cuando saliera del templo, Jacks recuperaría su poder y liberaría a todos los Destinos y humanos atrapados en el interior de las cartas, o serían destruidos por Legend si es que no llegaba a tiempo.

El mundo estaba a punto de cambiar. Todos los Destinos y su madre quedarían libres, o Legend los destruiría y se convertiría en el humano más poderoso del mundo.

No era de extrañar que las estrellas hubieran parpadeado al inicio de aquella noche. Tella las imaginó haciéndolo de nuevo mientras tomaba la caja de madera, se apropiaba de la Baraja del Porvenir maldita de su madre y ganaba oficialmente Caraval.



El corazón de Tella corría desbocado cuando salió del santuario. Después de todo lo que había ocurrido aquella noche debería haberse quedado sin latidos, pero de algún modo conseguía tamborilear con mayor fuerza mientras el aire frío de la noche le azotaba la cara y le arrebataba las hojas plateadas de su vestido. Ignorando el frío, se metió la mano en el bolsillo una vez más para buscar la moneda del infortunio de Jacks.

—Tella…

Una voz grave y dolorosamente familiar la llamó desde los pies de la escalera, seguida por el pesado eco de los pasos de Dante.

La joven se detuvo en seco.

Si ganas Caraval, el primer rostro que verás será el de Legend.

No. No. No.

Cerró los ojos rápidamente, antes de poder verlo. Quizá, si no los abría, él se marcharía y vería otro rostro, y Dante no sería Legend.

Lo oyó acercarse. El sonido de sus botas, pesadas y ansiosas sobre los peldaños.

—Creí que habíamos quedado para vernos después de medianoche —le dijo.

—Tuve el presentimiento de que estarías aquí antes. —Su voz estaba un poco más cerca.

—No deberías haber venido.

—Tella, mírame. —Otro paso. Después, Tella sintió la embriagadora calidez que siempre parecía rodearlo. Le presionaba los hombros y el pecho, como si estuviera justo delante de ella—. No puedo hablar contigo así.

Ella mantuvo los ojos cerrados con fuerza. Así no era como se suponía que tenía que ser. Había sospechado que Dante era Legend, pero se suponía

que no debía tener razón.

—No quiero hablar contigo —le dijo—. Quiero hablar con Legend.

—Entonces abre los ojos y háblame.

A Tella le fallaron las piernas.

Él la rodeó con los brazos, manteniéndola en pie mientras el mundo que conocía se rompía en pedazos.

Dante era Legend.

Legend era Dante.

Y, aun así, la estaba abrazando. Levantó la mano de su cintura y subió para que sus dedos acariciaran con suavidad su mejilla antes de detenerse bajo su barbilla y levantarle la cabeza. Tella pudo sentir las palabras contra sus labios.

—Tella, di algo.

La joven abrió la boca para responder, pero Dante estaba tan cerca que lo único que pudo sentir fue el roce de sus labios. Eran suaves, y se separaron y después se presionaron con firmeza contra su boca.

Ni siquiera intentó resistirse. Pero fue mucho más que eso.

Se besaron como si el mundo se estuviera acabando, sus labios colisionaron como si el cielo se estuviera rompiendo y el suelo se desmoronara bajo sus pies, como si una guerra los rodeara y su beso fuera lo único suficientemente poderoso para pararla. Mientras se besaran, solo existirían ellos dos.

Tella no quería volver a abrir los ojos; tan pronto como lo hiciera, el mundo cambiaría. Dante desaparecería y solo quedaría Legend.

Era injusto. Acababa de decidir cuánto deseaba estar con Dante, pero, aunque sobreviviera a aquella noche, ella nunca tendría a Legend. Él era como un momento en el tiempo; podía ser experimentado, pero no retenido.

Los labios de Dante presionaron su boca con más fuerza mientras le pasaba una mano por el cabello y la otra bajaba por sus caderas, atrincherándose y acercándola, como si él tampoco quisiera que el beso terminara.

Pero tenía que terminar. Daba igual que fuera una buena distracción. Cuanto más durara, mayor sería el peligro en el que estaría.

Tella se apoyó en él durante un espectacular latido, probando sus labios una última vez. Después, se obligó a dejarlo ir. Nunca conseguiría hacer lo que tenía que hacer si se dejaba llevar.

Abrió los ojos, reacia.

Quería que él tuviera otro aspecto. Quería que su mirada fuera fría y distante, que la observara como si en realidad hubiera sido él quien había ganado el juego. Quería que sus labios se curvaran en una sonrisa cruel mientras intentaba robarle las cartas de la mano. Pero ni siquiera las miró. Solo la miró a ella. Todavía tenía una mano en su cintura. Estaba más caliente de lo que debería en una noche tan fría.

—Has ganado —le dijo. Levantó la otra mano, como si fuera a acariciarle la cara.

Tella captó un atisbo de la negra rosa tatuada sobre su piel. Se habría reído ante lo obvia que había sido su identidad, pero entonces él giró el brazo y ella vio la parte interior de su muñeca, justo debajo de la cicatriz que se había hecho en el Caraval anterior.

Se la agarró. Él hizo una mueca, pero no se opuso a que le levantara el puño de la manga.

Contuvo el aliento tan bruscamente que le dolió.

—Por el amor de Dios.

En la muñeca, estropeando uno de sus preciosos tatuajes, había una violenta marca con forma de estrella, exactamente igual que la que Theron tenía en la cara.

Se dijo a sí misma que solo lo había hecho por las cartas, no por ella. Se trataba del poder de los Destinos, se recordó. Pero aun así le parecía mal que se hubiera dejado marcar de modo permanente.

—¿Qué les prometiste? —le preguntó.

—Eso no importa. Lo hice por ti y lo volvería a hacer.

Dante rotó la muñeca hasta que, de algún modo, le tomó la mano. Todavía no había mirado las cartas. Sus ojos oscuros seguían fijos en los de Tella, como si ella fuera su premio.

Y, maldita sea, lo creía.

Todo iba muy mal.

Si era Legend, ella no debería haberle importado. No tendría que mirarla fijamente como si acabara de hacer añicos su mundo con un beso. Tendría que reírse de ella, por ser tan tonta como para enamorarse de él. No tendría que acercarse tanto, como si él también se hubiera enamorado de ella. Tendría que arrancarle las cartas de las manos y abandonarla sobre los peldaños de piedra lunar. Tendría que romperle el corazón.

No tendría que ser ella quien se lo rompiera a él.

Al final, su corazón dejó de latir con fuerza. No podía hacerlo. No podía quitarle más de lo que ya le había quitado. Jacks tendría que encontrar otra

fuente de poder para liberar a su madre y a los Destinos.

—Tienes que marcharte. Ahora mismo. —Tella se zafó de su mano—. Usé la moneda del infortunio de Jacks antes de que llegaras. Viene de camino. Cuando llegue, te robará tu poder y liberará a los Destinos.

Los ojos de Dante se posaron por fin en las cartas que tenía en la mano. Ella todavía no estaba lista para pensar en él como en Legend; los mitos debían ser mejores que la realidad, sueños perfectos e idealizados, esperanzas cristalinas demasiado preciosas para existir en el mundo real. Y ella podría haberlo descrito así justo entonces si la expresión desguarnecida que cruzó su rostro en ese momento no hubiera sido peor que la decepción.

—¿Quieres entregarle las cartas a Jacks?

—Lo siento —dijo Tella. Agarró la baraja con fuerza, pero Dante no intentó arrebatársela, aunque un músculo saltó en su mandíbula y sus nudillos palidecieron, como si todo su ser luchara contra la urgencia.

—Es por tu madre, ¿verdad? —le preguntó.

—Creí que podía olvidarme de ella, pero es mi madre. Tengo demasiadas preguntas y, a pesar de todo lo que ha hecho, no puedo dejar de quererla. —A Tella se le rompió la voz—. No puedo dejar que la destruyas cuando termines con los Destinos.

Su expresión se quebró, como si se hubiera rasgado por la mitad, una máscara con dos lados formada de pesar y determinación.

—Si yo pudiera liberar a tu madre, lo haría. Pero el único modo de liberar a alguien de una carta sin romper la maldición es ocupar su lugar.

—No te estoy pidiendo que la liberes —dijo Tella—. Te estoy pidiendo que te vayas antes de que llegue Jacks.

Le dio un empujón en el pecho, pero era indomable. No se movería. El pánico la apresó y lo empujó de nuevo, pero él no se defendió y tampoco huyó. No tenía miedo. Tenía algo mucho peor: tenía la esperanza de que ella lo eligiera. No se marchó y no tomó las cartas porque quería que ella se las entregara.

Y quizá suponía que si Jacks llegaba, podría derrotarlo. Como fuera, Tella todavía perdería a su madre o perdería a Dante.

A menos que los salvara a ambos.

La idea le pareció inconsistente al principio, pero como todas las ideas, se hacía más fuerte cuantas más vueltas le daba. Siempre había pensado que Jacks era el único que podía liberar a su madre, pero ella podía ocupar su lugar. Caspar había mencionado cómo hacerlo durante la obra. Lo único que tenía que hacer era escribir su nombre con sangre en la carta. Todavía tenía la

sangre que Dante y Julian habían usado para sanarla latiendo en sus venas; si su sangre mortal no era suficiente, la otra ayudaría.

Antes no le había parecido una opción. Temía estar atrapada más que nada. Pero quizás el amor fuera una entidad tan sobrenatural como la Muerte. Y, ahora que se había abierto a la posibilidad del amor, este no dejaría de perseguirla, mucho más poderoso que la Muerte.

En el pasado había subestimado el Amor. Había creído que el amor romántico era solo un tipo más fuerte de lujuria, pero aquel momento no tenía nada que ver con la lujuria sino con desear salvar a Dante y a su madre más que a sí misma. Esto la hizo valiente de un modo en el que nunca lo había sido.

Usando el afilado anillo de ópalo de su madre, Tella se perforó la punta del dedo con la fuerza suficiente para extraer sangre.

—Tella, ¿qué estás haciendo? —le preguntó Dante.

—Puedes llevarte las cartas, pero prométeme que te marcharás antes de que llegue Jacks. —Presionó el dedo sangrante contra la carta donde estaba aprisionada su madre.

—Tella —repitió Dante—. ¿Qué estás haciendo?

—Estoy siendo la heroína.

—¡No! —Dante rugió la palabra en cuanto se dio cuenta de qué quería decir—. Tella, no lo hagas. Tu madre no querría esto.

Intentó quitarle la carta de su madre, pero era demasiado tarde. El nombre ya estaba escrito en ella con sangre.

—Ya está hecho —dijo Tella.

Intentó sonreír. Al final, era la heroína. Lo único que le había costado era *todo*.

Le temblaron los labios y unas lágrimas calientes cayeron de sus ojos.

—Tella. —Dante pronunció su nombre con voz ronca, como si él también estuviera al borde de las lágrimas—. Sé que no quieres creerme, pero jamás planeé que pasara esto. Cuando preparé el juego, sabía que tu madre había escondido las cartas, pero no sabía que estaba atrapada en una de ellas. —Le presionó las mejillas con los pulgares. Pero cuantas más lágrimas limpiaba, más caían—. Lo siento mucho. Te he fallado.

Ella buscó sus manos. No había esperado que Legend se disculpara, pero no había sido su culpa. La decisión había sido de ella. Podría haber tomado otra, si hubiera querido. No sabía cuánto tardaría en hacer efecto el hechizo, pero suponía que ocurriría pronto. Y como su historia no iba a tener un

verdadero final feliz, al menos intentaría tener un último momento bueno en su casi final.

—Le mentí a mi hermana sobre tus besos —le dijo.

Dante le presionó la frente con los labios.

—Lo sé.

—No he terminado —refunfuñó—. Quiero que sepas por qué mentí. No estaba avergonzada. Lo dije para que mi hermana no se preocupara, porque creo que incluso entonces ya sabía que podía…

La noche. El mundo. Las estrellas que los observaban desde arriba desaparecieron.

Después Tella desapareció también.



Aquellos que habían estado mirando el cielo, todavía buscando pistas aunque el juego ya tuviera ganador, quizá notaron la aparición de más estrellas, unas que no habían visto en siglos. Porque había pasado casi el mismo tiempo desde la última vez que se hizo un sacrificio de aquella magnitud.

Los humanos eran criaturas egoístas. Las estrellas habían sido testigos de ello una y otra y otra vez.

Pero aquella noche, mientras observaban el mundo, las estrellas vieron lo que realmente parecían actos altruistas.

Primero, de una joven mujer.

Joven tonta.

Les había parecido prometedora, pero ya no serviría de nada. Era de papel.

No obstante, fue interesante observar cómo respondió su joven hombre.

Las estrellas se acercaron a él. Como estaba distraído, podían moverse con mayor libertad que las noches anteriores. Era una delicia verlo sufrir. Aquel joven, que jamás había parecido preocuparse por nadie más que por él mismo, temblaba de ira. Por suerte, no hizo nada demasiado estúpido. Había hecho un trato con ellas y estaban ansiosas por verlo cumplido. No les vendría nada bien que se quedara atrapado en una carta o muriera.

Tampoco creían que se sacrificaría por ella. Los humanos no eran tan altruistas. Aunque, por supuesto, él no era totalmente humano.

Tomó el anillo que había caído de la mano de la chica cuando se convirtió en una carta. La piedra del anillo brillaba roja y violeta, maldita de nuevo, pero todavía suficientemente afilada como para atravesar la piel. El chico se cortó la palma. La sangre apareció en ella, tan roja como un corazón roto y el pánico, y llena de poder.

Las estrellas observaron con adusto interés mientras cubría la baraja de cartas con la magia de sus venas, más magia de la que un humano debería poseer. Después pronunció las palabras, las antiguas y terribles palabras que no debería conocer y mucho menos estar dispuesto a pronunciar.

La sangre que cubría la baraja se volvió negra y el mundo cambió una vez más.



Tella no debería haber poseído la capacidad de abrir los párpados. Un instante antes había sido incapaz de respirar o moverse o sentir algo que no fuera estar atrapada. Había estado suspendida, impotente.

Pero ahora podía sentir la brisa de la medianoche jugando con sus rizos y una mano caliente en su espalda, sosteniéndola contra un cuerpo aún más caliente: el cuerpo de Legend.

Ahora era Legend, no Dante. Tella podía sentirlo en la magia que latía en sus manos cálidas, unas manos con suficiente poder como para partir mundos por la mitad. Pero en su espalda eran suaves y la sostenían y evitaban que se desplomara mientras seguía recuperándose. No sabía cuánto tiempo había pasado atrapada en la carta, pero todavía no se había recuperado de la vida que le había robado. Su corazón latía con normalidad, pero sentía las piernas como si fueran líquidas, y los brazos sin huesos. Apenas podía moverse.

Se concentró en parpadear, abriendo y cerrando los ojos mientras su visión se enfocaba lentamente. Todavía estaban en los escalones de piedra lunar. La noche no había cambiado, como si no hubiera pasado el tiempo, aunque quizás el cielo fuera un poco más brillante que antes. Resplandecían en él estrellas adicionales, pero ella no quería mirarlas. Quería mirarlo a él.

Su expresión era tan severa que parecía haber robado un trozo de oscuridad de la noche. Tella quería levantar la mano para suavizar la profunda arruga entre sus ojos, para alejar el dolor de su expresión, pero no tenía fuerza para moverse.

—¿Qué ha pasado? —exhaló—. ¿Por qué no ha funcionado?

—Funcionó. —Él la abrazó con más fuerza contra su pecho mientras le frotaba la espalda con las manos, como si quisiera asegurarse de que seguía

siendo corpórea—. Te vi desaparecer y reaparecer en el lugar de tu madre en la carta.

—Pero, entonces, ¿por qué estoy aquí? ¿Y dónde está mi madre?

Tella examinó los brillantes peldaños, las esculturas inmóviles que habría jurado que estaban mirándolos fijamente.

—No te preocupes. Está a salvo —dijo Legend. Su voz grave sonaba cansada, dolorida, como si por cada palabra que decía hubiera otra que no se atreviera a pronunciar—. Supongo que está en el mismo lugar en el que estaba antes de convertirse en una carta. De lo contrario, estaría aquí con nosotros.

—Todavía no lo comprendo —dijo Tella.

Legend detuvo las manos en su espalda.

—Sé que estabas dispuesta a sacrificarte por ella, pero yo no estaba dispuesto a sacrificarte a ti.

Le quitó una de las manos de la espalda y un rayo de luz de luna cayó sobre su palma bronceada, iluminando un corte abierto en su centro.

—He roto la maldición de las cartas.

—Pero…

Tella se detuvo, sin saber por qué parte de todo aquello protestar. Había estado dispuesta a sacrificarlo todo, preparada para permanecer atrapada en una carta para salvar a su madre y salvarlo a él, y para evitar que los Destinos escaparan y gobernaran el Imperio una vez más. Pero una parte muy egoísta de ella se sentía muy aliviada. Parecía que su historia podría tener un verdadero final feliz, después de todo. Algún día. Solo deseaba derrumbarse sobre los peldaños para llorar de alivio e incredulidad.

Legend podría haber destruido las cartas para adueñarse del poder de los Destinos. Podría haber tenido todo lo que quería. Si los hubiera destruido, la magia en su máxima expresión no estaría limitada a Caraval. Tendría el poder de todos ellos: la habilidad de El Aráculo para ver el futuro; la buena fortuna de La Dama de la Suerte; la posibilidad de viajar a través del espacio y del tiempo como El Asesino; la sabiduría de La Dama Prisionera. Y, en lugar de eso, había decidido salvarla a ella.

—No puedo creer que hayas hecho esto por mí. —Dejó de mirar la palma herida de Legend para observar su atractivo rostro—. Creo que eso significa que, después de todo, tú eres el héroe.

La expresión del joven se oscureció cuando escuchó la palabra *héroe*, como si fuera algo que preferiría que no lo llamaran. Pero a ella no le importaba. Él era su héroe.

Apenas podía mover las extremidades, pero consiguió pasar una mano alrededor de la nuca de Legend mientras el primero de muchos fuegos artificiales estallaba en el cielo. Los vio centellear y escuchó sus explosiones mientras se acercaba a él y posaba un beso en sus labios gruesos. Al principio, sus labios no se movieron. El pánico la atravesó, diciéndole que algo iba mal, que quizá se había arrepentido de lo que había hecho. Estaba a punto de apartarse, vacilante, cuando él le besó con cuidado la comisura.

Puede que hubiera temido hacerle daño.

Fue imposiblemente amable mientras la besaba de nuevo; sus manos apenas le rozaron la cintura mientras sus labios viajaban con lentitud por su mandíbula y su cuello. Fue tan ligero que era casi doloroso. Era el delicado sonido de la música, las olas del océano rompiendo en la distancia; allí, pero aun así muy lejos. Tella quería borrar la distancia que había surgido entre ellos. Aquello debería parecer el inicio de algo, pero de algún modo parecía el final. Como si la leve presión de sus labios fuera una muda despedida en sí misma.

Más fuegos artificiales estallaron sobre sus cabezas, dorados y violetas y más brillantes que antes.

Tella le sujetó el cuello con fuerza, intentando retenerlo, a él y a aquel momento, pero ya se estaba alejando. Legend la ayudó a sentarse en los peldaños.

—¿Qué pasa? —le preguntó.

—Tengo que marcharme. —Él cerró los ojos y sus labios formaron una dura línea. Entonces la soltó. La dejó, débil y abandonada, sobre los fríos escalones de piedra lunar—. Adiós, Tella.

Ella sintió un vacío en el estómago. Si hubiera estado en pie, sus piernas habrían flaqueado.

Se estaba marchando. Dejándola.

—Espera… ¿Adónde vas?

Él siguió bajando las escaleras.

Por un momento, Tella temió que no se girara, pero lo hizo y fue casi peor. Sus ojos, que antes habían sido abrasadores, que habían estados tan llenos de emoción, no brillaban ni resplandecían ni tenían luz alguna. Eran opacos, negros, y estaban cada vez más fríos, como los fuegos artificiales que se desvanecían en el cielo.

—Tengo que estar en otro sitio. Y no importa lo que parezca esto: sigo sin ser el héroe de tu historia.

Algo se rompió en el interior de Tella. Quizá fue su corazón, resquebrajándose mientras él se alejaba… Como si no acabara de liberar a los Destinos condenando al mundo entero por ella.



Los peldaños sobre los que estaba sentada estaban fríos, pero no tanto como el joven sin corazón que la había dejado allí. La habían abandonado otros chicos antes, pero nunca le había dolido tanto. Quería levantarse y caminar con la cabeza alta, como si le importara tan poco como al parecer le importaba a él, pero todavía sentía las extremidades como si fueran de papel, débiles, finas y patéticas.

Un suspiro dramático se abrió camino a través del coro de fuegos artificiales que todavía restallaban sobre su cabeza. Después Jacks apareció en las escaleras, negando con la cabeza mientras caminaba. Parecía haberse emperifollado y después haberse metido en una pelea. Su chaqueta ceñida de brocado dorado estaba hecha jirones. La camisa crema que llevaba debajo habría estado bien si no le hubieran arrancado el encaje de los puños y el cuello. También le faltaban dos botones en la parte superior.

—Te dije que era una mala idea meterse en una carta.

—¿Cómo sabes qué ha pasado? —le preguntó Tella.

—Soy un Destino. Sé muchas cosas.

Tella intentó asumir una posición más digna, pero sus piernas seguían plantadas con firmeza sobre la piedra fría.

—¿Siempre supiste que esto iba a ocurrir?

—Era una posibilidad. —Jacks siguió subiendo perezosamente. Si estaba decepcionado por no haber conseguido atrapar a Legend, su voz no dio indicación de ello. Su atractivo rostro era ilegible. Parecía totalmente indiferente, excepto por una diminuta arruga entre sus cejas—. La tristeza no te sienta bien.

—No estoy triste. Estoy enfadada —dijo Tella. Jacks era la última persona a la que habría querido abrirle su corazón, pero como era el único que estaba

allí y su corazón ya estaba abierto, le fue imposible retener las palabras—. Una de las razones por las que me metí en esa carta fue para que tú no pudieras llevarte sus poderes ni matarlo. Y ahora acaba de dejarme aquí, en estas escaleras.

—¿De verdad esperabas más de Legend?

Puede que no hubiera esperado más de Legend, pero había esperado más de Dante. ¿Cómo podía abandonarla alguien que acababa de renunciar a todo por lo que había trabajado? ¿Y por qué se había molestado en besarla? Debería haberla dejado en cuanto ella lo rozó con sus labios.

—Estás triste, sin duda. —Jacks hizo una mueca de disgusto.

—Deja de juzgarme. Solo lo parece porque no puedo moverme. Si pudiera, no estaría aquí tirada. Estaría con mi madre.

—Entonces, ¿sabes dónde está? —le preguntó Jacks, arrastrando las palabras.

Tella frunció el ceño.

—¿No tienes nada mejor que hacer? ¿No deberías estar celebrando tu libertad con el resto de los Destinos?

—Mira qué débil estás después de pasar apenas unos minutos en una carta. El resto de los Destinos han pasado siglos atrapados. Ahora son libres, pero pasarán semanas antes de que alguno de ellos, incluida tu madre, recupere la fuerza suficiente para abrir los ojos. Y, cuando despierten, todavía no tendrán todo su poder, por culpa de Legend.

—Entonces, ¿por qué no estás por ahí conjurando para encontrar un modo de arrebatarle el resto de la magia?

—¿Quién dice que no lo estoy haciendo?

La sonrisa de Jacks era todo hoyuelos, los mismos que había visto cuando se conocieron. En aquel momento los odiaba tanto como al principio. Se suponía que los hoyuelos eran encantadores y simpáticos, pero los suyos siempre le habían parecido una forma de ataque.

Sus brazos y piernas todavía no respondían, pero consiguió lanzarle una mirada fulminante.

—Márchate.

—De acuerdo. Pero te llevaré conmigo. —Con un movimiento ágil, Jacks la levantó en sus brazos, que eran más fuertes de lo que parecían.

—¿Qué estás haciendo? —chilló Tella.

—Te llevo con tu hermana. No malgastes la poca energía que tienes forcejeando.

Ojalá pudiera haberlo hecho, pero no tenía fuerza y estaba muy cansada de luchar. Su coraje había muerto en aquellos escalones en el momento en el que Legend se marchó. Lo único que quería ahora era que la noche terminara y el sol regresara, para que, cuando mirara el cielo, ya no pudiera ver las estrellas sangrantes y pensar en Legend. Su única victoria era que su madre era libre, pero hasta que la viera en carne y hueso, todavía la sentiría desaparecida.

—¿Estás llorando? —le preguntó Jacks.

—No te atrevas a criticarme por ello.

Jacks apretó las manos. Una oleada de frialdad besó a Tella, un recordatorio de lo que el príncipe había sido antes de que su corazón comenzara a latir de nuevo.

—Si estás llorando por Legend, no lo hagas. No se lo merece. Pero si es por haber conseguido escapar de la carta… —Jacks la miró y, por un momento tan fugaz como un relámpago, la indolencia y la despreocupación abandonaron su expresión—. Yo hice lo mismo. No serías humana si no lloraras.

—Creía que tú no eras humano.

—No lo soy, pero hubo una época en la que lo fui. Por suerte, no duró demasiado —añadió, pero Tella creyó oír en su voz una pizca de pesar.

Estiró el cuello para mirarlo. Sus miradas se encontraron y habría jurado que la de Jacks se suavizó con algo similar a la preocupación. Él apartó sus ojos azul plata, anegados de lágrimas a punto de caer.

—¿Por qué estás siendo tan amable? —le preguntó.

—Si crees que soy amable, necesitas pasar tiempo con mejores personas.

—No, estás siendo amable. Me llevas en brazos y me estás contando cosas personales. ¿De verdad me quieres?

Él respondió con una risa burlona.

—Estás realmente obsesionada con eso, ¿no?

Tella le dedicó una sonrisa traviesa.

—Hice latir tu corazón. Eso prácticamente me convierte en un Destino.

—No —respondió Jacks, tenso y sin una pizca de humor—. Tú sigues siendo muy humana, y yo no te quiero.

Sus manos se enfriaron tanto que Tella casi esperaba que la soltara y se marchara como lo había hecho Legend. Pero, por alguna razón, Jacks no lo hizo. Siguió rodeándola con sus brazos hasta que la dejó en un carruaje aéreo. Tenía cojines de color mantequilla, de encaje, con un grueso borde azul real a juego con las cortinas que cubrían las ventanillas ovaladas. Tella se preguntó

si sería el mismo vagón en el que se habían conocido, la misma caja diminuta de donde había amenazado con lanzarla solo para ver qué ocurría. Se tensó un poco en sus brazos al pensarlo. Aunque estuviera siendo amable con ella, estaba lejos de ser bueno o seguro.

—¿Acabas de recordar cuánto te desagrado? —le preguntó él.

—Nunca lo olvido. Estaba pensando en la primera vez que nos vimos. ¿Sabías quién era yo?

—No.

—Entonces, ¿eres tan encantador con todos a los que conoces?

Jacks le acarició el brazo con lentitud; sus dedos no eran tan gélidos como antes de que su corazón comenzara a latir, pero seguían fríos al tacto.

—Cuando tenía todos mis poderes, podía hacer las cosas más viles. Podía decir palabras mucho peores que las que te dije en el carruaje y la gente, aun así, estaba dispuesta a traicionar a su madre o a su pareja para complacerme. Aunque esos poderes hayan desaparecido, ser heredero al trono tenía un efecto similar. —Los ojos con los que la miró eran del color de la escarcha, tan desapasionados como carentes de remordimiento—. No le caigo bien a nadie, Donatella, pero la gente hace lo que yo digo. A veces, la única manera que tengo de entretenerme es ver hasta dónde puedo llegar antes de que alguien dé un paso atrás.

—Es cierto que no tienes sentimientos, ¿verdad?

—Siento cosas.

—Pero no como los humanos.

—No. Necesito mucho más para sentir algo y, cuando lo hago, es infinitamente más fuerte.

Jacks le quitó la mano del brazo, pero Tella había notado que sus dedos se endurecían como el metal.

Cuando el carruaje aterrizó en el palacio, el aire estaba cargado por el humo de la celebración. Jacks ni siquiera le preguntó si podía caminar. Volvió a tomar en brazos su cuerpo lánguido y la sacó de la cochera mientras un último fuego artificial de brillante azul estallaba en el cielo, lanzando reflejos del color del zafiro sobre cada piedra del espléndido Palacio de Elantina.

Los ojos de Jacks destellaron como el mercurio bajo aquella luz con algo casi demasiado inhumano para ser llamado «melancolía», y aun así era la única palabra con la que Tella podía describirlo.

—¿Por qué no estás viendo los fuegos artificiales con la emperatriz? —le preguntó.

—¿No te has enterado? Su hijo perdido ha regresado y Elantina lo ha reconocido oficialmente, lo que significa que ya no soy el heredero.

Tella no lo sentía por él. El reinado de Jacks hubiera sido una plaga para todo el Imperio Meridional. Y, aun así, algo en aquella situación la inquietaba. La noche anterior, cuando Elantina le habló de su hijo desaparecido, no había sonado como si se hubieran reunido. Eso la hacía pensar que el nuevo heredero de Elantina era un impostor, un farsante que solo existía para mantener a Jacks alejado del trono.

Debería haberla impresionado que la emperatriz hubiera hecho lo necesario para proteger al Imperio de Jacks, pero algo le daba mala espina.

—No te desmayes —le dijo Jacks—. Preferiría no enfrentarme a la ira de tu hermana.

—No voy a desmayarme —mintió Tella—. Y, hablando de mi hermana, no me has contado qué estaba haciendo contigo la otra noche, en el carruaje.

—Besándome apasionadamente.

Tella se quedó sin respiración.

Las comisuras de la boca de Jacks se elevaron en una sonrisa.

—Tampoco te mueras. Es una broma. Le dije a tu hermana que había encontrado a tu madre, así que me pidió ayuda para encontrar a otra persona.

Aquello era mejor, pero aún desconcertante.

—¿A quién estaba buscando?

—No al joven con el que está sentada ahora. —Jacks giró con lentitud en la dirección del jardín de piedra.

El aire era más cálido allí, como si aquella esquina del recinto del palacio estuviera a salvo de cualquier mal. Aun así, las esculturas parecían más angustiadas que la última vez que Tella las vio. Sus muecas parecían más intensas; sus posturas, más defensivas. Era como si supieran que Legend acababa de liberar a los Destinos en el mundo, los mismos que mucho tiempo atrás habían convertido aquel jardín lleno de criados humanos en piedra inmóvil solo porque querían elementos decorativos más realistas.

Tella se estremeció en los brazos de Jacks.

Scarlett parecía ajena a todo. Julian y ella estaban acurrucados en un banco en el centro de las estatuas, de nuevo gloriosamente enamorados. Tella habría jurado que había mariposas nocturnas revoloteando alrededor de sus cabezas.

Al menos, una hermana había encontrado la felicidad aquella noche.

—¿Vosotros dos habéis hecho por fin las paces? —masculló Tella.

Scarlett y Julian se irguieron con brusquedad. Después, Scarlett se levantó del banco y voló hacia Jacks y la débil Tella.

—¿Qué le has hecho a mi hermana? —Los guantes de encaje blanco de Scarlett se convirtieron en un formidable cuero negro mientras señalaba al Destino.

Habría hecho más que señalar si Julian no la hubiera sujetado por la cintura. Estaba disfrazado del Caos, vestido con una pesada armadura y un par de guanteletes con púas que lo hacían parecer listo para entrar en batalla, pero Tella vio un miedo genuino hirviendo bajo la superficie de sus rasgos masculinos. A diferencia de Scarlett, él debía saber que Jacks era El Príncipe de Corazones. Y si Julian era realmente el hermano de Legend, debía preguntarse por qué seguía vivo.

Jacks solo suspiró.

—¿Es que en esta familia nadie sabe dar las gracias?

—Cada vez que te veo, mi hermana está herida —dijo Scarlett.

—No cada vez.

Jacks le mostró los dientes mientras sus ojos se detenían un instante en Julian antes de volver con ella. Tella no sabía qué estaba diciendo Jacks en voz baja, pero lo que fuera hizo que Scarlett cerrara la boca.

—Y, en realidad, esto no ha sido culpa mía —continuó—. Tu hermana ha ganado Caraval, pero el precio ha sido muy alto. Se desplomó en el Distrito del Templo y Legend, como el caballero que no es, la dejó allí.

—¿Has conocido a Legend? —le preguntó Scarlett, con un tono tanto curioso como receloso. Encajaba con la expresión rota en el rostro de Julian, como si él también estuviera sorprendido y nervioso. Siempre que Scarlett estaba presente, Julian tenía los ojos fijos en ella, pero ahora miraba a Tella como si temiera lo que estaba a punto de decir.

—Yo…

La lengua de Tella se engrosó de repente y Jacks tensó los brazos. Aquella debía ser la razón por la que había fingido estar tan preocupado: todavía quería descubrir la identidad de Legend para recuperar su poder, para ser capaz de hacer algo más que matar con un beso. Pero aunque Tella hubiera estado dispuesta a compartir el secreto de Legend, el peso de su lengua y la presión de la magia contra su garganta la hacían sentirse incapaz de revelarlo, por mucho que lo intentara.

—No recuerdo demasiado —continuó. Después echó una mirada a Julian —. Tan pronto como gané el juego, Legend se marchó.

Un destello de alivio iluminó los ojos de Julian.

La expresión de Scarlett se volvió más cauta.

Jacks tomó aliento profundamente; Tella podía notar su pecho, moviéndose con lentitud contra su espalda.

—Creo que es el momento de irme. Todavía tengo que encontrar a tu madre.

—¡No! —exclamó Tella.

Scarlett se quedó paralizada.

Jacks levantó las cejas.

—Después de todo esto, ¿no quieres verla?

—Por supuesto que quiero verla. No quiero que tú la toques.

—Me pondré unos guantes —replicó Jacks. Después añadió, en voz más baja, a su oído—: La gente sabe que nunca es buena idea hacer un trato con un Destino, pero los hace de todos modos porque nosotros siempre mantenemos nuestra palabra. Te dije que, si ganabas el juego, te reuniría con tu madre, y eso es lo que voy a hacer.

Jacks dejó a Tella con cuidado en el frío abrazo de una escultura con los brazos extendidos.

Por un momento, sintió la depravada necesidad de darle las gracias, pero él era el último ser en el mundo al que le agradecería algo.

—Todavía te odio —le dijo.

—Probablemente sea lo mejor.

Sus pasos no hicieron sonido alguno mientras salía del jardín. Tan pronto como se marchó, Scarlett ayudó a Tella a bajar del rígido abrazo de la escultura.

Todavía sentía las piernas débiles, pero podía mantenerse en pie siempre que Scarlett la rodeara con el brazo. Se apoyó en la suavidad de su hermana. El aire del jardín seguía siendo cálido, pero el frío comenzaba a filtrarse. Se estaba formando escarcha sobre las esculturas solitarias y las mariposas nocturnas se habían marchado.

—¿Podemos volver al palacio? —murmuró Tella.

—Claro —dijo Scarlett.

—¿Necesitáis ayuda? —les preguntó Julian.

Scarlett negó rápidamente con la cabeza y se dijeron algo sin hablar. Julian le dio un beso fugaz en la mejilla y después se giró hacia Tella. Algo parecido a la compasión llenaba sus ojos ambarinos.

—Lo siento —le dijo. No mencionó su nombre, pero Tella sabía que estaba hablando de Legend—. Aunque puede convertir a alguien en el centro

de su mundo mientras forma parte del juego, cuando este termina *siempre* se aleja sin mirar atrás.

Sabía que Julian estaba intentando ayudarla, pero de algún modo hizo que se sintiera un poco peor.

—No importa —dijo—. Me alegro de que el juego haya acabado.

Julian se llevó una mano a la nuca. Tella temía que dijera algo más, algo que fuera más difícil de desestimar sin mostrar emoción, pero suponía que él estaba más ansioso por encontrar a su hermano que por continuar la conversación. Julian debía saber que las cosas no habían salido como las planearon en el momento en el que ella apareció en brazos de Jacks.

Sin otra palabra, el joven se marchó del jardín y desapareció en la noche.

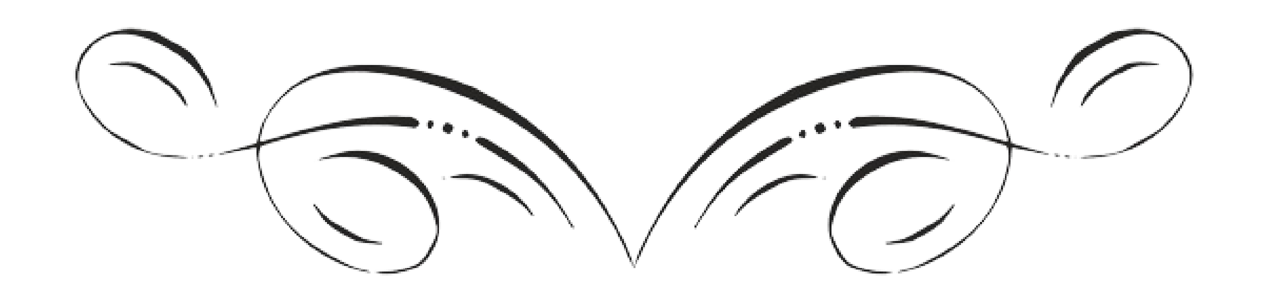
En cuanto lo perdió de vista, Scarlett se giró hacia Tella con los ojos llenos de preguntas. Tella no sabía si su hermana quería preguntar por su madre, por el juego o por lo que había hecho para terminar en un estado tan debilitado.

Lo único que sabía era que no quería discutir ni pelear ni ver decepción en el rostro de su hermana. Scarlett se merecía respuestas, pero no estaba preparada para contarle la totalidad de la historia. Solo quería que alguien la consolara y cuidara de ella hasta el amanecer.

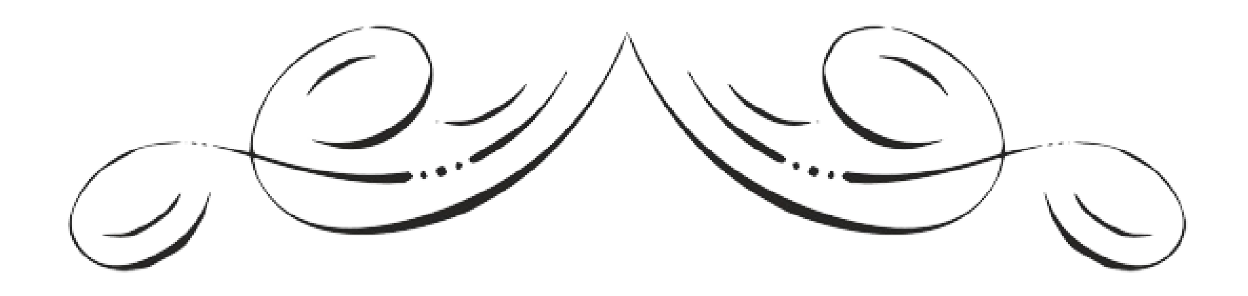
Scarlett la abrazó con ferocidad.

—Estoy lista para escuchar lo que quieras contarme.

—Preferiría olvidar. —Tella se derrumbó contra su hermana. No quería decir nada, pero cuando comenzó a hablar, el resto escapó de su boca—. He cometido un error, Scar. Nunca quise enamorarme de nadie, pero creo que me he enamorado de Legend.



EL DÍA DE ELANTINA





Fue el Día de Elantina más tranquilo que el Imperio Meridional había celebrado nunca. Después de una semana de constelaciones ardientes y emoción, todas las celebraciones por el cumpleaños de la emperatriz se habían cancelado debido al mal estado de salud de Elantina. El pueblo había sido informado de su enfermedad aquella mañana y la totalidad de Valenda se sentía pesimista. Incluso el sol había dejado de brillar y parecía contentarse con esconderse detrás de las nubes. Solo sobresalía un resquicio, que envió un rayo de luz a la habitación donde Donatella Dragna estaba con su hermana Scarlett.

La hermana Dragna más joven se sentía como si se hubiera adentrado en un mundo en el que sus sueños habían colisionado con sus pesadillas.

Había soñado con su madre muchas veces. Normalmente eran pesadillas en las que volvía a abandonarla. Pero, de vez en cuando, tenía sueños en los que su madre regresaba. Siempre era igual. En el sueño, Tella estaba dormida y su madre la despertaba con un beso tierno en la frente. Abría los ojos y le rodeaba el cuello con los brazos, abrumada por una indescriptible alegría.

Siempre se sentía como si la necesidad de llorar se fusionara con la necesidad de reír; el tipo de felicidad que es casi dolorosa. Le presionaba el pecho, lo que le dificultaba la respiración y le imposibilitaba formar palabras. Y debería haber sido incluso más potente ahora que su madre había regresado.

Estaba en la cama de Scarlett, tan tranquila como una damisela en apuros condenada a la fatalidad, con las mejillas pálidas, el cabello oscuro y unos labios sobrenaturalmente rojos. Tella intentó no preocuparse por el exagerado color de la piel y los labios de su madre, recordándose que, durante años, no había sido una mujer sino una ilustración en una carta.

Su madre era libre, y lo era gracias a ella. Solo esa victoria debería haberle dado alas para elevarse, salir por la ventana y sobrevolar el patio de cristal. Pero la idea de unas alas la hizo pensar en las que había visto tatuadas en una bonita espalda. Y eso conjuró pensamientos de la única persona en la que no debía pensar. *Legend*.

El nombre le calentó las venas.

No tenía ni idea de adónde había ido después de dejarla en los peldaños del Templo de las Estrellas, y no quería pensar en ello. No quería recordar cada encuentro que había tenido con él, cada palabra que le había dicho, cada mirada que le había echado o cada beso que habían compartido. Los recuerdos le dolían tras los ojos, en los pulmones y en la garganta, que se le agarrotaba desagradablemente cada vez que rememoraba el último momento que habían pasado juntos.

Le parecía una debilidad seguir pensando en él. Sabía que tendría que haber sido totalmente insensible para expulsarlo de su mente después de todo lo que habían experimentado, y ella no quería ser insensible pero tampoco quería consumirse en él.

El único modo de dejar de pensar en Legend era concentrarse en su madre, que estaba allí y despertaría en algún momento.

Aún le sorprendía que Jacks hubiera mantenido su promesa y le hubiera llevado a Paloma. Puede que, después de todo, estuviera enamorado de ella. Ella *era* su verdadero amor, aunque suponía que ser el objeto del afecto de un Destino era algo peligroso. No obstante, los Destinos no le preocupaban por el momento. Jacks le había dejado claro que tardarían más en despertar que su madre.

Limpió la frente de Paloma con un paño frío, aunque no servía de nada. Su madre no tenía fiebre, pero ella se sentía mejor si estaba haciendo algo.

—No parece haber envejecido nada desde que se marchó —dijo Scarlett—. No es normal.

—Estoy bastante segura de que, estando aprisionada en una carta, nada es normal —replicó Tella.

Eso le ganó un ceño fruncido.

Tan pronto como las hermanas llegaron al palacio la noche anterior, Tella se quedó dormida en la cama de su hermana. Despertó cuando Jacks regresó con su madre inconsciente. No había mencionado dónde la había encontrado, pero dejó caer algo sobre que había estado atrapada en una carta y que Tella había hecho un gran sacrificio para salvarla.

Ella había esperado que aquella fuera una de esas ocasiones en las que su hermana decidiría ignorar el tema de su madre, pero era bastante difícil ignorar a alguien que está tumbado en la misma habitación con pinta de haber sido hechizado. Scarlett había interrogado a Tella incansablemente, hasta que ella se lo confesó todo.

No se había tomado bien la mayor parte, sobre todo que Tella hubiera asumido el lugar de su madre en la carta. Después de suplicarle que jamás volviera a hacer algo tan peligroso, Scarlett dirigió su enfado a su madre; no podía mirar a Paloma sin fruncir el ceño.

Tella no podía culparla. Bajo todo aquel enfado, detectaba que Scarlett albergaba una buena cantidad de remordimiento por no haberse enterado de muchas de las cosas que habían pasado durante Caraval, como que el juego había sido real esta vez. Aunque nada de aquello era culpa de ella. Y, sorprendentemente, Tella no se arrepentía de nada de lo que había hecho, aunque habría deseado no enamorarse de Legend, algo que por suerte no mencionaba Scarlett.

Tenía curiosidad por saber si Julian le había contado a Scarlett que Dante era Legend, ya que su identidad parecía ser lo único de lo que ella era físicamente incapaz de hablar. Scarlett le había dicho que le estaba dando a Julian otra oportunidad. Debido a los sentimientos de Tella por Legend y Caraval, Scarlett no le había dado demasiados detalles al respecto, pero suponía que su hermana no habría perdonado a Julian a menos que él le hubiera dado algo más que un par de miradas y besos abrasadores, lo que la hacía sospechar que su hermana era más consciente de la verdadera identidad de Legend de lo que había dejado entrever la noche anterior.

—¿Y si jugamos a algo? —sugirió Tella—. ¿Tienes una baraja de cartas normales?

Abrió el cajón de la mesita de noche junto a la cama.

—¡No! —Scarlett saltó de su asiento.

Si no hubiera reaccionado de manera exagerada, Tella habría cerrado el cajón sin apenas mirar. Pero en cuanto Scarlett gritó, su interés se intensificó.

Había un libro en el interior del cajón, un tomo de elegante cuero rojo con una carta de aspecto igualmente delicado sobresaliendo por debajo.

—¿Qué es esto?

Tella sacó la nota de debajo del libro. Estaba dirigida a Scarlett. No reconocía la dirección del remitente pero sí el nombre: conde Nicolas d’Arcy.

Se quedó allí, sin habla, porque no creía que gritar fuera buena idea.

El rostro de Scarlett se tiñó de rosa.

—Puedo explicarlo.

—Creí que estabas dándole otra oportunidad a Julian.

—Así es. Pero también se la estoy dando a Nicolas.

—¿Nicolas? ¿Ya llamas por el nombre a tu antiguo prometido? —Tella esperaba desesperadamente que su hermana estuviera bromeando, devolviéndole todos los secretos que le había ocultado. Aunque, si aquello era cierto, las miradas tensas que Scarlett y Jacks habían compartido en el jardín tenían sentido—. ¿Esta es la persona que le pediste a Jacks que te ayudara a encontrar?

—¿Jacks te contó que le pedí ayuda? —Scarlett sonaba sorprendida, como si de verdad confiara en El Príncipe de Corazones.

—Te vi salir del mismo carruaje que él la otra noche —le dijo Tella.

Scarlett se llevó las manos a las mejillas para cubrirse el rubor.

—Lo busqué después de que tú me contaras que había conseguido localizar a mamá. Había estado buscando a Nicolas por mi cuenta, pero no tuve suerte. Y pedirle ayuda a Jacks me dio una excusa para interrogarlo sobre sus intenciones contigo. Aunque no es que fuera sincero.

—No creo que ninguna de nosotras pueda criticar a alguien por mentir —le espetó Tella.

—Tenía pensado contarte lo de Nicolas, pero estaba esperando el momento adecuado. —Scarlett le echó una mirada a su madre, un mudo recordatorio de que ella no era la única con secretos—. No quería escondértelo, pero sé que nunca te cayó bien.

—No me cae bien. Intercambiar cartas con él es un error.

—No te preocupes —dijo Scarlett—. No planeo casarme con él, pero apreciaría que no se lo mencionaras a Julian. Creo que un poco de rivalidad le vendría bien.

—Entonces, ¿se trata de eso? —Tella estaba bastante perpleja—. ¿Quieres una competición entre el conde y Julian?

—Yo no lo llamaría una competición —dijo Scarlett—. No planeo encargarles ninguna tarea. Pero ¿cómo puedo saber si Julian es el adecuado para mí si no tengo a nadie con quien compararlo? Creí que estarías orgullosa de mí. Tú eres la que siempre me pide que tome mis propias decisiones.

Scarlett sonrió, tan taimada como un gato que acaba de aprender a escabullirse de una casa para explorar el mundo más allá.

Tella siempre había pensado que su hermana la subestimaba… Pero quizá fuera ella quien había subestimado a Scarlett.

Aun así, no le gustaba la idea del conde. Aunque ya no se fiaba de lo que El Aráculo le había mostrado, en lo que se refería al conde Nicolas d'Arcy tenía una horrible sensación. Sus cartas siempre le habían parecido demasiado perfectas. Era la definición de diccionario de «caballero»; en la vida real, nadie podía ser tan refinado. O era terriblemente aburrido, o un fraude. Y, aun así, a pesar de sus reservas, se sentía orgullosa de que su hermana hubiera tomado una decisión tan audaz.

—Scarlett, yo…

Campanas. Campanadas largas, graves y tristes resonaron en el palacio.

El trágico sonido hizo estremecerse a Tella, que olvidó de inmediato lo que estaba diciendo mientras las campanas seguían llorando. No marcaban la hora; eran campanas de duelo, gimiendo una canción de pérdida.

En la cama, la madre de Tella se movió. No despertó de su sueño maldito, pero las campanas sin duda la habían perturbado. Entre el sombrío sonido, Tella oyó un caos de actividad en el pasillo: pasos apresurados, conversaciones, más de un par de sollozos incontenibles. Y lo supo.

La emperatriz Elantina había muerto.

Solo había visto a la emperatriz dos veces, pero sintió una sorprendente oleada de emociones ante la idea de que su vida hubiera terminado, de su cuerpo inerte y sus ojos cerrados para siempre.

Scarlett no debía estar tan segura, o no se le había ocurrido. Se levantó de su asiento y abrió la puerta justo cuando una criada pasaba por allí.

—¿Qué es todo este alboroto?

—Su majestad ha fallecido —le confirmó la criada—. Dicen que el nuevo heredero, su hijo desaparecido, hará su primera aparición en la torre dorada. Todos se dirigen al patio de cristal para verlo. Vosotras seguramente podréis ver la torre desde la ventana.

La doncella se marchó y Tella cruzó la habitación para abrir las cortinas de la ventana más alta y ancha. La luz entró en el dormitorio, brillante y melosa. El sol había escapado por fin de las nubes y parecía estar compensando su pereza de aquella tarde. Con las campanas de duelo todavía sonando, parecía fuera de lugar que brillara tan alegremente, iluminando el patio que estaba, de hecho, llenándose de gente.

—No puedo creer que la emperatriz haya muerto —dijo Scarlett.

—Te habría gustado —murmuró Tella—. Daba abrazos como siempre deseé que los diera la yaya Anna.

—¿La yaya te abrazó alguna vez? ¿En serio?

—Una vez —dijo Tella—. Créeme, no te perdiste nada.

No había llorado cuando su yaya Anna murió. Aunque la mujer había ayudado a criarla, Tella nunca había sentido ningún afecto hacia ella. Pero la emperatriz le había caído bien. Su relación había sido breve, pero Elantina había cambiado su futuro; si sus caminos nunca se hubieran cruzado, Paloma seguiría atrapada en una carta.

Tella estiró el cuello para mirar la torre dorada sobre el patio de cristal. Todas las ventanas y balcones estaban abiertos; desde ellos, las doncellas y criados lanzaban pétalos de flores negras sobre la multitud reunida debajo. El sombrío tributo era aún más triste que las campanas.

Solo había un balcón desde el que no llovían flores. En lugar de eso, en la terraza ondeaban banderas azul real con el blasón blanco del Imperio Meridional. En el centro, se alzaba una figura.

A Tella se le erizó todo el vello del cuerpo cuando lo vio.

No podía distinguir su rostro con claridad, pero sí su chistera: pulcra y negra e inconfundiblemente propia de Legend.

El muy sinvergüenza.

Tella sabía que Legend estaba lleno de secretos, pero aquel ni siquiera se le había ocurrido. Estaba fingiendo que era el hijo perdido de Elantina. Esa era la razón por la que la había dejado en los escalones justo después de que comenzaran los fuegos artificiales; había ido a verlos con la emperatriz. Aunque Tella suponía que la habría dejado allí de todos modos.

Era muy inapropiado, pero no consiguió contener la carcajada que borboteó en su interior. Había creído ser la clave de su juego pero, por supuesto, Legend estaba jugando más de una partida. No había ido a Valenda solo para destruir a los Destinos y arrebatarles su poder. Había elegido aquella ciudad como su tablero de juego para poder reclamar el trono.

Epílogo

En los cuentos de hadas, dieciséis era siempre la edad en la que las chicas descubrían que tenían poderes mágicos, que eran realmente princesas o que pesaba sobre ellas una maldición y necesitaban un atractivo príncipe que las ayudara a romper el oscuro hechizo. Tella no sabía qué la esperaría el año en el que cumplió diecisiete, pero fuera lo que fuere, sería más espectacular que cualquiera de esas cosas.

El Día de Elantina había sido tan triste que casi había olvidado su cumpleaños. Aun así, despertó por arte de magia a medianoche, en el momento exacto de su aniversario.

Su corazón seguía un poco apesadumbrado, pero había decidido que eso solo la haría más fuerte.

Dos noches antes, cuando ocupó el lugar de su madre en la carta, Tella había temido que aquel fuera su verdadero final. Pero era demasiado joven para finales; sus aventuras solo estaban comenzando. Serían más que promesas, y más brillantes que las constelaciones. Al final, la legendaria sería ella.

Legend se arrepentiría de haberla dejado en aquellos peldaños sin más que un adiós.

O quizá ya se había arrepentido…

Tella se sentó en la cama en silencio. La habitación estaba oscura, llena de noche y sombras, y aun así vio el regalo tan claramente como si fuera de día. Había una única rosa roja con un impoluto tallo blanco sobre la mesa junto a su cama. Debajo había un resplandeciente sobre de plata, porque, por supuesto, todo lo que procedía de Legend brillaba en la oscuridad.

Tomó la carta y salió de la cama para dirigirse a la ventana.

Todavía estaba furiosa con él. Iba a hacer que se arrepintiera de haberse alejado de ella, pero su corazón parecía haber olvidado el enojo. Trastabillaba

y brincaba y latía con un ritmo inmanejable mientras abría la nota que él le había dejado.

Olía como él, a tinta y secretos y magia perversa. Su letra era de trazos gruesos y oscuros. Mientras leía se negó a sonreír, pero algo parecido a la esperanza comenzó a brotar en su corazón.

Donatella:

Creo que es tu cumpleaños. Y creo que tenemos un asunto pendiente; todavía te debo el premio por ganar Caraval. Búscame cuando desees recibirlo.

Te estaré esperando.

Legend

Glosario de Destinos y Términos

BARAJA DEL PORVENIR: un método de adivinación. La Baraja del Porvenir está formada por treinta y dos cartas, entre las cuales hay una corte de dieciséis inmortales, ocho lugares y ocho objetos.

LOS DESTINOS: según la leyenda, los Destinos representados en la Baraja del Porvenir fueron seres mágicos corpóreos. Supuestamente gobernaron un cuarto del mundo siglos antes, hasta que desaparecieron de forma misteriosa.

DESTINOS MAYORES

El Rey Asesinado
La Reina de los No Muertos
El Príncipe de Corazones
La Doncella de la Muerte
La Estrella Caída
La Dama de la Suerte
El Asesino
El Envenenador

DESTINOS MENORES

El Bufón Loco
La Dama Prisionera
La Sacerdotisa
Las Fámulas
La Novia Abandonada
El Caos

La Doncella Embarazada
El Apótico

OBJETOS FUNESTOS

La Corona Rota
El Vestido de su Majestad
La Carta en Blanco
El Trono de Sangre
El Aráculo
El Mapa de Todo
La Fruta Intacta
La Llave de Ensueño

LUGARES ACIAGOS

La Torre Perdida
El Jardín de la Fantasía
La Casa de Fieras
La Biblioteca Inmortal
El Castillo de la Medianoche
El Imaginarium
El Mercado Desaparecido
El Fuego Inmortal

MONEDAS DEL INFORTUNIO: son monedas con la habilidad mágica de rastrear el paradero de una persona. Cuando los Destinos todavía reinaban en la Tierra, si uno de ellos se obsesionaba con un humano, le metía una moneda del infortunio en el monedero o bolsillo para poder seguirlo allá adonde fuera. Las monedas se consideraban malos augurios.

ALCARA: la antigua ciudad desde la que gobernaban los Destinos, ahora conocida como la ciudad capital del Imperio Meridional, Valenda.

Agradecimientos

Me advirtieron que escribir una segunda parte era difícil, pero escribir *Legendary* fue casi imposible. No podría haberlo hecho sola. Doy gracias a Dios por los milagros, por las oraciones respondidas y por la gente increíble que me ayudó con esta historia.

Estoy muy agradecida a mi familia, a mi madre y a mi padre, a mi hermano y a mi hermana y mi cuñado. Cuando comencé a escribir, no me di cuenta de la aventura que sería para todos nosotros. Este libro fue una parte especialmente difícil de ella y no estoy segura de cómo la habría superado de no haber sido por vuestro amor, vuestros infinitos ánimos y todas las veces que me escuchasteis mientras lloraba. Tengo la mejor familia y os quiero muchísimo a todos.

Sarah Barley: eres realmente el hada madrina de los libros. Gracias por espolvorear de magia esta historia. Me has ayudado a hacer de *Legendary* un libro mejor del que podría haber escrito sola. Gracias por tu paciencia mientras te enviaba borrador tras borrador, por tu entusiasmo y tu amor por estas hermanas y esta saga, y por conocer tan bien el corazón de Caraval. Hubo veces en las que realmente me desvié del camino y me alegro de que estuvieras ahí para ayudarme a regresar.

Jenny Bent, eres increíble. Podría llenar estas páginas con una lista de todas las razones por las que agradezco tenerte como agente. Gracias por no perder nunca la fe en mí, sobre todo en los momentos en los que dejé de creer en mí misma.

Ida Olson, nunca dejaré de agradecerte que aparecieras como una superheroína para ayudarme a salvar este libro.

Al espectacular equipo de Flatiron Books: no podría pedir un hogar mejor para esta saga. Muchas gracias a todos los que trabajasteis en este libro, y especialmente a Amy Einhorn y Bob Miller: me siento muy afortunada de teneros como editores.

Al maravilloso equipo de Macmillan Audio, muchas gracias por vuestro inagotable entusiasmo y por incluir *Legendary* en vuestra lista. Gracias a Rebecca Soler, la increíble narradora de mi audiolibro, por haber dado vida tanto a *Caraval* como a *Legendary* con su fantástica narración.

Otro agradecimiento especial a Patricia Cave. Si alguna vez dejas la publicidad, lloraré. Gracias por ser la primera en enamorarte de Jacks, y por tus sabias palabras.

Erin Fitzimmons, te has superado con esta portada. Muchas gracias por llevar tu magia a este libro.

Hablando de magia, gracias a Kate Howard y a toda la deliciosa gente de Hodder and Stoughton por dar a esta saga un hogar realmente fantástico en Reino Unido. Muchas gracias, Molly Ker Hawn, por buscarles este hogar y por ser un gigantesco apoyo.

Me siento increíblemente afortunada por contar con mis estupendos editores extranjeros: gracias por llevar *Legendary* y *Caraval* a las manos de los lectores de todo el mundo.

¡Un enorme agradecimiento a todos mis maravillosos amigos! Stacey Lee, gracias por compartir conmigo tu creatividad cuando la mía se había agotado, por las interminables tormentas de ideas, por tus brillantes ocurrencias y por ser la amiga que necesitaba. Amanda Roelofs, gracias por ser siempre mi primera lectora y por seguir siendo mi amiga a pesar de todas las cosas caóticas que te he enviado; esta historia es mucho más alegre gracias a ti. Gracias, gracias, gracias a Liz Briggs y Abigail Wen, por leer y ayudarme tan generosamente con los primeros borradores (lectores, vosotros también querréis darle las gracias a Liz, porque es la responsable de que haya más besos). Katie Nelson y Roshani Chokshi, gracias por vuestras muy necesarias llamadas telefónicas y por dejarlo todo para leer las primeras versiones de esta novela cuando no estaba segura de estar llevando la historia en la dirección correcta. Kerri Maniscalco, Julie Dao y Julie Eshbaugh, gracias por el maratón de chats telefónicos, por los ánimos y por el tesoro de vuestra amistad. A todas las encantadoras y alentadoras autoras y escritoras locales: Jessica, Shannon, Val, Jenny, Kristin, Rose y Joanna; os estoy muy agradecida por las cenas y por poder llamaros a todas «amigas».

¡También quiero dar las gracias a los fabulosos lectores de esta saga! Mi corazón está lleno de vuestro amor y apoyo. Gracias por vuestro entusiasmo, vuestra excitación, vuestros comentarios, vuestras imágenes, y por elegir este libro.



STEPHANIE GARBER es una autora estadounidense de ficción para adultos jóvenes conocida por la serie *Caraval*.

Imparte clases de Escritura Creativa en el Norte de California y gestiona un blog, además de colaborar con otras plataformas para hablar sobre escritura y libros.

Fue durante sus años como estudiante universitaria cuando empezó a escribir. Terminó varias novelas pero todas fueron rechazadas hasta que su cuarto libro, una space opera, llamó la atención de un agente literario. Sin embargo, fue la publicación de otro título, *Caraval*, lo que la lanzó al estrellato.

Aunque Garber no pretendía convertir la novela en una serie cuando la escribió, pronto surgieron dos secuelas, *Legendary* y *Finale*, que completarían una trilogía.